¿CUÁNTO PUEDE AGUANTAR UN CORAZÓN ROTO?

JAVIERA VALENZUELA

montena

Índice

Cubierta
Prólogo
1. Lucía
2. Lucía
3. Lucía
4. Lucía
5. Lucía
6. Lucía
7. Lucía
8. Lucía
9. Lucía
10. Lucía
11. Lucía
12. Lucía
13. Lucía
14. Lucía
15. Lucía
16. Mateo
17. Mateo
18. Lucía
19. Lucía
20. Lucía
21. Lucía
22. Mateo
23. Mateo
24. Lucía

25. Lucía
26. Lucía
27. Mateo
28. Lucía
29. Mateo
30. Lucía
31. Lucía
32. Lucía
33. Lucía
34. Lucía
35. Lucía
36. Mateo
37. Lucía
38. Mateo
39. Lucía
40. Lucía
41. Lucía
42. Lucía
Epílogo
Agradecimientos
Playlist
Créditos

ADVERTENCIA

este libro incluye escenas con contenido sexual, intento de agresión y consumo de alcohol.

Dedico este libro a todas
esas almas encerradas, enjauladas,
con sed de libertad. Las que ya no
quieren aguantar un corazón roto
y las que están dispuestas a
arreglarlos por sí mismas.
Busca ayuda y nunca te rindas

PRÓLOGO

 «Traitor» – Olivia Rodrigo

6 DE JULIO DE 2021

Lágrimas frías descendían por mis mejillas dejando un rastro salado en mi piel. Tenía el rostro empapado del dolor que sentía en mi interior, mi vista estaba nublada y los párpados me pesaban. Los sollozos se escapaban por entre mis labios y no podía retenerlos más; intentaba respirar y repetirme que todo estaba bien, que no era mi culpa que me hubiesen roto el corazón.

Porque no, no lo era.

No era culpable de que me rompieran.

No era culpable de haber dado todo de mí y que me fallaran.

A pesar de todo, seguía pensando en una sola cosa: que lo amaba.

Sí, como una completa estúpida lo seguía amando.

En mi cabeza todavía era difícil aceptar que me hubiera fallado. Él tenía mi completa confianza y pudimos haber arreglado nuestras diferencias, o el problema que lo aquejaba, de otra forma. Era lo más lógico. No podía dejar de pensar en todos los otros caminos que pudo tomar.

¿Qué lograba intentando buscar los motivos?

Nada, no debía seguir dándole pie al dolor, debía cortarlo de raíz,

cortar la hiedra venenosa y evitar que siguiera creciendo, porque me estaba matando y dolía.

Dolía jodidamente tanto.

Volvíamos a ser extraños. Yo ya no lo reconocía.

Todo me sabía a mentiras, a una escena mal ejecutada, mal narrada y estructurada, como si fuese parte de una obra de teatro de segunda clase.

Mi mente trabajaba a mil por hora y muchas situaciones encajaron en el rompecabezas. Ahora lo entendía todo: aunque lo hubiera querido evitar, era inevitable, estaba en su ADN, en cada decisión mal tomada durante nuestros tres últimos años. Para mí había sido mi mejor período de vida hasta el momento, pero lo que inicia mal, termina mal.

Nuestro comienzo no fue como el de las demás parejas. Empezamos a salir después de una noche de pasión. No tuvimos citas antes de ser novios, no me sonrojé ni me puse nerviosa al esperarlo en alguna esquina. No pensé que fuéramos a tener algo más serio, solo fue sexo casual, aunque nunca es casual tener intimidad con alguien que te gusta.

Los sentimientos siempre se enredan.

Después de un tiempo comenzamos a salir en serio. Parecía un cuento de hadas... él era muy lindo conmigo, lo quería muchísimo, pero el engaño me abofeteó en la cara.

¿Y qué hice cuando vi que me engañó por primera vez?

Lo perdoné.

Y ahora ¿dónde estaba yo? Sentada en el piso abrazando mis piernas, hundida en una pena profunda, con el celular en la mano y el mensaje abierto, la prueba de que me había engañado otra vez,

pensando en todo, encerrando mi corazón y preparándome para una separación que no quería, pero que merecía.

¿Tan difícil era recibir lo que deseaba?

Amor recíproco, algo básico, intrínseco y tácito que se entrega cuando tienes una relación.

Ahora lo tendría que seguir buscando en otra parte.

—Me hundí... me hundí en un puto hoyo, uno tan profundo que ya no sé cómo salir de él —susurré mientras trataba de contener las lágrimas.

—¿Qué dices, amor?, ¿estás bien?

No me di cuenta de cuándo mi exnovio había vuelto a casa. No había escuchado los sonidos característicos que me avisaban de su llegada: el motor de su auto, sus pisadas en el piso de madera del departamento y la bisagra de la puerta al abrirla. Un conjunto de señales que relacionaba con él.

Estaba paralizado, mirándome desde la puerta. Sus ojos cafés irradiaban preocupación.

Apreté mis párpados y respiré profundo. No quería reaccionar de mala manera, así que me concentré en la brisa que entraba por la ventana y rozaba mis brazos. Era refrescante, como si lo más delicado del mundo me estuviera acariciando la piel y me diera fuerzas. Pero no lo logré, otra lágrima descendió por mi mejilla.

Marco se agachó a mi lado y me abrazó con fuerzas, susurrándome que todo iba a estar bien.

Bufé, incrédula, mientras me reía. Era imposible que las cosas fueran a ir bien. Me zafé de su agarre y caminé hacia la cocina. El sonido de mi risa había mutado a sollozos que brotaban con intensidad. Solté un grito de frustración. No quería seguir llorando,

imploraba parar, pero mi alma necesitaba una liberación, un desahogo definitivo.

—La vida es una mierda... tú eres una mierda —dije mientras me limpiaba las lágrimas con rabia y le plantaba cara—. Vete con ella, no te quiero volver a ver en mi vida.

1

LUCÍA

Siempre había soñado con tener un amor inolvidable, un amor lleno, completo, loco, y enamorarme hasta quedar embobada. Encontrarme riendo mientras miraba el cielo, ver rastros de él en cada nube o recordar pequeños momentos juntos que me hicieran feliz. Soñaba con un amor que me abrazara y que fluyera; uno con el que estuviera segura de que recibiría lo mismo de vuelta, con el que pudiera bajar todas mis barreras, mostrar mi lado más vulnerable, acudir a él en los días de tormenta, dejar todos mis miedos de lado y sostenerme en él.

Alguien que estuviera conmigo y solo conmigo. Alguien que no me dejara recogiendo los trozos de mi magullado corazón del suelo.

Pero no hay.

No existen.

Eso solo pasaba en... los libros. En ese mundo imaginario que escribe un autor para que podamos escapar de nuestra miserable realidad y aspiremos a vivir en un cuento de hadas.

Y, entonces, ¿con qué nos conformamos?

Con un amor a medias, resignándonos al miedo constante de que te puedan fallar y a la costumbre de no expresar nuestros

sentimientos, porque al escucharlos se asustan y salen corriendo a la más mínima insinuación de una relación; con un amor...

Espera. ¿Eso es amor?

No lo creo.

Era tiempo de que me conformara con mi amor propio. Y ese era el que iba a empezar a perseguir.

2

LUCÍA

15 DE AGOSTO DE 2021

Fue una pésima noche, no había descansado nada. Me había despertado cada dos horas, porque no dejaba de tener pensamientos intrusivos. Me pesaban los ojos, la cabeza y el cuerpo. Intenté abrir mis párpados, pero me era imposible; sentía que estaban pegados, de seguro de tanto llorar. Levanté mis manos y me los refregué con la punta de los dedos. Quizá así lograría abrirlos.

Pero fue un grave error: después de ese gesto sí que no pude abrirlos.

Me senté y me rasqué el cuero cabelludo. La sensación fue exquisita y se extendió por todo mi cuerpo. Todo mi ser pedía a gritos que volviera a la cama y descansara, me sentía como un perezoso que necesitaba veinte años más de sueño.

Pero no era millonaria y tenía que seguir trabajando.

Un ruido molesto irrumpió en mi ritual de cada mañana. «Lost on You» sonó en el parlante de mi teléfono y supe exactamente quién me estaba marcando.

—¿Aló? —dije con voz ronca.

—¿Qué estás haciendo que aún no llegas, Lucía? ¿Sabes qué hora es?

Giré mi rostro de manera lenta y desorientada hacia mi mesita de noche. Había logrado abrir un solo ojo e hice mi mayor esfuerzo para centrar toda mi atención en el reloj que debía de haber estado sobre la superficie de madera al lado de mi cama. Ese feo y antiguo reloj que me había regalado Marco para mi cumpleaños.

—¿No? Pero deberían ser las ocho y media, como mucho...

—Tienes quince minutos para llegar, la reunión empieza dentro de media hora.

—Mia —dije al teléfono—. ¿Mia?

Había cortado la llamada. Me froté la cara y desbloqueé el teléfono, enfoqué como pude mi vista en la pantalla y en números gigantes vi: 10.30.

Sentí que un frío gélido se colaba por mis huesos.

—Mierda, me quedé dormida.

¿Cómo era posible quedarse dormida y aun así no haber descansado nada? Odiaba la vida, pero en ese momento la odié muchísimo más.

Me paré de un salto de la cama y mis piernas se enredaron con las sábanas. Caí de mentón al suelo, mi celular voló lejos y una maldición surgió desde lo más profundo de mi garganta, escapándose por entre mis labios.

—¡Odio los lunes y todos los días de la semana en los que se trabaja! —grité.

Agarré mi humanidad y salí trotando en busca de mi bolso, ropa limpia, mis llaves y mis cosas esenciales. Corrí al baño, dejé todo lo que traía en el suelo y me desnudé.

La clave para empezar un buen día era bañarse, pero estaba más que claro que ese no sería un buen día y yo no me daría un baño.

Me limpié como pude y luego me puse ropa, me hice una coleta decente, me lavé la cara —en eso consistió mi *skincare*— y salí del departamento.

Nunca había querido vivir en uno, siempre decía que solo era comprar un pedazo de aire, pero al crecer e independizarme me surgieron unas ganas locas de estar en un edificio, ver la recepción, subir las escaleras y tener vecinos guapos cerca. En días como ese lo odiaba con la vida, porque nunca vi a ningún vecino guapo y tener que bajar infinitas escaleras me hartaba. Era habitual que el ascensor estuviera en mantenimiento.

Después de comerme las uñas de todos los dedos y de haber muerto tres veces por la ansiedad de no encontrar autobuses ni taxis, al fin llegué al hospital. No tenía turno, pero había una reunión importante para todas las enfermeras y era necesario que estuviera.

Me detuve al lado de la puerta de la sala de reuniones, planché mi ropa con la palma de mi mano intentando alisar las arrugas, pero fue imposible. Solté un suspiro y tomé el pomo de la puerta para abrirla lentamente. Entré con la cabeza gacha para pasar desapercibida y caminé encorvada y a paso veloz hacia el primer asiento libre. La habitación estaba a oscuras, salvo por la luz que emanaba del proyector que reproducía la presentación de la enfermera coordinadora. No escuchaba nada más que el tambor de mi corazón latiendo a mil por hora. No tenía buen estado físico, por lo que cualquier actividad aceleraba mis pulsaciones, que ahora parecían estar en las nubes.

Respiré profundo para recuperar la compostura y me senté lo más derecha posible mientras giraba mi rostro a las personas más cerca y

las saludaba con la cabeza. A pesar de que no conociera a nadie, no debía ser mal educada.

Llevaba dos meses trabajando en aquel hospital, me habían contratado para hacer un reemplazo y mi jefa ya me había prometido un puesto fijo para el mes siguiente. Siempre mencionaba lo bien que trabajaba, lo emocionada que estaba de que siguiera en el hospital. Yo también estaba muy feliz y expectante, quedaban dos días para que terminara el mes, pero aún no tenía noticias del puesto. Les estaba rezando a todos los dioses existentes para que se pusieran a mi favor.

Mi teléfono vibró y lo saqué con cautela, sin quitar la vista del frente para que la expositora no pensara que no le estaba prestando atención. Bueno, realmente no lo estaba haciendo, pero no quería que se diera cuenta.

De reojo vi en la barra de notificaciones que tenía un mensaje de Mia.

Mia (11.30 h)

> Tenemos que hablar
> después de la reunión,
> nos vemos en mi oficina.

La reunión se alargaba y mis nervios aumentaban con cada segundo que pasaba, tanto así que no logré prestar atención a nada de lo que salía de la boca de la presentadora. Estaba ansiosa por saber en

qué servicio seguiría trabajando, si es que efectivamente me dejaban en alguno.

Nunca lograba manejar mis nervios y ahora era peor. Mi mente se paseaba por todas las malas noticias que mi jefa me podría dar. Lo único bueno de ese método de supervivencia era que luego no me sorprendía si la vida me abofeteaba con algún mal resultado. Un profesor de la universidad me había dicho que si no me sentía nerviosa frente a un nuevo desafío o suceso que se presentaba en mi vida era porque no me importaba. Tenía razón y a mí este trabajo me importaba muchísimo. Al fin me había independizado y por nada del mundo quería volver a la casa de mis padres.

Caminé a paso de tortuga hacia la oficina de Mia.

A pesar de todas las situaciones, conversaciones y malas noticias que mi mente ya había imaginado, tenía una ligera esperanza de que fueran buenas nuevas.

Pisé el último escalón que me llevaría al cuarto piso, allí donde me esperaba mi futuro. Había optado por las escaleras porque consideraba que en ese tipo de situaciones iba de maravillas hacer un poco de ejercicio. Mi sistema cardiovascular me lo estaba agradeciendo cuando mi teléfono empezó a sonar.

Solté un suspiro de agradecimiento al ver quién llamaba y respondí.

—¿Aló? ¡Amiga! No sabes el gusto que me da escuchar tu voz —dramaticé.

—¿Qué ocurre? ¿Estás en problemas?

Caminé hacia la ventana para no quedarme en medio del pasillo y aprovechar de contemplar la vista. No había nada que me gustara y aterrara más que las alturas. Tenían algo sensual que entregar, en

este caso, la espectacular panorámica que se ve desde un cuarto piso.

—¿Crees que siempre estoy en problemas? —pregunté curiosa.

—¿Quieres la verdad?

—Por supuesto, Valeria.

—No estás preparada para la respuesta.

—¿Me estás tomando el pelo?

Soltó una carcajada al otro lado de la línea y yo no pude evitar sonreír. Era impresionante lo bien que me hacía Valeria y lo relajada que me sentía después de conversar con ella o de verla.

—Te llamaba para invitarte a almorzar. Tengo ganas de comer pizza. ¿Te parece?

—¿No tienes turno?

—No. Bueno, sí tengo, pero hoy me toca de noche, así que estaba pensando que podíamos pasar tiempo juntas, ¿qué dices? Sé que han sido días horribles para ti y quiero ser una buena amiga... más de lo que ya soy.

Sonreí, satisfecha. Agradecía al universo por haber puesto una amiga así en mi camino, una que realmente se preocupaba por mí y estaba en mis peores y mejores momentos. Nunca olvidaría que en la universidad prácticamente la obligué a ser mi amiga y después de eso no nos separamos nunca más.

—¡Claro! Termino una pequeña reunión y voy para allá. Mi jefa pidió hablar conmigo... por lo de la continuidad.

—Ayyy, nena, todo irá bien, ambas sabemos que eres una enfermera excelente, así que confía en tus capacidades. No olvides que te adoro —dijo y escuché el sonido de un beso—. Con todo el ánimo, leona. ¡Sé que lo conseguirás!

—Gracias, Vale. Eres la mejor. Después te cuento con lujo de detalles.

—Hablamos, amiga. ¡Beso!

Colgué el teléfono y respiré profundo. Estaba lista para saber qué sería de mi futuro. Me giré y caminé hasta quedar frente a la puerta. Toqué con los nudillos y vi que la mano me temblaba. Erguí más mi espalda.

Mia abrió la puerta y me recibió con una sonrisa.

3

LUCÍA

 «Lights Out» – EXO

Cerré la puerta y caminé perezosamente hacia el interior. Me quité el abrigo y lo colgué en el perchero. Los días habían empezado a estar más fríos, igualitos a como se estaba sintiendo mi corazón. Me quité los zapatos y me acerqué adonde estaba mi amiga mirando alrededor. La estancia seguía igual que siempre.

El departamento de Valeria era chiquito, solo tenía una habitación, el baño y la sala de estar que también era comedor. Tenía una mesa pequeña sobre una alfombra peluda en la que nos sentábamos para estar a la altura correcta. Era estilo japonés y me entretenía poder comer de esa manera.

Me senté junto a ella, me quité el blazer y lo dejé en el piso. No me importó que se arrugara, ya no lo iba a usar más, por lo menos no durante el día. Me relajé y apoyé la espalda en el sofá que tenía detrás. Realmente ese no era mi mes. O, mejor dicho... al parecer no era mi año.

Suspiré mientras me masajeaba la frente.

—¿Cómo te fue con tu jefa? —preguntó Valeria acomodando la caja de pizza y los refrescos en la mesa.

Una mecha de su cabello dorado se le había escapado hacia adelante y se la acomodó detrás de la oreja. Se había amarrado sus rizos de forma descuidada, como siempre hacía cuando yo iba a su departamento y al igual que yo hacía cuando ella iba al mío. Me fijé en sus manos y vi que tenía las uñas cortas, limadas y con un esmalte trasparente. Una vez que eres enfermera te olvidas de que te las puedes pintar.

Se sentó sobre las rodillas de manera cómoda. Llevaba un buzo y una camiseta deportiva, pese a que no hacía ejercicio. Habíamos ordenado una pizza familiar con carne, extra queso, aceitunas, jamón y orégano. Venía, además, con papas fritas y refrescos, el menú típico de cuando estábamos juntas.

—¿Cómo crees que me fue? —Solté el aire de mis pulmones y trasformé la expresión de mi rostro en la más triste que pude, a modo de broma.

Me incliné hacia delante, saqué el pedazo más grande, porque estaba hambrienta, y comencé a comer.

—¡No lo sé, cuéntame!

—Entré en su oficina, fue muy simpática, me dijo que tomara asiento. Yo estaba totalmente nerviosa, así que me senté en silencio y esperé a que Mia empezara a hablar. Cuando vi que no decía nada le pregunté qué pasaba, si es que sabía algo del puesto en el que me iba a quedar o si es que me iba a decir otra cosa. Hoy era mi segundo día libre, mañana se suponía que tendría que volver a trabajar, pero...

Suspiré frustrada y le di un sorbo a mi bebida para terminar de masticar la comida. Había hablado con la boca llena sin que me importara.

—¿Pero? —me preguntó Valeria con sus ojos verdes bien abiertos, expectantes de lo que iba a decir.

—Pero no tengo que ir mañana. Llegó la colega a la que estaba reemplazando, y además me comentó que el puesto que tenía pensado para mí se lo había dado a otra enfermera. «Lo siento, pero no puedo hacer nada. Es la hermana del director», agregó.

—¿Qué? ¿Estás de joda?

Amaba ser su amiga, porque todos los acentos que se me pegaban se le terminaba pegando a ella también, aunque no le gustaran las series españolas.

—Estoy muy enfadada, Lucía. ¿Cómo pueden ser así? Llegan y desechan a los buenos funcionarios para beneficiar a sus familiares. ¡Ay, no sabes lo enojada que estoy! No te lo merecías, yo vi cómo te esforzaste. No es justo, Lu. Además, ¿por qué no te avisó antes? Mínimo respeto para que no quedaras cesante de un día para otro. ¡Qué descaro! —dijo casi gritando.

—Sé que no es justo. Nada de lo que me ha pasado el último mes es justo. Primero Marco me engañó y ahora que por fin logré salir de la casa de mis padres e irme a vivir sola no tengo trabajo. Bien sabes que tuve algunas ofertas laborales, ¡pero es que Mia me lo había prometido! Y ahora, por confiar, me quedé sin nada.

No pude evitar dejar la pizza en la caja de nuevo y abrazarme las rodillas. Ni siquiera me limpié los dedos grasientos antes de tocar mi ropa, eso quería decir que estaba muy triste, ya que era una maniática de la limpieza. Sentí las lágrimas bajando por mis mejillas y traté de respirar profundo para dejar de llorar.

—¿Por qué estoy llorando otra vez? Ya basta, Lucía —me reprendí.

Estaba harta de sentirme así, harta de que nadie me valorara, de

que todos me terminaran haciendo daño. ¿Cuánto podía seguir aguantando mi corazón?

—Ay, amiga. Llora todo lo que quieras.

Valeria dejó su trozo al lado del mío y me atrajo hacia su pecho con sus brazos, apretándome y haciéndome cariño en la espalda. Fue inevitable que mis emociones se dejaran llevar y soltara todo lo que tenía acumulado. Todo el dolor, la decepción y la frustración. La abracé con fuerza y aspiré su dulce aroma a limón, algo característico de ella.

—Eso, bótalo todo. Necesitas sentir tus emociones y darles su lugar. No las reprimas. Está bien llorar cuando algo te hace daño, y este último tiempo muchas cosas te han hecho daño, pero quiero que me prometas que a pesar de todo no te quedarás en el hoyo, ¿oíste? Me tienes a mí y me puedes llamar cuando lo necesites, a la hora que quieras y cuantas veces quieras. ¿Está bien?

La abracé aún más fuerte y hundí mi cara en el hueco de su cuello.

—Lucía. ¿Me oíste?

Se separó de mí y me acunó la cara entre sus manos, obligándome a hacer contacto visual.

—Sí, te oí. Te lo agradezco muchísimo. Tu amistad es lo que más necesitaba en la vida. Y te prometo que no me dejaré hundir.

—Esa es mi chica.

Después de unos minutos me sentí muchísimo más calmada y me separé de mi amiga. Me sorbí la nariz, pero no fue suficiente, los mocos llegaron de igual manera a mis labios, así que estiré la manga de mi blusa y me la pasé para quitármelos. No tenía papel higiénico cerca, aunque la verdad es que me daba lo mismo.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, muchas gracias, Val.

—Está bien, pero no te vuelvas a limpiar los mocos con las mangas —dijo mientras reía y me pasaba una servilleta—. Es asqueroso.

Estallé en risas y sentí cómo mi corazón se llenaba un poco más de felicidad. Iba a ser difícil llenar los vacíos que me había dejado mi ex y la ausencia de un trabajo estable, pero junto a mi buena amiga lo haría.

—No sé qué haré ahora con el departamento. No tengo muchas cosas, pero no sé si seré capaz de seguir pagándolo.

Intenté respirar con calma. Mis problemas me estaban agobiando muchísimo y no sabía cómo gestionarlos. Me sentía encerrada en una caja, vacía, sola y sin salida, una caja rodeada de paredes de vidrio que me dejaban admirar el exterior, haciéndome sentir celos de que los demás tuvieran las cosas tan claras y yo no pudiera salir de ahí.

La presión en el pecho volvió y quise llorar otra vez.

Me encontraba perdida.

—No te atormentes. Echa los pensamientos intrusivos de tu mente, buscaremos una solución juntas. No estás sola en esto. Ya verás que este bache lo podremos tapar y después caminarás por encima de él como una puta ama. Porque lo eres, eres la puta ama.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente que siempre estés para mí, en las buenas, en las malas y... en las peores.

—Es mi labor de mejor amiga, y aunque no fuera mi labor sería un placer. No me gusta ver que pierdes tu brillo tan característico. Eres

como el sol cuando entras a un lugar, Lucía, alumbras la estancia con el solo hecho de sonreír y de ser tú. No sé si te has dado cuenta, amiga, pero eres mucho más de lo que crees que eres, tienes una capacidad gigantesca de hacer todo lo que te propones, y no estoy de acuerdo con que un imbécil de mierda que te engañó y no te valoró, sumado a la nula lealtad de tu antigua jefa, te hagan caer.

Me miró con cara de preocupación y continuó.

—Saldremos adelante. Estoy contigo en esta y en todas, Lu.

Me abalancé sobre ella y la abracé con todas mis fuerzas. No sabía lo que había hecho en esta vida o la anterior para merecer a alguien así.

Permanecimos en esa posición un momento, porque lo necesitaba, necesitaba contacto físico y sentir su cariño.

Suspiré. Mi estado de ánimo estaba mejor, mucho mejor. Por fin pude sonreír sinceramente, porque en ese momento realmente me sentí feliz.

Me separé de Valeria y asentí con la cabeza.

No hacía falta decir nada más, así que me giré hacia la pizza con las tripas rugiendo y tomé el pedazo que había dejado a medias. Estaba exquisita y comí lento para degustar todos sus sabores.

—La mejor pizza de todas.

—Concuerdo contigo, nena.

4

LUCÍA

¿Qué somos las personas?

Un conjunto de recuerdos, momentos, sensaciones, olores, canciones y frases. Somos lo que vivimos y los errores que cometemos, somos la fuerza y la voluntad que ponemos, somos la capacidad de aprender de nuestros tropiezos para no volver a repetirlos, somos el amor que damos y el respeto que entregamos.

Somos un montón de cosas, pero por sobre todo somos valientes al vivir la vida, al superar cada obstáculo, al levantarnos y sanar nuestro corazón, al aceptar que nadie es perfecto y que estamos propensos a dañar y ser dañados por otros.

Pero no por eso vamos a permitir que lo hagan adrede.

Nunca pienses que el daño que te hacen los demás es por tu culpa, solo es lo que tienen adentro para entregar.

Abrázate.

5

LUCÍA

2 DE SEPTIEMBRE DE 2021

La semana había pasado lenta, muy lenta, y ese día estuve toda la tarde en mi casa acostada en la cama, mirando el techo y haciendo... nada. Había sido, en parte, un día horrible, como todos los que estaba teniendo últimamente, y decidí ir por una copa. No bebía alcohol hacía un tiempo. Valeria tenía turno de noche y mis otras amigas, si las podía llamar así, siempre estaban ocupadas, así que no tenía compañía.

Solía pensar que la gente que bebe sola tiene problemas emocionales o de cualquier tipo, pero de esos grandes. Ese pensamiento se quedó atrás cuando vi que no tenía con quien satisfacer mis caprichos y que realmente quería tomar una cerveza, así que me armé de valor para consentirme y disfrutar de mi compañía.

O, tal vez, sí que tenía problemas... daba igual.

Las noches estaban bastante heladas. Enfermarme era una pésima idea, por lo que me puse un abrigo y también cogí una bufanda y unos guantes para que las manos no se me congelaran y se me cayeran los dedos. Tomé mis llaves y bajé rápido por las escaleras. Estaba emocionada ante la idea de hacer algo diferente,

distraer mi mente y salir de mi zona de confort, cosas a las que no estaba acostumbrada. A algún vecino le había escuchado decir que cerca de nuestro edificio había un bar muy bueno y me pareció ideal, porque no tendría que pagar el metro y aprovecharía de tomar un poco de aire fresco mientras caminaba. Me daba cuenta de lo encerrada que estaba, necesitaba respirar algo que no fuera la pintura de esas cuatro paredes, especialmente porque me recordaban que estaba desempleada y eso me hacía sentir de la mierda.

A pesar del frío caminé a paso lento, mirando a mi alrededor para no pasar nada por alto. El local tenía muy buena pinta, parecía moderno y envolvente. Me apresuré a entrar y la iluminación tenue me dio la bienvenida. Había mucha gente, aunque a lo lejos pude ver la barra y que había asientos y algunas mesas libres.

La armónica luz provenía del modelo de lámparas colgantes que tanto me gustaban y que siempre había querido comprar para el departamento, pero que nunca adquirí, ya que antes no tenía tiempo para ir de compras y ahora —que tenía todo el tiempo del mundo— no tenía trabajo.

Las personas conversaban en un tono más alto de lo normal a raíz del volumen de la música, muchos bailaban y otros coqueteaban con descaro moviendo las caderas y entregando miradas lujuriosas. Sonreí y negué con la cabeza, esa noche no sería así para mí. No quería saber de hombres por los próximos cien años.

Me senté en una silla libre y pedí mi primer trago. Me quité la chaqueta, dejé mis cosas en el banquillo que tenía al lado y lo acerqué para tenerlo vigilado. Después de unos minutos la camarera me entregó el vaso con una sonrisa, y así de rápido como llegó se

fue. Empiné la bebida y bebí un gran trago. Levanté la mano de nuevo, esta vez para pedir comida. No quería embriagarme tan rápido, deseaba disfrutar el sabor del alcohol, y si después me apetecía podría incluso ir a la pista de baile a moverme un rato.

Después de la cuarta o quinta copa ya no sabía por qué había comenzado a beber. La idea de bailar se me hacía cada vez más lejana y preferí cerrar los ojos para sentir la música mientras daba traguitos.

Un ruido cercano me sacó de mi disfrute y percibí una figura frente a mí.

—¿Me puedo sentar aquí?

—No sabía que había un letrero sobre mi cabeza que dijera «hazme compañía».

Para tener un poco de agua en el bote sentí que gesticulaba de puta madre. Sonreí para mí misma y me felicité mentalmente.

—Ya, pero es que me gustaría hacerte compañía.

—De seguro debe haber muchas chicas por aquí que quieren chuparte el...

Sentía todo el cuerpo dormido, desde la mandíbula hasta mi conciencia, por lo que no me molesté en filtrar lo que quería decir. Tampoco me importaba. Bajé la vista al piso y mi menté comenzó a divagar. Pensé que podría darme de boca en el suelo y no lo sentiría de tan anestesiada que tenía mi humanidad.

—Ey, no es esa mi intención. Solo te veo un poco triste. ¿Problemas en el trabajo? ¿Amorosos? ¿Qué te trae al bar?

Con mi visión periférica vi cómo el extraño no deseado tomaba el respaldo de la silla y posaba su culo en ella. Elevé mi mirada hasta mi copa, que contenía un líquido azul y sal en el borde, y la moví en

círculos un par de veces. Según la barman se llamaba Margarita Blue, pero por su sabor yo lo habría llamado Manjar de los Dioses. Di un trago largo y cerré los ojos mientras el líquido bajaba hasta mi estómago.

—Por cierto, encantado de conocerte, mi nombre es...

—No me interesa tu nombre. Solo sé que no sabes respetar mi decisión de querer estar sola en este momento.

No deseaba entablar conversación con nadie, menos con un desconocido que no me dejaba en paz. Sabía que las mujeres borrachas eran más propensas a que se aprovecharan de ellas estando bajo el efecto del alcohol, pero él realmente no me conocía si creía que podría hacerme algo.

—Entiendo cómo te debes sentir, la vida a veces es una mierda.

—Tú no entiendes nada.

—Explícame, entonces. —Su voz era suave y comprensiva.

Realmente no estaba entendiendo nada, no era que estuviera en una sesión de psicología, así que no me molesté en responder. No tenía ganas. Me terminé de un trago el resto de tequila que me quedaba y levanté la mano para pedirle a la camarera otro igual.

—Sé lo que estás buscando. Y déjame decirte que no está en este bar.

Me giré hacia él. Esta vez sí que no me iba a quedar callada. ¿Quién se creía él para decirme lo que estaba buscando?

—No sabes lo que estoy buscando. —Quería decirle tantas cosas... me había subido una ira que no sabía de dónde provenía, pero vino acompañada de una sensación de decaimiento y sinceridad—. Bueno, ni siquiera yo misma lo sé. Ya no sé lo que quiero, no tengo un objetivo, todo me ha decepcionado últimamente y...

Suspiré y me quedé en silencio para ver si el desconocido terminaba de decir lo que quería decir, como si pudiera guiarme y explicarme lo que me estaba pasando.

—¿Sabes? Entiendo cómo te debes sentir. Me siento reflejado en ti desde que te vi pasar por esa puerta. Tu mirada perdida me remontó a una época a la cual espero nunca volver y que no le deseo a nadie. Si algún día necesitas conversar, puedes escribirme.

Tomó una servilleta y sacó un lápiz de su delantal. Lo vi garabatear en ella, pero todo era cada vez más borroso. Percibí que me tendía la mano y yo no supe qué hacer.

—Mi número.

—Bueno —dije mientras lo recibía—, me iré a pagar la cuenta. Voy a pedirle a la mesera que mejor no me traiga el último trago.

—Tranquila, la casa invita.

—¿Puedes hacer eso?

—Claro, mi jefe me ama.

—Si yo fuera tu jefe te despediría por regalar tantos tragos, porque te aviso de antemano: tomé demasiados.

Escuché la silla rechinar y vi cómo se ponía de pie para acercarse, aunque no podía enfocarlo bien. Identifiqué que tenía el pelo negro, su rostro era una masa confusa. No me quise esforzar en intentar reconocer sus facciones, porque de igual manera no lo volvería a ver nunca más.

Seguí recorriendo su cuerpo con mi mirada y noté que estaba usando una camisa negra. Algunos botones estaban desabrochados y se podía ver su piel blanca y su clavícula. Tenía las mangas arremangadas y un delantal amarrado en las caderas que le caía hasta las rodillas. Vestía un pantalón a juego con su camisa y sus

botas eran cafés. Tenía estilo, se veía guapo, la ropa le quedaba ajustada.

Me reprendí mentalmente por estar pendiente de algo así en un momento como aquel y me levanté intentando no tambalearme. Agarré mi bolso y me dispuse a ir hacia mi departamento.

El peor de los errores que uno siempre comete es beber sentada, porque al pararse es como si la vida se intentara escapar de tu cuerpo y la única solución es volver a sentarte para no llenar el piso de vómito.

Eso hice, volví a apoyar mis nalgas en la silla.

Respiré profundo y el barman me estiró su mano. A pesar de todo, estaba siendo amable conmigo, así que decidí aceptar su oferta y me agarré con fuerza. En mi segundo intento por dejar las instalaciones me levanté despacio, pero mis torpes pies se enredaron con las patas de la mesa —había estado tropezando el día entero con todo lo que se me cruzaba y me cabreaba tener tan mala suerte.

El chico me cogió por la cintura para no dejarme caer y sentí que se concentraba todo el calor de mi cuerpo en mi rostro y en mis partes bajas. Me avergoncé de que mi cuerpo reaccionara de esa manera, pero lo entendía: cuando estaba borracha se me subía aún más el deseo. Posé mis manos sobre las suyas y las quité de mi cuerpo tratando de no mirar su rostro, que estaba a solo algunos centímetros del mío.

Carraspeé mirando hacia abajo y me alisé las ropas.

—Muchas gracias por la ayuda... y por el alcohol. Que tengas un buen turno.

Comencé a rodearlo para llegar a la puerta, pero me agarró del

brazo y me paró en seco.

—¿Te irás sola? ¿Dónde vives?

—Vivo cerca.

Me zafé de su mano y volví a caminar con paso decidido e intentando controlar mi respiración, porque el mundo no dejaba de girar.

Esperaba estar caminando de manera recta y no en zigzag como hacen los borrachos.

—¿No me dirás tu nombre?

Giré mi rostro mientras me afirmaba de la puerta y trataba de localizarlo entre la gente. No veía ni una mierda, así que fijé mi vista en donde se suponía que debía estar y le respondí.

—Si nos volvemos a encontrar en otro tipo de circunstancias, puede que sí.

6

LUCÍA

 «Falling» – Harry Styles

Qué difícil es soltar cuando no quieres soltar.

Es aún más difícil cuando sabes que lo debes hacer, pero una parte de ti se resiste.

No te podía soltar. Me costaba.

Pero ¿cuál es el límite en el que empiezas a perderte a ti y a los demás por no soltar a otra persona?

¿Cuándo sabes que debes decir basta y luchar por el amor propio?

No lo sé, pero lo sentí. Estoy feliz de haber podido salir de ahí.

7

LUCÍA

—Eres la persona más hermosa que haya visto, Lu.

—No me digas eso. —Me tapé la boca para ocultar la sonrisa boba que esas palabras me habían provocado. Estaba muy nerviosa, y que me dijera lo feliz que se sentía conmigo y lo hermosa que era me ponía como una adolescente en su primera cita.

—Sabes que es verdad. Me vuelves loco y no imaginas las ganas que tengo de comerte la boca ahora mismo.

—Vas a tener que esperar a llegar a casa.

—No quiero.

—Bueno, vas a tener que querer —comenté entre risas.

Íbamos de la mano hacia mi departamento. El sol me calentaba el alma. Era un día de invierno, soleado y perfecto junto a su compañía.

De repente dejó de caminar, se puso enfrente de mí y me acunó el rostro. Me besó la frente y luego sus labios se posaron sobre mis ojos. Siguieron su camino hasta mis mejillas y descendieron hasta mi mentón para terminar en mi boca. Siempre hacía el mismo trayecto, y a mí me encantaba cerrar los ojos y sentir su amor. Sus besos eran dulces y podía notar todo el cariño y la pasión que emanaba de

ellos. Me fascinaba la forma carnosa de sus labios y lo delicados que se sentían contra mi piel.

Se separó unos centímetros y nos vimos directamente a los ojos.

—*Te quiero... mucho*.

—*También te quiero mucho, Marco*.

3 DE SEPTIEMBRE DE 2021

Me desperté con lágrimas en los ojos y el alma partida.

A pesar del odio que podía sentir hacia él, ganaban todas las cosas lindas que habíamos vivido. El corazón era tan inoportuno que anhelaba todo lo que algún día me había hecho trizas y ya no estaba conmigo. No sabía si lo extrañaba *a él*, pero sí extrañaba todo lo que me había hecho sentir. Por primera vez me había enamorado, y la sensación de estar todo el día en una nube era malditamente adictiva. Mientras estuvimos juntos, me había dado cuenta de que nunca había sentido amor con mis otras parejas. Quizá esa era la razón de por qué había sido tan ciega.

Suspiré profundamente y me senté en la cama, dejando mis emociones fluir. Quería llamarlo, decirle que estaba bien, que lo perdonaba, pero no era lo correcto; él había tomado la decisión de dañarme, de no pensar en mí. No merecía que no me valoraran. No otra vez. Lo había permitido durante mucho tiempo y no quería que la única persona que realmente debía amarme siguiera con la venda en los ojos y no me protegiera. Debía quitarme esa tela y ver más allá, porque si yo no me cuidaba no podía esperar que los demás lo hicieran.

Miré mi celular y lo desbloqueé.

Tenía un mensaje de Marco y comencé a tiritar por los nervios. Lo extrañaba tanto y a la vez lo odiaba desde el fondo de mi ser. Una parte de mi alma lo anhelaba y gritaba que lo quería de vuelta, de seguro era la parte pendeja. Traté de hundir bien profundo ese lado de mí, aunque sabía que dejarlo y cortar el lazo que teníamos sería un proceso doloroso. Había creído todas y cada una de las mentiras que salían de su sucia boca. Siempre.

Me armé de valor y abrí el mensaje.

Marco (09.30 h)

Lu, necesitamos hablar.
Sé que estás conectada,
por favor no me
ignores, necesito
explicarte lo que pasó.
Me
sentía muy inseguro en
nuestra relación y...

Lucía (09.50 h)

No me vengas con excusas. Si me engañaste fue porque así lo quisiste. Nadie te obligó a hacerlo. Que seas un mentiroso es tu problema.

Marco (09.52 h)

Por favor, no me digas eso. Aprendí mi lección, en serio la aprendí.
No te quería hacer daño, por favor, necesitamos hablar.

Lucía (09.52 h)

No lo creo, Marco. Me hiciste mucho daño. Esta vez me voy a querer más a mí misma y decir basta.

Marco (09.53 h)

Pero, Lu...
Por favor.

(09.53 h)

Usuario bloqueado.

Lancé el celular sobre la cama y me tapé la cara con ambas manos. No creía que fuera infantil bloquear a alguien que te hacía daño, así que no me preocupaba haberlo hecho. Prendí la televisión y además puse música. No quería seguir llorando, pero cuando recordaba el mensaje de la chica con la que me engañó mi exnovio y la nula importancia que tuve en su vida me sentía fatal. No tenía cómo saberlo, jamás imaginé que mi dulce historia de amor terminaría en odio y traición.

Respiré profundo por enésima vez durante la mañana y tomé mis cosas para ir a la ducha. Ya había decidido que sería un buen día y lo primero para que se hiciera realidad era darme un baño. Pasé a la

cocina a tomar un gran vaso de agua, porque las bebidas que me había tomado la noche anterior me habían dejado deshidratada.

No recordaba mucho, no era habitual que tuviera lagunas mentales después de beber, pero esa salida en particular no me importaba haberla olvidado, ya que lo había hecho cerca de casa. Me miré de arriba abajo: estaba completa y en una sola pieza; no veía que tuviera magullones, rasguños o algo diferente, por lo que pude inferir que no me había peleado con nadie y tampoco me había caído. Era un triunfo, ya que siempre me caía en todos lados, ebria o sobria.

Abrí el grifo de la regadera mientras esperaba que la habitación se calentara.

Escuché la música sonar desde los parlantes y me noté más relajada. Gracias a la melodía que sonaba de fondo pude desviar mis pensamientos hacia otras direcciones, «El Dorado», de Exo, siempre tenía ese efecto en mí. Me hacía cantar a todo pulmón en vez de quedarme llorando. La clave era no pensar demasiado y ocupar la mente con cosas interesantes, como intentar adivinar qué carajos había hecho la noche anterior o pensar en qué sería de mi vida sin empleo.

De todas formas, era mejor llorar por eso que por el imbécil de mi ex.

Me desnudé y metí un pie en la ducha para verificar la temperatura. Los vellos de mis brazos y piernas se erizaron por el frío que me había dado al quitarme la ropa. Justo en ese momento, el sonido de la notificación de un mensaje captó mi atención. Me giré hacia mi teléfono, pero estaba muy lejos para leer la pantalla. El

estante de las toallas estaba en el otro extremo, así que ni siquiera intenté estirarme. Negué con la cabeza y pasé de él.

La vibración y el sonido de reiteradas notificaciones sonaron con rapidez. Como era chismosa, sabía que no me iba a poder concentrar hasta ver quién me había escrito, así que pisé con fuerza para salirme de la ducha. Mi pie resbaló y me agarré rápidamente de la cortina del baño, pero al parecer no estaba diseñada para soportar varios kilos, porque mi cuerpo entero terminó estampado en la baldosa.

Un fuerte dolor recorrió mi espalda y solté una maldición. Suspiré y me giré para alcanzar el bendito teléfono. Estiré mi mano, lo tomé del estante, lo puse frente a mi cara y se desbloqueó.

Valeria (10.30 h)

¿Estás viva?

(10.33 h)

Anoche me dijiste que tenías algo que contarme.
¿Te liaste con alguien? ¿Acaso es el pelinegro de anoche? ¿El barman? ¿El que tenía buen trasero?
(10.34 h)
¿El que tenía un trasero apretable? ¿Se lo apretaste?, jajajá, necesito saber.
Por cierto, buen día.

Lucía (10.36 h)

¿De qué pelinegro me hablas?

Subí con mis dedos la conversación que habíamos tenido la noche

anterior y quedé con la boca abierta. Sí, le había escrito sobre un hombre de pelo negro con buen trasero. Sentí como mis mejillas se sonrojaban mientras intentaba buscar en mi memoria algún indicio que me explicara lo que había hecho.

Solo espero no haber hecho nada estúpido.

Lucía... ¿qué hiciste?

Me sobé la espalda y rápidamente me metí a la ducha.

Bajé cojeando hasta el primer piso lista para dar «un trote a la manzana». Después de la patética caída que había tenido en la bañera no estaba realmente segura de si debía salir a correr, pero hacía mucho tiempo que mi ejercicio se había limitado a la caminata que realizaba camino al trabajo y del trabajo a casa. Recordando el dicho «mente sana en cuerpo sano» decidí que lo intentaría. Empecé a estirar mis músculos y me puse los audífonos iniciando cualquier canción en aleatorio que me diera energía, aunque a volumen bajo, ya que no quería morir por no escuchar los ruidos a mi alrededor.

Admiré el entorno y tomé una bocanada de aire para llenar mis pulmones. No estaban acostumbrados a ese tipo de trato, pero debían empezar a estarlo, porque me prometí que sería menos sedentaria. La calzada de adoquines me encantaba, le daba al entorno un aire de otras épocas, y las calles estaban llenas de rica arquitectura con edificios de diseños antiguos, preciosos. Lo más actual era mi departamento, y conste que el ascensor estaba siempre descompuesto. Me gustaba que el barrio estuviera repleto de árboles y bancas de cemento que parecían piedras gigantes en medio de la naturaleza.

Cuando dejé de pensar en el paisaje, me di ánimos y comencé mi

ruta de ejercicio. Siempre había querido utilizar ese término, aunque no tenía una ruta definida. Iba a crearla. Fui pasando por fuera de algunos edificios con varios locales de comida y de pronto me topé con una cafetería que estaba abriendo sus puertas. Bajé la velocidad al notar que un joven me miraba fijamente. Sentí un escalofrío recorriéndome el cuerpo y desvié la mirada.

—¿Cómo está la resaca? —soltó cuando pasé a su lado.

Me paré en seco y lo quedé mirando con cara de boba. Su pelo negro me decía que lo había visto en alguna parte, pero en ese momento no tenía ni idea de quién era.

—¿Disculpa? —dije confundida mientras me quitaba un audífono.

—La resaca, cómo va. Ayer te fuiste del bar con bastante agua en el bote.

Sentí como mis pómulos se llenaban de sangre y mi cara aumentaba de temperatura. Jamás en mi vida había visto a ese hombre que me hablaba con total confianza. De seguro la noche anterior me había enrollado con él... mierda, de seguro era el tipo del mensaje que me había escrito Valeria. Necesitaba que la tierra me tragara o que un alíen bajara y me drenara la sangre para no existir.

Bien hecho, Lucía, enrollándote ebria con tus vecinos mientras aún lloras la separación con tu ex.

—Ah. Ehm... Me encuentro bien, he tomado bastante agua y estoy como nueva. —Lo miré expectante para que me dijera su nombre, porque por más que intentara recordarlo no podía.

—Mateo. Mi nombre es Mateo. No tuve la oportunidad de decírtelo anoche, estabas de mal humor y está bien, quién estaría contento

de que lo interrumpan. —Sonrió y vi que se le marcaban hoyuelos en las mejillas.

Tenía una sonrisa cálida, me relajaba, y además me miraba atentamente. Lo vi limpiarse las manos en un paño de cocina y acepté que, a pesar de tener un paño entres sus manos, era muy apuesto. Lamentablemente su nombre empezaba con «M», señal inequívoca de que era un infiel.

—Un gusto, Mateo. Me llamo Lucía. —Estiré la mano hacia él para concretar el saludo. Es de mala educación no estrechar las manos cuando recién estás conociendo a alguien, aunque no sabía si era válido para esta ocasión, puesto que lo había conocido la noche anterior.

—Igualmente, Lucía.

—Yo... tengo que seguir haciendo ejercicio —dije rápidamente.

Me sentía avergonzadísima, necesitaba irme, esconderme, comprar un boleto de avión y viajar al otro extremo del planeta. Por desgracia, mi tarjeta no podría cubrir ni la mitad del pago, así que desestimé la idea al segundo.

—¿Te gustaría pasar a tomar algo? Para empezar un buen día no debe faltar una buena taza de té.

Lo miré y algo me hizo gracia. No sé si la forma en que ofreció tomar algo conmigo o la calidez de sus ojos, que me hacían sentir que lo conocía de toda la vida, como si hubiera estado muchos años extrañando algo que no sabía que extrañaba y que ahora que lo tenía enfrente me percataba del dolor que había llevado en el pecho por su ausencia.

No, era imposible.

Solo era una estúpida necesidad de contacto humano, aprobación,

ganas de que alguien me diera amor. Estaba saliendo de una relación que terminó en tragedia como la de Romeo y Julieta, aunque en esta ocasión lo único que se había muerto eran mi confianza y mi fe en el amor puro y sano.

No estaba lista para una nueva relación.

Aunque... ¿quién podría pensar que una invitación a tomar una taza de té podría terminar en una relación? Claramente alguien tan loca como yo. Nada me impedía que fuéramos amigos, así que me dejaría de pensamientos inútiles y tomaría el maldito té con él.

—Me encantaría. Necesito que sea un buen día. Acepto.

Mateo se hizo a un lado esperando que yo pasara. Una vez dentro caminó delante de mí y lo seguí. Era un bar muy lindo, estaban las luces encendidas y noté que tenía unas lámparas colgantes preciosas.

Me tapé la boca un momento al recordar fragmentos de la noche anterior. La música, el calor que emanaba el lugar con tanta gente bailando y disfrutando, las luces, las mesas y escenas borrosas de un chico sentado en...

—Toma asiento —me invitó abriendo la silla para mí.

En esa mesa. Estaba al lado de la barra y varias imágenes vinieron a mi cabeza. Un desconocido sentándose frente a mí, agarrando mi cintura para evitar que me cayera, la sensación de molestia y de amargura de la noche. No me acordaba de lo que habíamos hablado con exactitud, pero estaba segura de que no fui para nada simpática.

—Muchas gracias —titubeé.

Me senté rápidamente, me quité el otro audífono y apagué la música desde mi celular. Me puse nerviosa al recordar esos

pequeños momentos que de pronto se hacían más nítidos en mi memoria. Ya no sabía cómo actuar. ¿Debía pedirle disculpas? No, de igual forma yo estaba en lo correcto. No sé en qué estaba en lo correcto, pero sentía que tenía razón. En algo.

Mateo me dio la espalda, se alejó de la mesa en dirección a la barra y no pude evitar notar que tenía un buen trasero. Solté una risa por lo bajo al recordar la conversación con mi amiga. Sí que tenía un trasero apretable.

Abrí el chat con Val y escribí a toda velocidad.

Lucía (11.40 h)

Respuesta a:
¿El que tenía un trasero apretable? ¿Se lo apretaste? Jajajá, necesito saber.
No se lo apreté, pero sí que tiene un trasero apretable, jajajá.

Valeria (11.40 h)

No te quedes sin responderme los otros mensajes.
Necesito detalles, niña.

Me sorprendió lo rápido que me respondió mi amiga, aunque debía admitir que para el chisme ambas éramos veloces. Carraspeé para dejar de reírme. En mirar no había engaño. Me sentía un poco incómoda por volver a fijarme en otros hombres, pero había sido inevitable. Además, no le hacía daño a nadie.

—¿Estás bien?

Levanté la vista y me encontré con sus ojos cafés que me miraban con... diversión. ¿Me había atrapado? Sentí que mi cara se convirtió en la de una pancora y asentí.

—Sí, estoy bien. No te preocupes.

—¿Te gusta el té negro? —me preguntó desde el otro lado.

—Sí, es uno de mis favoritos.

—¿Con cuántas de azúcar?

—Dos, por favor.

Después de unos minutos se acercó hacia la mesa con una bandeja y depositó sobre el mantel blanco dos tazas de té y un plato con distintas galletas y donas. Se veían riquísimas y mi estómago rugió de hambre. No había comido nada más que una manzana y tomado el vaso de agua en la mañana para pasar la resaca. Vivir

sola había empeorado mis hábitos alimenticios y horarios de comida, y necesitaba con urgencia regularizarlos.

—¡Qué delicia! —dije alargando la mano hacia la primera dona que vi, una con glaseado de chocolate y chispitas de colores. La mordí con desesperación y la boca hecha agua. Me sonrojé al notarlo y tragué con dificultad. Su sabor era exactamente igual a como se veía, o sea, estaba riquísima.

—¿Cuál es tu dona favorita?

—Bueno, si no pudiera elegir esta, definitivamente serían las bañadas en azúcar glas con relleno de mermelada de frambuesa. Son las mejores, en mi opinión. ¿Y la tuya?

—Rellenas de chocolate. No hay nada más rico que el chocolate en todas sus presentaciones.

Nos miramos y ambos soltamos una risa.

—¿También trabajas aquí durante el día? Es como una especie de...

—¿Cafetería? Sí. Hasta las siete de la tarde es cafetería y desde las ocho se convierte en el bar más reconocido de la capital.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué yo no los conocía de antes?

—Porque no sabías lo que era bueno.

No pude aguantar la risa y solté una carcajada mientras me tapaba la boca para que no se me escapara ningún trozo de dona. Tomé un sorbo de té y pude saborear su gran calidad, era muy bueno.

—¿Puedo inferir entonces que trabajas todo el día y todos los días aquí?

—Sí y no. Trabajo con el sistema de turnos, pero vivo en el segundo piso, así que no me puedo librar mucho del barca.

—¿El barca? ¿Es una forma abreviada de decir bar y cafetería?

Intentó ocultar su risa avergonzada detrás de su mano, pero de igual forma alcancé a ver sus hoyuelos. Su sonrisa me tenía hipnotizada, pero debía recordar que no todo lo que brilla es oro.

—Sí, es un nombre que le puse hace años y nunca se lo cambié. Me acostumbré tanto a él que se me olvida que tiene un nombre real, uno que me costó mucho decidir, por cierto.

Levantó su mano hacia su cabello y se lo acomodó. Era de un negro azabache, muy sedoso y brillante.

—¿Cómo es eso? ¿Tú le pusiste el nombre?

—Por supuesto que sí.

—Pero, acabas de decir que trabajas aquí... olvídalo. ¿Tu jefe no se enoja si estás platicando aquí conmigo en vez de trabajar?

—No me enojo, necesito a veces un tiempo para distraerme.

—Entonces eres el dueño. Lo debí suponer cuando dijiste lo del nombre, qué burra.

Se rio nuevamente, ahora de manera muy delicada. Esta vez se estaba riendo de mí, no conmigo. De igual forma me gustó, estaba pasando un buen rato y eso era justamente lo que había estado necesitando desde hacía tanto tiempo.

Pasar un buen rato.

Me sentía más ligera, como si todos mis problemas en verdad fueran una migaja de pan y recién ahora tomara conciencia de que con mi mano podía sacudirlas y tirarlas para deshacerme de ellas.

—¿Eres una apasionada de los deportes? —preguntó de improviso.

—Para nada, recién lo iba a empezar a intentar hoy —confesé con un poco de vergüenza.

—Siempre se necesita un comienzo para adquirir un nuevo hábito.

—Intentaré formármelo, aunque lo dudo. —Solté una risita.

Aún me sentía un poco avergonzada por la forma en la que nos habíamos conocido, así que decidí marcharme y llevar mi vergüenza a otro lugar.

—Bueno, Mateo, me tengo que ir. ¿Cuánto te debo por...?

—Nada. La casa invita —me cortó—, igual que anoche.

—¿Me invitaste los tragos anoche? No bebo poco, Mateo.

—Considéralo un regalo. Te veías triste y solo quería animarte.

Bajé la mirada e instintivamente me alejé un poco de la mesa.

—Sí, lo estaba. No quiero pensar en eso ahora. —Le hice un gesto con la mano para restarle importancia.

—No creo que lo recuerdes, pero te lo volveré a decir. —Inclinó su cuerpo hacia adelante y me miró fijamente—: Si necesitas conversar o cualquier cosa, escríbeme, no importa la hora o el momento. No hay nada peor que no tener con quién desahogarte cuando más lo necesitas.

Vi como su vista se nublaba y se perdía por entremedio de sus recuerdos. Sentí una pena en el corazón por conocer a una persona tan amable, que solamente tuviera ganas de ayudar a alguien a quien vio que lo estaba pasando mal. Me sonrojé por haber pensado tonterías cuando recién lo había conocido.

—Te lo agradezco muchísimo, aunque... no me acuerdo dónde dejé tu número.

—Pásame tu teléfono.

Obedecí enseguida a la petición. Abrí mi cangurera y le tendí mi celular desbloqueado. Me miró un momento y tecleó rápidamente. Por un segundo se me pasó por la mente que podría ver la conversación con Valeria y rogué que mi amiga no me mandara

ningún mensaje en ese momento, no quería que hubiera malos entendidos. Esperó un segundo y ambos escuchamos cómo su dispositivo vibraba. Cortó la llamada y me lo devolvió.

—Ahora sí.

—Muchas gracias de nuevo, por el desayuno y por la plática. Ahora tengo que hacer algo de ejercicio, de lo contrario me dará flojera y no querré hacerlo.

Me levanté de mi asiento y él hizo lo mismo. Se acercó a mí y me estrechó la mano.

—Nos vemos, Lucía.

—Nos vemos, Mateo.

8

LUCÍA

Hay días en que nuestra mente es nuestro peor enemigo. Días en que los pensamientos negativos se cuelan por entre pequeñas rendijas sin que los hayas llamado y te empapan con tus mayores miedos y dudas.

Te miras al espejo y no los puedes encerrar más. Tu alma se termina de quebrar y lloras todo lo que tu corazón había estado aguantando. El llanto se desborda y te deja en el piso abrazándote las rodillas, rogando por dejar de sentir el dolor y la frustración.

Pero no hay nada mejor que escuchar a tus emociones, experimentarlas y recibirlas para luego hacerte cariño, regalonearte y comenzar el doloroso proceso de sanar y ser capaz de decir que ese nuevo capítulo será mejor que el anterior.

Es un proceso difícil, pero decidí que no dejaría que nadie me juzgara más que yo.

9

LUCÍA

 «The Door» – Teddy Swims

15 DE SEPTIEMBRE DE 2021

La semana había sido un fiasco, otra vez. No había podido ver a mi mejor amiga, porque Val había estado sobrecargada de trabajo. Había abandonado mis ganas de hacer ejercicio, logré hacerlo solo dos días y luego la pereza ganó la batalla. Además, ese día me había ido horrible dejando mi currículum, pasando de servicio en servicio, ya que en ninguno estaban necesitando personal.

Caminé por las tormentosas calles del centro de la ciudad a paso lento, exhalando frustración. En esos momentos me preguntaba si realmente había nacido para ejercer la profesión que había estudiado, si mis capacidades eran adecuadas, si mi destino era ese o si en verdad estaba a la vuelta de la esquina con el trabajo que había soñado de pequeña, ser cantante o actriz... puras bobadas.

Mis sueños fueron aplastados por la presión familiar, por la implantación de una idea en mi mente que no era mía —pero que adopté como mía para no quedar mal.

¿Qué hubiera sido de mí si hubiese escogido lo que realmente quería hacer? ¿Qué era lo que realmente quería ser?

Me senté exhausta en una banca rodeada de árboles que le daban una sombra fresca. El día estaba soleado, pero no caluroso; era una temperatura perfecta. Todo se veía más verde que meses atrás y noté que la primavera venía a pasos agigantados, cosa que me encantaba. Respiré profundo, sobándome el cuello, y miré mi carpeta que ahora estaba vacía. La había llevado durante la mañana para todos lados.

Se me hizo inevitable pensar en mí como la carpeta.

Me sentía vacía, sin un objetivo o una meta, viviendo cada día solo porque tenía la oportunidad de vivir, aferrándome a un destino que pensaba que ya estaba forjado y que solo lo estaba siguiendo, como si yo no tuviera ni la más mínima oportunidad de elegir nada, como si no pudiera, como si no supiera...

Me sentía más que perdida.

Me esforzaba por hacer lo que la sociedad consideraba correcto, o sea, conseguir empleo. Dejar los pies en la calle rogando que miraran mis aptitudes y me dieran el lugar que merecía. Suspiré profundamente y me di cuenta de que necesitaba tiempo para mí, para volver a sentirme bien, volver a estar entera. Necesitaba experimentar algo más que dolor y... ni siquiera sabía cómo describir mi cúmulo de emociones revueltas.

Traté de aguantar las ganas de llorar. Cada pensamiento negativo que entraba en mi cabeza me hacía derramar un año de lágrimas contenidas. Me apreté el puente de la nariz con los ojos cerrados y pensé en cachorritos y en sus sexys dueños.

Solté una risa boba y me levanté decidida. Iría al departamento a cocinar alguna de las recetas que había visto en esos videos cortos de Instagram que perdía el tiempo viendo por las noches. Comer

viendo alguna serie nueva sería una buena opción. Me lo merecía, necesitaba ocupar la mente con algo y mi plan era perfecto.

Sacudí mis ropas y comencé mi camino.

—¡Lucía! —gritó una voz un tanto agitada a mis espaldas.

Me sonaba dolorosamente conocida, pero no quería imaginarme cosas. El karma no podía ser tan malo en la vida de alguien que no le había deseado el mal a nadie. Me giré y comencé a mirar en todas las direcciones, pero no vi a nadie.

El alivio recorrió todo mi cuerpo.

Sí, me lo había imaginado. He leído que después de pasar por dolores grandes algunas personas se vuelven locas. También era posible que la marihuana que había fumado el día anterior me hubiese gatillado un cuadro de esquizofrenia. No estaba segura, pero sí sabía que me veía como una lunática, así que me serené y comencé a caminar de nuevo como la gente normal.

De pronto sentí que una mano me agarraba la muñeca y me hacía girar.

El mundo me dio vueltas y me tuve que agarrar la cabeza, porque el tirón había sido brusco.

—¿Qué mierda? —dije al momento que me zafaba de su agarre.

—Disculpa, no fue mi intención, pero...

Suspiré cansada al darme cuenta de que sí: el karma era maldito y me había puesto frente al mismísimo hombre que me había engañado. El típico machito que te dice: «Te engañé para que te hicieras más fuerte, de nada».

—¿Qué quieres, Marco? ¿Qué son esas formas de agarrar a la gente en la calle?

—Lo lamento, de verdad. Pero no quería que te fueras. Te vi en

esa banca y pensé que era el momento indicado para hablar contigo. No me respondes los mensajes y necesito hablarte, arreglar las cosas, explicarte lo que pasó...

Me sentí incómoda. La gente que pasaba a nuestro alrededor nos quedaba mirando y la situación me estaba avergonzando. Agaché la cabeza, intentando que no pudieran ver mi rostro, y carraspeé.

—¿Qué necesitas?

—Hablar, solo eso. Necesito que me escuches, que sepas que no quería hacerte daño, que te quiero muchísimo. Me sentía muy inseguro y...

Se veía preocupado y triste, sus ojos cafés me miraban con anhelo y esperanza. A pesar de eso, había una parte de mí que decía que no le creyera. No estaba dispuesta a averiguar si Marco seguía sin valorarme. No me iba a arriesgar a que me engañara y destrozara mi confianza una vez más.

Lo agarré del brazo y lo llevé cerca del callejón que estaba entre unos edificios a mi mano derecha. No había muchos transeúntes, era perfecto para que dejaran de presenciar la escena que estaba montando mi ex, el hombre que me había destrozado el corazón y que ahora estaba al borde del llanto frente a mí pidiéndome perdón.

—Esa no es una excusa, y tampoco es mi culpa que lo hayas hecho, Marco —susurré.

—Lo sé, no te estoy echando la culpa, de verdad. Pero...

—Pero ¿qué? —pregunté exasperada.

—Lu, mírame a los ojos y dime si no ves el arrepentimiento que estoy sintiendo, eres la persona que más he amado en el mundo, conoces los problemas familiares que tengo, mi cabeza había estado muy confundida y me sentía tan, pero tan...

—Entiendo que te quieras desahogar, quitar la mochila de tus equivocaciones de la espalda, pero yo no llevaré tu carga, eso es algo que debes arreglar tú.

Marco agarró mis manos y las llevó hasta su boca para besarme los nudillos. Ya no había nada que pudiera enternecerme viniendo de él. Negué con la cabeza y quité mis manos de entre las suyas.

—No es la primera vez que me engañas y no dejaré que pienses que volveré a ser una tonta. Te aprovechaste de mí porque te quería y te necesitaba en mi vida. Conoces mi historia, mis miedos y mis mayores temores.

—Lo sé y lo lamento tanto.

Hice caso omiso de su interrupción y continué. Vomité todas las cosas que no le había podido decir y que aún tenía guardadas.

—Te abrí mi corazón y te conté mi pasado. Fui transparente desde el inicio, establecí límites, te dije lo que estaba dispuesta a aceptar y lo que no quería entre nosotros. Que nunca hayas tenido las cosas claras con respecto a mí o a nuestra relación. —Hice una pausa breve para aguantar el llanto—. No es mi problema. Ahora, pues, te jodes.

Lo miré directo a los ojos. Quería que se diera cuenta lo enfadada y decepcionada que estaba, pero en respuesta se quedó inmóvil. Sus ojos estaban fijos en los míos con un aire nuevo, como si se hubiese quitado una venda, como si esa fuera la primera vez que me veía de verdad.

—Lucía, no digas eso, no entiendes lo que...

—¿Qué es lo que no entiendo? Si realmente te hubiera importado, Marco...

—Me importas. Lo siento muchísimo, Lucía, no sabes lo

arrepentido que estoy. No miento cuando te digo que me sentía inseguro, solo quería sentirme...

—¿Qué? ¿Querías sentirte más hombre?

Marco respiró de forma entrecortada y aguantó un sollozo.

—Sí —reconoció con voz rota.

—¿Y te sirvió?

—No.

—¿Qué conseguiste con eso?

Lo miré fijamente con las lágrimas quemándome el borde de los ojos, insistiendo en querer salir y bajar por mis mejillas, pero no podía permitir que me viera rota.

No otra vez.

Me mordí los labios para calmarme.

—Solo dolor y arrepentimiento. Y es por eso que estoy aquí, yo... quería disculparme por todo el dolor por el que tuviste que pasar y no para que vuelvas conmigo, porque veo en tus ojos que ya no queda nada más que odio, y lo entiendo. Sinceramente yo haría lo mismo. Pero necesitaba irme de tu vida de la mejor forma posible.

Hizo una pausa dramática mientras me miraba fijo, sorbía su nariz y se mordía el labio.

Luego, continuó.

—Sé que nada de lo que haga logrará que me perdones, pero... lo digo de verdad, Lu, te amé muchísimo. Lamento no haberte valorado como debía. Eres una mujer excepcional y me odio por no haberlo visto.

Las lágrimas bañaron nuestros corazones y nos unió algo más grande que el odio: el dolor.

—Ambos estábamos pasando por infiernos diferentes. Y yo

también me sentí muy insegura, no hagas parecer que fue mi culpa que lo hicieras.

Las cosas no se estaban dando como imaginaba. Se suponía que solo tenía que tirarle odio, mandarlo a las Bermudas y sentirme jodidamente mejor, pero no, sentía un dolor profundo.

—Para nada, fue mi decisión y no pude pararlo. Lu...

Una vibración desde el bolsillo de mi pantalón me sobresaltó, mi teléfono estaba sonando. Lo saqué con cautela y en la pantalla vi que Mateo me estaba llamando.

Mi corazón dio un vuelco de felicidad. Era la excusa perfecta para alejarme de Marco. Además, necesitaba despejarme. Alcé la vista y me topé con los ojos de mi ex muy abiertos, parecía nervioso viendo mi celular. Se acomodó el cabello castaño sin pestañear, pendiente de cada movimiento que hacía.

—Disculpa, tengo que...

—No te preocupes, contesta —dijo con una voz cansada.

Carraspeé y tragué saliva alejándome unos pasos de él.

—¿Aló? Hola, Mateo.

—Hola, Lu. ¿Cómo estás? ¿Qué estás haciendo?

—Lamento mucho estar retrasada para nuestra cita, se me presentó un imprevisto, pero ya voy de camino. —Alcé un poco la voz para que mi ex me escuchara bien.

Mi corazón latía desbocado, le estaba rogando a todos los dioses existentes que Mateo no se enojara y me siguiera el juego, pero al otro lado de la línea solo se oyó un silencio. A continuación, por suerte, oí una risa juguetona.

—No te preocupes, llega cuando puedas.

Suspiré aliviada y sonreí.

—Gracias, nos vemos.

—Nos vemos, Lu.

Corté la llamada y quedé extrañada. ¿Me había llamado Lu? No podía evitar sentirme feliz, aunque de todas formas era muy rápido para que me llamara de esa manera. Me sentía bien teniendo un buen amigo, uno tan considerado como él.

—Lo siento, Marco. Me tengo que ir.

—Tienes... ¿tienes una cita?

—Eso no te incumbe —respondí molesta.

—¿Cómo tan rápido? Llevamos solo unos meses separados, Lucía.

—Y tú estuviste con otras mujeres estando conmigo. ¿Qué es peor?

Me miró con sus ojos cristalinos a punto de llorar, pero no me importó. No iba a pensar en él. No iba a ser considerada si él nunca lo fue conmigo.

A pesar de que había sido la primera persona a la que amé con todo mi corazón, tenía que saber cuándo decir basta y alejarme por mi propio bien y mi estabilidad.

Y este era mi momento para volver a comenzar de cero.

—Espero que todo vaya bien en tu vida y que nunca le vuelvas a hacer el daño que me hiciste a alguien más. Aunque, después de todo, el karma se encargará de ti.

Lo miré por última vez y me alejé.

10

LUCÍA

Hay días en los que la energía se te drena y te das cuenta de que en realidad nunca la pusiste en primer lugar. Te tumbas en la cama y permaneces horas y horas sobre ella como si fuera capaz de darte algo que necesitas con desesperación y que no sabes dónde conseguir o hallar, algo que ni siquiera sabías que necesitabas.

Es difícil pelear contra tu estado de ánimo, más aún cuando echa raíces en tus pensamientos y sentimientos tristes. Te convences de que te está consumiendo, que te atrapa y no te suelta. Como si te necesitara para vivir.

Me miré al espejo y encontré trozos de mí en todas partes. En mis ojos que me gritaban en un idioma que no podía entender, implorando que tomara las riendas e hiciera algo, algo por mí. En el castaño alborotado de mi cabello, sucio y descuidado. En el rímel corrido que no me quise limpiar. En los cueros de mis uñas mordidas que vi cuando alcé mi mano hacia mi cara.

Había días y días, pero intentaría no quedarme en estos en particular, en los que ni siquiera yo me quería.

11

LUCÍA

 «Decode» – Sabrina Carpenter

Llegué a mi departamento y me desmoroné en la cama llorando a mares y mojando las sábanas. Me lo permití. No me hacía bien fingir que no me dolía, necesitaba quitármelo del pecho.

Me pregunté qué era lo siguiente en la lista, como si nuestra vida estuviera marcada por sucesos que nos cambiarán por completo y una vez vividos se tachaban para darle lugar al siguiente.

Necesitaba estabilidad. Estaba cansada de sentirme triste.

Cuando logré calmarme, me levanté y fui por un vaso de agua. Pisé algo duro y blando a la vez, que me extrañó. Bajé mi mirada y me encontré con el oso de peluche que me había regalado Marco para nuestra primera cita. Esa bendita cita que logré que tuviéramos después de estar juntos durante seis meses. Debí haberme dado cuenta de las *red flags* desde el inicio.

Me agaché y me senté en las baldosas heladas, pasé mis dedos por el pelaje del animal y sentí mis pómulos húmedos otra vez. Lo apreté con fuerza y me eché a llorar.

—¿Sabes por qué los osos polares tienen el pelaje blanco, amor?

Lo miré, reprimiendo una sonrisa. Me encantaba que me diera

datos curiosos o que me contara cualquier cosa que quisiera decirme.

Le agarré la mano y la puse en mi mejilla. Su tacto, como siempre, me reconfortó. La noche estaba muy helada y su calor me iba envolviendo de a poco. Marco me miró de manera impaciente y respondí.

—No lo sé. ¿Por qué tienen el pelaje blanco? —dije y al hablar salió vapor de entre mis labios.

—Para camuflarse en su entorno.

Puso su mano en mi otra mejilla y me comenzó a hacer cariño con su dedo pulgar.

—¿Cómo sabías eso?

—Lo busqué en internet.

Ambos reímos a carcajadas y me besó de manera delicada, tal como me gustaba.

Cerré mis ojos y lancé el oso de peluche lejos. Odiaba recordar momentos juntos, odiaba que mi cerebro me mostrara todas las veces en las que me sentía enamorada. No era justo que me torturara de esta manera... simplemente no era justo.

Pero en la vida nada lo era.

Nada era justo.

Me levanté y en un arrebato saqué una bolsa negra de basura y tiré ahí a Teddy, el oso que me había regalado en ese lugar en el que yo fui tan feliz. Caminé hacia mi habitación, tomé el reloj que me había dado para mi cumpleaños y lo arrojé para que le hiciera compañía al peluche.

—Menuda cosa horrible me regalaste, Marco.

Me di la vuelta sin siquiera verificar si había caído dentro de la bolsa.

Estaba tan enojada, tan dolida, que busqué todas las cosas que me había obsequiado durante esos años y las fui poniendo en la bolsa. La cerré y la dejé en el piso. Necesitaba alejarlo de mí, de mis pensamientos y de mi vida, aunque me costara lágrimas y mucho tiempo.

Empezaría desde ya.

Con el pulso acelerado y jadeos brotando de mi garganta no pude evitar echarme a llorar otra vez. Miré lo que había hecho, horrorizada, y busqué con desesperación la forma de sacar de ese infierno negro a Teddy. Me agaché y con mis uñas empecé a romper el plástico, el cual no quería ceder, porque se me había ocurrido comprar bolsas resistentes.

Mi ansiedad subió, y cuando al fin pude hacer un orificio saqué a toda prisa a mi oso y lo abracé con fuerza. Me sentía patética tirada en el piso abrazando el regalo que me había dado mi exnovio.

Pero no estaba lista.

Aún no lo estaba.

El tiempo pasó y dejé de llorar. Era como si mis glándulas lagrimales se hubieran quedado secas. Me senté en la cama, desvié mi concentración y me imaginé viajando y conociendo nuevos países, tomándoles fotos a los bellos paisajes que había visto solamente a través de una pantalla.

Miré la hora y me di cuenta de que habían pasado varios minutos desde el descontrol que tuve. Ya me sentía mejor, por lo que me incliné despacio hacia adelante y me senté en el borde de la cama.

Cuando estuve lista me paré y fui hacia el baño. Abrí el grifo y me limpié la cara con agua tibia, ya que la sentía tirante. Me la sequé delicadamente con la toalla de manos y me miré en el espejo. Tenía ojeras, mi pelo se encontraba alborotado, mis ojos mostraban tristeza y el rímel estaba corrido. A pesar de que me sentía más liviana después de haber expulsado una parte del dolor que gobernaba mi corazón, aún notaba el peso de la tristeza y la desesperación que me hundía y me tiraba hacia abajo tratando de hacerme caer una vez más en la cama para fundirme con ella y con el miedo que tanto trabajo me había costado apartar.

A pesar de sentirme sola me gustaba mi compañía y cada día estaba valorando más mi propia existencia.

Necesitaba hablar con Valeria y contarle lo que había pasado, el descaro que había tenido Marco. De seguro me encontraría razón y podríamos despotricar contra él. Eso necesitaba, que mi amiga me acompañara mientras tiraba maldiciones contra su persona. De solo pensarlo una sonrisa se dibujó en mi rostro y caminé de vuelta a mi habitación para buscar mi teléfono.

Justo en ese momento escuché el sonido de una notificación, realmente estábamos conectadas. Estaba segura de que me escribía para pedirme una actualización de mi vida; había estado nadando en turnos y con suerte dormía. Yo la entendía y había preferido dejarla descansar, ya podríamos vernos de nuevo.

Me acerqué a las sábanas, pero no hallé el teléfono. Levanté las frazadas y finalmente lo encontré debajo de la almohada. Lo desbloqueé y vi que en la pantalla había un mensaje de Mateo. Hablábamos seguido, me contaba su día a día, los problemas en el bar que se le iban presentando y yo le narraba mis aburridas

mañanas mientras hacía más cursos para postular a nuevos trabajos. No habíamos tenido oportunidad de volver a vernos y lo entendía, la vida adulta a veces era bastante agotadora.

Se me escapó una sonrisa de medio lado y desbloqueé el dispositivo. Me soné los mocos con la manga del suéter y pensé en Valeria. De seguro me hubiera reprendido.

Mateo (14.00 h)

Que te vaya bien dejando tu currículum. ¡Tú puedes!

Lucía (14.15 h)

Gracias, esto no está funcionando, pero no me rindo.

Mateo (14.30 h)

¡Así se habla!

No podía evitar sonreír mientras escribía. Me gustaba la emoción que sentía al hablar con él.

Mateo (17.56 h)

¿Te parece si hacemos esa cita realidad?

Lucía (17.56 h)

No tienes que hacerlo, en serio. Lo siento mucho, Mateo.
Debí haber escrito antes, estaba en una emergencia y no se me ocurrió otra excusa para irme de ese lugar.
Pero gracias por seguirme el juego.

Mateo (17.57 h)

Fue un placer, Lu.
Pero lo digo en serio... me apetece mucho que tengamos esa cita.
Me gustaría conocerte y saber más de ti.

Lucía (17.59 h)

¿Lo dices de verdad?

Mateo (17.59 h)

Por supuesto.
¿Está bien si nos vemos en ese restaurante que está a dos cuadras de tu edificio? Se llama Vintage Gourmet.

Lucía (18.00 h)

Me parece perfecto. ¿A qué hora?

Mateo (18.00 h)

A las 19:30.

Lucía (18.00 h)

¿No tienes turno?

Mateo (18.01 h)

No es que tenga turnos, trabajo porque me gusta hacerlo, no pasa nada si me ausento por hoy, dejaré a los chicos a cargo.

Lucía (18.01 h)

Está bien. Nos vemos.

Mateo (18.01 h)

Nos vemos, Lu.

Estaba sonriendo como una boba, se sentía tan bien tener un amigo

nuevo con el cual salir y divertirse. Miré la hora en mi teléfono y noté que eran las seis de la tarde. No sabía cuánto rato había estado en la cama lamentándome y autocompadeciéndome, pero al parecer habían pasado horas. La habitación estaba un poco oscura, así que encendí la lámpara de mi mesa de noche y me levanté enseguida. Me tenía que bañar y arreglar para estar lista dentro de una hora y salir con tiempo.

Caminé hacia mi cómoda y busqué algo decente que ponerme, pero no tenía nada que me gustara. Hacía tanto tiempo que no salía a divertirme que simplemente ya no compraba prendas nuevas y lindas. Me deprimí levemente, pero traté de pensar positivo por enésima vez durante el día y mantener el buen humor.

Después de todo, realmente me hacía feliz salir con Mateo.

No importaba cómo fuera vestida, lo importante era sentirme cómoda. Además, no era una cita de verdad, solo sería una junta de dos personas que se estaban conociendo y volviéndose amigos.

Saqué lo primero que me pareció bien y corrí a bañarme.

Había llegado a las siete con veinte y estaba parada afuera del restaurante esperando a que llegara Mateo. Me había apresurado y salido con el pelo húmedo. Alcé la vista y vi que el sol se había escurrido del cielo dejando a su paso una estela de colores que se mezclaban entre sí, empezando por el azul, el naranjo, siguiendo con el fucsia, el amarillo y terminando con el morado. Estaba ensimismada contemplando algo tan hermoso y que sentía que era infravalorado.

A veces olvidamos las cosas bellas que nos entrega la vida por estar inmersos en nuestro propio metro cuadrado, en nuestro propio

infierno personal. Y no es que lo olvidemos sin más, porque un día sí que nos damos cuenta de que está ahí y nos maravillamos con un atardecer, y nos prometemos siempre admirarlo. Pero la rutina nos envuelve tan profundamente que solo nos queda vivir de manera automática, restándole importancia a algo tan bello, algo tan digno de asombro, que siempre estuvo ahí.

Lo mismo pasaba con las personas. Nos confiamos tanto de que siempre estarán para nosotros que dejamos de valorarlas, y cuando nos abandonan su partida nos deja un vacío que no sabíamos que tendríamos sin ellas.

—¿Estás bien, Lucía?

La voz me sacó de mis pensamientos y me giré abruptamente para encontrarme con un Mateo guapísimo. Estaba vestido con unos pantalones negros que resaltaban muy bien su figura. Se me desvió la mirada a sus ojos y luego a su cuello. Llevaba una camiseta azul y una cadena de corazón. Pensé que quizá se la había dado su novia y mi cerebro en menos de un segundo hizo clic: no podía hacer lo mismo que me habían hecho. Me sentí horrible por salir con una persona con pareja.

Aunque no estábamos haciendo nada malo, ¿o sí?

—Sí, todo bien, Mateo. Solo estaba admirando el cielo y dándome cuenta de nuestra enorme insignificancia en la Tierra —dije.

—Me alegra saber que no soy el único.

—¿También te gusta mirar el cielo?

—A menudo me gusta sentarme en el techo y maravillarme con la exquisita mezcla de colores que se forma en el atardecer o ver cómo las nubes juegan a miles de kilómetros sobre nosotros dejándonos observar parte de lo que esconden, su trasfondo azul y cálido. Es mi

cosa favorita en el mundo. Disfruto poder fotografiar y plasmar en la cámara todo esto. —Bajó su vista y se giró hacia mí emocionado, mientras agarraba su collar—. ¿Sabes cuántas estrellas hay...? Lo siento, me dejé llevar, es solo que realmente disfruto este tema.

Carraspeó y vi que se sintió incómodo. Cuando elevó su rostro otra vez hacia mis ojos le sonreí. Me había gustado que se dejara llevar, se notaba la pasión en sus palabras.

—No te preocupes, me contagias de tu emoción.

—Fue todo un placer, entonces. —Me devolvió una sonrisa completamente adorable y se marcaron sus hoyuelos. Me ofreció el brazo, lo tomé encantada y entramos hacia el restaurante.

Nunca había tenido la oportunidad de mirar el interior del restaurante, aunque había captado mi atención cuando caminaba por enfrente. Pese a que llevaba cuatro meses viviendo en el barrio, no me había dado el tiempo para salir a conocerlo. Mi agenda estaba ocupada en adquirir conocimientos para mi trabajo. Ahora estaba emocionada de poder probar su cocina.

Era un lugar acogedor, bien iluminado y con detalles bellísimos, como los arreglos florales donde predominaban el blanco y el verde, haciendo juego con el color de las paredes. No solo tenían arañas colgantes, sino que, además, candelabros con velas en cada mesa. Tenía un toque de época y a mí me fascinaba todo lo relacionado a los romances de época, desde la ambientación hasta los cortejos, excepto el machismo, claro, eso lo dejaría completamente de lado.

Caminamos en silencio, dedicándonos pequeñas sonrisas, en dirección a nuestra mesa. Por un momento me di cuenta de que nuestro código de vestimenta no era el adecuado y me avergoncé de mí misma. No pensé que el lugar fuera tan elegante. Lo bueno era

que ambos íbamos con ropa similar y a Mateo no se le veía preocupado.

En cuanto nos sentamos nos trajeron la carta. Cada cual pidió a su gusto y no se demoraron en ofrecernos algo para beber. Me aventuré a pedir un jugo natural en vez de alcohol, ya que no creía que para un primer encuentro oficial fuera bueno tener agua en el bote, aunque no sería la primera vez que me viera ebria. Sentía que debía conocerlo más antes de volver a beber en su presencia, porque cuando tenía alcohol en el cuerpo me volvía muy... descarada.

Cuando nos trajeron lo que pedimos, tomé un sorbo de mi vaso y Mateo me miró fijamente.

—¿Quieres hablar de lo que pasó?

Me trapiqué y tuve que coger una servilleta para limpiar mi boca y el mantel, sobre el que habían caído gotitas de jugo.

—Si no quieres contarme está bien, pero siento que te haría bien liberarte un poco de todo el peso que llevas. Se nota en tu mirada y en tus hombros tensos.

Me acomodé en el asiento tratando de relajar los músculos. Tenía razón, no me había dado cuenta de lo tensa que estaba. Me había tomado desprevenida.

—Cuando te dije que tu mirada perdida me remontaba a una época a la que no quería volver, era verdad. Y también es cierto que, si necesitas hablar, lo puedes hacer conmigo. O como hoy, si necesitas un salvavidas, estoy para ti. Por algo te di mi número. —Me dedicó una dulce sonrisa de medio lado mientras tomaba un trago de cerveza—. En los tiempos difíciles lo que más se necesita es compañía para hablar o echarse a llorar. Está bien que te quieras

proteger de que no te hagan daño, pero deja una puerta abierta, solo una, para que puedan entrar hacia ti y que alguien sea tu apoyo —continuó.

Vaya, empezamos fuerte.

Sentí que mi garganta se cerraba y no me dejaba hablar. Cualquier cosa que intentara decir haría que estallara en llanto y no quería, no quería derramar ni una lágrima más por mi situación. Miré fijamente la servilleta, porque de repente me pareció lo más interesante del mundo y para ocultarle mis ojos.

—Lo lamento. Creo que fui muy directo, ni siquiera nos conocemos del todo. Pero siento una necesidad de ayudarte y de... y de que no se repita la historia —terminó en susurro.

Levanté el mentón y vi su preocupación mezclada con arrepentimiento.

—¿A qué te refieres? No sé qué pudo haberte pasado a ti en esa época, pero te aseguro que saldré de esta, Mateo. No tengo ganas de quedarme estancada aquí, necesito resurgir. —Suspiré un momento y cambié de tema—. Bueno, no sigamos hablando de mí. Quiero saber de ti. ¿Cuántos años tienes, que ya eres propietario de tu propio negocio?

De fondo se escuchaba una suave música que no interfería en la conversación. Era relajante. Justo lo que necesitaba.

—Hemos hablado bastante por redes sociales, pero siento que no te he preguntado las cosas básicas para conocerte.

—En eso tienes razón —dijo sonriendo—. Tengo veintisiete años, soy Acuario, me gustan más los gatos que los perros, estudié ingeniería comercial y cuando vi que tenía la posibilidad de formar

mi propia empresa, pues, no lo dudé y me aventuré en una muy rentable. El alcohol.

—No sé si será tan rentable si les regalas tragos a tus clientes.

Ambos reímos.

—Bueno, hay días en que ando más caritativo que otros, aunque no es habitual que lo haga.

—Interesante confesión. No sé si me intriga más saber por qué me regalaste los tragos aquella noche o el hecho de que seas más de gatos que de perros. Creo que me quedo con la información de los gatos, porque no es habitual que un hombre los prefiera y no quiero saber lo penosa que me debí haber visto ese día para que me regalaras las bebidas. Literal vomitaste toda tu información a la primera —añadí.

Mateo soltó una carcajada mientras se cubría el rostro con las manos. En ese momento me di cuenta de lo mucho que me gustaba hacerlo reír. Se veía un poco avergonzado y me sentí culpable; no sabía que sería tan fácil hacerlo sonrojar.

—No me avergüences, Lu, soy un poco parlanchín y nunca he sabido qué responder cuando alguien me dice «cuéntame de ti». Un amigo me aconsejó que en las citas dijera mi nombre, mi edad, mi signo, porque a muchas mujeres les resulta interesante, y mi animal favorito. Y, pues... no había tenido la oportunidad de ponerlo a prueba. Pero me estoy dando cuenta de que es un imbécil, o quizá yo lo soy más por hacerle caso.

—Ey, si una mujer te pregunta tu signo... amigo, por ahí no es. —Ambos volvimos a reír—. Pero, bueno, hablando en serio, no necesitas hacer eso conmigo... ya sabes, esta no es una cita de verdad.

—¿Cómo que no es una cita? No me rechaces ahora, Lu.

—No lo es. Además, tu novia se enojaría contigo por tener citas, por mucho que esta en particular sea de caridad.

—¿Caridad? ¿Novia? ¿A cuál novia te refieres? —Se acercó más a la mesa y me miró confundido.

—¡Oh! ¿Tienes más de una? Qué progresista...

—No, me refiero a que no tengo novia. No soy de invitar a cualquier persona a una cita, Lu. ¿Por qué lo pensaste?

—Por el collar de corazón que llevas.

Tomé con ambas manos mi vaso y me lo empiné, nerviosa. Comencé a mirar alrededor para ver si la comida venía en camino, pero el restaurante no me estaba salvando de la metedura de pata.

No sé por qué había tocado ese tema, no era de mi incumbencia, aunque, pensándolo bien, sí que lo era, ya que si tenía novia debía impedir que le hiciera lo mismo que Marco me había hecho a mí. Aunque no fuera a pasar nada entre nosotros, no sentía correcto que un hombre con pareja saliera a citas.

—El collar... —Levantó su mano hacia el corazón de oro que colgaba de su cuello y su mente pareció recordar cosas del pasado, porque enmudeció y sus ojos se fueron a otra parte.

—¿Estás bien, Mateo? Discúlpame si toqué un tema del que...

—No, está bien. Discúlpame tú a mí. Me ensimismé en los recuerdos. En esa época.

—Entiendo. Entonces esa época tiene que ver con tu novia. Lo lamento. No quería que tu mente...

—No, Lu. No tengo novia, el collar no tiene que ver con alguna expareja.

Hizo una pausa y me miró con ojos tristes. Se notaba que sus

recuerdos le pesaban y le dolían. Me revolvió el alma y sentí ganas de abrazarlo.

—Este collar era de mi hermana menor, Sofía.

No sabía dónde meterme.

—La perdí hace años en un accidente. Fueron tiempos tristes, difíciles. De ese tipo de dolor como en el que no quiero que te encierres. Quizá lo que nos pasó es diferente, pero el sufrimiento es el mismo. Independiente de su intensidad está, existe. Y es eso, dolor. No me gustaría que alguien no tenga la oportunidad de pedir ayuda. No me gustaría que pasaras por lo mismo que yo, Lu.

No estaba entendiendo. No sabía bien qué había pasado, pero no creía que fuera el momento para preguntarle. Tenía que ir con cuidado.

—No entiendo lo que me pasa contigo, pero siento una necesidad de protegerte que no había sentido desde que mi hermana se fue de este mundo. No tiene sentido, lo sé. Me disculpo si he sido muy invasivo y he tocado temas que no me corresponden.

Estaba nervioso y se veía muy tierno. Sí, me costaba abrirle mi corazón a gente nueva, y que alguien tomara la iniciativa de formar parte de mi vida me descolocó. Pero me di cuenta de que realmente quería mantener esa amistad, así que era hora de poner de mi parte.

—Te lo agradezco, Mateo, en serio. Y lamento lo que pasó. Siento mucho que tuvieras que revivir esos recuerdos por mi culpa.

—No me pidas disculpas, porque no solo recordé lo malo, también todo lo bueno. Era una niña preciosa, llena de vida. —Miró al techo y sonrió—. Le encantaban las estrellas, los atardeceres, los planetas, en fin, el universo.

—Se parecen en ese aspecto.

—Es verdad, adquirí ese gusto gracias a ella. Sofía era una pequeñita tan adorable que siempre me decía que cuando fuéramos grandes me llevaría a la luna a vivir con ella, y yo obviamente le seguía el juego, porque me encantaba escuchar cómo me narraba sus historias y todo lo que había aprendido con tanta pasión.

Se acomodó en el asiento y tomó un trago de cerveza. Iba a seguir hablando, pero fue interrumpido por el mesero, que llegó con nuestra comida. Colocó un plato de pasta en frente de Mateo y me entregó mi lasaña.

Dimos las gracias y lo miré, pidiéndole que continuara.

—Pero una vez que creció, cambió. Ya no era la risueña hermanita que me perseguía para contarme sus historias. Era la adolescente que se encerraba en su habitación y lloraba mucho. Pasaron muchas cosas, no presté la atención suficiente y yo... —Suspiró y me entregó una sonrisa triste. Me había dado cuenta de que tenía muchas sonrisas diferentes y me encantaba ir descubriéndolas todas—. ¿Y bien? ¿Tú tienes hermanos? — preguntó de un momento a otro.

Era evidente que estaba pidiéndome que cambiáramos de tema y comenzó a comer. A mí no me gustaba hablar de mi familia, me traía muchos malos recuerdos, pero decidí que lo intentaría. Por primera vez en mucho tiempo, lo intentaría.

—Soy hija única, tengo veinticuatro años, soy Aries y también soy más de gatos que de perros. Ah, y soy enfermera.

Lo miré y ambos estallamos en risas. De inmediato se aligeró el ambiente y todo se tornó más relajado. Otra vez, sus mejillas se volvieron color rosa.

—Actualmente estoy desempleada, buscando trabajo para no tener que irme a vivir de nuevo con mis padres. Me costó mucho

salir de ese ambiente, y cuando por fin lo logré me quedé sin empleo. Aunque me gustaría tomarme uno o dos meses para viajar. Sería precioso visitar playas caribeñas o tropicales. Es mi gran deseo, ¿y tú? ¿Tienes algún deseo?

—Por el momento, no. Creo que nunca me he permitido soñar, no después de... de todas formas, si algún día quieres ir y no tienes quién te acompañe, sería un placer ser tu chaperón. Me harían bien unas vacaciones. Las necesito. Paso día y noche en el barca y no es que no me guste, porque me encanta, pero necesito tiempo para mí y no me lo he permitido.

Me estaba gustando mucho la forma de ser de Mateo; era abierto, atento, risueño y tierno. Se notaba que era muy preocupado y que no tenía miedo a decir lo que sentía.

—Pues, claro. Me parece una idea perfecta. Tú eres el de los números y yo fijo el lugar. ¿Te parece?

—Trato.

Me alargó la mano y se la estreché.

Sería el comienzo de una linda amistad.

Terminamos de comer y la conversación que tuvimos después fue divertida. No pensé que disfrutaría tanto salir con un completo desconocido, el cual —hay que destacar—, pese a que me había conocido en mi peor momento, quiso entablar amistad conmigo.

Salimos del restaurante y sentimos de golpe el frío de la noche. El cielo estaba completamente despejado, pero aun así el aire gélido calaba mis huesos. Cerré mi parka e intenté calentar mis manos frotándolas entre sí. Nunca me habían gustado los días helados y

encontraba que a la gente que sí les gustaban tenía problemas, pero, bueno, nadie podía ser perfecto.

Nos giramos para quedarnos de frente y ninguno dijo nada. Solo pasamos el tiempo dedicándonos sonrisas nerviosas.

De pronto sentí que se me estaba haciendo tarde.

—Lo pasé muy bien, Mateo. Agradezco que hayamos salido a comer, necesitaba distraerme.

—Lo mismo digo, Lu.

—¿Por qué me empezaste a decir Lu? —pregunté con curiosidad.

—No sé, sentí que sonaba tierno, y tú eres muy tierna. —Soltó una risa—. Me parece que te queda perfecto. ¿Te incomoda? Si es así, puedo llamarte de otra manera.

—Para nada, solo tenía curiosidad. Muchas gracias por lo de hoy, me divertí mucho.

—Yo también, gracias por aceptar la invitación. Y nos queda el viaje pendiente.

—Claro, ¡recuerda que tú eres el de las finanzas!

Ambos reímos y nos acercamos para despedirnos con un beso en la mejilla y un abrazo rápido.

—Hablamos.

—¡Nos vemos, Mateo!

Comencé a avanzar a paso lento en dirección a mi departamento, pero no pude evitar mirar hacia atrás. Cuando lo hice, lo encontré aún parado frente a las puertas del restaurante, mirándome con una sonrisa dibujada en su rostro.

Y eso me llenó el corazón.

12

LUCÍA

No todos los días son malos, y esos en los que te sientes particularmente bien y contenta son los mejores, como si al fin estuvieras completa y no necesitaras de nada ni de nadie más que de ti misma.

Qué ganas tenía de que todos mis días fueran como aquellos y de que la vida me sonriera por siempre, llenándome de llantos de felicidad, risas que hacen doler el estómago y amores que alimentan el alma y no los miedos.

¿Qué día sientes que es hoy?

13

LUCÍA

 «Si vuelvo a caer» – SOULFIA

4 DE OCTUBRE DE 2021

Me desperté con buen ánimo, renovada y más feliz.

Por la noche no había tenido pesadillas, cosa extremadamente rara, porque el último tiempo solo soñaba con Marco engañándome, yéndose con otra, con fuertes discusiones o peleas. Además, mi vida en desempleo y pensando que podía perder mi hogar me torturaba el inconsciente. Por fin había despertado sin el pecho apretado, sin ansiedad ni angustia.

Levanté mis brazos y estiré mis músculos. La sensación fue exquisita y no pude borrar la sonrisa de mi rostro. Quería saborear, disfrutar y hacer perdurar lo más que pudiera esa alegría, porque realmente me encontraba en paz. Me senté en la cama y admiré los rayos del sol colándose por el visillo y llegando hasta la alfombra, iluminando toda la estancia. Había decidido que iba a apreciar otra vez todo lo lindo que la vida me pusiera enfrente.

Miré mi celular y vi un mensaje de texto de mi madre. Alberta (10.58 h)

No llegues tarde.

Y automáticamente mi mañana y el resto del día se fueron a la basura.

Era increíble como una sola palabra de esa mujer podía sacar lo peor de mí y hacerme sentir como la mismísima mierda pese a que estuviera a miles de kilómetros de distancia.

Me levanté rápido de la cama y fui hacia la cocina. Necesitaba ver el calendario y confirmar que...

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Me reprendí y empecé a hacer pucheros. Realmente quería que fuera un buen día; no tenía ganas de ir a la casa de mis padres, pero no podía dejar solo a papá. No merecía haberse casado con una bruja.

Solté un suspiro, y alegando conmigo misma me fui al cuarto de baño para darme una buena ducha. Eran las once de la mañana y tenía que llegar a la hora de almuerzo, o por lo menos a la hora en que ellos almorzaban, o sea, dentro de tres horas, y el viaje duraba dos. Me di ánimos para apurarme y me prometí que a la vuelta me mimaría mucho y me compraría un *bowl* de helado. El pensamiento hizo efecto, porque pronto me sentí lista para enfrentar cualquier cosa que se avecinara.

Estaba segura de que el destino no quería que me moviera de mi casa, ya que me había enviado múltiples señales. Sin querer había roto mi pantalón y había tenido que regresar al departamento a

cambiarme; luego, el señor de la locomoción decidió que no me quería como pasajera y no paró cuando intenté que parara; se me cayó dinero en una alcantarilla y casi me atropellan al cruzar la calle.

Cuando por fin estuve arriba del bus suspiré sacando todo el aire que tenía dentro y miré fijamente por la ventana como si estuviera en uno de esos videoclips tristes. No pude pegar ojo ni siquiera un segundo, porque al bebé que iba en el asiento de al lado se le ocurrió comenzar con su propio concierto gratuito de gritos.

En aquellos momentos me habría gustado tener un auto. A pesar de que tenía licencia de conducir, nunca me había atrevido a comprar uno, porque me daba miedo y todavía no tenía confianza. Entretanto estaría obligada a aguantar un sinfín de olores y sonidos extraños en la locomoción pública.

Cuando bajé del bus sentí el pasado volviendo a paso veloz hacia mi corazón. Pisar otra vez las calles del lugar del que había jurado escapar para siempre me llenaba de sentimientos que no me gustaban para nada. Quise volver a buscar trabajo como loca para no tener que vivir otra vez en ese pequeño y feo pueblo. Aún tenía un buen pozo de dinero ahorrado, pero en algún momento se me acabaría. Esperaba que durante ese tiempo pudiera descubrirme y estar segura de lo que quería para mi vida. No era que la enfermería no me gustara, pero necesitaba conocerme, necesitaba... pasión.

Me bajé del taxi que había llamado para ir desde la estación de buses hasta la casa del infierno y respiré para calmarme. Me encontraba literalmente de cara a esas cuatro paredes que tanto me torturaron durante mi adolescencia y me di cuenta de que todo seguía exactamente igual. La misma descuidada pintura roja cubría las paredes del exterior; el pasto y las flores estaban marchitas y

amarillas, como si nunca hubieran tenido su momento de gloria, como si no recordaran ese momento en que mi papá se desvivía por cuidarlas; los barrotes estaban llenos de óxido y las ventanas sucias. Parecía una casa abandonada.

Al escuchar el sonido de la puerta abriéndose mi ansiedad volvió a subir. Me había tranquilizado por un rato al recordar los lindos momentos junto a mi padre —mejor dicho, los pocos recuerdos felices que tuve en mi infancia—, pero al ver a mi madre saliendo a mi encuentro mis vellos se erizaron.

—¿Qué haces ahí afuera? ¡Entra! —me gritó desde la puerta.

Tragué saliva y caminé lentamente hacia la entrada. Mis ganas de estar en ese lugar eran nulas, pero era mi obligación. Eran mis padres y no importaba lo que hubiera pasado; la sangre es la sangre.

Traspasé la puerta y el olor a tabaco me pegó en el rostro. Lo odiaba, no me gustaba tenerlo cerca, siempre me traía malos recuerdos y me daban ganas de vomitar. No entendía cómo alguien podía tenerlo, aguantarlo todos los días de su vida, a cada momento y en todo lugar.

Dejé mis cosas en el sofá del living y miré hacia todas partes, pero mi madre ya no estaba. No me sorprendía, nunca me daba la bienvenida, así que no le presté atención. Cerré la puerta con delicadeza y corrí hacia mi papá, que me estaba mirando con una sonrisa enorme en la cara. Lo abracé y aspiré su olor para recordarlo en las próximas semanas. Se encontraba sentado en su silla de ruedas vestido con el chaleco que le había regalado para Navidad, uno verde horrible, pero que a él le encantaba.

Me separé un momento para verlo a los ojos y reprimí las lágrimas

hundiendo mi cara en su cuello. Lo extrañaba muchísimo y cada vez que lo visitaba se veía peor. Me dolía en el alma sentir ese rechazo al volver a mi propio hogar, porque mi padre no lo merecía, necesitaba toda mi ayuda, pero...

—Hasta que al fin te dignas a aparecer.

Lo solté rápidamente y me paré recta. Mi madre caminaba hacia la mesa con los platos para el almuerzo. Una vez que los dejó sobre la mesa se limpió las manos en el delantal de corazones que llevaba puesto.

Qué ironía, ella no tenía corazón.

Me quedé quieta y caminé hacia donde estaba.

—Sí, tuve mucho trabajo y tomé varios turnos extra.

—Es lo que te corresponde, tienes que pagarle el tratamiento a tu padre, después de todo, es tu culpa que...

—Alberta. Por favor, basta. Lucía acaba de llegar.

Mi madre se enderezó y me miró con sus duros ojos verdes llenos de desaprobación. Luego los entornó y abandonó la habitación rumbo a la cocina, de seguro para ir a buscar más cosas.

Me giré, aguantando mis ganas de llorar, las cuales eran del porte de un buque, y me obligué a sonreír. Si iba a esas reuniones que habíamos fijado cada quince días era por mi padre, y lo hacía porque era el único que había demostrado genuino amor durante mi crecimiento.

—¿Cómo has estado, *pequeña potito*?

Solté una risilla al oír el sobrenombre que me había puesto de niña. Siempre había sido buena para caerme, y siempre lo hacía de trasero, por lo que mi padre me decía que tenía un poto muy fuerte.

Cuando me llamaba de esa forma me sentía mucho más cercana a él.

—Muy bien, papá, me gusta la capital, es una ciudad moderna, muy grande y tecnológica, no se compara a nuestro pueblito.

—Me alegro mucho, cariño. —Me sonrió y se acercó con la silla de ruedas hacia mí. Con una mano apuntó al sofá para que quedáramos a la misma altura. Posó sus dedos en mi rostro y me hizo cariño con sus frías yemas. Vi cómo sus facciones cambiaban en un gesto de preocupación.

—¿Está todo bien? Te veo triste, cansada...

Un nudo se apoderó de mi garganta y tragué saliva tratando de que así se disiparan las ganas de llorar que se apresuraban con pasos feroces, instalándose en mi corazón para no dejarme en paz.

—No, papá, está todo bien —mentí. No quería preocuparlo, de todas formas, confiaba en que encontraría otro trabajo dentro de muy poco.

—¿Segura? ¿Tiene que ver con Marco? O quizá... ¿está todo bien en el trabajo?

—Marco y yo ya no estamos juntos, papá.

—Cariño, cuánto lo siento. ¿Quieres hablar de ello? ¿Qué pasó?

Negué con la cabeza con más ganas de llorar.

—¿Ese imbécil te hizo algo?

—En verdad, tengo otra cosa más importante que contarte... —lo corté y me quedé en silencio. No sabía cómo decirle.

—Todo lo que necesites, hija, para eso estoy, para apoyarte.

Lo miré con un infinito amor y tristeza. Me sentía un fracaso.

—Papá... me quedé sin empleo. Lo siento tanto.

—¡¿Cómo es eso?! —gritó mi madre desde la mesa—. Dios mío,

que no sirvas para nada, Lucía. ¿Te despidieron? —bufó exasperada —. ¿Y ahora cómo pagaremos el tratamiento de tu padre? Mientras tú te das la vida de lujo en la capital, tus padres no tienen nada.

Me giré rápidamente hacia ella y una rabia que no sabía que tenía dentro se desató. Ya estaba harta de que me tratara de esa manera por un accidente que no había sido mi culpa. Por lo menos, no del todo. Me había torturado toda mi niñez y adolescencia por ese suceso, pero ya no estaba dispuesta a aceptar más de su mierda.

Me miró furiosa y dio un golpe en la mesa.

—Nos hemos esforzado el doble para pagar los gastos, porque tu padre no podía aportar en silla de ruedas y tuve que salir yo a trabajar. Tuve que hacer cosas que jamás imaginé. Debiste cuidar tu trabajo, ¡debiste pensar en nosotros! Eres una decepción...

Me quedé callada para evitar una escena y que mi padre no se sintiera mal, pero cada palabra me dolía y mucho. No pensé que con el paso de los años aún pudieran tener ese efecto en mí, pero era impresionante cómo las palabras marcaban. Desde que tenía memoria, siempre eran las mismas.

Me las repitió tanto que me las creí.

—¡Dime algo! No te quedes ahí parada, ¿qué piensas hacer ahora? No te puedes quedar en la capital, te vendrás a vivir con nosotros, volverás al pueblo, Lucía.

—No.

—¿No?

Mi madre puso ambas manos en sus caderas y avanzó hacia mí con la mirada fija en mis ojos.

—Harás lo que te diga, porque es tu responsabilidad. Vendrás a

trabajar aquí al pueblo, se lo debes a tu padre y hay que pagar por su enfermedad. Es tu puta obligación pagar...

—¡Ya basta! —grité con todas mis fuerzas—. Basta de este discurso de mierda.

—No me hables así, maleducada.

—Alberta, basta...

—Sabes muy bien que la enfermedad de mi padre no es mi culpa y tampoco el accidente. Solo tenía cuatro años, ¿cómo vas a culpar a tu única hija por algo como eso?

Estaba nerviosa, jamás en mi vida pensé que me podría haber rebelado contra mi madre, porque le tenía un miedo profundo.

—Mejor cúlpate a ti: ¿dónde estabas cuando pasó todo? ¿Qué hacía yo en la calle estando bajo tu cuidado? Deja de culparme por algo que no me concierne. Me has torturado por años haciéndome creer que soy una mala hija por dejar a mi padre lisiado, me has tratado peor que a un animal. No me dirigías la palabra, me sentía muy sola, y ya no estoy dispuesta a seguir soportándolo. Que tú seas una persona de mierda no me hace a mí también serlo.

Había soltado lo que durante tantos años guardaba en mi corazón. Realmente era un logro enfrentarme a Alberta y decirle todo lo que siempre quise gritarle. Sabía que estaba decepcionada de mí, que jamás quiso tenerme, que anhelaba otro hijo y que por mi culpa nunca pude tener un hermano. Fueron años de acoso a los que pondría fin.

A mi madre se le desfiguró la cara y estampó su mano en mi mejilla. Fue un golpe seco y fuerte. Sentí un dolor intenso, pero no por la cachetada en sí, sino porque a pesar de todo el daño psicológico que me había hecho durante toda mi vida, nunca me

había pegado, aunque yo tampoco nunca había alzado la voz frente a lo que me hacía daño.

—¡No seas mal agradecida! ¡Después de todo lo que te he dado! Siempre supe que serías un fracaso, pero nunca pensé que llegaría a este grado.

—Alberta, te lo advierto, ¡basta! Sabes muy bien que Lucía no es la culpable. Solo era una niña. Y, además, que yo tenga cáncer no es su culpa, solo es la culpa de mi cuerpo que no haya funcionado bien, así que detente.

—Ya veo que escogiste un lado, Luis.

—¡No se trata de escoger un lado, Alberta! Tenía cuatro años cuando jugando se escapó a la calle. Fue un milagro que la haya alcanzado a empujar hacia la otra vereda y que el auto me golpeara a mí, porque si no esta sería la hora en que estarías llorando a tu única hija. Fue nuestra culpa haber estado peleando, no debimos dejarla sola y se acabó.

Los ojos cafés de mi papá estaban inyectados en sangre por todas las lágrimas que se esforzaba por aguantar. Nunca lo había visto llorar y me partía el alma sentir esa culpa, ver que nunca más pudo caminar, saber que jamás volvería a sentir el tacto del pasto en la planta de sus pies...

Los segundos parecieron eternos y yo no quería quedarme un minuto más en esa casa, por lo que opté por la mejor decisión de mi vida.

Huir.

—Conseguiré otro empleo y te enviaré dinero, papá. No te preocupes, que no te dejaré a la deriva.

Me acerqué y lo abracé fuerte. Le di un beso en la cabeza, le

acaricié el pelo y lo miré por última vez. Estaba decidida a no volver por un tiempo, aunque me doliera. Necesitaba recuperar mi salud mental.

—Te amo, nos vemos la otra semana.

Me giré para agarrar mis cosas y me dirigí hacia la puerta con pasos rápidos.

—Lucía, por favor, cariño. —Escuché la voz quebrada de mi padre llamándome.

Me rompió el alma tener que irme y dejarlo con ella, pero era lo que debía hacer en ese momento.

14

LUCÍA

Cuando te quiebras, ¿quién te recoge? Cuando realmente te quiebras, ¿existe alguien dispuesto a recogerte? Solo una persona: tú mismo. ¿Por qué es tan difícil aceptar que quien debe cuidarte eres tú y nadie más que tú? No tenemos que esperar a que nos vengan a dar aliento y amor. Somos nosotros los que nos debemos amar por sobre todas las cosas, romper con situaciones, abrazarnos para no dañarnos.

15

LUCÍA

 «Been Through» – EXO

11 DE OCTUBRE DE 2021

—¿Estás segura de que quieres acompañarme? —escuché a mi padre desde el parlante del teléfono.

—Claro que sí, ¿por qué no querría? —pregunté extrañada.

—Por lo que pasó con Alberta.

—Ella no tiene nada que ver con nosotros, papá. No te preocupes, jamás he dejado que el mal genio de mi madre se interponga, tú tampoco deberías pensar que si peleo con ella me enojaré contigo.

—Me alegra escucharlo, *potito*. Ya voy de camino a la ciudad.

—¿Vienes solo?

—No voy con tu madre, si es lo que quieres saber. Tenía otras cosas que hacer y le dije que no era necesario que viniera.

—Cuánto me conoces —dije soltando una risilla—. ¿Con quién te vienes? ¿Con Cristián?

—Sí, con el conductor de siempre, no te preocupes mucho por eso, ¿nos vemos fuera del hospital?

—Por supuesto —dije entusiasmada.

—Nos vemos, te amo, *potito*.

—Yo también, papá.

Había sido una semana un poco tensa. Después de lo vivido en el almuerzo no dejé de pensar en el episodio con mi madre. Volvía una y otra vez a la pelea, me echaba la culpa, luego me eximía de tenerla, pero mis pensamientos siempre llegaban al mismo resultado: no era justo para mi padre.

Había llegado hacía algunos minutos, estaba sentada en una banquita afuera del hospital con el sol en lo alto entregando sus rayos solares, como siempre cálidos y reconfortantes. El lugar estaba lleno de árboles, la gente paseaba, los enfermos caminaban a su alrededor vistiendo su bata de hospital, jugando con sus mascotas o riendo junto a sus seres queridos. Yo estaba al lado de la entrada en donde los autos se estacionaban esperando que llegara mi padre.

Una camioneta conocida captó mi atención, se detuvo frente a mí y por la ventana vi el rostro sonriente de mi padre. Me saludaba con energía con su mano mientras ambos esperábamos a que Cristián lo ayudara a bajar. Me levanté del banco y caminé hasta quedar frente al auto.

—Hola, Lucía, ¿cómo estás?

—¿Bien y tú, Cris?

—Muy bien, gracias por preguntar —dijo mientras bajaba la silla de ruedas de papá y abría la puerta para él.

Lo tomó en brazos y mientras yo afirmaba la silla lo sentó en ella. Era un chico alto, guapo —no lo podía negar— y lo conocía desde hacía años, ya que siempre llevaba a mi padre a los controles. Trabajaba para el hospital como conductor, y ya podíamos decir que éramos amigos.

—Bueno, don Luis, que le vaya bien en su control —dijo mientras

le estrechaba la mano y luego me miró—. Me avisas cuando deba venir a buscarlo, Lu. Tienes mi número, ¿verdad?

—Sí, lo tengo, Cris. Gracias, yo te llamo.

Nos despedimos y enseguida agarré la silla de mi padre por los mangos y fui empujando de ella. No estábamos apurados, así que teníamos tiempo de conversar y respirar aire puro los dos juntos.

—Te compré el bizcocho que te gusta —dije mientras nos deteníamos y ponía la bolsa de papel en sus manos.

Vi cómo la abría con cuidado y aspiraba el aroma a yogurt que desprendía la masa esponjosa. Probó un bocado y me dio una señal de aprobación con su dedo pulgar.

—Realmente sabes cuál es mi favorito.

—Por supuesto, no te cansabas de pedirlo cada vez que iba de visita a casa. De hecho, se me hizo raro que no me lo pidieras cuando fui el otro día.

—No me había sentido muy bien del estómago.

—Dámelo —dije mientras le quitaba el queque y nos deteníamos —. No quiero que te caiga mal y después estés vomitando por mi culpa.

Cuando mi padre fue diagnosticado con cáncer, los cólicos estomacales, los vómitos, la pérdida de peso y el dolor eran pan de cada día y por nada del mundo quería que él volviera a pasar por eso, no mientras estuviera bajo mi cuidado.

—No te preocupes, ya me siento mejor. No me quiero privar de tan exquisito sabor por un poco de dolor de estómago.

—Sabes que no solo te da dolor.

—Lo sé, pero no te preocupes, solo voy a comer dos trocitos más, ya verás que no me va a pasar nada.

Volví a empujar la silla de ruedas mientras avanzábamos en silencio. Me preocupaba la salud de mi padre, pero también había visto una mejora. De a poco estaba recuperando peso, volvía el color a sus mejillas y su estado de ánimo —a pesar de que siempre había querido hacerme pensar que todo estaba bien— ahora sí reflejaba que estaba en paz.

No me imaginaba un futuro sin él, sin sus caricias, sin su voz llena de cariño y consuelo. Era el pilar fundamental de mi vida y realmente estaría coja si lo perdía, no quería aprender a vivir en un mundo en el que él ya no respiraba el mismo aire que yo, y esperaba nunca tener que hacerlo.

Habíamos entrado por las puestas del hospital y estábamos esperando el ascensor. La consulta estaba en el segundo piso. Me gustaba que no tuviéramos la necesidad de rellenar silencios incómodos, porque ambos éramos iguales, un poco más callados que el resto. Nuestra forma de expresar amor hacia los demás era con actos, escucha activa y consideración.

Llegamos hasta la consulta del doctor con quince minutos de anticipación, confirmamos nuestra llegada y esperamos a que nos llamaran.

—¿Qué pasó con Marco, Lulú?

—Papá... bueno, hizo algunas cosas malas que... —Me callé, sin saber cómo continuar.

—¿Te engañó?

Tragué saliva y me quedé en blanco mirando hacia la nada, pensando cómo contarle. Sabía que Marco le caía muy bien y no quería sonar rencorosa.

—Nunca me cayó bien, sabía que algún día te decepcionaría, tenía

cara de rata seca.

—Pensé que te caía bien.

—Se me da bien fingir, ¿eh? Así que habla con libertad.

Solté una risa divertida. Realmente amaba a mi padre y me gustaba saber que podía confiar en él cada vez que lo necesitaba.

—Sí, me engañó, y dos veces.

—¿Dos veces? —preguntó un poco molesto—. Qué hijo de puta.

—Papá...

—Tranquila, de matarlo no pasa, cariño, no te preocupes.

No pude evitar soltar una carcajada con su comentario.

—Sabes que fui cinturón negro en mi juventud, era un hombre muy atlético, y es como andar en bicicleta, jamás se olvida. No creas que porque estoy en silla de ruedas no lo puedo atropellar.

—Basta —dije riendo—, me duele el abdomen de tanto reír.

—Así te quería ver, preciosa. No como el otro día. No sabes cuánto sufrí al verte partir de casa tan afligida. Lo lamento mucho, hija.

—No lo lamentes.

—Sí que lo hago, no debí permitir que tu madre te tratara así, no mientras yo siga vivo.

—No es tu culpa.

—Pero sé que lo pude haber evitado. Cariño, nunca he tenido una personalidad fuerte, lamento no haberte protegido a lo largo de los años como merecías.

Tenía una tristeza profunda en sus ojos, y al mirarlos fijamente me partió el alma. Había algo en ellos que me gritaba lo cansado que estaba, lo destruido que se sentía, pero yo solo quería que siguiera luchando; necesitaba que ganara esa batalla, que se quedara conmigo y que jamás me dejara. Su mano se apoyó sobre la mía y

me dio un pequeño apretón. Lo miré y me acerqué para darle un beso en la mejilla. Luego apoyé mi cabeza en su hombro y nos mantuvimos así hasta que el médico salió y gritó su nombre.

Entramos rápido, acomodé a mi padre y me senté a su lado. Me sentía nerviosa de saber cómo iba el tratamiento, teníamos controles cada cierto tiempo y mis nervios siempre se disparaban cuando entraba en la habitación. Solté un suspiro cargado de preocupación y me concentré en escuchar al oncólogo.

—Bienvenido, Luis, ¿cómo te has sentido?

—Muy bien, doctor, ¿y usted?

—Muy bien también, gracias por preguntar. ¿Has presentado náuseas, vómitos o algún otro síntoma?

—No, todo bien.

—Perfecto, ¿te parece si vemos los resultados de los exámenes?

—Por favor —dijo riendo, pero pude notar que en su voz había una pizca de miedo.

Lo tomé de la mano y le hice cariño en los nudillos. Siempre le demostraba mi apoyo, de una forma u otra, y ese momento no sería la excepción.

Ambos estábamos callados esperando el resultado de los exámenes. El médico estaba tecleando algo en el computador y luego agarró sus lentes para centrar su atención en el documento que se había desplegado en la pantalla. Tragué saliva mientras esperaba pacientemente, pero gracias a los cielos una sonrisa apareció en los labios del hombre.

—¿Son buenas noticias? —me apresuré a preguntar.

—Muy buenas, en realidad.

Ambos quedamos expectantes mientras el médico se sacaba los

lentes y se giraba hacia nosotros.

Por qué se demoraba tanto, maldita sea. Mis nervios me tenían enferma.

—Estamos muy cerca de acabar con el cáncer, don Luis. Los exámenes de hoy han sido los mejores que ha tenido. Lo felicito.

Me giré hacia mi padre y no pude evitar soltar una lágrima de felicidad. Lo abracé con fuerza y aspiré su aroma tan familiar. Estaba agradecida de tenerlo y jamás me cansaría de decirlo.

16

MATEO

11 DE OCTUBRE DE 2021

Me acerqué a la puerta para estirar las piernas y respirar un poco de aire puro. El barca abriría en dos horas y quería dejar limpio para la fiel clientela que llegaba justo a las diez de la mañana. Se notaba que sería un día soleado, de esos que te reciben con un cielo despejado, pero que luego te atacaban con su frialdad. Esos días se parecían a mi ex, la verdad.

Me sacudí a raíz del escalofrío que me provocó pensar en ella. No la extrañaba para nada y no deseaba que volviera a mi vida. Me había dejado muchas decepciones y un corazón roto que me había costado sanar.

Si pudiéramos conocer de antemano los corazones de las otras personas sería más fácil abrirles la puerta y dejarlos entrar, así por lo menos estaríamos seguros de que no nos dañarían o que no lo harían tan profundamente, pero es imposible, solo queda darles el beneficio de la duda y confiar. Mi mente siempre divagaba y terminaba pensando en Lu. Con ella no había sido para nada complicado quitarle el pestillo a esa puerta, incluso lo sentí normal, como si tuviera que hacerlo, como si todo mi ser la quisiera dentro de mi vida.

Suspiré y entré hacia al barca. Estaba feliz de ver cómo crecía cada día mi negocio y presenciar la preferencia de nuestros clientes por sobre otras cafeterías que había en la misma zona. Mi corazón estaba lleno de orgullo.

Me giré y vi a Fernanda limpiando la barra. Llevaba su sudadera habitual, negra, sus pantalones anchos color celeste, sus Converse y el delantal de la cafetería. Le gustaban los *piercing*; tenía uno en la nariz, tres en cada oreja y ocupaba de esos aros redondos grandes. La conocía desde hacía varios años. Desde esa vez en que su pelo dorado se enredó en mi mochila en la universidad nos hicimos amigos y me había ayudado como nadie durante el proceso de apertura de la tienda.

Se encontraba ensimismada cantando «Happier Tan Ever», le encantaba Billie Eilish, y como ella era la encargada de poner la música, siempre se podía escuchar alguna canción de sus cantantes favoritos en los parlantes. En la otra esquina estaba Diego, con sus audífonos negros de siempre, que trapeaba el piso mientras movía su metro ochenta de altura en un baile parecido a la bachata.

—Eh, jefe, ¿no íbamos a hacer una fiesta?

—¿Qué clase de fiesta? —pregunté, curioso.

—Por mi cumpleaños, claro —me recordó Fernanda—. ¿O acaso ya lo olvidaste?

—Creo que lo olvidó —comentó Diego.

—No lo olvidé, solo que... bueno, quizá sí lo haya olvidado.

—¿Será que acaso estás muy concentrado en la chica con la que te vi el otro día? —dijo Diego mientras se quitaba los audífonos y se acercaba a mí. Fernanda lo imitó y en cuestión de segundos ambos estaban a mi lado.

—¿Qué chica? —se apresuró a preguntar Fernanda.

—Una amiga.

—Bien guapa tu amiga, se bebió casi toda la barra ese día.

—Así que es alcohólica.

—No, no te confundas, Fer.

—Jefe, estoy soltero.

—Qué bueno. Y lo seguirás estando —dije soltando una carcajada.

La insinuación de Diego me provocó un sentimiento que no pude identificar, ¿eran celos, tal vez? No lo sabía, pero no me había gustado para nada.

Caminé hacia las escaleras y subí los peldaños de dos en dos. Me quedé parado en frente de la puerta buscando mis llaves, pero no las encontraba. Busqué ente mis recuerdos la última vez que las había visto, pero mis neuronas no querían despertar aún.

—¡Jefecito! —gritó Fernanda.

Bajé un par de escalones y me agaché para ver por entremedio de los barrotes.

—Ya te he dicho que no me llames así, Fer, no es necesario.

—Pero eso eres, un jefazo.

Tenía el cuerpo apoyado en la barra y su mano movía un juego de llaves que reconocí a kilómetros.

—¿Buscabas esto?

Troté el resto de escalones que me quedaban y llegué a su lado más que rápido.

—Exacto, buscaba eso.

—Bueno, tengo una idea por haberte salvado de quedar fuera de tu departamento —dijo de manera coqueta.

Fernanda siempre había sido así, era parte de su personalidad. No

importaba si estaba frente a un hombre o una mujer, su lado coqueto siempre sobresalía y brillaba, más aún a la hora de vender tragos.

Me reí despacio.

—¿Cual idea?

—Una cena.

Solté una carcajada y alargué la mano para coger mis llaves, pero enseguida las alejó, caminando de a poco hacia atrás mientras subía y bajaba las cejas repetidamente.

—No necesitas esto para que cenemos, Fer. Eres mi mejor amiga —dije al mismo tiempo que le seguía el juego e intentaba agarrar mis llaves.

—¿Pero sí puedes cenar con esa amiga nueva que tienes? —dijo en tono brusco.

Su sonrisa juguetona se apagó y fue reemplazada por una más fría. Dejó de avanzar y me puso la palma de su mano con uñas largas pintadas de color rojo en el pecho. Me empujó unos pocos centímetros y me las tendió. Fue extraño.

—¿Todo bien? —pregunté preocupado.

Agarré las llaves y ella me rodeó yendo hacia la barra y cogiendo el paño de cocina.

—Sí, no te preocupes, solo estoy un poco cansada.

—Sabes que si necesitas un día libre podemos coordinar los turnos con los chicos de la noche, no te sobre esfuerces, ¿está bien? Cualquier cosa me avisas.

—Sí, está bien, Mateo. Iré a limpiar.

La miré confundido y me dirigí de nuevo hacia mi departamento. Abrí la puerta y la cerré lentamente. No le di mucha importancia al

asunto, quizá mi amiga tenía problemas que no me quería contar. Sería paciente hasta que su mal humor se esfumara y quisiera confiar en mí para decirme qué le ocurría.

Estiré los hombros y suspiré. Amaba mi trabajo, pero había otra cosa que también me encantaba, y era dibujar. Aprovechaba las mañanas antes de abrir el barca para practicar mis técnicas o simplemente mojar el pincel y pintar lo que se me diera la gana.

Atravesé el living y me dirigí hacia mi dormitorio. El escritorio me estaba esperando para comenzar a dibujar. Me senté frente a mis utensilios y estiré la espalda. Estaba un poco tenso y dormir poco me estaba pasando la cuenta. Me apoyé en el respaldo de la silla y contemplé las estrellas pegadas en el techo... me hacían pensar en Sofía, en lo que perdí.

Un pedazo de mi corazón se había ido con ella, estaba seguro de que ese pedacito no lo recuperaría jamás, y tampoco lo quería de vuelta, porque era de ella y de ninguna otra persona. Pensar en mi hermanita aún me dolía. Aunque quería aparentar que no era así, mis emociones se enredaban al recordar momentos juntos.

Nuestra diferencia de edad era muy notoria, y desde que supe que mi madre estaba embarazada fui el hermano más feliz del mundo. Incluso le pedí a mi abuela que me enseñara a tejer; quería hacerle zapatos, ropa, gorros. Siempre había querido un hermano menor, pero que fuera mujer me entusiasmaba aún más.

Nunca quise darles problemas a mis padres, porque les había costado volver a tener otro hijo y eran las personas que más se merecían ser bendecidos con otro ser vivo, así que su felicidad

también fue la mía. Habían estado empeñados en tener una chica, ya habían tenido dos varones, así que no podía cortar su felicidad.

Sofía creció y empezó a estudiar desde muy pequeña, siempre me empapaba con sus conocimientos nuevos, y encontraba que eso era demasiado tierno.

—Hermano, ¿sabes cuántas estrellas hay en el cielo?

Se acostó a mi lado mientras hojeaba su libro sobre el universo. Su cuerpo sabía la posición exacta para acoplarse con mis brazos, ya que estaba muy acostumbrada.

—No lo sé. ¿Cuántas hay?

Despegó su dulce mirada de las páginas y elevó su cabeza para mirarme directamente a los ojos.

Su iris era del dorado más bello jamás visto y sus rosadas mejillas me decían a cada instante que se las tomara y apretara. Se veía muy tierna con sus ricitos y su sonrisa perfecta, me daban ganas de comerla a besos.

—Mil millones de billones de estrellas. ¿Te imaginas poder verlas todas? *¿Poder conocer con tus propios ojos las galaxias y las supernovas? Además, ¿te he dicho que últimamente me están gustando los agujeros negros? Encuentro que son sexys*.

Me reí por su ocurrencia y le pregunté.

—¿Por qué son sexys?

—Porque nada puede escapar de ellos.

Me sequé las lágrimas que esos recuerdos provocaban en mí y me afirmé la cabeza con las palmas de las manos. Desde que conocí a

Lucía todas mis vivencias junto a Sofía me pegaban más fuerte y la recordaba mucho más. Verla me hacía pensar en mi yo de hacía años y en lo solo que estuve. Nada podía borrar ese día de mi mente y nada lo hará.

—Aún me culpo de lo que pasó —dije emitiendo un suspiro.

Agarré un pincel y saqué una hoja de buen gramaje, busqué las acuarelas en el cajón y acomodé todo en el escritorio para que estuviera bien repartido. Cogí un lápiz grafito para comenzar a hacer el boceto, hacía tiempo no ensayaba un dibujo de ella y mi mente ya estaba olvidando sus rasgos. No había nada mejor para mantener su memoria fresca que eso: quería dibujar a Sofía.

Mi celular sonó y lo saqué del bolsillo de mi pantalón. Me fui a los chats. Tenía algunos sin leer, pero no era nada importante. Mi corazón se paró cuando vi que Lucía me había escrito. Desde que la había visto en el bar ese día sentía que quería ayudarla, pero también creía que era más que eso.

Había algo en ella que me llamaba y me decía que la había estado esperando, como si hubiera vuelto a casa el pedazo de corazón que se fue con mi hermana. Me sentía pleno con ella y era un sentimiento muy extraño, porque literalmente no la conocía, jamás la había visto.

No era que no pudiera ser feliz sin ella, pero me hubiese gustado compartir mi felicidad con alguien como ella, como Lucía.

Abrí el mensaje lentamente.

Lucía (13.30 h)

Hola, Mateo. Me preguntaba si hoy estás libre.
Me gustaría salir a beber algo, ¿te apetece?

Mateo (13.33 h)

Hola, Lu.
¿Te parece bien beber en mi departamento?

Esperé un segundo antes de enviar mi respuesta, no sabía si Lu se lo tomaría mal, pero no tenía muchas ganas de beber afuera. Además, en mi casa podríamos hablar a gusto y tendríamos todo el alcohol que quisiéramos.

Respiré profundo y apreté el botón de enviar.

Instintivamente bloqueé la pantalla del teléfono y lo tiré a la cama.

Me quedé extrañado de mi reacción; ya no tenía quince años para que una respuesta me asustara así, pero de todas formas me quedé sentado en mi escritorio con la cabeza apoyada sobre mis nudillos, contando los segundos que pasaban, los cuales estaban siendo eternos y avanzaban lentísimo.

Tomé el lápiz. Había dejado la tarea a medias y comencé a trazar líneas inestables e inseguras. Giré mi cabeza hacia el celular y me sentí ansioso. Hacía mucho tiempo no intentaba coquetear con nadie

y me ponía nervioso. Quizá Lu pensaría que me quería propasar, que iba muy rápido o que era un asesino serial. Me paré decidido y me recosté sobre las mantas, agarré el celular el mensaje, pero, cuando lo tomé, ya me había contestado.

Di vuelta el celular y los nervios me comenzaron a subir por todo el cuerpo. No recordaba la última vez que mis hormonas se volvieran así de locas por una chica, especialmente por una que ni siquiera sabía si yo le gustaba, pero me estaba pasando. Su forma de reír, de hablar, de mirarme, me cautivaban. Necesitaba conocerla, pero me aterraba todo lo que estaba sintiendo.

Tomé el teléfono y apreté el nombre de Lu.

Lucía (13.35 h)

Me encantaría.

¿A qué hora te parece bien?

Salí del dormitorio y comencé a ordenar todo el departamento. Barrí, trapeé, limpié mesones y abrí ventanas para que se ventilara la habitación. Había estado trabajando mucho, por lo que había descuidado la limpieza. Lo bueno era que no era grande y podía terminar en un rato.

Dejé todo lo mejor posible, me fui a dar una ducha y aproveché de afeitarme. Me gustaba dejarme la barba, pero de igual forma creía que me veía bien sin ella y en esta ocasión pensé que sería lo más adecuado. Saqué de mi cómoda una camisa, unos jeans y mis

fieles botas, y me vestí rápidamente. Tenía el tiempo justo ya que Diego me había interrumpido por un problema del barca. No había llegado la mercadería que estaba fijada para ese día y algunos platillos del menú no se podrían cocinar. Eso significaba que la clientela se enojaría, porque nuestro local se caracterizaba por servir buena comida, aparte de buenos tragos preparados, y no queríamos que nos cambiaran por otro bar.

Despejé mi mente. El problema ya lo había solucionado y solo quedaba media hora para que llegara mi cita, por lo que necesitaba estar listo y presentable.

Mis nervios eran notorios. No había invitado a nadie fuera de mi círculo de amigos a mi departamento, que era prácticamente nuevo. No tenía muchos muebles e incluso tenía una habitación completamente vacía porque no sabía con qué muebles llenarla. Con Lu era diferente, quería que se sintiera cómoda, que pudiéramos hablar libremente, reírnos y conocernos más. Deseaba que pudiera venir a mi casa, porque de cierta manera era un lugar íntimo para mí.

Levanté la muñeca y vi en las manecillas del reloj que ya era casi la hora de que llegara, así que miré a mi alrededor para verificar que todo estuviera en su lugar y me giré hacia la salida.

Bajé las escaleras despacio y de pronto escuché su armoniosa voz.

—¿Se encuentra Mateo?

Reprimí una sonrisa, y antes de poder decirle que estaba en la escalera vi que Fernanda se giraba hacia ella para contestarle.

—¿Mateo? No, no está.

Me quedé mirando la escena y esperé algunos segundos. Tenía curiosidad de saber por qué le había dicho eso.

—Oh, ¿en serio? ¿Mencionó a qué hora iba a volver? —preguntó desilusionada.

—Mira, niñita.

—Me llamo Lucía.

Fernanda chasqueó la lengua.

—Mira, Lucía. No sé quién eres y no me importa, pero ¿te doy un consejo?

Lu no dijo nada. Mi corazón estaba desbocado. Muchas cosas se venían a mi cabeza y comencé a unir cabos sueltos.

Al ver que su interlocutora no contestaba, Fernanda negó con la cabeza desaprobatoriamente.

—Te lo daré de todas formas: no vengas a buscar a Mateo nunca más, no voy a permitir que lo vuelvan a dañar. Tienes cara de ser inteligente, así que comprenderás si te digo que te vayas. Él ya tiene a alguien que lo cuide, y esa soy yo.

—¿Perdón? —preguntó Lu confundida.

—Te perdono, ahora saca tu culo de aquí.

Bajé a toda velocidad y llegué corriendo hasta el lado de Lucía. Fernanda me miró con cara de terror y arrugué el ceño. No entendía qué estaba pasando, por qué se comportaba así.

Sus pómulos se tiñeron de carmesí, se tapó los ojos con las manos, haciendo con sus palmas una visera, se giró y comenzó a caminar rápidamente hacia la barra. Troté para alcanzarla y la tomé del brazo, me acerqué y me paré enfrente de ella.

—¿Por qué le dijiste eso? —susurré.

—Permiso, tengo trabajo que hacer, Mateo.

Quiso irse, pero insistí.

—Fer, lo digo en serio. ¿Por qué hiciste eso?

Me miró fijamente con una expresión de odio. Sus ojos se cristalizaron y mi actitud cambió de inmediato. Estaba muy confundido.

—No entiendo qué está pasando, Fernanda. No tienes el derecho de hacer eso con mis invitados.

—No entiendes nada, Mateo.

—Claro que no entiendo, si no me explicas.

—No lo entenderías, nunca te diste cuenta de nada.

Se giró y trotó hasta la cocina. Miré alrededor y vi a Diego llevar donas y cafés hacia una mesa mientras el otro mesero atendía la caja. A pesar de que nos faltaban insumos, el chef había logrado hacer unas cuantas delicias para los clientes.

Suspiré y me rasqué la nuca. Jamás habíamos tenido una pelea con Fernanda en la que no hubiera sabido lo que pasaba. Era muy directa para decir las cosas, y era la primera vez que no entendía lo que me quería decir. En la universidad la apodaban la «sin corazón», ya que no tenía tacto para decir lo que le molestaba y, además, era una rompecorazones... nunca vi que tuviera un noviazgo serio porque se aburría a la semana.

Una carraspera me sacó de mis pensamientos y me giré rápidamente hacia la fuente del sonido. Me había olvidado por completo de que Lucía estaba en mi bar. Me giré hacia ella y le dediqué mi sonrisa más sincera.

—Lu, te ves...

La miré de arriba abajo. Estaba usando un vestido con estampado de flores precioso que se le ajustaba al cuerpo. Lo había combinado

con una chaqueta y botas. Se veía guapa y no pude evitar quedarme embobado mirándola.

—¿Me veo bien?

—Muy bien —afirmé.

Lucía soltó una pequeña risa avergonzada y fue como un flechazo a mi corazón. No podía creer que todo lo que esa mujer hiciera me encantara tanto, me volviera loco, pero tenía que sosegarme, ir con calma.

—Tú tampoco te ves nada mal.

—No hay nada que un par de horas de arreglarse no puedan lograr.

—¿Estás de broma?

—Soy un hombre muy indeciso con la ropa, así que sí. Lo que ves es el resultado de por lo menos media hora de probarme ropa.

Mi comentario le hizo gracia: me mostró una sonrisa resplandeciente, la más hermosa que le había visto. Sentí como mi barriga albergaba una docena de mariposas... y es que nunca habría pensado que a esta edad estaría así de ansioso esperando una cita y nervioso cuando la viera de frente a mí.

—Bueno, *my lady,* ¿está lista para la velada? —pregunté mientras le ofrecía mi brazo.

—Oh, *my lord*, estoy más que lista y muy entusiasmada.

Me cogió del brazo y la guie hacia las escaleras.

17

MATEO

Lucía se sentó sobre la alfombra que sostenía la mesa de vidrio en la cual yo había puesto aperitivos y latas de cerveza. Puso sus manos sobre la hebilla de una de sus botas y me miró preguntando por aprobación. Yo asentí con la cabeza y ambos nos quitamos los zapatos. Se quitó además la chaqueta y la dejó sobre el sofá que se encontraba detrás de nosotros. No pude evitar fijarme en el lunar que tenía en la clavícula. Se veía muy sexy y era un lugar perfecto para besar.

Sentí un calor subir hasta mis mejillas y giré mi rostro hacia las bebidas que estaban sobre el cristal. Si Lucía hubiese sabido lo que estaba pensando, de seguro habría creído que soy un pervertido y me hubiera dado una buena cachetada. Desvié mi vista hacia sus manos y noté que se veían delicadas.

Bueno, quizá no pegaba tan fuerte.

—¿Mateo?

—¡Dime! —dije instantáneamente.

No sabía si me había hablado antes y me sentí avergonzado por estar perdido en mis pensamientos tan poco importantes. O sea, sí era importante saber dónde me gustaría besarla, sí quería hacerlo, pero ese no era el momento.

—Te preguntaba si tenías sal.

—¿Sal? ¿Para qué?

—¿No te conté? —dijo mientras giraba su cuerpo, emocionada, hacia mí.

—No, ¿qué cosa?

—Pues, que soy bruja y necesito sal para invocar demonios.

La quedé mirando un momento, un tanto desconcertado. Sus facciones mostraban un genuino interés, pero no entendía en qué momento el rumbo de la conversación había ido a parar a cosas oscuras. No me gustaban las brujas ni las personas que hacían cosas con vudú, me daba miedo, porque en el fondo creía en esos temas, sentía que eran verdad.

—Bueno...

Lucía me miró y soltó una carcajada que me dejó aún más anonadado. Se estaba agarrando el abdomen y se tapaba la cara mientras yo seguía perdido en el mar de información del universo. De todas formas, me gustaba verla feliz, quería conocer todas sus facetas, y hasta el momento conocía solo dos... o tres, mejor dicho, y me atraían todas.

—Mateo... quita esa cara, no puedo parar de reír.

—Qué cara quieres que ponga, ¿una sexy, por ejemplo?

Estiré los labios, entrecerré los ojos y apoyé una mano bajo el mentón. Me sentía ridículo haciendo esa pose, pero Lu no pudo parar de reír y cada vez su rítmica risa iba en aumento. En ese momento me surgió un deseo de convertirme en payaso para no tener que verla triste nunca más.

—¿De dónde sacaste esa postura? ¿De las revistas? —dijo mientras intentaba calmarse.

—No puedo revelar mis secretos. Son poses ultrasecretas que solo a un puñado de chicos en el mundo le salen bien.

—Ay, Mateo, basta. Me duele el estómago de tanto reír.

Se estiró hacia atrás y apoyó la cabeza en el cojín del sofá respirando profundo. Se veía adorable.

—¿Y para qué querías la sal?

—Para una chelada.

—Claro, tiene sentido.

—Sí, ¿cierto? —respondió divertida.

Me levanté en un segundo y fui trotando hacia la cocina, tomé un plato, sal, limones y regresé.

—Traje de todo.

Lucia me dedicó un pequeño asentimiento y me senté rápidamente a su lado. Me giré hacia ella y carraspeé.

—Hablando de brujas, ¿tú crees en eso?

Se acercó hacia la mesa mientras tomaba un limón y lo partía con un cuchillo.

—Para ser sincera, sí. Aunque no sé tanto del tema, de verdad siento que podríamos atraer cosas buenas manifestándolo. Yo aún no lo he intentado, pero de que me gustaría, me gustaría.

—¿Y por qué no lo has intentado?

Dejó su tarea a medias y desvió su mirada hacia la mía. Se quedó pensando un momento, como buscando las palabras correctas, y continuó.

—Porque mis pensamientos no me están ayudando y ellos también manifiestan, pero lo hacen a la inversa de lo que a mí me gustaría tener. No sé si me explico —susurró.

—Perfectamente.

Tomé un trago de la cerveza. No me gustaban las cosas amargas, pero sí que me fascinaban las que tenían sabores.

—Vaya, ese fue un sorbo muy largo, mejor me apresuraré para alcanzarte.

—Dudo de que me alcances, además tengo un aguante único a la hora de beber. No sé por qué, pero es difícil emborracharme.

—Tú ya viste cómo soy ebria —dijo un poco avergonzada.

Solté una risa al recordar a una Lucía enfadada y un poco ebria, aunque sobre todo recordaba a una Lucía triste.

—Sí, me acuerdo, pero ese día bebiste solamente tragos fuertes. Diego dijo que te tomaste una botella de tequila sola. No hay cuerpo que aguante.

—Es verdad, pero no me arrepiento de nada. Si no lo hubiera hecho, creo que no nos habríamos conocido.

—Yo creo que sí, aunque quizá en otras circunstancias.

Lucía tomó un vaso vacío y mojó los bordes del vidrio con el jugo recién exprimido para después pasarlo por la sal y comenzar a verter la sustancia líquida al vaso.

—¿Sabes cuál es la clave para hacer una buena chelada? —preguntó sin mirarme.

No esperó a que yo respondiera e inmediatamente contestó:

—Que la cantidad de sal, limón y cerveza sea la adecuada, además de servirla con espuma para que después no te sientas hinchado. Es toda una ciencia esto. ¿Quieres una? —Me ofreció el vaso con el trago listo.

—Gracias, veremos qué tal está.

Se quedó mirando expectante mi reacción, por lo que decidí tomar

un sorbo enseguida. El sabor me sorprendió. Era la mezcla perfecta de las tres cosas y se sentía muy suave al paladar. Estaba exquisita.

—Wow, ¿te gustaría ser barman? Te quedó genial, Lu.

—No me digas eso, porque aceptaría enseguida el trabajo.

Tomé otro trago, más corto que el anterior, y me giré a verla con las cejas juntas, extrañado.

—¿Cómo es eso?

—Lo que dije. Aún no he encontrado trabajo. Mi madre quiere que vuelva a casa, pero... Mateo —dijo mientras me miraba y me mostraba una vulnerabilidad que no creí ver tan rápido—. No volveré a esa casa. No volveré a ese infierno, mejor dicho.

—¿No has pensado en una compañera de departamento?

—Sí, le he dado varias vueltas al asunto. Pensé en Valeria, pero el departamento de mi amiga es demasiado pequeño y... me da miedo meter a cualquier loca a mi casa. ¿Y si terminan siendo psicópatas? —Movió su cuerpo en un escalofrío—. Qué miedo. Aceptaría eso solo si la conociera en persona y si tuviera la certeza de que no me matará mientras duermo o que no me robará las joyas familiares, aunque no tenga ninguna.

Una idea loca se comenzó a formar en mi cabeza y me emocionó totalmente.

—¿Te gusta este departamento?

Lucía tomó un trago de su vaso y levantó la mirada. Recorrió con sus hermosos ojos la televisión que había frente a nosotros, la alfombra en la que estábamos sentados, el balcón que daba hacia nuestra izquierda y la cocina hacia la derecha. Las paredes eran de un azul mate que me encantaba y el techo blanco. Sentía que había

escogido muy bien el color de los muebles con la pintura del departamento y eso siempre me haría sentir orgulloso.

—Se ve muy lindo, la verdad. Es amplio, está bien decorado... y muy ordenado para que un hombre viva aquí —bromeó—. Además, el color azul es mi favorito.

—¿Qué te parece si te ofrezco ser mi compañera de piso? Estoy buscando bajar algunos costos y me podrías pagar ayudándome en la cafetería por las mañanas.

Lucía pareció incrédula y se quedó boquiabierta mirándome, incapaz de reaccionar a lo que mi boca acababa de escupir. Yo no creía que fuera tan descabellado: ya nos conocíamos, yo no era un asesino serial, tendría un lugar donde vivir y trabajar mientras no encontraba trabajo en su profesión y sería entretenido vivir con alguien, especialmente con alguien tan divertida como Lu.

—¿Qué dices?

—Qué buena broma, Mateo. Por poco me la creo.

Chistó con su lengua y dio un trago largo a su chelada, luego tomó un *snack* de la mesa y se lo comió. Por unos segundos solo se escuchó la papa crujiente siendo triturada y no pude no fijarme en su boca, una boca con labios carnosos que no podía dejar de mirar.

—No. —Titubeé—. No es broma, Lu. Lo digo en serio.

Se paró en seco y me miró detenidamente, no sé por qué sentía que estaba siendo analizado por esos ojazos que tenía mi nueva compañera de cuarto, aunque aún no lo éramos, tenía un buen presentimiento de que sí.

—Ya, en serio no entiendo: ¿por qué estás siendo tan amable? Desde que te conocí no he obtenido nada más que cosas lindas,

como si fueras una tarjeta de felicitaciones y buenos deseos. ¿Y si eres un asesino en serie?

—No soy un asesino en serie. —Reí por su ocurrencia.

—Ja, eso diría el asesino.

Se giró completamente hacia mí y acomodó sus piernas en posición de meditación, afirmó su brazo en el sillón y me miró fijamente. Vi en su rostro que estaba tramando algo que me hizo sentir muy vivo, animado.

—Tengo una idea.

—Soy todo oídos.

—Te haré un test.

—¿Un test? ¿De qué?

—Un test para saber si eres un psicópata.

Esta vez me reí con más ganas y estiré mi espalda, listo para que me interrogara. Me alisé las ropas y me arreglé rápidamente el cabello y la manga de la camisa.

—Está bien, estoy listo.

—¿Te gusta mentir?

—Qué pregunta es esa, Lu. —Estallé en una carcajada y estiré mi mano hacia la mesa de vidrio para abrir otra lata de cerveza. Esto se estaba poniendo interesante.

—Asumiré que sí...

—No —la corté—. No me gusta mentir, intento ser lo más transparente posible. Creo que ocultar información también es un tipo de mentira, por lo que mi respuesta es no.

—Me agrada.

Lucía estiró su mano para alcanzar el plato con las papas fritas, las

puso en el piso, en frente de ella, les vertió salsa de mostaza y se echó un par a la boca. Masticó rítmicamente y remató dando un trago a su vaso.

—Siguiente pregunta —dijo finalmente—. Te haré preguntas *random* para conocerte mejor, ¿te parece?

—Me parece bien.

—¿Tu color favorito?

—Rojo.

—Según la ciencia, a los homicidas les gusta el rojo.

—¿Por qué? —pregunté divertido.

—Porque es el color de la sangre —dijo mientras movía sus manos para hacer la atmósfera más terrorífica.

—¿Invierno o verano?

—Invierno, claramente.

—¿Te gusta el invierno porque así los cuerpos se demoran en degradarse?

—¿Cómo lo supiste?

—Mis habilidades detectivescas son superiores a las del resto.

—Tendré que tener cuidado contigo, Lu —dije entre risas.

Me acomodé en mi asiento y puse mis manos en el piso para afirmarme. Tomé otro sorbo de cerveza y la contemplé mientras pensaba la siguiente pregunta.

—Si vas conduciendo y encuentras un gato desmayado en medio de la calzada ¿lo atropellas o te bajas a quitarlo de la calle?

Me masajeé el mentón con las yemas de los dedos, agaché la cabeza y arrugué el ceño, haciendo como si realmente estuviera meditando la pregunta.

—Difícil pregunta. Atropellar gatitos son como quinientos puntos

de una...

Sentí un golpe seco en mi brazo izquierdo con el cojín y levanté las manos para protegerme. No pude evitar reír y Lucía me golpeó otra vez, pero de manera más delicada.

—¡Pido tregua!

—¡¿Cómo le vas a hacer eso a un gatito?!

Dejó el cojín en su posición inicial y antes de sentarse de nuevo volvió a acomodarlo para dejarlo tal como había estado antes. Suspiró y dejó en su delicado rostro una sonrisa bellísima mientras se acomodaba el cabello.

—Yo creo que si encuentro a un gatito desmayado en la calle y sin dueño, lo adopto. ¿Has visto ese video en TikTok donde alguien dice: «No tengo de ese color» cuando ve a un gatito? Ese sería yo —comenté divertido.

—Yo haría exactamente lo mismo. ¿El dueño del departamento me dejaría tener aunque sea un gato? —preguntó poniendo la cara de Gato con Botas en *Shrek* y juntó ambas palmas para implorar.

—Permito que tengas máximo dos.

—Bien. —Cerró su mano en un puño mientras lo elevaba a modo de celebración y continuó—: pues, test terminado. ¿Dónde firmo?

—¿Eso es todo? —pregunté curioso.

—La verdad es que sí, quiero darte el beneficio de la duda.

—Interesante, pero ahora me gustaría a mí hacerte unas preguntas. Después de todo vivirás aquí, conmigo, por lo que me gustaría conocer más de tus hábitos y dejar las reglas claras desde el comienzo.

—Bueno, estoy de acuerdo. No me gusta levantarme temprano, no sé cocinar, pero si nos repartimos las tareas del hogar y me toca

hacerlo... podría hacer unos huevos revueltos de puta madre con agua cocida, mi especialidad. ¿Te parece bien?

—Lo de cocinar déjamelo a mí.

—Cualquier condición que me pongas la acepto, con tal de no tener que cocinar —dijo entusiasmada.

—Me parece bien. ¿Te gustaría recorrer el lugar mientras te interrogo? —pregunté, al mismo tiempo que colocaba una mano en el piso y me daba impulso para levantarme.

—Sí, me parece bien.

Ella se agachó para buscar sus botas debajo de la mesa.

—Si quieres podemos ir en calcetines.

—Sería perfecto, me encanta estar sin zapatos.

—Bueno, ya conoces el comedor y el living, el departamento venía con cocina americana y encuentro que es perfecta para ahorrar espacio. —Caminamos hacia la isla que dividía ambos ambientes y comencé a abrir cajones—. Aquí están los servicios, cuchillos con filo de sierra, cosas para hornear y demás utensilios que no vas a ocupar de seguro.

—Buen chiste. Los postres se me dan bien.

—Quedas encargada de hacerlos, entonces.

—No te ilusiones, que me viene la inspiración dos veces al mes, como mucho. —Hizo un gesto para restarle importancia.

—Es suficiente para mimar a tu compañero de piso.

Cerré los cajones y comencé a abrir las gavetas. La cocina no era grande, pero sí lo suficiente para que los dos pudiéramos estar ahí haciendo de comer o trabajando sin necesidad de pegarle al otro de casualidad.

—Aquí están los platos, las tazas, los *bowls* para comer cereal con

leche o lo que quieras. Tengo poca loza, por lo que te pediré de antemano que la cuides.

—¿Lo dices porque soy muy torpe? Sí, todo se me cae de las manos, pero prometo cuidarlos —dijo divertida.

Terminamos de ver la cocina y la llevé hasta la que sería su habitación con su baño. Estaba pintada de un lila pastel, el color favorito de Sofía. Le comenté que lo podía cambiar si le apetecía, sentía que mantener el color de las paredes de una habitación que mi hermana nunca ocupó no iba a preservar su memoria. Solo yo y mi familia seríamos capaces de eso, y no necesitaba más que sus recuerdos.

Me dolía pensar que cada día que pasaba perdía el eco de su risa en mis oídos y tenía que recordarla con viejos videos almacenados en mi celular. Me encantaba ver videos de nosotros cuando pequeños, lo unidos que éramos y lo felices que nos veíamos. Una felicidad de la que años después carecimos y no supimos volver a incorporar en la vida de ninguno de nosotros.

Una voz dulce y armoniosa me despabiló y la miré directamente a los ojos. Relajé un poco el cuerpo y le entregué una sonrisa.

—Entonces, Lu, ¿qué te parece?

—Me encanta.

—Okey. Creo que sería pertinente poner las reglas el día en que te mudes.

Esas sencillas palabras alborotaron todo mi ser.

18

LUCÍA

Los recuerdos tienen el trabajo de traer al presente todo lo que extrañamos y que un día amamos. Pueden hacernos felices al revivir momentos inolvidables, pero también tienen el poder de atormentarnos con nuestros peores miedos o desilusiones.

En aquellas circunstancias en las que recordamos todo lo que una persona o situación nos dañó y volvemos a sentirnos como la primera vez me gustaría que mis neuronas no tuvieran capacidad de sinapsis.

Pero elijo pensar bonito, no eliminar lo que me hizo daño, porque, aunque haya sido una mierda, es parte del proceso. No dejaré que mis pensamientos negativos o los recuerdos me ganen, porque siempre llamaré adelante lo que me hace bien, las sonrisas, la bondad y la calidez de todos los recuerdos que viven en mi mente.

19

LUCÍA

Estaba completamente loca. ¿Había aceptado vivir con Mateo? No, es que estaba chiflada, de seguro un tornillo se me había zafado de la cabeza y debía estar rodando por ahí, feliz de haberme quitado la cordura y esperando a que arruinara mi vida con las decisiones que tomaría.

Sí, llevábamos un par de semanas hablando, pero... estaba loca.

Tenía una mezcla de emociones abrumadora; rondaba el miedo y la excitación, luego se iba a extremos como la sensación de traición y la felicidad. Y es que solo considerar vivir con mi nuevo amigo me hacía sentir fatal, no podía evitar pensar en Marco, en que estaba haciendo algo malo, aunque cuando recordaba todo lo que me había hecho él a mí me pegaba una cachetada mental.

Ya no estábamos juntos, por lo que no tenía que dar explicaciones de nada.

Llegué a mi departamento y tiré lejos mis botas, me puse un cárdigan —porque el frío de la habitación estaba para hacer hielos sin un refrigerador—, corrí hacia mi dormitorio y me lancé a la cama. Me cubrí con la frazada y traté de respirar y meditarlo todo con la cabeza más fría. No podía creer lo que había hecho, de seguro Valeria me mataría y...

Valeria me mataría.

No había podido contarle mayor detalle, estaba demasiado ocupada con sus turnos extra como para pedirle que sacrificara horas de sueño y leyera mis mensajes larguísimos. No tenía idea del avance en mi amistad con Mateo o lo que había pasado con Marco en la calle y menos que me iría a vivir con alguien más... sin antes haber considerado la opción de que nosotras viviéramos juntas.

Me lancé a la cama y posé mi mirada en el celular, que estaba sobre mi mesita de noche, lo levanté para desbloquearlo, y como si el diablo la hubiera llamado me sonó el timbre de un mensaje nuevo.

Un mensaje de Valeria.

—¡Qué te hice, satanás!

Segundos después sonó nuevamente el teléfono, pero no era lo que esperaba, Valeria me estaba haciendo una videollamada. Suspiré y practiqué mi sonrisa más falsa y más empalagosa posible. Estiré el cuello y apreté el botón de aceptar.

—¡Amiga! —dije al instante en que apareció la rubia a lo largo y ancho de la pantalla.

—¡Ingrata! ¿Sabes que no he sabido de ti por una semana entera?

—Val, lo siento, he tenido muchas cosas en la mente, me desviví buscando empleo y, pues...

Hizo un sonido para silenciarme.

—No me lo cuentes por aquí, sino en tu departamento. Ábreme la puerta.

—¿La puerta?

Sonó el timbre del que aún podía llamar hogar y vi a Valeria levantando las cejas con cara de satisfacción en la pantalla.

—Soy yo, nena. Ábreme.

Me quité las frazadas y me levanté de la cama a toda velocidad, no me molesté ni siquiera en ponerme pantuflas, solo me acomodé el cárdigan y corrí hacia la puerta. La abrí rápidamente y me abalancé sobre mi mejor amiga.

Era el abrazo que más necesitaba, el de alguien que me conociera de toda la vida, me entendiera y me quisiera. Su aroma a limón me envolvió como siempre, acogiéndome y dándome la bienvenida a mi lugar seguro, a mi hogar.

Valeria me dio una vuelta y me dejó en el piso. La observé de pies a cabeza, se veía preciosa, se había hecho dos trenzas que partían desde su cabeza, estaba vestida con un chaleco de lana, pantalones ajustados y botas.

—Te extrañé mucho, amiga, lamento no haber venido antes, tuve mucho trabajo y... —Arrugó los labios aguantando una sonrisa.

—¿Y? —pregunté curiosa.

—Invítame a pasar primero. —Rio de manera pícara—. Tenemos mucho de qué hablar —dijo mientras me empujaba delicadamente hacia adentro del departamento.

Cerró la puerta con el pie y dejó su bolso sobre el sofá. Yo me quedé parada mientras la veía ir de allá para acá, quitándose los zapatos y yendo a poner la tetera. Abrió la despensa para sacar azúcar y dejó sobre la mesa dos tazas con sus respectivos platos y cucharas para servir el té. La confianza que ambas teníamos era exquisita y me encantaba.

—Y bien... ya te veo instalada, ¿eh? No me dejes con la duda y dime qué es lo que me querías contar, tú sabes que para los chismes no tengo paciencia, si dices algo te condenas solita —le recordé y caminé de puntitas hasta donde estaba ella. El piso estaba muy

helado y me daba frío el solo hecho de pensar en colocar toda la planta del pie en el suelo.

—Vayamos a tu habitación y te lo cuento todo. ¿Al final te compraste estufa? Las temperaturas están cambiando muy drásticamente y las noches están muy heladas, igual ya deberíamos estar en primavera, pero aún hay frío. Eres una adulta que está viviendo sola, debes priorizar comprarte las cosas básicas para no morir congelada.

Se giró con cara de sorpresa hacia mí. Tenía los ojos tan abiertos que realmente pensé que se le podían salir.

—¿Escuchaste lo que acabo de decir, Lu?

—Sí, el día está malditamente helado.

—Sueno como mi madre.

Solté una carcajada y me encaminé hacia el dormitorio.

Abrí la puerta de mi habitación, troté por la alfombra hasta la estufa eléctrica que me había comprado hacía unas semanas y la encendí. Había sido mi mejor inversión, especialmente porque pasaba casi todo el año con frío.

Di algunos pasos y llegué a mi cama, que también estaba equipada con un calientacamas, pero que no encendería en ese momento.

Valeria entró por el umbral de la puerta con una bandeja entre sus manos y a paso rápido. Dejó todo sobre la mesita de noche y se sentó sobre la cama. Era increíble como en las tardes aún se podía tener un clima tibio y en la noche hiciera tanto frío. Me senté junto a ella y la miré un momento, expectante de lo que me tenía que contar.

—Lu, tengo una noticia que te mueres —dijo emocionada.

—Ten piedad de mí y escúpelo rápido.

—Conocí a alguien. Es una persona muy linda, atenta, preocupada, hasta el momento solo he visto una *red flag* y es que no le gustan los perros, Lu. Imagínate lo que estoy diciendo. Es un dios griego en todos los aspectos, solo le falta la túnica y esa corona de ramas —dramatizó.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? Cuéntamelo todo, ¡por favor!

—La verdad... bueno. Amiga, no te enojes.

—¿Por qué me enojaría? Al contrario, me alegro muchísimo por ti. Sé cuánto sufriste con Paul, tu ex, y me alegro de que después de estos años al fin te hayas permitido conocer a alguien. —Contuve un sollozo falso, más que dramatizado, y me limpié una lágrima inexistente.

Valeria se veía notoriamente nerviosa y con sus ojos me pedía perdón. Agarró un cojín con ambas manos y lo subió hasta sus ojos.

—Lo que pasa es que empecé a salir hace seis meses con él, bueno, lo conozco hace muchísimo tiempo más porque somos colegas, bueno, no colegas de verdad, pero... tú me entiendes —logré escuchar.

—¿Qué?

Cambié mi posición, me afirmé de mis rodillas y automáticamente Val supo lo que iba realizar a continuación porque se tapó aún más con el cojín, como si lo estuviera utilizando como escudo. Tomé otra almohada que estaba en la cama y le aticé varios golpes seguidos con el lado suave de la funda.

—Eres... una... ¡traidora! —dije mientras seguía mi violenta venganza. Valeria y yo no pudimos evitar soltar una carcajada por la situación, pero de igual forma no se salvaría.

Unos segundos después me senté y suspiré tratando de regularizar mi respiración. Cuando Val sintió que ya no llegaban más golpes bajó su escudo, pero no pensaba dejarla, así que le lancé el cojín a la cara y no lo pudo esquivar, por lo que le cayó en plena nariz.

—Ahora sí, has pagado tu traición.

Val subió su índice hasta la zona en que le llegó el golpe y se dio unos pequeños masajes con su delgado dedo.

—Me lo merecía, lo sé.

—No, no te lo merecías, porque tienes derecho a tener tus propios secretos o a no contarme todo, solo fue una excusa para golpearte con el cojín. —Reí con picardía—. Cuéntame de él, ¿en que trabaja?

Tomé la bandeja que estaba a mi derecha y la puse en la cama entre nosotras dos. Abrí el paquete de galletas y me eché una a la boca. Era ese tipo de delicias que tienen una gota de mermelada en el centro, la mejor invención del hombre. Las amaba con la vida.

Valeria agarró su taza de té y dio un sorbo pequeño.

—Es un hombre genial, en pocas palabras. Me tomó por sorpresa encontrarlo y... que me gustara tanto. Por más que lo niego, debo confesarlo, Lu: estoy babosa por ese hombre. Pienso todo el día en Tomás, me preguntó si ya comió, si se siente bien, si está feliz, si me extraña como yo a él. Es algo muy demente y... con justa razón pensarás que estoy loca, pero creo que nos estamos quedando juntos.

—¿Cómo es eso?

—He pasado muy poco tiempo en mi departamento últimamente...

—¿Están viviendo juntos?

—Se podría decir que somos como compañeros de piso.

—Que tienen sexo.

Mi amiga se puso de todos los colores y rápidamente tomó un trago de su té, que estaba muy caliente y le provocó un poco de tos.

—Rayos, me quemé la lengua.

—Val, no tienes que avergonzarte.

—Es que...

Suspiró profundamente, se notaba que estaba cargando con algo y que tenía miedo de decirlo en voz alta.

—No te fuerces a contarme nada que no quieras.

—No, sí quiero, es solo que... tú me conoces y sabes cómo son mis padres. No me hablarán por meses si se enteran de que me iré a vivir con alguien con quien empecé a salir hace solo seis meses y que, además, aún no es mi pareja de manera oficial.

Se veía muy afligida y le tomé la cara con una mano. Era mi turno de hacer el trabajo de mejor amiga.

—¿Lo hablaste con Tomás?

—¿A qué te refieres, Lu? —preguntó con la mirada preocupada.

—¿Le has hablado de tus temores? ¿O tus deseos? Quizá no tiene ni idea que quieres ser su pareja oficialmente. Aunque creas que es la persona perfecta, déjame decirte que los hombres son bien idiotas, no se dan cuenta de nada.

Logré sacarle una sonrisa y eso me hizo sentir mucho mejor.

—La verdad es que no. No le he dicho nada, quizá porque no quiero apurarlo o que piense que soy intensa.

—No, eso está muy mal. Tienes que ser como eres, fluye, explota de amor si así lo sientes, no te reprimas por no querer asustarlo, porque si es para ti, Tomás no va a huir. Si te gusta, solo dile, y si quieres probar suerte pidiéndole que sean pareja, hazlo.

—Tienes razón, es tiempo de que tome las riendas. Ay, de solo pensarlo me da nervios, pero ya es tiempo. Eres la mejor. —Val suspiró, me tiró un beso y se volvió a acostar mientras masticaba una galleta.

Me acurruqué a su lado y pasé una pierna sobre la de ella.

—Vale —dije tímidamente.

—Dispara.

Tenía una mano sucia de mermelada y con la otra mano estaba apretando el botón para encender la tele.

También tengo algo que contarte.

Se sentó de manera veloz y me miró directamente a los ojos.

—Por favor, no me digas que volviste con él.

—¿Con Marco?

Asintió con la cabeza. Se estaba devorando mis galletas, por lo que agarré la bolsa y la saqué de su alcancé. Me miró con el ceño fruncido y se quejó haciendo un puchero.

—Dame algunas, no seas egoísta.

—Val, te estas comiendo todas mis galletas, déjame una al menos.

—Está bien, te dejaré dos, pero solo porque soy una buena persona. Ahora dame el paquete. —Alargó su brazo y me quitó la bolsa—. Prosigue con lo que me ibas a decir.

—Bueno... yo. Yo también conocí a alguien. ¿Te acuerdas de que te conté que un día en la noche quise ir a beber y fui a un bar que queda cerca de aquí?

—Ajá. El del trasero apretable.

—Bueno, es que lo que pasa...

—Te estás dando muchas vueltas. ¿Te liaste con él o qué?

—No. Seré directa. Se llama Mateo, es muy simpático, tiene una

cafetería que por las noches es un bar; le dije que no tenía trabajo y me ofreció empleo y una habitación.

—¿Lo dices en serio? ¡Me alegro muchísimo! Cuéntame más.

Me quedé muy confundida y pensé que tal vez mi amiga no estaba entendiendo lo que realmente estaba pasando. Suspiré y me di ánimos para continuar.

—Val, lo que intento decirte es que me iré a vivir con él. Seré su compañera de piso.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Lo que pasa es que sí, su casa está en el segundo piso de la cafetería y me invitó a trabajar para pagar mi estadía. —Escupí a toda velocidad la información—. Y ahora que lo digo en voz alta suena realmente estúpido.

—Claro que lo es, Lu. No sabes si es un violador, un psicópata o...

—Val, por favor. No tengo otra opción, hace unos días fui a la casa de mis padres, mi madre supo que ya no tengo empleo y quiere que vuelva al pueblo. No volveré ahí, no si lo puedo evitar. Tengo dinero, pero sabes que es para el tratamiento de mi papá. Yo... no sé...

Fue inevitable que se me quebrara la voz, porque de solo pensarlo me inundaba la pena. No le había podido contar y tenía que reconocer que me estaba encerrando en una burbuja, excluyendo a las personas que realmente me importaban. En este caso: Valeria.

—Ay, cariño, por qué no me contaste, sabes que estoy para lo que necesites, pero te entiendo perfectamente.

Se acostó conmigo y me abrazó con uno de esos abrazos fuertes que transmiten mucho y te llenan el alma. Me permití llorar por un momento, esta vez con la compañía de mi amiga. Y se sintió bien.

—Me dio una cachetada, le dije que no volvería, que ni lo pensara. Luego salí con Mateo y me ofreció empleo, sabe que estoy sin trabajo hace un tiempo y me ofreció esa oportunidad. Si lo conocieras... Pero no meteré las manos al fuego por él, no te preocupes. Te diré dónde vive para que sepas y estés al tanto por cualquier cosa. Igual no debo ser tan confiada, ya sé que no lo conozco del todo. Si quieres me puedes ayudar con la mudanza, literal es al lado, en el bar ese que queda a media cuadra.

—Está bien, nena. Lo que necesites. Aquí estaré para apoyarte.

Me hizo cariño en el brazo y no pudo evitar mirarme con cara coqueta.

—¿Ya lo besaste?

—Dios, ¡no! —Solté una risilla mientras le pegaba de manera juguetona—. Somos amigos.

—Eso dicen todos.

La visita de Val me llenó de energías. Pasamos un rato animado, como en los viejos tiempos. Verla y conversar con ella me recargó de optimismo y fuerza para lo que se me venía por delante.

20

LUCÍA

La razón no concuerda con el corazón. El peor sentimiento que alguien puede tener es pelear por lo que quiere, pero en verdad sabe que no debe tener. Esta es solo una de las situaciones que todos viven aunque sea una vez.

La montaña rusa en la que consiste la vida es el juego más peligroso y doloroso que debemos llevar a cabo. Empieza cuando nacemos y se termina en el momento en que logramos descansar en la comodidad de la muerte.

Durante el proceso hay altos y bajos, todos sabemos eso, pero lo que realmente importa es lo que tú haces cuando llegas a la cima o cuando estás en el hoyo más profundo. Yo me encontraba en el descenso del juego, en partes recónditas que nunca había notado en mí, bodegas llenas de telarañas que jamás pensé conocer y de las que ahora no sabía cómo salir.

El dolor me absorbía tanto, el miedo me envolvía en una capa nublosa que no me dejaba ver más allá de la amenaza inminente que tenía ante mis ojos y quería evitar a toda costa. Eso fue lo que pensé, que todo era una amenaza, que no quería ser dañada de nuevo. Pero esta vez quitaré la cerradura de la caja en la que me encerré, tomaré la montaña rusa por los rieles y subiré hasta llegar a

la cima, en la que seré la puta ama y me sentiré otra vez como merezco.

Feliz.

21

LUCÍA

 «Descifrar» – Maye

18 DE OCTUBRE DE 2021

Estaba nerviosa. Valeria me acompañaría a la casa de Mateo a dejar mis cosas. Habíamos pasado los días previos pintando, decorando las paredes y dejamos que la habitación se ventilara bien para no morir asfixiada mientras dormía. Con Mateo acordamos que ese día sería la fecha perfecta para mudarme a su departamento. No es que yo tuviera muchos muebles, porque la mayoría eran del dueño del piso que había estado arrendando, pero de igual forma eran importantes para mí. Los había comprado con la ilusión de por fin vivir sola y tener la independencia que tanto tiempo había buscado.

Cuando llegamos, Mateo nos estaba esperando. Llevábamos en dos cajas las últimas cosas que me quedaban de mi antiguo hogar. Ya había entregado las llaves, por lo que ya no tendría dónde más dormir.

Me sentía nerviosa, no lo negaba; era nuevo tener que vivir con una persona a la que no conocía. Esperaba con todas mis ganas que no fuera alguien raro, por lo menos no más de lo que yo era.

—Bienvenida a la que será tu casa estos meses que se avecinan —

dijo Mateo haciéndonos pasar—. Dejaré que se instalen, yo debo ver algo en la cafetería y regreso.

Nos sonrió y salió por la puerta.

—Dios mío, no me dijiste que era así de guapo, Lucía. Te lo tenías guardado, ¿eh? —dijo juguetona. Levantó su mano y me dio unas palmaditas en la espalda.

—Ya te dije que somos amigos, Vale. ¡Contrólate!

—La que no se podrá controlar serás tú, no pasan de un mes.

—¿A qué te refieres?

—Uno de los dos se va a comer al otro a besos y estoy segura de que le chuparás la polla en máximo un mes —dijo lo que quiso y se fue hacia mi habitación. La seguí para negarlo todo, pero Valeria se había quedado inmóvil.

—Qué pasa, ¿por qué te quedas ahí parada?

—Lu, ¡te armó la cama! Ay, es un sueño este hombre.

Dejó la caja en el piso y se tiró sobre las cobijas. La imité en acción y me senté al lado de ella.

—Oye, Valeria, deja de insinuar cosas, que ya te he dicho que somos amigos. Sabes que terminé hace muy poco con Marco, no estoy lista para algo nuevo y ni siquiera sabes si yo le atraigo o le gusto. Sería un poco descabellado.

—Siento la tensión entre ustedes dos, no te hagas la santa. Y está bien, tiempo al tiempo, nena. Pero si se la chupas debes correr a contarme, no seas egoísta. —Se tapó la boca con la mano de manera tímida.

—Cuando yo te pregunté si habías tenido sexo con Tomás te volviste muy tímida y ahora eres una lengua suelta. Quién te entiende.

Me paré y comencé a abrir una de las cajas que contenía mi ropa interior y la de vestir. La comencé a sacar y a separar. Me gustaba guardar todo por secciones y de manera pulcra. Valeria no se aguantó y saltó a mi lado.

—Lu, lo digo en serio. Para el amor no hay tiempo ni lugar, si algún día ambos se quieren besar está bien, solo procura no enamorarte, de lo contrario tendrás que sacar a dos clavos del corazón y es mejor trabajar de manera unitaria.

La miré de reojo con mala cara.

—Ey, solo digo. —Levantó ambas manos en señal de inocencia.

—¿Qué tal vas con Tomás?

—Él también es un sueño. Por dios —dijo de forma abrupta—. Estamos viviendo nuestra era con novios *golden retriever* —soltó entusiasmada.

—Dios, no. Que ni siquiera es mi novio, que es mi jefe, Val.

—¿Vamos a vivir un romance en el trabajo? Quédense para vivir esta nueva temporada de pasión y lujuria —dijo mirando hacia una cámara imaginaria, siempre hacía eso.

—Hablas de tu historia de amor, ¿verdad? Que ustedes sí que son compañeros de trabajo. ¿Acaso se besan en los baños? —Estallé de risa.

—No se lo cuentes a nadie, Lu.

—¿Hablas en serio?

—Claro que no, tengo dignidad, niña —dijo lanzándome un cojín.

—Menos mal, imagínate besarte con alguien en un baño con toda esa materia fecal dando vueltas. —Nos miramos y ambas hicimos cara de asco.

—Pero no me importaría que me empotre contra la pared en los

pasillos del hospital. —Esbozó una sonrisa pícara mientras me miraba con su cara de zorra.

—Contrólate.

—Sería un sueño, pero lástima que ya no esté trabajando en el hospital.

—¿Por qué no?

—Está trabajando en otro proyecto más importante.

Seguimos conversando de cosas banales y pasando un buen rato, guardamos toda la ropa y dejamos mi pieza lo más preparada posible. Era una habitación grande, cabían perfectamente mis dos libreros, mi escritorio, mi cama de una plaza y media y mi televisor. Las cosas de cocina las había dejado donde pertenecían y eso era todo, no había más. No necesitaba más que mis libros y un rico colchón para dormir.

Después de que Valeria se fue me quedé acostada mirando el techo, esperando a que Mateo llegara. Tenía hambre y quería saber qué comeríamos. Habíamos acordado que él cocinaría, así que como buena inútil para la cocina me quedé descansando hasta que él volviera.

Sentí que una llave empezó a moverse en la cerradura y me levanté rápidamente para esperarlo en la sala. Salí de mi cuarto, pero Mateo ya estaba cerrando la puerta con el pie. Tenía ambas manos ocupadas por dos bolsas de papel que contenían comestibles y verduras. Caminé hacia él y tomé la de su mano derecha, que se veía más pesada. Realmente lo estaba así que abandoné la misión y me fui a la de su mano izquierda.

Escuché una risa salir de sus labios y me giré con dirección a la cocina. Comencé a sacar las cosas, aunque la verdad es que no me

acordaba dónde iba la mitad, así que levanté mi mirada y mis ojos se encontraron con los oscuros de mi nuevo compañero de piso.

Me sentí por un momento nerviosa, los comentarios que Valeria había hecho aún rondaban en mi cabeza, pero me dije que me tenía que controlar. No porque una mujer y un hombre vivieran juntos tendría que pasar algo, además, mi guapo amigo, o sea, mi nuevo amigo, solo era eso: un amigo.

—No te preocupes por guardar las cosas, tenemos que fijar las reglas primero y después ordenamos juntos.

—Está bien, pero ¿podemos comer primero?, ¿antes de ordenar? Me ruge el estómago —dramatice sobándome el abdomen.

—No hay problema.

Caminó hacia el sofá, lo seguí y me senté frente a él. Acomodé mis piernas en posición de meditación y lo miré directamente a los ojos, expectante. No pude evitar bajar mi visión hacia la ropa que estaba llevando... es que se veía muy guapo con la chaqueta de cuero y su pantalón negro.

Concéntrate, Lucía.

—Bueno. Estuve pensando en cinco reglas básicas.

Su voz grave me sacó de mis pensamientos.

—Claro, te escucho.

Introdujo su mano en su chaqueta, sacó un papel arrugado, lo desdobló con cuidado y se lo acercó a los ojos. Quizá era corto de vista y no usaba lentes.

—Primero: *no se puede traer a nuestras parejas, andantes o como quieras llamarlos al departamento*.

—No hay problema de mi parte. Estoy solterísima.

—Por mi parte tampoco será un problema.

¿Lo decía porque no las traería o porque no estaba con nadie? Mis ganas de preguntarle eran altísimas, pero mi cerebro me decía que no me metiera en lo que no me importaba. Lo que mi cerebro no sabía era que sí que me importaba, aunque fuera un poquito.

Debía confesar que desde el momento en que le había contado a Valeria que había conocido a Mateo no había podido sacarlo de mi cabeza. Revivía nuestras salidas una y otra vez, y en todas se veía muy guapo, atento, simpático y preocupado. No era posible que me empezara a atraer alguien tan rápido, pero las acciones de Marco ayudaron mucho a que me desilusionara de él y lo sacara de mi corazón. Del odio al amor, y viceversa, hay un solo paso.

—Segundo.

Su voz me trajo de vuelta a la realidad y subí mi mirada rápidamente.

—Estaba pensando que... la segunda regla más importante es: *no deberíamos involucrarnos sentimentalmente*. Me refiero a... de manera romántica.

Rayos. Ese fue un golpe bajo y directo. Una cachetada hubiese dolido menos.

—Me parece perfecto, para mantener un buen ambiente —contesté.

—Pienso lo mismo. —Carraspeó y continuó—. Tercero: *los gastos de luz, agua y comida se pagarán a medias*.

Asentí con la cabeza y le indiqué que continuara.

—Cuarto: *las fiestas o reuniones serán solo hasta las dos de la mañana, que es la misma hora en la que se cierra el bar*. Ya sabes, hay que descansar.

—Por mi parte no hay problema, a las diez de la noche empiezo a sentir sueño, estoy en la etapa en la que me convierto en una señora.

—Bueno, yo igual, cuando no me toca un turno en el bar. Así que estaremos muy bien con eso.

Volvió la vista a su trozo de papel y continuó.

—Quinta regla y última: *está prohibido pasarlo mal solo*.

Arrugué el ceño, confundida, aunque no hizo falta que preguntara nada, porque Mateo lo aclaró enseguida.

—Si te sientes mal, quieres llorar o cualquier cosa, mi pieza está al lado de la tuya, Lu. No tienes prohibido entrar, solo toca la puerta y entra. ¿Está bien? Para lo que necesites puedes contar conmigo.

Esas palabras me llegaron al alma, porque se notaba que lo decía de corazón. Nunca he sido de tener muchos amigos y me sentía muy feliz de poder ser amiga de él, de alguien que realmente quería serlo. Solo esperaba que mi mal humor no lo alejara, porque quería tenerlo en mi vida por mucho tiempo más.

Lo miré conmovida y le dediqué una sonrisa.

—Dalo por hecho, Mateo.

22

MATEO

 «Lavender Haze» – Taylor Swif

8 DE NOVIEMBRE DE 2021

Lucía se acercó a solo unos centímetros de mí y me tocó el hombro mientras dejaba su plato del almuerzo en el lavaplatos. Su aroma cítrico se introdujo por mis fosas nasales y mi boca se deshizo en agua, como cuando miras un limón y quieres hincarle el diente.

Esas últimas semanas habían sido un infierno, puesto que con cada segundo que pasaba me daba cuenta de que realmente me interesaba de manera amorosa. No podía despegar mi vista de todo lo que hacía, la buscaba y quería pasar tiempo con ella mientras estábamos en el departamento y en el trabajo.

Y el idiota que había puesto las reglas había sido yo.

Durante las mañanas en el café me paraba cerca apropósito, por si necesitaba ayuda, por si quería hablar o si tenía algún problema que no pudiera resolver y siempre terminaba acudiendo a mí, ya que era un mundo casi completamente desconocido para ella y yo estaba deseoso de poder enseñarle todo lo que quisiera.

—¿Qué comeremos hoy, Mateo? Tengo ganas de comer algo frito, ¿tú no?

—¿Papas fritas?

—Esas artesalanes que cocinaste el otro día son... uff, el paraíso. Me parece bien, acepto.

Reí suavemente y le desordené el cabello.

—Ey, ya me había peinado para ir a trabajar, ahora que entro más tarde tengo tiempo para no parecer una momia.

—¿A qué te refieres? —Me giré para mirarla mientras ella caminaba de vuelta hacia el sillón.

—Cuando trabajaba de enfermera siempre me bañaba antes de ir al trabajo, yo estaba fija en el hospital de ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, es un apoyo fijo. Así que simplemente me bañaba, me amarraba el cabello, me rociaba perfume y salía —dijo mientras se arreglaba los cabellos que tenía sueltos y continuó—: Ya que constantemente me encontraba cansada, y levantarme una hora antes solo para arreglarme me daba pereza. La hora del sueño para mí es sagrada. —Colocó sus manos bajo su mentón y movió sus dedos mientras pestañeaba de manera rápida—. Mírame ahora, hasta me maquillo.

Me sequé las manos con el mantel y di unos pasos relajados hasta sentarme junto a ella.

—Qué tal, ¿te gusta? —preguntó ilusionada.

—¿Te habías maquillado antes?

Agarró el cojín y comenzó a golpearme.

Dios, tenía que sacar esa arma infernal de su alcance.

—Lo decía en broma, Lulú —medio grité, divertido, mientras agarraba el cojín y lo bajaba hasta nuestro regazo.

—Eres muy malo, Tobby.

Habíamos comenzado a decirnos así hace unos días, cuando me di

cuenta de que se le formaban pequeños ricitos en las puntas de su pelo. Había salido de la ducha envuelta en una toalla y tenía el cabello húmedo, era la primera vez que lo tenía de manera natural y me encantó poder verla así. Le comenté que se parecía a la Pequeña Lulú y en consecuencia ella me comenzó a llamar Tobby. Me gustaba que tuviéramos un sobrenombre que solamente nosotros utilizáramos.

Nos hacía un poco más cercanos.

—Bueno, creo que ya es hora de ir a trabajar, no quiero que mi jefe se enfade. —Me miró y me guiñó un ojo mientras soltaba una risa.

Realmente esas primeras semanas iban de maravilla, sentía que nos estábamos acoplando bien y que nos complementábamos de buena manera viviendo juntos.

—No te preocupes, si te dice algo yo lo enfrentaré, vamos bien en la hora.

Comenzó a caminar hacia la puerta y la seguí. Giró la manilla y me hizo pasar.

—Creo que llegaremos con veinte minutos de anticipación.

Ambos nos miramos y reímos. Lucía era la persona más puntual que había conocido y me encantaba eso de ella.

Una vez que bajamos la escalera entre sonrisas y bromas, Lucía se despidió y fue hacia la barra de inmediato. Era responsable, trabajaba muy bien, era meticulosa, proactiva y siempre estaba con una sonrisa en los labios. Cubrió su abdomen y parte de sus piernas con el delantal de la cafetería y comenzó a trabajar. Me impresionaba que aprendiera muy rápido todo y que le gustara repasar las cosas antes de que llegara la gente, «para no ser tan

lenta», como solía decirme. Se veía entusiasmada y me gustaba verla así. Feliz.

Caminé hacia la caja y conté el dinero que dejaríamos para dar cambio durante el día. Siempre había sido mi labor y no es que no confiara en mis chicos, sino que de cierta forma me gustaba tener la contabilidad y ser el encargado del dinero.

Escuché unos pasos y me giré ilusionado pensando que era Lu, pero en su lugar me encontré a una Fernanda enojada. Había dejado de asistir a los turnos de la mañana, prefiriendo trabajar durante las noches para no encontrarse conmigo. No me dirigía la palabra desde el incidente de la visita de Lucía, pero yo no la había presionado... si me quería contar, lo haría sola.

—Hola, Fer.

—Hola, Mateo.

—¿Y eso que te veo en el turno diurno?

—Diego necesitaba que alguien le cambiara el turno y no me pude negar. Ámbar y René no se manejan mucho en el día y los demás chicos tenían cosas que hacer —respondió rápidamente. Se encontraba de brazos cruzados y su mirada se posaba en cualquier cosa que estuviera cerca, menos en mis ojos.

—¿Sabes qué le pasó? Me escribió un mensaje avisando de que vendrías tú, pero no me dijo nada más.

—¿Si sabías entonces para qué me preguntas?

Me quedé de piedra viendo su actitud. Sentía que cada palabra que salía de su boca hacia mi dirección estaba llena de veneno. No recordaba que hubiera sido así conmigo antes.

—Solo... solo quería conversar contigo y, la verdad, no se me ocurrió otra cosa que preguntarte, Fer.

—Vaya, se nota que eres muy listín, ¿eh?

—¿Tienes algo que decirme?, te noto enfadada.

Comenzó a mover su pierna con impaciencia y después de algunos segundos de duda, que me parecieron eternos, me miró con ojos asesinos.

—¿La invitaste a vivir contigo, Mateo? —susurró.

Su pregunta me tomó desprevenido. No pensé que ese era el origen de su enfado. La tomé del brazo y la llevé hacia la escalera para hablar con mayor tranquilidad.

—Sí, necesitaba dónde vivir y un trabajo, así que quise ayudarla.

—¿Por qué tanto interés en ella?

—No sabía que debía informarte si quería invitar a alguien a vivir conmigo. —Me estaba cabreando su actitud y no pude evitar que mi voz sonara más dura de lo que pretendía.

—No es eso, Mateo, pero... es tan repentino.

—Insisto, Fer. Nosotros somos muy buenos amigos, pero no tienes el derecho de actuar así porque invité a Lucía a vivir aquí. Tampoco te debo explicaciones. Si querías darme tu parecer, lo acepto, pero debes hablar conmigo, no comportarte de esta manera —dije mientras trataba de suavizar mi voz.

El pecho de Fernanda subía y bajaba con evidente enfado. Tenía ambos brazos cruzados y la mandíbula apretada.

Se humedecía los labios a cada segundo y su impaciencia iba en aumento. Abría y cerraba la boca como si quisiera decir algo, sin estar segura de las palabras.

—¿Qué es lo que te pasa con ella, Fer? No entiendo. Desde ese día que te escuché decirle que yo no me encontraba en casa has

estado muy rara conmigo, no entiendo lo que está pasando, ¿puedes ser directa? ¡Así como lo eres siempre!

Me miró con sus ojos dolidos, estaba a punto de ponerse a llorar y entré en pánico. Jamás la había visto así, tan molesta, tan misteriosa y tan vulnerable.

—Fernanda...

Mi amiga no hacía ningún movimiento, se había quedado callada, mirando hacia el frente como si estuviera reviviendo algún recuerdo en su mente que no quería exteriorizar. Todo lo que estaba pasando era muy extraño, la actitud que Fernanda estaba teniendo no era ni la sombra de lo que realmente era.

Mi enojo fue aminorando para dar más protagonismo a la preocupación, quizá estaba pasando por un momento difícil y no quería contarle a nadie o también yo estaba tan embobado por Lucía que no le di la importancia necesaria.

Era un pésimo amigo.

—Fernanda, escucha. Lamento no haberme dado cuenta de que te pasaba algo. Bueno, sí me había dado cuenta, pero esperé que me lo dijeras tú, como siempre lo hacías. Lo siento si pensaste que no soy un buen amigo o que no podías confiar en mí. Sí, ahora creo que tengo a alguien que me gusta, pero no por eso voy a dejar a mis amigos abandonados...

—¿Cómo es que no te has dado cuenta, Mateo? Después de todos estos años sigues así de ciego —me interrumpió.

—¿Cuenta de qué? —pregunté perplejo.

Su mirada cambió al odio otra vez, negó con la cabeza, cansada, y se fue. Después de dar algunos pasos paró la marcha y me dijo sin darse la vuelta:

—No pienses que la voy a ayudar a adaptarse.

Apenas terminó de decir esa frase se marchó.

—No seas infantil, por favor. En el trabajo es una empleada más...

Dudaba mucho de que me hubiera escuchado, porque ya se había puesto los audífonos y comenzado a barrer. Me rasqué la nuca y volví a la caja.

Eran recién las diez de la mañana y mentalmente ya estaba cansado.

El día había sido tenso con Fernanda dando vueltas y dedicándome sus miradas asesinas de encanto. Lucía me preguntó más de una vez qué ocurría, pero ni siquiera yo lo sabía.

Me senté en el sofá y estiré el cuello y la espalda. Me sentía cansado y eso era bueno, porque significaba que mucha gente nos había visitado y de solo pensarlo me sonreía el alma.

—Toma, te traje un té —dijo al llegar a mi lado.

Me ofreció la taza que tenía en su mano derecha y yo la tomé con gusto. Estos últimos días después del trabajo estaba siendo común encontrarnos ahí para descansar y tomar algo caliente. Nos recostábamos y comentábamos lo más divertido del día.

—Hoy no derramé ningún frappuccino y me quedaron muy bien hechos. Me siento orgullosa.

Lu estaba sentada con las piernas arriba del sofá mientras apoyaba la taza en sus rodillas y la acunaba con las manos. No podía creer que esa faceta de ella también me empezara a gustar. Hacía que mi viejo y dañado corazón latiera más rápido y me sentía como un adolescente de dieciocho años nervioso cerca de la chica que le atraía.

—Te felicito. Para ser sincero, a mí me costó bastante. Fernanda durante la universidad trabajó en muchas cafeterías y ella me enseñó todo lo que sé. Sin ella quizá no seríamos así de populares, ha inventado muchas bebidas de nuestro menú.

—Wow, qué genial que te haya ayudado tanto. Y veo que no le caigo muy bien...

—No te preocupes por eso, Lu. No te desanimes, Fernanda puede ser dura al principio, pero cuando la conoces es un amor. Hay que darle tiempo nada más.

Asintió lentamente con la cabeza y yo le di un sorbo a mi té. Se veía concentrada, como queriendo controlarse para no hacer preguntas, así que decidí ayudarla.

—Te noto pensativa.

—No... es solo que... ustedes son muy amigos.

—Sí, la conozco desde primero de universidad. Era una loca de remate, siempre siendo el centro de atención. Me reía mucho con ella. Fer era la persona indicada a la que debías acudir si necesitabas alcohol durante las clases. Bueno, ahora con mayor razón, ya que trabaja aquí en el bar.

—Me imagino, además de que es preciosa.

Creo que ya estaba entiendo a dónde quería llegar Lucía.

—Sí, es muy linda. Pero la belleza no lo es todo en la vida. Una persona se compone de mucho más que de su físico. Y déjame decirte que si de alguien no me gusta cómo piensa, actúa o simplemente cómo trata a los demás, la belleza solo será un accesorio sin valor.

—Me alegra escuchar eso.

No quería pensar en lo que sus palabras podrían significar, si es que significaban lo que yo quería o pensaba que decía entre líneas, solo me centraría en lo bien y feliz que me sentía cerca de ella. Más adelante me preocuparía de si su corazón concordaba con el mío y de si tenía los mismos sentimientos que yo.

No volvería a forzar ninguna otra relación, porque las cosas que son para nosotros se nos dan sin siquiera darnos cuenta y en el momento indicado.

Mi teléfono vibró y lo saqué de mis pantalones, lo giré y me fijé que tenía una llamada entrante de mi padre. Me levanté y antes de contestar le avisé a Lucía que iría a conversar al balcón. No la quería incomodar.

Cerré el ventanal detrás de mí y la brisa cálida de la tarde me abofeteó la cara. Estaba muy rica, dejé que el viento se colara por mi pelo y danzara por mi piel.

—Hola, papá.

—Hola, Mateíto. ¿Cómo estás, hijo?

Se escuchaba ronco y hablaba despacio. Me asustaba que estuviera enfermo, hacía dos semanas que lo notaba más decaído y simplemente no tenía las fuerzas suficientes para preguntarle qué pasaba, porque la respuesta me mataría y la había estado evitando desde hacía un rato. Ya no podía seguir así, por lo que me llené de valentía.

—Muy bien, papá. Te noto un poco enfermo...

—Ah, sí. Es la vacuna, me puse la que corresponde a los setenta años y me enfermé un poco, además de que cogí un resfriado. No es nada de lo que te debas preocupar.

Me sentí aliviado al escuchar sus palabras. Desde que mi madre

había muerto me encontraba muy paranoico con todos, y la verdad es que me costaba preguntar las cosas. No quería volver a vivir el instante en que mi madre quedó en estado vegetal.

—Está bien, papá. Por favor, cuídate, cualquier cosa que necesites, sabes que me puedes llamar, a la hora que sea.

—Lo sé, Mateíto. ¿Cómo va el negocio?

Me afirmé en la barra del balcón y contemplé la vista que me entregaba. Me sabía esa cuadra de memoria, la enredadera que subía hasta el segundo piso y adornaba el lugar, los árboles que estaban al lado de la cafetería, las calles de adoquines y las personas que entraban y salían.

—Súper bien. Me atrevo a decir que somos los mejores de esta zona, todos nos prefieren. Hoy durante la mañana estuvimos ocupadísimos, la cantidad de clientes que había era exuberante.

—Me alegro muchísimo, hijo. Me gustaría ir pronto.

—Me encantaría. Dile a mi hermano que te traiga, o yo te voy a buscar, como prefieras.

—Ronald está ocupado, Mateo.

—Se la pasa trabajando, ¿eh?

—La verdad es que sí. Aunque vivimos juntos lo veo muy poco y está bien, tiene su propia vida y está creciendo como persona. A su edad yo era igual. Pero no te preocupes, que no me quedo en casa sin hacer nada, salgo bastante a la plaza a pasear a Nina. Es muy linda y siempre me bota al suelo para lengüetearme.

Nina era la labradora que le había comprado casi un año después del fallecimiento de Sofía. No quería que se sintiera solo, y no hay mejor compañía que una mascota. Verlo jugar, pasear y estar con Nina me alegraba el alma, porque había visto una mejora notable en

él y no permitiría que volviera a hundirse, no después de las dos grandes pérdidas que tuvimos.

No se le había notado tanto el dolor de la pérdida de mi madre, porque teníamos a Sofía, la debíamos proteger, pero después de que ella partió todo pesó mucho más.

—Pronto los iré a ver, tengo muchas cosas que contarte y me gustaría hacerlo en persona, y además...

—De eso te quería hablar, Mateíto. En una semana es el aniversario de la muerte de tu madre. Ronald me aseguró que ese día estaría con nosotros, dice que las tradiciones deben mantenerse. Pensaba hacer una cena, como siempre.

—Me parece bien. Creo que iré a visitarlas ese día. Quizá vaya en la mañana.

—Está bien, cachorrito. Yo las fui a ver hoy, igual que todas las semanas. Estuve un rato contándoles mi semana y acusando a Nina, se había estado portando muy mal. Así que tu madre ya está al tanto de lo desordenada que es. —Emitió una frágil y armoniosa risa.

—Me imagino, papá. Es una perrita muy inquieta, está llena de vida.

—Sí, pronto cumplirá cinco años. Me llena los días de alegría. Muchas gracias por regalármela, cachorro, no sabes lo feliz que me ha hecho.

Sentí mis ojos cargados de tristeza. Ese regalo implicaba muchas cosas, muchos sentimientos y el deseo de no perder a mi figura paterna. No sabía si lo podría soportar y haría lo que fuera por mantenerlo conmigo.

—Lo sé, papá —susurré.

—Nos veremos para la cena, ¿verdad?

—Por supuesto, cuenta conmigo.

—Me alegra escucharlo. Ese día será importante, porque necesito hablar con ambos. Es algo que no pensé que me pasaría, pero no lo puedo seguir evitando y no me gustaría pasar el resto del tiempo que me queda en este mundo prohibiéndome cosas.

—¿Sobre qué quieres hablar? —Su repentina confesión me causó mucha curiosidad. Lo conocía muy bien, y sabía que si quería contarnos algo a los dos por más que le preguntara no diría ni una palabra antes.

—En la cena les contaré.

—Está bien, no te presionaré. Nos vemos, entonces.

—Nos vemos, hijo mío, te amo. Saludos a Fernanda, hace tiempo no la veo.

—Yo también te amo, papá. Le daré tus saludos.

Me despegué el celular de la oreja y comprobé que la llamada había finalizado. Me tomé de los barrotes del balcón y respiré profundo. Otro año sin mi madre, otro año sin poder ver la sonrisa juguetona de mi hermana, otro año en que las tendría que visitar en un cementerio.

Cuando creía que lo había superado llegaban esos días en que recordaba que en verdad no, que el dolor lo sentía más vivo que nunca. Era imposible superar el fallecimiento de un ser querido, solo se asumía con el tiempo que ya no estaban y no te quedaba más remedio que volver a verlos en tus sueños y en tus memorias.

Me giré y abrí la ventana corrediza que daba hacia el departamento. Vi a Lucía aún en la misma posición, me estaba dando la espalda y se veía muy tranquila, muy quieta.

Avancé y me fijé en que tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. Se había quedado dormida. Dejé una pequeña risa flotar en el aire mientras me acercaba hacia ella. Estos días me había dado cuenta de que podía dormir en cualquier lugar y en cualquier momento. Tenía el sueño un poco pesado, por lo que me aprovecharía de eso para cargarla y llevarla a su pieza.

Me agaché hasta llegar a su altura y la tomé entre mis brazos lo más delicadamente posible. Abrí bien las piernas para no dañarme la espalda y la levanté del sofá, pero al parecer hice mucha fuerza porque me desequilibré cuando la sostuve en mis brazos. Era como levantar un cojín, no pesaba nada.

Con cuidado fui caminando hacia su habitación y con el pie empujé la puerta que estaba entreabierta. Me fijé que no le fuera a pegar en la cabeza o en las piernas mientras pasábamos el umbral. Miré a mi alrededor y no vi nada que fuera un obstáculo, la cama estaba cerca, así que apresuré mis pies.

En esos pocos segundos pasaron muchas cosas, no noté que había algo duro en el piso y al pisarlo mi pie se dobló, haciéndome caer. Me entró el pánico y todo pasó muy rápido, lo único que se me ocurrió hacer fue lanzarnos a ambos a la cama. Mi cuerpo cayó sobre el de Lucía y nuestras frentes chocaron. Me separé un poco y me di cuenta de que mi pelvis estaba contra la suya y mis piernas entremedio.

Sentí como toda mi sangre se concentraba en mi rostro y no pude evitar mirar los ojos abiertos de par en par de Lucía. Intenté decir algo, pero noté que todo mi ser seguía encima de ella, por lo que me levanté lo más rápido que pude y me ordené el cabello.

—Lucía, no es lo que piensas, te vi durmiendo en el sofá y quise

traerte a tu cama para que descansaras, y... yo me tropecé con algo que había en el suelo y... no lo había visto y no quise que cayeras al piso, por lo que...

Lu me miraba con cara divertida, tenía los labios juntos aguantando una risa. Me confundí, pensé que estaría furiosa, qué pensaría que era un pervertido o algo por el estilo. No quería que hubiera malos entendidos.

—Tobby, tranquilo, no te preocupes. Creo en tus buenas intenciones.

Se había sentado en la cama y había apoyado los pies en el piso.

—Está bien. Espero que el sueño no se te haya esfumado.

—No lo creo, sigo muy cansada.

—Buenas noches, Lu.

—Buenas noches, Mateo.

La miré por última vez, dedicándome una sonrisa preciosa, y cerré la puerta.

23

MATEO

12 DE NOVIEMBRE DE 2021

Estaba sentado en el sofá esperando que Lucía se terminara de bañar. Durante toda la semana había evitado preguntarle, pero ya no lo podía posponer más. Seguro que ella me diría que era algo muy personal, que estaba loco por preguntárselo, pero debía hacer el intento, porque me moría de ganas de que me acompañara.

Ese día no teníamos que trabajar, o sea, sí teníamos, pero ya había arreglado los turnos con los demás chicos para que nos cubrieran, así que era cosa de que me dijera que sí y nos fuéramos.

Miré el reloj en mi muñeca y vi que eran las ocho y media. Lu siempre se levantaba temprano, me decía que su reloj biológico estaba acostumbrado a molestarla a esa hora, en cambio yo, aunque quisiera, jamás me despertaría por voluntad propia antes de las once de la mañana, por lo que necesitaba mínimo unas tres alarmas.

Escuché el pestillo de la puerta del baño abrirse y vi que ya estaba vestida y secándose el pelo con la toalla. Usaba un pantalón de cuero y una camiseta roja a juego con su labial, se veía bellísima. Unas ganas enormes de acercarme a su boca me acechaban, ganas de probarla y de sentir si sus labios eran así de suaves como se veían.

—Buenos días, Mateo.

Su saludo me sacó de mi trance y sentí mis mejillas arder.

—Buenos días, Lulú.

—¿Qué haces ahí sentado tan temprano? ¿Y vestido? — dijo mientras se cepillaba el cabello y se miraba al espejo.

—Bueno, es que hoy es un día especial. —Al decirlo en voz alta me sentí estúpido y patético.

—¿Qué ocurre hoy? —Su dulce voz me inundó y vi cómo caminaba hacia mí y se sentaba en el cojín de al lado. Estiré mi mano hacia los rizos que se estaban formando en la punta de su cabello y los estiré como si fueran un resorte.

—Disfrútalos, porque una vez que me seque el pelo ya no van a existir.

—¿Por qué no te gusta el pelo rizado?

—No es que no me guste. —Agarró todo su cabello con una mano, se lo acomodó y lo siguió desenredando, ahora con sus dedos—. Solo es más fácil simplemente secarlo y rematarlo con una alisadora. El cabello rizado demanda mucho trabajo, pero algún día espero volver a él.

—Te verías preciosa. Bueno, más aún —dije mientras le dedicaba una sonrisa.

Vi cómo la cara de Lucía pasaba de la perplejidad a teñirse de un color rojo igual que el de sus carnosos labios y solo ahí me di cuenta de lo que había dicho. No es que no lo pensara, porque lo hacía a diario, pero nunca lo había dicho tan abiertamente.

Me gustó, se sintió bien hacerlo. Además, me encantó verla sonrojarse por mí, eso quería decir que me tenía en consideración y que no era simplemente un amigo o su compañero de piso.

O eso quería creer.

—Eh... bueno, ¿por qué hoy es un día especial? —preguntó todavía nerviosa.

Era el momento de empezar a dejarle claras mis intenciones, las que había tenido desde que la comencé a conocer mejor y de las que no me quería desprender aún. Lucía me atraía y quería mostrarme con ella tal cual era y que me viera de verdad.

—Lo que ocurre es que hoy debo viajar a mi ciudad natal y me gustaría preguntarte si me acompañabas.

—Pero... debemos trabajar.

—Lo tengo todo arreglado, además mañana no tenemos turno y podríamos llegar mañana en la mañana. ¿Qué te parece?

Sus ojos se abrieron de par en par mostrando su sorpresa, pero había un brillo de ilusión que me decía lo feliz que estaba por la invitación. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios y se fue ensanchando hasta que me mostró sus delicados dientes.

—Sí, acepto. Me encantaría acompañarte. Necesito una escapada de fin de semana, relajarme y poder sentir el sol —dijo aplaudiendo con emoción.

—Podemos pasar a la playa.

—Acepto todo, Mateo, jajajá. ¿Por eso estabas vestido tan temprano?

—Me has pillado. Prepara un bolso con un par de mudas y te espero abajo, sacaré el auto.

—¡Listo! —dijo mientras salía corriendo hacia su habitación.

Mi estómago empezó a danzar de los nervios. No sabía lo que estaba haciendo, pero quería seguir a mi corazón, no volvería a ocultar lo que sentía o mis deseos.

Y tenía la esperanza de que fuera un viaje memorable.

Lucía iba durmiendo en el asiento del copiloto. El viaje había sido de dos horas sin interrupciones. A los minutos dejó de responder a la conversación, así que la dejé dormir tranquilamente y mantuve la música a volumen bajo. Me gustó verla así, despreocupada y relajada.

Habíamos llegado a nuestro destino hacía un par de minutos y nos encontrábamos estacionados, esperando a que la bella durmiente abriera los ojos.

—Diablos, ¿cuándo llegamos? —dijo con voz ronca tratando de abrir los párpados.

—Hace unos diez minutos.

—¿Y por qué no me despertaste? —preguntó todavía adormilada mirando hacia todas partes.

—Te veías demasiado tierna durmiendo. Tenías la boquita abierta y los ronquidos salían por entre tus labios.

Los pómulos de Lu cambiaron notoriamente a un color rosado y luego a un rojo más intenso.

—¿Me estás tomando el pelo?

Solté una carcajada sin poder evitarlo, se veía muy tímida y me sentí mal por haberla incomodado, por lo que me retracté enseguida.

—Sí, lo siento. Era una pequeña broma. No te enfades.

—Tranquilo, no me enojo, pero por un momento pensé que era verdad, porque yo sí que ronco.

—¿En serio?

—Sí, ¿acaso no te has despertado por mi culpa a mitad de la

noche?

—¿Entonces eras tú?

Ambos nos miramos y volvimos a reír, dejando nuestras voces flotar en el aire.

—Es broma. O eso es lo que creo. Si tuviera un cojín cerca te aseguro que...

—Que estaría ya en mi cara y en todas partes. Fue una inteligente decisión no haber traído una de esas armas letales en el auto.

—Ja, chistosito.

Me saqué el cinturón de seguridad y me puse el jockey que había traído, estaba seguro de que el viento marino estaría un tanto helado. Bajé del auto y sentí una brisa fresca, pero no helada, por lo que no me puse chaqueta y rodeé el auto para llegar hasta donde estaba Lucía. Se había puesto una chaqueta de mezclilla y un gorro negro, de seguro para que combinara con sus pantalones.

—Y bien, ¿cuál es el panorama? Estoy lista para lo que venga.

—Primero debemos ir a un lugar especial. ¿Ves ese campo que está detrás de nosotros? —pregunté.

—Sí, es un tipo de plaza o...

—Mmh, no. Es un cementerio.

La miré para ver su reacción, pero no se alarmó ni nada, solo me observó comprensiva y se guardó las manos en los bolsillos. Me giré hacia el campo verde que ahora teníamos enfrente y vi las grandes rejas que nos separaban del interior. Había ido muchas veces en los últimos ocho años, pero era la primera vez que traía a alguien que no fuera Fernanda o mi familia.

La necesidad de que Lucía me acompañara radicaba en el sentimiento que me había despertado cuando la conocí, lo perdida

que estaba y la tristeza que emanaba de sus poros. Reviví a un Mateo muy parecido a esa Lucía, un Mateo que estuvo lleno de dolor y que vagó mucho tiempo en el abismo de la vida. De cierta manera quería compartir eso con ella y decirle que no estaba sola.

—Está bien, entremos entonces —dije finalmente.

Apenas comenzamos a caminar, de un momento a otro se paró en seco y me miró alarmada.

—No sé a quién venimos a visitar, pero... Mateo, ¡nos faltan las flores!

—No te preocupes por eso. A la persona que visitamos no le gustaban las flores. Traigo en mi bolsillo lo que sé que debe extrañar.

Me entregó una sonrisa cálida y caminamos de nuevo, esta vez en silencio, un silencio cómodo que no tuvimos necesidad de quebrar.

Levanté mi vista hacia el cielo y miré como las nubes danzaban sobre nuestras cabezas, mezclándose entre ellas y tapando de vez en cuando al sol. Se veían esponjosas y tiernas. La caminata fue corta, la tumba de mi madre y la de Sofía quedaban cerca de la entrada; solo faltaban un par de pasos y desde el sitio en el que estábamos ya se podían ver las lápidas.

Le indiqué con un gesto a Lu que habíamos llegado y me senté en el pasto, ella me imitó y se sentó a unos centímetros de mí. Nos miramos unos segundos y nos dedicamos palabras silenciosas cargadas de sonrisas.

—Hola, mamá —dije mirando hacia el frente—, y hola, pequeña aventurera. Hoy vengo con una amiga muy especial, su nombre es Lucía —dije mientras la miraba.

—Un gusto por fin conocerlas —dijo tímidamente.

—Está viviendo conmigo hace unas semanas y es alguien muy chistosa, te habría gustado conocerla, Sofía. Lamento haberme tardado en venir esta vez, sé que esta fecha es mi visita habitual, pero, de todas formas, lamento no darme el tiempo de hacerlo más seguido. No quiero que piensen que por no estar aquí no las llevo en el corazón, porque pienso siempre en ustedes. Tanto así que les traje algo.

Saqué de mi abrigo una *photocard* de Minho de SHINee, su artista favorito, y una foto de la última cena que tuvimos con mi padre y Ronald. Las miré un momento y las coloqué ambas encima, acariciándolas con las yemas de los dedos.

—No sabes por lo que tuve que pasar, Sofi, para conseguir esta *photocard*. Las fans suelen ser un poco salvajes cuando ven que queda poco *stock* del cantante que les gusta. —Solté una risa cargada de sentimientos y suspiré—. Las extraño tanto...

Comencé a limpiar la lápida, quitando las hojas secas que caían de los árboles y soplando el polvo. Saqué de mi otro bolsillo una botella con agua, le quité la tapa y regué las dalias que habíamos plantado hacía un tiempo a los pies de la losa.

—Qué bellas son —comentó Lu.

—Sí, eran las favoritas de mi madre. Le gustaban mucho las flores... sé que te dije que no le gustaban, pero me refería a que odiaba que le regalaran flores muertas. Siempre decía que, al cortarlas, les estábamos privando de la vida. Así que siempre le tuve que obsequiar maceteros con dalias. —Sonreí para mis adentros. Extrañaba hablar de mis mujeres favoritas y ahora que lo hacía con Lucía me encantaba—. Te preguntarás por qué te traje.

Me sentía feliz de hablar así, de dar a conocer lo que sentía,

cuánto las extrañaba, sin necesidad de derramar lágrimas. Pero había otras ocasiones en las que no podía evitar volver a sentir esa tristeza que me acompañaba desde que las había perdido. Esa tristeza que la mayor parte del tiempo estaba teñida de alegría al rememorar todos los momentos lindos que alcanzamos a forjar. Pero decidí quedarme en paz, sabiendo que de alguna u otra forma había disfrutado todo el tiempo que le quedó a mi madre y siempre la llevaría en mi corazón.

—La verdad es que no. Pensé que necesitabas compañía en este proceso y sé que la vida apesta cuando no tienes en quién apoyarte. Con gusto puedo estar para ti.

—Eso es lo que yo quería hacer contigo. —Solté una pequeña risa —. ¿Te acuerdas de que te dije que me recordabas a una época oscura de mí?

Lucía asintió.

—Cuando yo tenía dieciocho años mi madre murió. Tuvo un accidente que la dejó internada en el hospital. Iba conduciendo al trabajo y un camión la chocó, quedó con múltiples secuelas y luego de unos meses murió, había quedado casi en estado vegetal. Ya era tarde.

—Lo lamento —dijo mientras posaba su mano sobre la mía.

—Fueron unos días cargados de dolor, de visitas al hospital y de llanto por parte de Sofía. Yo era el hermano mayor y tuve que ser fuerte para que no me viera caer. Por mucho tiempo me repetí que no podían verme débil, que debía encerrar mis sentimientos en una coraza, que debía aguantar todo lo malo que la vida pudiera ofrecernos para que a Sofía no le llegara ni un ápice de dolor. Pero, después de un tiempo, no supe cómo ser de otra manera.

Había estado mirando el pasto y arrancando pequeñas hojas con mis dedos. Removió su mano un momento y me dio un apretón, como si me dijera que estaba ahí para mí. Levanté la vista y me encontré con sus dulces ojos.

—El llanto y la desesperación solo eran para mí, en la oscuridad de mi habitación. No era el único que estaba roto, me encerré tanto en que yo era la única persona que debía sentirlo, que no me di cuenta de que a Sofía le había afectado el doble.

Suspiré y levanté la vista hasta el cielo, esta parte de la historia siempre me costaba.

—Me centré en ser el hermano que no mostraba sus emociones y el que no se daba cuenta de las personas que tenía a su alrededor. Traté mucho tiempo de apagar todo lo que sentía, de sedarme y ocultar todo bajo la alfombra. Pero ese nunca es el camino adecuado, hay que sentir las emociones para avanzar. Evité estar en casa por muchos meses y cuando noté que mi pequeña y dulce hermana me necesitaba ya era tarde. Nunca supe lo sola que se sentía, lo vacía que estaba. Una noche, como siempre, toqué a su puerta para decirle que la cena ya estaba servida. Siempre me respondía con un seco *okey*, pero esa vez no escuché ningún ruido.

Paré un segundo mi relato para respirar. Tenía un nudo en la garganta que intentaba hacer desaparecer mientras tragaba, pero yo sabía que no se iría de esa manera.

—No pudimos hacer nada, se había quitado la vida hacía muchas horas. ¿Cómo no te das cuenta de que el cuerpo de tu hermana estuvo bajo tus narices todo ese tiempo? —dije en un hilillo de voz.

Todas las emociones que había experimentado en ese entonces

volvieron como un torbellino, como si fuera la primera vez que las sentía. A pesar de tantos años, la culpa y el dolor no aminoraban.

—Me culpé por demasiado tiempo, porque ni siquiera había superado la muerte de mi madre cuando mi hermana había decidido irse. Sufrió mucho acoso escolar y nunca me di cuenta. Ronald estaba viviendo en otra ciudad y mi padre trabajaba todo el día. El único que la pudo haber ayudado era yo, debí contenerla, debí haber hecho tantas cosas, pero estaba cargando mi propio dolor. Un dolor que no supe gestionar y que me consumió casi por completo.

Suspiré y fijé mi vista en el cielo, en esas nubes que cargaban la memoria de Sofía. Siempre que las veía sonreía, porque era inevitable recordarla.

—Después de estar vacío durante un largo período, decidí ir a terapia. No sabes cuánto me ayudó. Y, bueno, cuando te vi entrar en el bar pensé que no podía, o que no quería, dejarte sola. No creas que pretendo salvarte o algo por el estilo, solo quería que tuvieras a alguien en quien apoyarte, aunque fuera solo un desconocido...

Lucía se acercó y me limpió las lágrimas que habían descendido por mis mejillas.

—Y me ayudaste. Por eso estoy muy agradecida contigo. Porque no sabes nada de mí, no sabes de qué infiernos estoy escapando, y de todas formas me ayudaste.

—Ha sido todo un placer.

Nos quedamos mirando por un largo rato. Me levanté y tiré delicadamente de uno de sus brazos para atraerla hacia mí. Ella los estiró en mi dirección, hizo un gesto como si estuviera pidiéndome permiso y yo asentí. Recibí su abrazo con gusto. Era un poco más baja que yo, mi cabeza quedaba a la perfección para apoyarme

sobre la de ella. Le sobé la espalda y la apreté. No hay nada mejor que un abrazo apretado.

—Muchas gracias, Tobby.

Nos separamos y ahora fue mi turno de limpiarle las lágrimas a ella. No conocía cuál era el dolor que la estaba atormentando, pero estaba seguro de que me lo contaría cuando fuera el momento.

Hasta entonces, esperaría pacientemente.

24

LUCÍA

Qué rico es cuando la vida te vuelve a sonreír y ya no es todo llanto y dolor. Cuando nos entrega días de amor y entretención y una compañía digna que no nos resta, sino que nos suma. Una compañía que nos da todo lo que siempre quisimos que nos entregaran y lo que sabemos que merecemos, pero que aún tenemos miedo de aceptar porque nuestras experiencias no se quedan calladas y nos advierten que no todo lo que brilla es oro.

Y está bien, me quiero proteger, no quiero que me vuelvan a dañar, pero no por eso prohibiré que alguien entre a mi vida a ayudarme a llenarla de color. No es que no pueda sola, solo que es mucho mejor con un poco de ayuda.

25

LUCÍA

 «Blowin' Smoke» – Teddy Swims

Fue una tarde de esas que hacía tiempo no tenía. Vagamos por la ciudad mirando tiendas y puestos de comerciantes promocionando recuerdos del lugar. No me pude contener y me compré un llavero. Mateo se compró uno igual y nos ayudamos mutuamente a pasar nuestras llaves. Su compañía era justo lo que había estado necesitando, era agradable estar a su lado, ya que podía ser quien yo realmente era.

Miramos lentes de sol y gorros para no quemarnos la cara, porque después del mediodía las nubes habían decidido abandonar los cielos para entregarnos un azul perfecto.

Almorzamos en un restaurante con vistas al mar y Mateo me platicó de lo mucho que le gustaba ese lugar en particular, ya que tenía muchos recuerdos lindos de ahí con su familia. Me contó anécdotas de su tiempo en la universidad y la primera vez que le rompieron el corazón.

—Me dijo que no le gustaban los chicos de cabello oscuro.

—¿Por eso terminó contigo?

—Sí, bueno, a los doce años la gente es muy superficial.

—Déjame decirte que la gente superficial no tiene edad.

Me gustaba verlo tan contento, que me contara sus historias o que simplemente conversáramos de lo extraño que estaba el clima. Todo con él me gustaba y estaba agradecida de que hubiera llegado a mi vida para darme la oportunidad de vivir esa nueva aventura. Ese nuevo capítulo.

Nos subimos al auto y dejamos atrás la ciudad para recorrer la carretera durante treinta minutos. El camino estaba rodeado de campos verdes llenos de vida y vegetación, bajé el vidrio y sentí el viento cálido recorrer mi rostro y mis brazos, el cielo despejado me dio la bienvenida. Un aroma a pasto húmedo entró y cerré los ojos para guardar el sentimiento que estaba aflorando en mi interior, quería sentirme así la mayor cantidad de tiempo posible y atesorarlo por siempre.

Mateo giró y traspasamos unas grandes rejas. Desde la entrada pude ver al fondo una casa de madera rodeada de muchas flores. El camino estaba despejado y a ambos lados había árboles altos y fuertes que danzaban al son del viento. Por entre sus ramas pasaban los rayos del atardecer bañando todo a su paso y saqué mi mano por la ventana del auto para recibir algunos.

Mateo aparcó en frente de la casa y no esperé un segundo para bajar. Estaba un poco nerviosa, bueno, en verdad estaba muy nerviosa. Me giré y alcancé a ver como el sol se escabullía del cielo dejando a su paso un cielo cargado de colores. Me tomó del brazo y me llevó hasta las escaleras de la entrada. El olor de las flores atrapó mi atención, el antejardín estaba repleto de dalias y sonreí al ver que parecían muy bien cuidadas.

Mateo posó su mano en mi espalda y subimos dando pequeños

saltitos. Ese sutil tacto hizo que todo se removiera en mi interior poniéndome más nerviosa todavía. No es que no quisiera que me tocara, todo lo contrario, lo deseaba, pero sabía que tenía que mantener mis sentimientos al margen, estaba saliendo de una relación tormentosa y no quería otra desilusión amorosa en mi vida.

Sin quitar su mano de mi espalda tocó la puerta con la aldaba que tenía forma de león y decía «Casa de Vesta» arriba de ella. Luego de unos segundos un hombre alto y delgado abrió la puerta. Me impresionó lo parecidos que eran, aunque a diferencia de Mateo él tenía los ojos azules, se había dejado la barba y estaba vestido de traje. Al ver a Mateo, el hombre sonrió ampliamente dejando al descubierto un diente de oro.

Se dieron un afectuoso abrazo acompañado de golpecitos en la espalda. Luego, su mirada se posó en mí y también me recibió con sus brazos alrededor de mi cuerpo. Quedé un poco desconcertada, ya que no lo conocía, pero sentí sus buenas intenciones y decidí ser educada.

—Bienvenida. Pasen ambos, no se queden ahí, que el día se está tornando helado.

El interior de la casa era hermoso, se veía muy acogedor y hogareño. Había muebles fabricados de manera artesanal, libreros repletos de novelas y por donde mirara podía ver fotos familiares. Nos adentramos hacia el interior de la casa y una joven de pelo rojo larguísimo vino directo hacia nosotros mostrando una sonrisa amable y con un bebé entre sus brazos.

—Julia, tanto tiempo, ¿cómo estás?

—Muy bien, cuñadito, muchísimo tiempo sin verte —dijo mientras le daba un beso en la mejilla a Mateo.

Él se giró hacia mí y sin apartar su mano de mi espalda me presentó a su cuñada.

—Lucía, ella es la esposa de Ronald, mi hermano. Y él es Hugo, mi sobrino.

Julia me dio un beso en la mejilla y saludé al pequeño Hugo tomándole la mano. Al parecer eso le hizo gracia porque me entregó unas dulces y armoniosas carcajadas.

—¿Cuántos meses tiene? —pregunté emocionada.

—Ocho meses. Es un rolludo muy risueño.

Le hice mimos y no paró de reír. Mateo lo tomó y lo elevó en sus brazos y el pequeño se deshizo en más carcajadas. Después de unos minutos de subirlo y bajarlo, Julia le dijo que parara si no quería que su sobrino lo vomitara encima, porque recién había comido, y Mateo devolvió la criatura a su madre.

Caminamos hacia la cocina y vi a un hombre de setenta y tantos años que estaba sacando una budinera del horno de manera muy diligente, totalmente concentrado en su tarea. Mateo carraspeó y él se giró hacia nosotros; con solo una mirada pude notar que era su padre. Era imposible no suponerlo, se parecían muchísimo, y hasta tenían el mismo hoyuelo en la mejilla.

—¡Papá! —saludó mientras trotaba hacia él y lo abrazaba con fuerza.

—Mateíto —contestó emocionado.

Me quedé en la entrada admirando el amor fraternal y me dio pena pensar que yo jamás podría sentirme así de feliz al ir a visitar a mi propia familia. Una nostalgia me invadió por unos momentos, pero rápidamente alejé esos pensamientos. No quería tenerlos más,

deseaba poder disfrutar del presente, de ese presente en particular, cargado de amor.

—Te presento a Lucía, papá.

Ambos se giraron hacia mí y me acerqué tímidamente.

—Buenas tardes, señor.

—No me llames señor, llámame Daniel.

Me abrazó con fuerza y le di las gracias por la bienvenida.

—Por favor, vayan al segundo piso a dejar sus cosas, nos vemos en un rato para cenar.

Nos despedimos de su padre y nos dirigimos hacia las escaleras. Tenía un sentimiento atorado en la garganta desde que habíamos llegado a su casa, era algo que me recorría el estómago e iba a parar a las cavidades de mi corazón. Era un sentimiento extraño, pero que me hacía sentir bien, me hacía sonreír más de lo usual y me gustaba. El recibimiento de la familia de Mateo me sorprendió gratamente, no pensé que pudiera haber familias tan armoniosas y lazos tan fuertes como los que ellos tenían.

Al mirar los marcos que estaban en la pared, ralenticé mis pasos para ir observando cada foto que había en el lugar y descubrir un poco más del pasado de mi compañero de piso. Fue inevitable quedarme mirando una que se encontraba en un marco redondo blanco. Mateo estaba parado y se notaba tristeza en sus ojos, debía tener como tres años y sujetaba un oso de felpa que chocaba contra el piso. Usaba una jardinera y una camiseta a rayas.

—Qué estás... Ay, no. Había olvidado el muro de la vergüenza.

—¿Muro de la vergüenza? —Lo miré extrañada.

—Sí. Si te fijas, mientras vamos subiendo las escaleras puedes ver

muchos cuadros de nosotros cuando éramos pequeños, pero no son cualquier foto, mi madre colgó las vergonzosas.

—Pero si te ves muy tierno con tu jardinera. Mira el puchero que estás haciendo con tu boquita —me burlé—. ¿Por qué te sentías triste?

—Era muy malhumorado en ese tiempo. Bueno, ahora también. —Ambos reímos—. Mi madre me dijo que me sacó esa foto cuando les pedí un perro y me dijeron que no. En ese tiempo aún prefería a los perros, luego crecí y cambié de idea.

—Tuviste que haberte sentido muy triste.

—Siempre quise tener uno. Encuentro que son unos seres muy fieles y nobles. Me gustaría poder adoptar uno alguna vez, pero con el poco tiempo que tengo, lo mejor sería que no.

Subimos otro peldaño y me encontré a un Mateo feliz abrazando a su hermana más pequeña. Él debía tener en ese momento ¿unos diez años? y Sofía debía tener la mitad. Ambos estaban riendo a carcajadas sentados en el suelo al lado de un árbol de Navidad con su hermano Ronald haciendo caras por detrás.

—Qué lindos se ven. Y qué tierna Sofía.

—Esa niña era un amor. No sabes lo risueña e inteligente que era mi Sofi.

Con una sonrisa en el rostro subimos hasta el segundo piso. Al igual que en la primera planta había maceteros con dalias en las mesitas del centro y las puertas ostentaban un cartel con el nombre de cada uno. Me indicó que el suyo estaba a la mano derecha.

Cuando abrió la puerta, donde mirara esa habitación gritaba que era la de Mateo. Lo percibía en el color azul pastel de sus paredes, en la cama pulcramente tendida, en los adornos que poseía y en el

orden de las cosas. Mirando con atención, pude notar que su gusto se había mantenido durante los años. Me hizo pasar y dejé mi mochila sobre el acolchado negro de su cama de dos plazas.

—¿Dónde dormiré yo? —pregunté buscando un sofá con la mirada.

—Solo tenemos dos habitaciones disponibles y Ronald ocupará la suya con su familia. Pensaba que yo podría dormir en el sofá que está por allí y tú en la cama. No tengo problema.

—¿Estás seguro? No me importa dormir en el sofá, es tu cama, después de todo.

—Y tú eres mi invitada, así que no me discutas.

—Está bien.

Me senté en la cama y vi cómo Mateo se agachaba y abría la puerta de su guardarropa. Recorrí la habitación con la mirada y vi que había más fotografías, esta vez de Mateo con su madre. Estaba lejos, por lo que no podía verla con mucho detalle.

—Hoy vamos a averiguar si roncas.

—Verás que ni notarás mi presencia.

Lo vi sacar ropa antigua desde su armario y guardarla en la maleta. Estaba distraído haciendo su tarea, así que aproveché de acercarme sigilosamente hacia la fotografía, hasta que de pronto se giró hacia mí. No moví ni un músculo y le correspondí la mirada.

—Es ropa antigua, la tengo desde hace mucho tiempo. Me había dicho a mí mismo que me la iba a llevar a la capital para donarla, pero siempre se me olvida. Aquí guardada solo junta polvo —me dijo con expresión amable.

Yo no comenté nada y él siguió hablando.

—Espero que te guste el budín de zapallo italiano. Es la

especialidad de mi padre.

—No soy mañosa para comer, así que no te preocupes.

Terminó de ordenar, cerró la maleta y la puerta de su armario y se sacudió las ropas. Caminó hasta donde yo estaba y sentí cómo el colchón a mi lado se hundía unos centímetros por su peso.

—¿Estás lista para una cena familiar?

—La espero con ansias.

Y era verdad, porque no recordaba una cena en familia que no fuera tormentosa y en la cual realmente quisiera estar.

Esta sería la excepción y me sentía feliz por eso.

Nos sentamos en las sillas que nos correspondían a cada uno; yo al lado de Mateo y él al lado de su papá. Al frente estaban Ronald y Julia con el pequeño Hugo y, en la otra cabecera de la mesa, una señora de la misma edad que Daniel. Tenía el pelo completamente blanco y llevaba un vestido verde. Su mano temblaba ligeramente mientras se concentraba en ordenar los cubiertos que ya estaban perfectamente alineados.

Sobre la mesa había fuentes con diferentes ensaladas y botellas de vino, en el centro estaba precisamente el único que a mí me gustaba. Me giré hacia Mateo y él me guiñó un ojo en respuesta, no pude más que sonreír y sonrojarme. También había bebida y una botella de agua. Agradecí la variedad.

—Bueno, chicos. Es un agrado tenerlos a todos reunidos en esta mesa —comenzó diciendo Daniel—. Hoy conmemoramos ocho años de la muerte de Emma y, a pesar de que no fue en la misma fecha, también agradecemos haber tenido en nuestras vidas el faro brillante que fue nuestra Sofía. Estoy feliz de que podamos estar

juntos y le doy las gracias al universo por haber puesto a tales mujeres en nuestras vidas. Creo que hablo por todos al decir que las extrañamos y que esperamos que se encuentren bien y en paz. Feliz aniversario.

Todos guardaron silencio durante algunos segundos y luego comenzaron a comer, por lo que inferí que daban por finalizado el agradecimiento. Julia le hacía mimos a Hugo y este felizmente le recibía la papilla. Ronald le comentaba algo a su padre, que no alcancé a escuchar y me dispuse a probar un bocado. Acerqué la cuchara a mi boca y pude sentir el exquisito budín con papas fritas; fue un agrado para mi paladar. No pensé que tuviera tan buen sabor.

—Mateo, esto está para chuparse los dedos.

—Mi padre es gastrónomo y él me enseñó todo lo que sé.

—Le daré personalmente las gracias entonces, porque, si no fuera por ti, comería arroz y tallarines todos los días.

Ambos reímos y seguimos disfrutando de la comida. La cena pasó rápida entre risas, anécdotas y un buen ambiente. No podía creer que me sintiera así de feliz experimentando algo que jamás pensé que podría vivir. Me había dicho que jamás tendría hijos y, además, no me quería casar, pero después de empaparme de esa experiencia la idea ya no me parecía tan descabellada.

—Tengo algo que contarles, cachorros.

En un segundo todos se quedaron en silencio y giraron sus cabezas hacia Daniel, expectantes de lo que iba a decir.

—Bueno, si se dieron cuenta, hoy nos está acompañando Laura.

—Buenas tardes —dijo tímida.

—La han visto mucho en la casa últimamente y me gustaría anunciarles que... —Se notaba que estaba muy nervioso, su voz le

temblaba y no paraba de frotarse las manos—. Bueno, que estamos en una relación —dijo con timidez—. Sé qué hace mucho tiempo su madre falleció y lamento haber ocupado la cena para contarles, pero... pero yo quería decirles a ambos al mismo tiempo —remató mirando a sus dos hijos.

Los hermanos se miraron como si tuvieran la capacidad de hablar telepáticamente y sonrieron. Mateo fue el primero en levantarse de su asiento y abrazó a su padre. Daniel parecía confundido y agradecido a la vez.

—Papá, no puedo creer que te hayas puesto nervioso, parecías incluso asustado de contarnos esto, pero estoy muy feliz por ti. Te lo mereces, llevas muchos años solo, preservando la memoria de nuestra madre, y estoy seguro de que, aunque tengas una novia, ella se unirá en honrar su memoria —dijo Mateo.

—Por supuesto —afirmó Laura levantándose de la silla.

Ronald sonrió y se unió al abrazo de su padre y hermano.

—Me sumo a las palabras de nuestro pequeñín. No hay ser en la Tierra que merezca la felicidad más que tú y estoy muy contento de que la estés persiguiendo al fin. Y no te preocupes que, aunque tengas novia, nosotros sabemos que mamá jamás se irá de nuestros corazones.

Los ojos de Daniel se llenaron de lágrimas y ahora fue él quien abrazó a sus hijos. Fue una escena hermosa de presenciar, algo íntima, pero me llenó el alma de una manera que jamás había pensado que lo haría. Sentí algo parecido a la envidia salir desde lo más profundo de mi corazón porque yo también deseaba ese amor, las miradas cargadas de cariño que se entregaban, poder al fin soltar lágrimas de felicidad y no de tristeza.

26

LUCÍA

 «Snow On The Beach» – Taylor Swif f. Lana Del Rey

—¿Quieres salir conmigo a un bar?

Después de la cena fuimos a lavar los platos, Mateo se acercó a mi lóbulo izquierdo y me susurró una invitación al único bar que tenía el pueblo. El estrago que ese gesto provocó en mí me asustó, no pensé que sentir su aliento en mi cuello y escuchar su voz baja y ronca despertaría tal grado de deseo en mi cuerpo. Todo mi ser gritó que sí.

Tenía más que claro que esa salida sería peligrosa, pero me lo permitiría y dejaría que todo fluyera. Y si se daba algo más, dejaría que así fuera.

El camino estuvo cargado de tensión. Estaba nerviosa como una adolescente que se escapa durante la madrugada de su casa para juntarse con el chico que le gusta.

Un pequeño, pero animado lugar nos dio la bienvenida con luces fluorescentes en los costados y en el techo. Sonaba reguetón en los parlantes y la gente disfrutaba bailando y cantando. La melodía me llamaba a mover las caderas y el ambiente me envolvía y sacaba de

mí todo lo prohibido, todo lo que había querido hacer desde hacía algunos días y me había estado negando por motivos morales.

Caminamos por el pasillo hasta llegar a la pista de baile. El lugar estaba oscuro, excepto por la barra, que era iluminada por lámparas colgantes. Nos dirigimos hacia allá y nos sentamos en los taburetes que teníamos enfrente.

—¿Qué te gustaría beber, Lu? —preguntó en un tono más alto de lo normal para que lo pudiera escuchar.

—Tequila —dije sin titubear.

Si iba a pasarla bien, lo haría con todo. Tenía más que claro que se podía disfrutar sin alcohol, pero en ese momento me apetecía estar un poco pasada de copas. Mateo me miró reprimiendo una sonrisa y se giró hacia el barman para pedirle una pinta de cerveza y un Margarita.

—Buena elección —comenté mirándolo con cara de aprobación y Mateo me respondió con una sonrisa, complacido.

No tuvimos que esperar mucho; minutos más tarde ya estábamos tomando un trago de nuestra bebida y mirando hacia la pista de baile.

El licor pasó por mi garganta. Cerré los ojos unos segundos y me dejé llevar por la sensación que me provocaba. Miré hacia donde estaba Mateo y vi su perfil; recorrí con mis ojos su frente, su nariz, sus labios y su mentón. Desde que lo conocí me sentí atraída por esas bellas facciones.

—Hace mucho tiempo que no venía a un bar por diversión. Cuando trabajas en uno ya no lo ves como un lugar fiable para pasar el rato.

—¿Qué te impulsó a venir a un bar entonces? —pregunté, curiosa.

—Tú, Lulú. —Se giró lentamente hasta que sus ojos se encontraron con los míos.

—¿A qué te refieres?

Se bajó de su taburete y caminó hasta quedar a solo centímetros de mí, sus manos pasaron por mi costado y se afirmaron en la barra. Estaba muy cerca, podía sentir el aroma de su loción y tuve ganas de hincarle el diente a ese cuello, pero instintivamente eché mi cabeza hacia atrás.

Su boca se comenzó a acercar y mis oídos aislaron todo el ruido del exterior para dejar el armonioso y rítmico sonido de los latidos de mi corazón. Mis ojos no se podían despegar de sus labios, que estaban un poco separados y húmedos. Los nervios viajaron por todo mi cuerpo hasta depositarse entre mis piernas.

Bruscamente cambió la dirección y su aliento me acarició el borde de la oreja.

—¿Bailamos?

Su voz y su cuerpo cerca del mío me derretían completamente. Mateo se alejó y me miró esperando respuesta. Por un momento me quedé sin voz y vi como una sonrisa de medio lado se dibujaba en su bello rostro. Me tenía en la palma de su mano y lo peor era que lo sabía, sabía todo lo que ese simple acto me provocaba.

—Me encantaría —logré articular.

Me tomó de la mano y antes de que camináramos me empiné el vaso con el resto de alcohol que me quedaba. Eché mi cabeza hacia atrás para no dejar ni una gota de tequila en el fondo y sentí cómo me quemó la garganta. Suspiré y salté de mi asiento, lista para lo que se venía.

Me llevó hasta el centro de la pista y comenzamos a movernos al

son de la música. No tenía ni idea qué canción estaba sonando, solo podía pensar en que la mano de Mateo estaba en mi cintura y la apretaba de vez en cuando. Bailamos muy cerca, con nuestros cuerpos en la misma sintonía. La necesidad de acercarme más a él me azotaba, pero mentalmente me decía que fuera con calma... no quería meter la pata y arruinar nuestra amistad.

Cuando pasó su brazo por mi espalda, sentí cómo su torso y su pecho se apretaron contra el mío. Por dios, lo sentí con cada fibra de mi cuerpo y no pude evitar reaccionar ante su provocación. Se erizaron los vellos de mis brazos y nuca. Sus labios se encaminaron hacia mi cuello y ese gesto, mezclado con tantos estímulos externos, me provocó ganas de besarlo de una forma salvaje y atrevida, de morderle el labio y de pasar mi boca por ese cuello que me traía loca.

—Me fascina esta canción —susurró.

Se alejó unos centímetros y con sus dedos recorrió mi brazo hasta llegar a mis manos. Me hizo girar y me abrazó por detrás, moviendo nuestros cuerpos de un lado hacia el otro al mismo tiempo. Fue inevitable que mis pómulos se sonrojaran.

El baile se estaba saliendo de control y no estaba segura si dejarme llevar o ser yo la que tuviera que poner el freno. Para ser sincera, no quería ser la que pensara fríamente, por primera vez me dejaría guiar por mis deseos y acallaría mis miedos y pensamientos. Por lo menos por unos momentos no quería ser cansina y lo miré de reojo.

Fue el momento exacto en el que me di cuenta de que no era la única que sentía esa atracción.

Ahora era mi turno.

Me separé un poco de él y comencé a bajar lentamente, moviendo mi cadera hasta lo que mis piernas me permitieran, luego subí de manera controlada mirándolo de vez en cuando por sobre mi hombro. Me giré y quedé frente a él. Su cara de sorpresa me causó tal ternura que solo pude abrazarlo mientras le acariciaba el cuello con los dedos y cantaba la canción en su oreja.

Sus manos se apretaron en mis costados y rocé mis labios con su piel. Poder cumplir lo que hacía solo unos minutos había fantaseado aumentó la adrenalina en mi cuerpo. Estaba muy nerviosa, pero me gustaba.

La canción terminó y comenzó a sonar otra más lenta y triste. Nos miramos anonadados y se me escapó una risita.

—¿Te gustaría ir a la playa, Lu? —preguntó tímidamente.

—Sí, hace demasiado calor aquí.

Sin soltarme de la mano me condujo hacia afuera del bar. Un viento helado acarició mis brazos y me apresuré en ponerme la chaqueta. Aún me sentía muy avergonzada por lo coqueta que había sido, pero la situación me había hecho sentir atrevida y no me arrepentía de nada. Mis intenciones ya estaban sobre la mesa, era cosa de que Mateo las tomara y me correspondiera.

Caminamos en silencio dándonos miradas y sonriendo como bobos. Sus dedos rozaban los míos y sin darme cuenta llegamos hasta la orilla del mar. Estábamos solos, no había ni un alma cerca más que las personas que caminaban por la calle. Fijé mi vista en las olas y cerré los ojos por un momento. Me fascinaba esa sensación de libertad, de sanación y de que podía con cualquier desafío que me pusieran enfrente.

No me gustaba comparar, pero sabía que con Marco jamás habría

sido posible bailar así en un bar. Era muy conservador y de seguro me hubiera dicho que era mal visto, porque los hombres me comenzarían a mirar y miles de otras cosas más. Por un tiempo sentí que lo tenía todo con él, pero no me había dado cuenta de lo encerrada que estuve, como si fuera un ave y me tuvieran en una jaula de metal con todo lo que necesitara, pero no siendo realmente libre.

Suspiré y Mateo me acarició el rostro.

—¿Qué fue lo que te llevó a mi bar la primera vez?

Me sorprendió su pregunta y al recordar todos los momentos que habíamos tenido me di cuenta de que jamás le había comentado por qué me encontró ese día allí.

—¿Te gustaría sentarte?

Me respondió con una sonrisa y me llevó hasta unas rocas. Nos sentamos debajo de ellas para cortar el viento. Me acomodé y cerré mi chaqueta hasta el cuello.

—Bueno, por dónde empiezo.

Solté una risa nerviosa y Mateo me tomó de la mano. Era todo lo que necesitaba en ese momento, la playa, las olas, el viento y su mano sobre la mía. Su calor se traspasó a mi piel y mi corazón empezó a latir de emoción.

—Ese día que fui al bar había... fue un cúmulo de cosas. ¿Las quieres saber todas?

—Sí, cada una de ellas.

—La primera que me perseguía era la ruptura con mi pareja. Me había engañado reiteradas veces y nunca tuve la fuerza de mandarlo a donde se merecía. Ahora miro hacia atrás y me avergüenzo de lo débil que fui.

—¿Por qué? Fuiste muy valiente de poder salir de un entorno así, de poder decir basta y velar por tu felicidad. Nunca es tarde, Lu. ¿De qué más escapabas?

—Me había quedado sin empleo y corría el riesgo de tener que volver a la casa de mis padres, con los que no me llevo muy bien. Sentía que todo me estaba sobrepasando, que no tenía una salida y me encontraba desesperada. Necesitaba relajarme y, pues, no tengo muchos amigos con los cuales salir, por lo que decidí disfrutar sola.

Mi vista estaba fija en el frente. Estaba contándole todo lo que me había estado dañando durante esos meses:

—Es duro darte cuenta de que la vida te está destrozando por todas partes, que nada bonito o bueno llega. Que todo por lo que habías luchado y trabajado no valió la pena y que las personas que pensabas que te amaban, en verdad, a tus espaldas te hacían añicos. Agradezco que hayas llegado a mi vida. —Me giré y subí lentamente mi vista hasta él, tenía miedo de ver su expresión—. Necesitaba a alguien en quien apoyarme, mi mejor amiga había estado muy ocupada y me gustó sentir tu compañía. Tu alegría, tu amistad y tu bondad.

Mateo alargó su mano y la posó sobre la mía. La apretó ligeramente y fue increíble cómo me reconfortó.

—No te mentiré: estaba desesperada por un empleo y me llegaste desde el cielo. Agradecí que fueras así de atento y que me enseñaras con tanta paciencia. Sé que soy buena para arruinarlo todo, pero agradezco que siempre estuvieras cerca para resolver mis dudas.

—No lo arruinas, solo eres un poco torpe —dijo mientras soltaba una risilla.

—¿Un poco?

—Sí, solo un poco.

Ambos reímos y lo miré fijo. Estábamos explorando un tipo de intimidad muy importante. Hablar de lo que te preocupa, de lo que te hace daño y mostrarse vulnerable, no se hace frente a cualquier persona.

—Te quiero dar las gracias, Mateo. Gracias por pedirme que te acompañara a tu casa y enseñarme lo que es tener una familia así de bonita. Saber que hay lazos así de fuertes que sobrepasan la muerte y, además, corazones tan bondadosos como el tuyo, que lo único que saben es entregar amor.

—Fue todo un placer, Lu.

Levantó su mano y la pasó por mis hombros para abrazarme y acercarme hacia él. No pude disimular mi sonrisa. Me acurruqué entre sus brazos y cerré los ojos por un momento. Quería guardarlo en mi memoria. Todo. Su olor, el ritmo de su corazón y el calor de su piel.

—¿Aún sientes algo por tu ex?

La pregunta me sorprendió y levanté mi vista para encontrarme con sus ojos, pero Mateo estaba mirando fijamente hacia el mar.

—Sí, no lo puedo evitar, pero siento cariño. Un cariño que está teñido de recuerdos bellos y momentos que llevo guardados en mi corazón. Eso no quiere decir que lo quiera como pareja, porque ya no existe un nosotros y no existirá. No dejaré que alguien me trate así de nuevo.

—Las relaciones tormentosas traen mucho cansancio mental y emocional. Lo sé por experiencia. Mi relación anterior fue así, nos pasábamos peleando y yo también le perdoné una infidelidad

pensando que iba a cambiar, pero fue un gran error y lo único que logré fue anclarme a ella, haciendo que me fuera casi imposible irme. Me costó mucho, pero también tuve la fuerza de poder decir basta, de salir, de saber que merecía que me valoraran.

Me miró y vi en sus ojos vulnerabilidad. Me estaba tratando de contener y me gustaba mucho.

—Eres una persona increíble, Lu, una persona que no merece estar con alguien que no sabe lo que quiere, que no tiene las ideas claras y que debe estar buscando lo que tú le puedes entregar en otra persona. No eres el segundo plato de nadie, Lucía. Eres el plato principal y el único.

Pasó su mano por mi rostro, acariciándome el pómulo, luego pasó su índice por mis labios y por el contorno de mi mandíbula. Su tacto quemaba mi piel y no quería que parara, deseaba poder sentirlo por mucho tiempo más y me daba miedo lo que estaba sintiendo, eso que se formaba desde el fondo de mi ser.

Pero me dejaría llevar.

—Quiero que sepas que estoy interesado en ti y no como amigo, sino de una manera más romántica. Y si me lo permites, me encantaría conocerte.

Mi corazón latía frenéticamente, estaba segura de que si no fuera por el sonido del mar, Mateo perfectamente podría haber notado lo acelerados que estaban mis latidos.

Y todo a causa de él.

—Tus reglas decían que no podíamos involucrarnos.

—Aquí no existen esas reglas. —Su aliento rozó el lóbulo de mi oreja y su voz ronca fue como la chispa que necesitaba para dejar toda racionalidad de lado.

Su boca se acercó lentamente a la mía. Quería llegar a ella, deseaba probar sus labios y su piel. Ya no tenía ese deseo salvaje que me había surgido en la pista de baile a raíz de la atracción, sino que era algo más profundo. Me gustaba Mateo, me gustaba mucho lo poco que sabía de él. Sus virtudes, su personalidad y su forma de ser me estaban volviendo loca. Me gustaba más eso que su atractivo físico, y no es que no fuera guapo, porque era jodidamente apuesto, pero había dejado de fijarme en las apariencias y me había centrado más en conocer el caótico universo de otra persona.

—Dime que pare si así lo deseas —susurró contra mis labios.

—No quiero que pares.

La distancia que nos separaba era absurdamente mínima, deseaba tomarlo desde el cuello, atraerlo hacia mí y acabar con mi agonía. En cambio, rozó sus labios con los míos y ese simple acto produjo un sinfín de reacciones en cadena en mi corazón y mi entrepierna. No quería perder más el tiempo, me acerqué a él y reclamé su boca de manera lenta y delicada, mientras acariciaba la piel de su cuello y me aferraba a su nuca.

Mateo me agarró de la cintura más decidido, acortando nuestra distancia. Me encantaba que lo hiciera, porque sentía el deseo fluir en ese acto. Con su otra mano me agarró del pelo y eso hizo que se me escapara un gemido.

Con ese sencillo sonido el beso comenzó a tomar más fuerza y sentí como su mano pasaba por debajo de la tela de mi camiseta, sus suaves yemas recorrieron y trazaron un camino por mi piel. Cada roce y caricia me erizaba el vello de todo el cuerpo. Su mano subió por mi tórax hasta rozar el comienzo de mis senos, me volvía loca. Sentí un calor que empezó en mi estómago y llegó hasta mi cara.

Quería perderme en la suavidad de sus carnosos labios. Su lengua exploró el interior de mi boca y yo cada vez estaba más excitada.

Agarré su pelo entre mis dedos y lo tiré hacia atrás para bajar con mis labios por su cuello y escucharlo gemir. Su voz ronca provocó que me volviera más atrevida y pasé la punta de mi lengua hasta llegar al lóbulo de su oreja.

Vi cómo se estremecía y eso me provocó aún más placer. Volví a su boca con ganas de más y Mateo me agarró del trasero para subirme a su regazo. No me resistí, porque lo deseaba. Sus manos pasaron por mi espalda, su índice me tocó cada vertebra de manera delicada y sentí que intentaba desabrochar mi sostén.

—Qué atrevido —susurré y le di un beso corto en sus labios.

—Aún no has visto nada.

Solté una risa divertida por su comentario y escondí mis brazos dentro de mi camiseta mientras realizaba una de las técnicas con la que estaba más que familiarizada, sacarme el sostén sin tener que quitarme la ropa. Lo miré a los ojos mientras me desprendía del pedazo de tela que me había estado presionando el pecho todo el día y vi una mezcla de entusiasmo y miedo en sus ojos. Lo podía entender, me sentía igual.

Me lo saqué y lo lancé hacia un lado. Me acerqué de nuevo, le di otro beso suave y sentí sus dedos subir hasta el contorno de mis senos.

—¿Puedo tocarte?

—Por favor, hazlo.

Me comió la boca de manera salvaje, como si desde el interior de su alma naciera una necesidad que debía cubrir con mis besos. Masajeó mi pecho y el solo tacto hizo que otro gemido escapara de

entre sus labios. Jadeé en respuesta y cerré los ojos para disfrutar de ese placer. Pensé que mi cara iba a explotar por el calor y no pude evitar comenzar a mover mis caderas. Ya no sabía quién de los dos estaba gimiendo, pero ambos comenzamos a ser más osados.

Posé mi mano sobre sus pectorales, recorrí un camino de caricias hasta el borde de su cinturón y metí mi mano por debajo de su camiseta para sentir su piel contra la mía. Percibí calor en toda la palma de mi mano, la cual luego de unos segundos viajó lentamente hasta su pantalón. Jugué con el botón hasta que conseguí abrirlo y tirar del cierre. Presioné mi mano en su miembro y me di cuenta de lo excitados que estábamos.

Sus párpados se abrieron lentamente y me miró con sus ojos sumidos en el deseo y la lujuria, se percató en dónde estaba mi mano y sonrió al sentir lo que estaba intentando hacer. Me tomó del mentón y me besó con una intensidad que dejó claras sus intenciones. Mis emociones me gustaban, me decían que estaba en el lugar correcto con la persona correcta, y le respondí el beso de la misma manera.

Nuestros tactos quemaban y quería ir cada vez más lejos.

Por un momento me sentí menos embriagada y pude escuchar unas pisadas y risas escandalosas que venían hacia nosotros. Me separé de golpe, con los ojos abiertos a más no poder, e intenté mirar a nuestro alrededor para saber si teníamos tiempo, pero al hacerlo contemplé a un Mateo con los ojos medio cerrados, confuso de placer y con la bragueta abierta.

Una vez que él escuchó lo mismo que yo, espabiló y nos ordenamos la ropa y el cabello a toda velocidad. Dos chicas rubias

que venían hablando y riendo pasaron por nuestro lado ajenas a lo que había ocurrido recién entre nosotros.

Nos miramos y soltamos unas carcajadas ahogadas, Mateo me abrazó y nos mantuvimos así unos segundos, recuperando el aliento.

No creía lo que recién habíamos hecho, pero no me arrepentía de nada.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó en un susurro luego de unos minutos.

No me quería ir, pero era lo mejor.

—Está bien, Tobby.

27

MATEO

Subimos intentando hacer el menor ruido posible hacia mi habitación. Bueno, lo más silencioso que se puede ser cuando aún tienes la adrenalina a mil. La casa estaba en calma, señal de que sus ocupantes ya debían de estar dormidos. Nos habíamos quitado los zapatos y los llevábamos en las manos. Llegamos a mi dormitorio y metí la llave despacio, le indiqué a Lucía que entrara y cerré de manera muy delicada la puerta, para no despertar a nadie.

Una vez que encendí la luz pude ver las mejillas sonrojadas de ella. Nos miramos y comenzamos a reír de los nervios.

¿Qué habíamos hecho?

Me había gustado tenerla entre mis brazos, su aroma aún revoloteaba en la punta de mi nariz y aún sentía las marcas de su cuerpo contra mi piel. No quería quitarme esta sensación de encima, deseaba que permaneciera un poco más. No sabía qué pasaría de ahí en adelante, no estaba seguro de en qué posición nos dejaba lo que acababa de pasar, pero esperaba que solamente nos trajera cosas buenas. El recuerdo de su boca sobre la mía me encendía de una manera que hacía mucho tiempo no experimentaba.

Me ardían las manos por sostener su cintura y acariciar su cuerpo otra vez, así que dejé los pensamientos de lado y me concentré en

no sobrepasarme de nuevo con ella. Caminé hasta mi ropero y busqué un pijama.

Abrí el primer cajón y recé por encontrar algo decente que ponerme, generalmente dormía en bóxer, pero dadas las circunstancias no podía hacer lo que se me antojara.

—¿Tienes pijama, Lu?

—Sí, no te preocupes por mí.

—Está bien, no me daré la vuelta, puedes cambiarte tranquila, me avisas cuando estés lista.

Me saqué la camiseta y la tiré sobre el cesto de la ropa sucia que estaba en una esquina. Sentí cómo el viento gélido pasaba por mis músculos, me estremecí por el escalofrío que me azotó y supe que mi cuerpo intentaba recomponer la pérdida de calor, así que me apresuré en ponerme una camiseta y quitarme los pantalones. Los lancé lejos y sentí una risa a mis espaldas.

—¿En serio estás ocupando un bóxer de Bob Esponja?

Me giré hacia Lucía y vi que no llevaba camiseta. Solo ahora notaba que el sostén que con tanta destreza se había quitado en la playa era de color blanco. Un dato que no me importaba demasiado, porque preferiría verla sin ellos.

—Mis bóxer son muy masculinos, pero... con gusto me los quito, sí así lo prefieres.

Pasé las yemas de mis dedos por mis pectorales y rocé mi piel trazando un camino hasta mi abdomen, luego tomé el borde de mi ropa interior y lo estiré, dándole a atender de que me los empezaría a bajar, como una broma, claro.

—Me gustaría que lo hicieras —dijo con una mirada coqueta mientras se pasaba la mano por el sostén y se bajaba un tirante.

No me había esperado esa reacción, pero en mi interior se encendió una chispa que iba a ser difícil volver a apagar de ahí en adelante, la llama cobraba intensidad a cada instante y yo tampoco quería que se apagara. La deseaba muchísimo, y no solo de manera carnal, sino que deseaba cada una de sus facetas, desde la Lucía triste hasta esta nueva Lu que me estaba encantando poder conocer.

Tenerla tan cerca y querer besarla de esa manera no era la mejor combinación. No pensé que mi cuerpo y mi corazón reaccionarían así, no tan rápido. Estaba vivo solo por las ganas de pasarle mi lengua para hacerla estremecer.

Nuestras miradas estaban nubladas por la intensidad del momento, pero aparté estos pensamientos de mi mente, otra vez, y desvié la mirada negando con la cabeza, aunque con una sonrisa en el rostro. Suspiré y me puse la parte de abajo del pijama. Busqué en el armario frazadas y un cobertor para taparme durante la noche, respiré profundamente y me alegré por dejar que las cosas fueran más lento. Quería hacer las cosas bien, que nos conociéramos antes de decidir si teníamos una oportunidad.

No volví a levantar mi mirada en su dirección por miedo a mandar todos mis pensamientos a volar y lanzarme para darle un beso, dormir acurrucados y reconfortarme con su calor. Estiré una frazada y la acomodé a la forma del sillón, doblé otra para taparme con ella y puse la almohada en el lateral.

—¿Ella es tu madre?

Levanté mi vista con curiosidad y noté que estaba sentada sobre el cubrecama con un cuadro de fotos en su mano. Me levanté y me acerqué lentamente.

—Sí, es mi madre —respondí sin necesidad de siquiera ver la foto.

La observé y ella me tendió el cuadro con una sonrisa en su bello rostro. Lo tomé entre mis manos y me senté a su lado recorriendo con mis dedos el vidrio que me separaba de ese viejo pedazo de fotografía.

—Sí, es Emma, cuando estaba embarazada de Sofía.

En el retrato me encontraba acariciando su barriga con una sonrisa tremenda. Hacía tiempo que no le ponía atención a esa imagen, pasaba siempre de largo y no me sentaba a rememorar esos preciosos momentos que ahora flotaban en mi memoria y que con el paso del tiempo pensé que había olvidado. No, no era así, solo estaba guardando mis recuerdos bajo telarañas, en espacios recónditos de muy difícil acceso.

Se me apretó el pecho, tenía muchas emociones mezcladas. Habían sido días difíciles, me sentía algo melancólico, pero estaba bien. Sentirme así de vez en cuando me parecía normal, y también estaba feliz de poder compartir con Lucía ese recuerdo.

—Hubo un tiempo en que mis padres me preguntaron si yo quería tener otro hermano. Les dije que sí, a Ronald también le entusiasmaba la idea y ellos siempre habían querido tener una hija. Lo intentaron por algunos años, sin resultados. Me sentí mal por ellos, porque a pesar de que siempre nos mostraban una sonrisa, podía notar que estaban tristes.

Me acomodé en la cama, dejando mi memoria correr para atrapar esos recuerdos tan preciados que guardaba bajo seguridad, y continué.

—Cuando por fin pudieron concebir, fui partícipe de todo el amor que mi madre le entregaba a Sofía desde que se enteró de que sería madre por tercera vez. En ese tiempo, precisamente en esta foto, se

me había caído un diente de leche. Yo era muy vanidoso y no dejaba que me vieran así, pero estaba tan contento, que no me importó y posé para la foto que nos sacó mi papá.

Me giré. Lucía me miraba con una especie de tristeza que no supe descifrar. Estiró la mano hacia la foto y se la entregué. La acercó a su rostro para mirarla mejor y trazó pequeñas líneas con su dedo por el contorno de un Mateo pequeño.

—Era la favorita de mi madre.

—Puedo suponer por qué. Te ves radiante y se nota que es de corazón. —Suspiró y sonrió—. Te envidio un poco. No sabes lo mucho que me gustaría tener este tipo de relación familiar. Soy hija única y no me llevo muy bien con mi madre... bueno, para ser sincera, no creo que tengamos ninguna especie de vínculo afectivo.

—¿Quieres hablar de eso?

—Aún no. No quiero arruinar mi estado de ánimo.

—Está bien. Cuando estés lista.

Alargué mi brazo hasta sus hombros y la acerqué a mí, le di un beso en la frente y bajé mi vista, avergonzado, hasta la foto. Fue un impulso y no pensé muy bien lo que estaba haciendo, pero era algo que tenía ganas de hacer y que para mí tenía todo el sentido del mundo.

—No tienes que dormir en el sofá, Mateo, la cama es bastante grande para que nos acostemos los dos. Lo mejor es que ocupemos esas mantas para ambos.

—Bueno, en eso tienes razón.

Me levanté de la cama y las fui a buscar. Las puse en mis brazos y volví rápidamente hasta el lado de Lucía. Al regresar la encontré

tapándose la boca con los ojos entrecerrados, mientras se reía en *mute*, o sea, sin emitir sonido.

Sentí cómo mis mejillas ardían de la vergüenza; había olvidado completamente que al reverso del marco había otra fotografía, una de las humillantes. Entré en pánico. Mi reacción fue quitarle el cuadro, esconderlo bajo las almohadas y taparme la cara con la mano.

—No, Mateo, que no te dé vergüenza, te ves muy... adorable —le costaba hablar sin soltar pequeñas carcajadas.

—No me digas eso, Lu. La guardé aquí porque también era una de las favoritas de mi madre.

—Y la entiendo perfectamente. De verdad lo hago.

Después de que se rio lo suficiente quedó en silencio y me atreví a mirarla, pero una vez que ella me miró no pudo evitar soltar una carcajada más. Abrí los ojos a más no poder: ahora sí que despertaríamos a toda la casa, o la cuadra, así que me abalancé sobre ella para taparle la boca.

—Ríete todo lo que quieras, pero hazlo en *mute*. Son como las tres de la mañana, no podemos despertar a toda mi familia.

Miré hacia la puerta intentando escuchar si alguien se había despertado o levantado, pero todo seguía en silencio. Suspiré de alivio, giré mi rostro y me encontré con sus preciosos ojos mirándome fijamente.

Qué ganas tenía de besarla otra vez.

—Mejor me hubieras callado de otra manera... —dijo.

—¿Alguna idea? —reprimió una sonrisa y negó con la cabeza.

—Volviendo al tema principal, me gustaría que me mostraras otra vez esa foto tan mona.

—No me beneficia para nada.

—Sí que te beneficia, porque te ves muy tierno. En tu carita podía notar que lo estabas pasando muy bien. Además, quería volver a ver a tu hermana. Aparecía detrás con el mismo tutú que tú.

Saqué la fotografía de donde la tenía escondida y me la quedé viendo. Ese día mi hermana me abrazó muchas veces. Mi misión siempre había sido hacerla feliz, y si eso significaba vestirse con tutú y aprender la coreografía de ballet y ayudarla a que recordara los pasos, lo hacía con gusto. Incluso ahora lo haría una y mil veces más.

—Sofía tenía que practicar su baile de *El lago de los cisnes*, y yo la ayudé a pesar de que la música clásica me daba sueño. Mi hermana casi toda su vida fue sociable, aunque hubo un tiempo en el que no. Fue en esa edad en que los niños son crueles y te excluyen por cualquier cosa. Mi madre nos sacó muchas fotos, pero con el tiempo solo quedó esta, en la que salgo feliz, y otra en la que estoy enojado, ya que mi hermano no paraba de molestarme.

Fui hasta el escritorio y abrí el primer cajón. Busqué por entre los papeles y la encontré en medio de unos dibujos de Sofía que no había tenido el coraje de tirar. A pesar de todo el tiempo que había pasado desde que me los había regalado, los conservaba. Regresé con Lucía y se la tendí.

—Ay, no, solo mírate, con tu boquita amurrada y con una mano sobre la cintura. Hasta encorvado te veías adorable. Qué ganas de comerte a besos.

—Lo puedes hacer ahora.

—Ah, ¿sí? No digas cosas de las que te arrepentirás después.

—No he dicho que vaya a arrepentirme, Lu.

—Calla, ya es tarde y es mejor que durmamos, mañana tenemos que volver a la ciudad.

Ambos nos paramos de la cama y comenzamos a estirar las frazadas. Una vez que terminamos de acomodar las mantas, me giré y apreté el interruptor. El cuarto quedó completamente a oscuras.

—Mateo, ¿me puedo quedar con la foto en que apareces amurrado?

—¿De verdad la quieres?

Se acercó a mi lado de la cama y se acurrucó entre mis brazos.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que la cuides con tu vida, porque esta foto la sacó mi madre y comprenderás que es un objeto muy preciado.

—Está bien, lo prometo, no te preocupes.

Descansé mi cabeza sobre la de ella y aspiré su aroma. Tenía que ir con cuidado, debía proteger mi corazón. Ya había aceptado que me gustaba, no conocía sus intenciones y la entendía perfectamente si no buscaba involucrarse sentimentalmente con alguien, pero tenía que intentarlo.

—Buenas noches, Lulú —susurré.

—Buenas noches, Mateo.

28

LUCÍA

El deseo acompañado de la atracción es una mezcla exquisita. No hay nada mejor que besar a la persona que te gusta y esperar de eso más que solo una noche de placer.

Las ganas de tener todo con un solo individuo es a lo que la mayoría de nosotros aspiramos, poder vivir un amor bonito y sano y, además, congeniar de una manera en que no te dé miedo ser tú misma, que puedas acudir a él cuando necesitas un poco de contención.

Es la persona que verá lo más íntimo de ti y a la que le confiarás no solo tu corazón, sino tus mayores miedos y anhelos, tus tristezas y tus alegrías; y cada momento con esa persona será extraordinariamente especial.

Aunque quizá aún no sea el mejor momento.

29

MATEO

 «August» – Taylor Swif

20 DE NOVIEMBRE DE 2021

La semana pasó de manera muy lenta, y la idea de llevar a Lucía a una pared para comerla a besos me taladraba cada vez más profundo. Hasta que no lo hiciera realidad, no podría dormir en paz. Mis ganas de volver a tocarla como aquel día en la playa iban en aumento al igual que mis deseos de sentarme a su lado y abrazarla mientras nos dábamos cariño y besitos. Lo quería todo con una sola persona y eso era de puta madre.

Los últimos días nos habíamos acostumbrado a acurrucarnos en ese viejo sofá del living, me habría encantado que también nos hubiéramos atrevido a volver a dormir juntos, pero entendía que no, así que solo veíamos televisión mientras comíamos algo delicioso, veíamos alguna película que estuviera en transmisión o simplemente ella leía mientras yo revisaba las cuentas de la cafetería.

No quería presionarla, sabía que estaba pasando por muchas cosas y quería ser considerado. Mi intención no era solo revolcarme con ella.

Bajé trotando las escaleras y llegué hasta la caja registradora. Lucía estaba atendiendo al último cliente y le toqué la espalda. Se giró hacia mí y me recibió con una cálida sonrisa, de esas que me estaban embobando cada día más.

—Lulú, ve a almorzar, yo termino aquí.

—¿En serio?

—Claro, ya acabé de comer y descansé un par de minutos, ve a sentarte.

—Ay, eres el mejor.

Le dijo al cliente que esperara un momento, se quitó el delantal y me dio un beso en la mejilla. No nos habíamos vuelto a besar desde el viaje a mi ciudad natal, pero ganas no me faltaban.

Me puse rápidamente el delantal y me giré hacia el cliente que estaba mirando el aparador para escoger su dona. Minutos después el lugar se encontraba más desocupado y comencé a limpiar la barra, sentí una mano en el hombro y supe enseguida quién podría ser.

Solo había una persona que lo hacía de esa manera.

—Hola, Fer.

—Mateo —respondió secamente.

Me giré tranquilo hacia ella, apoyé la espalda en el mesón, listo para la conversación que se avecinaba y sabiendo que no sería fácil. Para distraerme me peiné el cabello hacia atrás y no pude evitar soltar un suspiro. Fernanda se encontraba con los brazos cruzados y se mordía el labio. Vestía su sudadera negra favorita y sus pantalones a juego de pata ancha.

—Me alegra que hayas venido a tu turno diurno, siento que ya ni nos vemos.

—Sí, necesito un poco más de dinero y Rafa me ofreció el turno. No dudé en aceptarlo.

Otro cliente llegó a la caja y me pidió donas y pasteles. Lo atendí, le pedí a Fernanda que me ayudara a envolver la comida, porque la había pedido para llevar, y le entregamos la bolsa con su pedido. Ese pequeño instante me remontó a los tiempos en los que solamente éramos ella y yo contra los clientes. Una Fernanda con melena y yo con mi pelo lacio largo hasta los hombros atado en un tomate. Estábamos en la onda *rockera*. Convencido por ella, me pintaba las uñas de negro. Fueron meses difíciles, hasta que pude contratar a más gente, y por lo mismo la gran ayuda que me brindó siempre la agradecería.

De cierta forma, extrañaba esos tiempos.

La voz de Fernanda me sacó de mis pensamientos y pestañeé rápido.

—Así que fuiste a ver a tu madre...

—Sí, ya sabes, era el aniversario.

—¿Cómo está Daniel? —Me dedicó una débil sonrisa.

—Cada día se ve más joven. Nos contó que tiene pareja, me alegré mucho por él. Lo conoces... hace algunos meses aún pensaba que si conocía a alguien estaría deshonrando la memoria de mi madre.

—El amor que le profesa es el más puro y fiel que he visto jamás, Mateo. No sabes la envidia que me provoca. La mayoría de nosotros, los mortales, nos volvemos locos buscando algo así, pero no todos tienen la misma suerte. Me alegro de que al fin se permita volver a abrirle su corazón a alguien. Se lo merece.

—Pienso lo mismo, Fer.

Me sentí muy a gusto al hablar con ella sobre mi padre. Era mi mejor amiga y me había acompañado tanto en las buenas como en las malas. Que se preocupara por mi familia, a pesar de que estuviera enojada conmigo —vaya uno a saber por qué— era la prueba viviente de que nuestra amistad era verdadera.

—Y, bueno... al parecer no fuiste solo.

Comenzó a mover su pierna de manera insistente con la vista fija en las líneas del piso.

—No, fui con Lucía.

—Vaya, tan rápido me reemplazaste —dijo rápidamente.

—No se trata de reemplazar a nadie, Fer.

—Entonces, ¿por qué no me llevaste? Yo siempre estoy feliz de acompañarte, no tengo problema, sabes que me gusta.

Por más que pensaba, no podía entender el repentino odio que Fernanda sentía hacia Lucía. Me cuestioné en ese momento si realmente mis otras citas nunca habían llegado o si habían sido espantadas por mi mejor amiga. Entendía que los amigos tienen esa labor de verificar si nuestra cita es buena para nosotros, pero sentía que Fernanda se estaba dando mucha responsabilidad que no le correspondía.

—Fer, sabes que no me gusta tener que dar explicaciones de lo que hago o dejo de hacer, pero, ya que eres mi amiga, te las daré. Y será la última vez. La llevé porque sentí que era lo correcto y además pensé que a ella le haría bien.

No me respondió y continuó mordiéndose el labio.

Suspiré y miré a mi alrededor. Algunos clientes miraban hacia donde estábamos nosotros y no quería hacer un escándalo, así que

tomé delicadamente a Fernanda del brazo y la llevé hacia la escalera para tener mayor privacidad.

Me afirmé en la baranda, descansando mi cuerpo en ella.

—¿Me puedes explicar qué te pasa? Te estás comportando de manera muy extraña últimamente. Lo dejé pasar y esperé a que tú me lo contaras, pero de verdad ya no aguanto esta...

Sentí unos labios chocar contra los míos y unos brazos entrelazarse alrededor de mi cuello. Me agarré de la baranda, porque sentí que perdía el equilibrio, y la agarré por la cintura. Todo pasó tan rápido que no me dio tiempo de esquivarla. Fernanda intentó hacer el beso más profundo, pero cuando tomé conciencia de lo que estaba pasando de pronto la alejé de mí.

Escuché una puerta cerrarse y vi cómo Lucía bajaba lentamente por la escalera con la mirada perdida y pasaba por nuestro lado sin ni siquiera fijarse en nosotros. Me quedé de piedra, con la idea incrustada en la cabeza de que nos había visto y que lo malinterpretaría todo. Miré a mi amiga sorprendido y me quedé paralizado un momento, sin saber qué hacer.

No sabía que tenía esos sentimientos hacia mí y en vez de quedarme a decirle que yo no sentía lo mismo, mi cuerpo y mi mente me gritaban que debía ir a excusarme con Lucía.

Hice el intento de caminar hacia Lu, pero Fernanda me tomó de la muñeca más fuerte de lo que habría esperado, haciendo que girara en su dirección.

—Por favor, no te vayas.

—¿Por qué lo hiciste?

Había lágrimas en sus ojos, se veían tristes, pero no arrepentidos. Mi cordura me decía que tenía que ser un buen amigo y dejarle las

cosas claras. Estaba muy enojado por su comportamiento, así que me intenté zafar de su agarre, pero su muñeca se aferraba fuertemente a mi ropa.

—¿No es obvio? Estoy cansada de ver cómo sales con otras chicas y ni siquiera te has dado cuenta de cuánto me gustas. Te he amado desde la universidad, Mateo. Lamento haber hecho esto así, no quería que fuera tan repentino, pero este impulso lo he reprimido por mucho tiempo. Solo quiero saber si hay alguna...

—Fernanda, aquí no. Estamos en el trabajo —la corté.

—Si hay alguna posibilidad entre nosotros... sé que estás encaprichado con Lucía, te conozco, después de Carla no he visto que tengas parejas serias. —Oí cómo se le quebraba la voz y cerraba los ojos con fuerza.

—Las cosas no se solucionan así...

Abrió los párpados, pero las lágrimas cayeron con fuerza por sus pómulos mojando su piel, cargadas de todas las palabras contenidas que se había tragado durante todo ese tiempo. Miré fugazmente hacia el aparador y vi que todo parecía tranquilo. Lucía estaba ocupada con un cliente y di gracias mentalmente.

Suspiré y me concentré en Fernanda, de nuevo.

—Lamento no haberme dado cuenta. Lamento que te hayas sentido así. No quiero parecer cruel, pero nunca te he visto como algo más que mi mejor amiga. Eres una persona extraordinaria, muy inteligente, y no sabes cuánto te agradezco todo lo que me enseñaste y el apoyo que me brindaste...

—No lo hice con intenciones ocultas, solamente quería estar ahí en tus logros y saber qué contribuía en ellos —dijo tajante.

—Y te lo agradezco, de verdad. Sé que no te bastará, pero solo te

puedo ofrecer mi amistad. No es justo para ti, pero, Fer...

Me quedé en silencio, no sabía cómo seguir la oración, no sabía cómo rechazar a la persona que me había ayudado durante tantos años, la que había estado en uno de mis peores momentos, la que me había levantado del piso después de esa tormentosa relación. Habíamos vivido tantas cosas juntos, fiestas, tristezas, alegrías y promesas... pero el corazón no escoge a quién amar, y a veces las cosas no salen como se esperan.

—Lo sé, no es tu culpa que yo haya guardado lo que sentía. Y si ahora te preguntas por qué actué así, fue simplemente porque...

Se calló un momento mientras respiraba profundo.

—Fue porque veía que ibas muy en serio con ella. Te veo mucho más embobado que con las demás y tenía miedo de perderte, miedo a nunca saber qué hubiera pasado si nosotros lo hubiéramos intentado. Nuestra imaginación es nuestra peor enemiga y me cautivó con cuentos que en verdad no existían, pensé que podríamos tener una oportunidad, pero... no era así.

—Lo siento tanto...

—No lo sientas. Está bien. Me alejaré un tiempo, necesito dejar de verte para no pensarte, Mateo. —Levantó la vista y me entregó una sonrisa teñida de tristeza—. Fuiste el amor más lindo que tuve, porque a pesar de que nunca estuvimos juntos lo que sentí por ti fue real y todo lo que hice fue porque realmente te amaba, nunca esperé nada a cambio. Por favor, te pido que borres de tu mente todo lo que acaba de pasar, no quiero que el resto del día se vuelva tenso.

Me miró un segundo y sin esperar respuesta se puso sus

audífonos y caminó hacia la puerta en la que guardábamos las cosas de aseo. Tomó la escoba y comenzó a barrer.

30

LUCÍA

Que veas a una gaviota en el cielo no significa que se esté acercando el verano. Pero si percibes que son cada vez más y más volando por los aires, puede que efectivamente el verano esté llegando.

Esto mismo pasa con las personas: que alguien nos diga una mentira no quiere decir que es mentirosa, solo lo hace ser persona, porque todos en algún momento lo hacemos. Pero debemos poner atención en que, si nos dice varias mentiras de manera más frecuente, puede que realmente esté llegando el verano.

31

LUCÍA

 «Yes or No» – Jung Kook

Sentía que todo pasaba por mi cabeza de una manera muy lenta y detallada, aunque yo no quisiera. Mi mente era especialista en sabotearme en esas situaciones. Parecía una grabadora dañada que solo rebobinaba una y otra vez el detalle del beso entre Fernanda y Mateo. Mi lógica me decía que me volvería a pasar lo mismo, que me alejara antes de que fuera muy tarde, porque después me dolería aún más, aunque ya me había comenzado a doler.

Y esa no era una buena señal.

Mis emociones se mezclaban y no podía silenciar las voces de mi cabeza por más que intentara. Era como revivir todo, y no quería pasar por eso de nuevo. No lo merecía.

Suspiré, me estaba precipitando. Mateo no era Marco, no tenía por qué ser igual. Hablaría con Mateo y le daría el beneficio de la duda, dejaría que él me explicara lo que había presenciado. Puede que hubiera una explicación que justificara que no estaba jugando conmigo y además con Fernanda. Pese a que no estuviéramos en una relación, merecía que me aclarara si yo solo era un pasatiempo.

Odiaba estar en el abismo, sentirme de esa manera, comerme los

nervios con los escenarios que mi cerebro construía de manera cruel con el fin de hacerme caer. Decidí que debía pensar en otras cosas, intentar distraerme, bajarme del barco de las preocupaciones del que yo solita me había hecho pasajera.

Agarré un libro y me acosté en el sofá. Comencé a leer, pero no funcionaba, las manecillas del reloj sonaban cada vez más fuerte y no podía concentrarme en el mar de letras que tenía enfrente. Llevaba cinco minutos leyendo el mismo párrafo, pero no entendía nada. Al parecer, la protagonista estaba teniendo algunos sueños premonitorios, pero yo solo podía prestarles atención a esas estúpidas manecillas.

Dejé el libro sobre la mesita que tenía delante y decidí quitarle las pilas a ese infernal aparato. Una vez que lo logré, lo quedé mirando. ¿Acaso estaba loca? Una persona normal no lo hubiera hecho, así que sí, estaba completamente loca.

Suspiré frustrada y me senté en el sofá a esperar que Mateo llegara. Apoyé mi cabeza en el respaldo, pero no duré mucho tiempo en esa posición, por lo que me levanté y caminé hacia la cocina. Saqué un *bowl* transparente del cajón de abajo y deposité en él un huevo, harina, una pizca de sal, leche, esencia de vainilla, azúcar, polvos de hornear y lo revolví. Repasaba los pasos en mi cabeza detalladamente para que mi espíritu viajara hacia la otra área que me gustaba, cocinar cosas dulces.

Dejé el *bowl* con los ingredientes mezclados de forma homogénea y lo tapé para que reposara durante diez minutos. Fui hasta la encimera y saqué una sartén, le coloqué un poco de mantequilla y la derretí a fuego lento.

Tomé un cucharón de sopa y vertí la masa de los *hot cakes* en la

sartén, dándole forma redonda. Me relajaba hacerlo y mi estómago comenzó a rugir. Me hizo gracia, porque hacía solo unos segundos no tenía apetito, pero cuando vi que las masitas esponjosas ya estaban listas el hambre me dominó.

Le di una mordida al primer panqueque y sentí la textura exquisita. Se me hizo agua la boca. Calenté un poco de miel en el microondas y luego los bañé en ella. Me habían quedado perfectos. Los separé en dos platos, porque de todas formas le iba a dejar a Mateo, me llevé el mío al sillón y encendí la televisión.

Escuché el sonido de la cerradura y mis nervios subieron en un segundo. La puerta se abrió lentamente, como si fuera una película dramática. La bisagra nos deleitó con su típico chirrido y observé cómo mi compañero de piso entraba de manera veloz. Se quedó quieto cuando me vio en el sofá, como si no hubiera esperado encontrarme ahí. Me miró a los ojos y escondió su mano derecha.

—¿Cocinaste? —preguntó sorprendido y medio nervioso.

—Sí, y no quemé el departamento.

—Me sorprendes —dijo mientras me dedicaba una sonrisa de medio lado—. Me alegra que al fin hayas cocinado algo, me acuerdo de que me dijiste que las cosas dulces te quedaban muy bien.

Se acercó con paso vacilante a la cocina y se agachó hasta llegar a la altura del plato donde yo le había dejado su porción de panqueques. Cerró los ojos y aspiró el aroma como si fuera lo más rico que hubiera olido en su vida.

—Qué exquisito huele, Lu. Se ven muy apetitosos, creo que lograste muy bien la estética y cómo despertar el apetito de alguien solo con el olor.

—Ya salió a relucir tu lado chef —dije soltando una risilla—. Son

tuyos, sírvete.

—¿En serio? ¡Muchas gracias! Vengo con un hambre que ni te cuento, hoy fue un día un tanto... —Suspiró—. Un tanto agotador.

Tomó el plato con su mano libre y pude ver que tenía una bolsa de papel en la otra. No sabía qué tenía dentro, pero se estaba esforzando para que yo no la viera, así que alejé la mirada. No quería hacerlo sentir incómodo.

Se acercó a mí con paso lento y se sentó en el sillón, dejó la bolsa en el piso, al lado de la mesita de centro, y se quitó los zapatos. Soltó un suspiro de alivio y su cara me causó gracia, no pude evitar reír.

—Te juro que había estado deseando toda la tarde poder quitarme esa tortura que llaman zapatos. —Se acostó, subió los pies en los cojines y comenzó a comer—. No sé si lo notaste, pero la clienta habitual, la que viene por sus donas, estaba de mal humor hoy. Si no tuviéramos la política de respetar a los clientes, te aseguro que la pongo en su lugar.

—¿Qué te dijo? —pregunté curiosa.

—Que me apurara, porque su dinero me costeaba la vida.

—¿De verdad?

—Sí, o sea, no me lo dijo con esas palabras, fue más vulgar, pero de todas formas eso es lo que quería decir. Me mordí la lengua, ya estaba más que irritado, sin mencionar que hoy no ha sido un buen día.

—¿Qué pasó? Aparte de la señora malhumorada.

Se quedó quieto con el tenedor a mitad de camino. Me miró con la boca abierta y gesticuló como si me fuera a decir algo, pero después

se arrepintió. Respiró profundo y luego el utensilio siguió su camino hasta llegar a su boca.

—Algunos malos entendidos —dijo finalmente—. ¿Qué estás viendo?

Me acomodé en el sofá con el plato sobre mi estómago y apreté el botón para cambiar de canal, un poco desilusionada con la respuesta de Mateo.

—Nada en particular, solo estoy buscando algo que ver.

De repente, apareció una de mis películas favoritas y no pude evitar querer verla por décima vez, así que dejé el control remoto en la mesita dando a entender que mi búsqueda había terminado. Amaba *Orgullo y prejuicio* y siempre había deseado a mi propio Mr. Darcy. Era mi *crush* literario desde hacía mucho tiempo, pero lamentablemente había bajado de posición después de haber leído *Cazadores de sombras*... no había nada como un Herondale.

La escena mostraba a los actores empapados por la lluvia después de que la protagonista saliera corriendo de la capilla.

—Adoro esta parte —dije sin pensar—. *He luchado contra mi buen juicio, contra mi familia, la inferioridad de su cuna, mi rango y muchas cosas más. Pero estoy dispuesto a hacerlas a un lado y pedirle que acabe con mi agonía.* —Hice una pausa para que la protagonista hablara y continué—: *La amo. Con toda mi alma. Por favor, haga el honor de aceptar mi mano*.

Me tapé la boca, emocionada, mientras disfrutaba del momento. Por un segundo lo olvidé todo y me permití soñar con que aún quedaban de ese tipo de amores, pero Mateo me sacó de mi ensoñación y me hizo volver a mi triste realidad.

—¿Te gustan los hombres como el señor Darcy?

—¿A quién no? Mr. Darcy es el hombre soñado.

—Debo reconocer que cuando era más joven lo encontraba muy genial.

—¿Viste la película?

—Leí el libro, Lu.

Me sorprendió la respuesta que me dio y me giré para verlo más rápido de lo que hubiera querido. Un hombre que leía era mucho más sexy que la mayoría, pero uno que había leído *Orgullo y prejuicio* lo era aún más. Mateo se giró, divertido por mi exagerada reacción, y mis pómulos se tiñeron de carmesí. Maldita sea, me dejaron en evidencia. Fue inevitable sonreír al ver su reacción, me encantaban los hoyuelos que le salían en las mejillas.

—Vaya, ese sí es otro nivel. Yo igual me lo leí, pero amo mucho la película, aunque echo de menos que no pusieran ninguna escena de ellos besándose.

—¿No has visto el final alternativo?

—El final... ¿qué?

Mateo dejó su plato sobre la mesita y apretó el botón del mute de la televisión. Sacó su celular y buscó un video que se empezó a reproducir, pero que él rápidamente pausó. Me lo tendió y puse el video desde el inicio. Solo duraba dos minutos, pero fueron los mejores minutos de mi vida.

—Me estás tomando el pelo, ¡no me lo puedo creer! ¿Cómo viví todos estos años sin haber visto esta escena?

—¿Te gustó? —me preguntó mientras le devolvía su teléfono.

—Me encantó. Muchas gracias, ahora cada vez que vea esta película tendré que poner ese final alternativo.

—Por supuesto, yo ya lo hago, además, es un clásico de los

clásicos y es muy buena —dijo y le dio un mordisco a su panqueque.

Hasta comiendo se veía lindo.

Tenía que concentrarme y no olvidar lo que mis ojos habían visto. Me era imposible mantenerme enojada con él, en el fondo sabía que quizá ni siquiera debería estarlo, pero mis pensamientos estaban hechos un lío y mi ansiedad me estaba carcomiendo la mente.

Suspiré, un poco frustrada.

—Sí, es buenísima y ya no quedan hombres así —me aventuré a decir, pero me arrepentí enseguida y me giré hacia él. No quería hacer las cosas mal, así que decidí ser directa.

A la mierda eso de esperar a que él me lo contara, iría derecho al punto.

—Lu, necesito decirte algo —soltó rápidamente.

Me quedé con ganas de hablar.

—Claro, dime —dije sintiendo que mi grado de ansiedad se disparaba hacia las nubes.

Dejó el plato sobre la mesa y se limpió la boca con una servilleta, la pasó lentamente por sus carnosos labios y se los lamió. Tragó saliva y después de varios minutos mirando hacia la nada, se giró hacia mí.

—Te quiero hablar de algo que seguramente viste esta mañana. —Paró un segundo y suspiró. Se notaba que no sabía por dónde empezar, pero lo dejé continuar—. Y es un completo malentendido.

—¿A qué te refieres con que es un malentendido?

Se rascó la nuca y posó sus ojos nerviosos sobre los míos.

—Eso... que quizá viste algo que pudiste malentender.

Bajó los pies de la silla en donde los había subido mientras

veíamos la película y se sentó de manera erguida. Separó sus piernas y afirmó los codos sobre los muslos.

—Hoy... Fernanda me besó. Estábamos hablando debajo de la escalera, de cierto modo la encaré porque no estaba entendiendo su mal humor y... y de un momento a otro se abalanzó hacia mí.

Se removió el pelo nervioso, como buscando algún tipo de distracción, y luego continuó.

—No sabía lo que ella sentía por mí, jamás me dijo nada y nunca lo pensé. Se confesó, pero rechacé sus sentimientos, le dije que en este momento me interesaba otra persona y que lo lamentaba. Sé que nos viste, pero te prometo que me tomó por sorpresa y no supe qué hacer. Lo que sí te aseguro es que dejé las cosas claras.

Mis tímpanos estaban empapados de la voz de Mateo, pero también había otro sonido que no me dejaba concentrarme del todo en él y eran los latidos de mi corazón. Se escuchaban muy fuerte y por un momento temí que él también los pudiera percibir. Mateo me interesaba de verdad y escuchar lo que pasó de su boca de cierta forma me tranquilizaba, pero también me ponía en alerta.

—¿Por qué crees que debo saber eso?

Me miró con sus ojos bien abiertos.

—Lu, ¿crees que lo que pasó en la playa fue solamente porque estábamos un poco tomados?

No esperó a que respondiera y continuó:

—Por mi parte no. Sé que me dijiste que saliste de una relación tormentosa hace poco, pero no quiero ocultar lo que siento. Desde que te vi, realmente pensé lo que te dije, que te veías triste y perdida. Pero también me pasó algo extraño, no te rías, por favor... pero cuando te conocí sentí como si en realidad solo nos

estuviéramos reencontrando después de no habernos visto por muchos años. Y me sentí muy atraído hacia ti. Ahora que hemos pasado más tiempo juntos sé que estaba en lo correcto, me atraes mucho, Lu, y me gustaría saber qué es lo que piensas de esto.

Me quedé muda. No pensé que se terminaría confesando. No es que me disgustara, al contrario, me hacía mucha ilusión, pero sentía que todo estaba siendo muy rápido. ¿Acaso me estaba asustando? Sí, aunque tampoco podía negar lo evidente.

—Me siento igual que tú, pero no puedo negar que me da un poco de miedo. Quiero ser honesta contigo, Mateo, porque me atraes mucho y me gusta muchísimo la idea de que nos conozcamos, solo necesito que lo hagamos lento.

—Entiendo cómo te sientes. Sí que lo hago; da miedo, y no creas que yo no lo siento en este momento. Pero tú no eres esa persona que tanto daño me hizo, y nuestra historia es completamente diferente, quiero apostar por nosotros, quiero creer que será diferente, porque eres tú, Lucía.

Me miraba con una ilusión que nadie nunca me había dedicado y me derritió el corazón.

—Si después de conocernos más en profundidad crees que no estás lista para estar conmigo, o simplemente no quieres, lo entenderé perfectamente. Haz lo que tu corazón te diga.

—Está bien. En este momento me dice que quiere conocerte.

—Para mí será un placer, Lu.

—Igualmente, Mateo.

Me extendió la mano y me la estrechó mientras sonreía con esa sonrisa preciosa que me volvía cada vez más loca.

—¿Qué pasará con las reglas del departamento?

—Pues, que se joda el dueño, no tiene por qué enterarse.

—¡Estás loco!

—Sí, pero las mejores personas lo están.

—Bueno, en eso concuerdo.

Ambos nos reímos de manera nerviosa, sin soltarnos la mano. Su tacto era delicado sobre mi piel, pude sentir su calor viajar por todo mi cuerpo hasta alojarse en mi alma. Había algo en Mateo que me tranquilizaba y eso me gustaba. Era como al fin estar en casa.

Pero no todo podía ser tan bueno y mi cabeza no perdió oportunidad para comparar la situación con Marco. Con él siempre me sentí ansiosa, desde el inicio y más aún después de que me engañara, pensando en que lo volvería a hacer, en que tenía que encontrar lo que realmente quería decir entre líneas, averiguando si realmente me decía la verdad. Fue un tiempo duro, y me arrepentía de haber permitido que sucediera.

—Quiero que sepas que yo sé que la confianza de alguien se gana, lo tengo más que claro, y lo que pasó con Fernanda no me ayuda a que tengas una buena imagen de mí. Solo espero que puedas creerme, estoy seguro de que no te arrepentirás, Lu.

Era como si me hubiera leído la mente y me intentara tranquilizar los demonios. Me asustaba que todo pareciera tan lindo, porque no todo lo que brilla es oro y Mateo brillaba, brillaba muchísimo. La parte de mi corazón que aún creía en el amor me decía que me diera una nueva oportunidad, que si no era para mí no pasaba nada, nos alejaríamos y ya, pero lamentablemente había muchísimo en juego. Mezclarnos conllevaba que, si no funcionaba, lo más probable era que me quedaría sin casa y sin trabajo.

—Lu, no te preocupes, si lo nuestro no funciona no creas que te

voy a echar de aquí. Antes que todo siempre te ayudaré.

—¿Me lees los pensamientos?

—Para nada, pero tu rostro y tus ojos me hablan... lo hicieron mucho antes que tu boca. Solo nos vamos a conocer, ¿está bien? Jamás te voy a obligar a hacer algo que no quieras, y si un día crees que no tenemos oportunidad, no te preocupes. No me lo tomaré a mal.

Me sentía desconcertada. Era muy raro conocer a alguien que realmente hiciera las cosas bien. Todos estamos acostumbrados a lo tóxico, al desinterés y a la poca responsabilidad afectiva. Y cuando te encuentras con alguien que no es así es... se siente extraño. Empieza a crecer una ilusión que no sabes si está bien que crezca, pero que te causa emoción de todas formas.

—Acepto, Mateo.

Nos quedamos mirando, diciéndonos con miradas y sonrisas todas las promesas silenciosas que queríamos hacernos.

32

LUCÍA

20 DE DICIEMBRE DE 2021

Faltaba una semana para Navidad y decidimos juntarnos para hacer una entrega de regalos anticipados junto a nuestros amigos más cercanos. Cada vez que ponía un pie fuera del departamento me decidía a entrar en el nido de víboras llamado «centro comercial» para comprar cosas navideñas. Necesitaba con urgencia un árbol de Navidad, uno pequeño, pero bonito y acorde a mi presupuesto.

Mateo me había comentado que nunca le había hecho falta tenerlo en el departamento porque siempre viajaba a la casa de su padre, pero, ahora que me tenía dando vueltas por doquier, decidimos —más bien yo lo decidí con una posterior aprobación por parte del dueño— empezar a decorar el que actualmente era mi hogar.

Seguro él no imaginaba lo contenta y emocionada que esa aprobación me había hecho, era mi primera festividad fuera de casa y estaba irradiando felicidad por todos mis poros. Por fin podría darme el lujo de celebrar y sentirme bien; de a poco ir borrando los malos recuerdos de esas fechas para sustituirlos por los que siempre debieron haber estado en mi corazón: los buenos. Con mis padres jamás fueron festividades tranquilas, no con mi madre siendo... bueno, ella misma.

Para ser sincera, ningún día junto a ella había sido tranquilo.

Cuando era más pequeña toda la familia de mi madre se juntaba en la casa, ya que mi padre era hijo único y solo quedaba él con el apellido Acosta, por lo que nos debíamos conformar con la visita de mis parientes maternos, eso no quería decir que la compañía fuera mala, porque esos años, acompañada de mis primos, fueron los más felices.

Si no fuera por ellos, mi infancia hubiera sido aún peor, ya que Alberta no dejaba que mis tíos se me acercaran mucho, pero nunca pudo evitar que Alex y Andrea, los mellizos de mi tía Noelia, jugaran conmigo. Con el paso del tiempo, la familia comenzó a distanciarse y me dejaron en mi cruda realidad, sola en un hogar en el que ni siquiera se celebraban los cumpleaños.

Cuando fui adolescente deseaba poder llevarme bien con mi madre, después de todo, la sangre es más espesa que el agua, así que traté de sacar aún mejores calificaciones, me encargaba de varias tareas del hogar de manera permanente y me esforzaba para sobresalir en todo lo que hacía, pero nada era suficiente. Solo recibía miradas desaprobatorias acompañadas de palabras hirientes.

Mi padre siempre me decía que Alberta no sabía expresar el cariño que sentía por mí, que la entendiera. Tarde me di cuenta de que no había nada que entender, así que, cuando entré a la universidad, me rendí y dejé de intentar conseguir su amor a través de la validación de mis actos.

Gracias a esos duros años me juré que jamás tendría hijos. No tenía ganas de ser madre. Prefería no serlo que traspasarle la frustración a alguien que no tenía la culpa, alguien que solo espera de ti amor y comprensión.

Son cosas que me dan miedo no poder entregar, porque nunca las recibí.

Cuando me mudé a mi departamento me prometí muchas cosas, empezando por lo de las festividades. Mientras pudiera, celebraría cada día que estuviera marcado en el calendario; y lo hacía, pero en casa de Valeria. También me dije que decoraría mi hogar hasta hacerlo un lugar tan mío que se me hiciera imposible dejarlo, pero la vida laboral me absorbió de tal manera que las horas libres las ocupaba para hacer el aseo, comer y dormir.

Ahora que me encontraba en ese nuevo hogar me encantaba prolongar con Mateo lo que había empezado con Valeria. Desde que supe que viviría con él estuve segura de que me acompañaría como lo había hecho mi mejor amiga. De hecho, cuando le hablé de las ganas que tenía de comprar un pino, me dijo que fuéramos a ver el más grande. Tenía claro que mi economía no daba para eso, pero de todas formas agradecí su entusiasmo que, sin tener idea sobre mis sueños y anhelos, se acopló muy bien a mis deseos.

Solo esperaba que llegara el día de poder hacerlo, pero en mi propio lugar, sola o acompañada de estas maravillosas personas que había conocido. No quería volver a estar sin ellas.

—Lu, mira lo que te traje. —La voz de Mateo me sacó de mis pensamientos.

Estaba sentada sobre mis rodillas enfrente del pequeño pino que, si lo comparaba con Mateo, solo era una cosa enana que estaba cerca de la ventana, ya que solo le llegaba hasta el pecho. Pero en cuanto lo vi —el precio— supe que había encontrado lo que estaba buscando: era pequeño pero perfecto.

—Creí que te podría gustar. Venía de regreso de pagar unas

cuentas y en la vitrina de una pequeña tienda lo encontré. Pensé en ti cuando lo vi. Creí que se vería muy lindo junto a todo lo maravilloso que has construido aquí.

Se agachó al lado mío y sacó de su bolsa de papel un pequeño Papá Noel encerrado en una esfera de agua. Al moverla se podía observar cómo la nieve hacía de las suyas.

Estiré mi mano hacia él y lo recibí. Entre mis dedos sentí el peso del objeto, que era bastante pesado, como si consigo vinieran todas las buenas intenciones y el cariño que me tenía Mateo. Esos pequeños gestos que tenía conmigo me dejaban el corazón tibio y me provocaban tantas emociones... de esas que quieres hacer perdurar y nunca perder.

—No pensé que te acordarías. —Bajé mi vista hasta la esfera de cristal y sonreí como una boba—. Me encanta, de verdad te lo agradezco.

Le había comentado unos días atrás que me gustaban, pero que generalmente olvidaba de comprarlas.

—No tienes por qué agradecerme, me gusta mucho ver tu carita de ilusión por la llegada de la Navidad. Simplemente deseo hacerte feliz.

Me acunó la cara con sus manos y se acercó para darme un beso en la frente sosteniendo la chaqueta en su brazo. A pesar de que no nos habíamos vuelto a besar como ese día en la playa, sí que habíamos estado mucho más cerca. Nos abrazábamos, nos reíamos, nos mirábamos de una manera especial que me hacía sentir vulnerable y querida. Me gustaba sentirme en las nubes.

Solo esperaba que ambos nos sintiéramos de la misma manera.

Mateo se alejó, sin antes dedicarme una tierna sonrisa, y fue hacia

el perchero a dejar su abrigo. Luego caminó hacia la cocina y comenzó a sacar platos y cubiertos. Dentro de poco llegarían Valeria y su nueva pareja, y por lo que tenía entendido también estábamos esperando a Fernanda.

Miré a mi alrededor y admiré la decoración. Habíamos comprado botas de tela que colgamos en la pared que estaba detrás del sofá para dejar dulces. Me atreví a comprar un reno chiquito, que puse al lado del árbol, y se veía demasiado tierno. Además, decoré el techo con estrellas colgantes y un muérdago para la puerta.

Apreté en mi mano el regalo de Mateo, atesorándolo, y me levanté para colocarlo sobre la mesita de centro, en la que había velas y corbatines rojos. Apoyé la cabeza entre las manos y contemplé la habitación, feliz con el resultado.

—¿Estás feliz? Te ves muy orgullosa por la decoración.

—Sí. Contenta de haber tomado las decisiones correctas.

—Pues, me alegro. Y estoy agradecido de ser parte.

—Me siento igual. Es un placer haber aceptado ser tu compañera de piso.

—¿Eso quiere decir que no te arrepientes? —dijo mientras dejaba todo de lado para mirarme directamente.

—Para nada. Creo que ha sido la mejor decisión de este año.

Me miró con una expresión que me derritió; ver cómo le afectaban mis palabras de manera positiva era la mejor sensación del mundo. Observar cómo Mateo me entregaba una de las sonrisas más bellas que me había dado hasta el momento, fue lo mejor.

—Me siento muy halagado —dijo un tanto avergonzado.

—Deberías estarlo.

Ambos reímos como lo habíamos estado haciendo, de una manera

tímida pero cómplice. Sentí que mi teléfono vibraba y por un segundo pensé que podría ser Valeria. Se caracterizaba por llegar minutos antes o a la hora justa. Saqué rápidamente el celular del bolsillo de mi pantalón y sentí una presión en el pecho y cómo la sangre de mi cuerpo se me enfriaba en un segundo.

Mateo rápidamente se percató de mi cambio brusco de humor porque carraspeó y no se hizo esperar para preguntarme cómo estaba.

—Lu, ¿estás bien? Te veo muy pálida —me dijo desde la cocina. Su voz sonaba preocupada.

—Sí, estoy de maravillas —respondí tartamudeando y poniéndome la máscara de «no tengo problemas familiares y no me da miedo que me llame mi madre».

—¿Es Val? —me preguntó dulcemente, pero fue como si mi cerebro entrara en trance, porque Mateo tuvo que señalarme con su mentón mi celular.

—No, no es Val. Dame un minuto, iré al balcón.

Era la escapatoria perfecta para que Mateo no viera lo desastrosa que era mi familia. No me importaba que mis vecinos si lo vieran, total, ni siquiera los conocía.

—Sí, no te preocupes.

Caminé hacia el ventanal y lo deslicé lentamente. Salí hacia el exterior y procuré dejar cerrado para que no fuera a escuchar nada. Me senté en la silla de paja sintética que tenía Mateo, una muy bonita de color crema que siempre ocupaba para descansar después del trabajo. Se veía muy cómoda y era amplia. Siempre había querido tener una silla colgante, así que decidí sentarme en ella y balancearme para conseguir calmarme, o por lo menos no estar tan

alterada. Con todo lo que demoré en contestar la llamada esperé que desistiera, pero mi teléfono seguía sonando.

Me armé de valor y apreté el botón de aceptar.

Puse el parlante del teléfono en mi pabellón auricular y respiré profundo.

—¿Lu? —Sentí la voz de mi padre y mi cuerpo se relajó.

Boté todo el aire que había inspirado hacía solo un segundo para tener fuerzas y hablar con la mujer que me había dado la vida. Había preparado hasta un monólogo para defenderme de la metralleta de palabras que podría soltarme.

—¡Papá! Hola, ¿cómo estás? —dije entusiasmada.

—Hola, mi pequeña Lulú —dijo en un susurro. Su voz se notaba triste y un poco cansada.

—¿Por qué me llamas desde el celular de Alberta?

—Me quedé sin batería y le saqué el teléfono a tu madre. Quería hablar un momento contigo y saber cómo estabas. Te he extrañado mucho y desde ese día que nos vimos no he vuelto a saber de ti, hija. Sé que es probable que esta Navidad tampoco nos veamos, sabes que Alberta no celebra las fiestas.

—Sí, lo sé perfectamente, papá. He estado súper bien, conseguí un nuevo empleo, me mudé del departamento en el que vivía y creo que mi vida está tomando un nuevo rumbo. Me está gustando bastante, cada día me siento un poco más feliz.

—No sabes cuánto me alegro de oír eso, hija. Te mereces toda la felicidad del mundo y todo lo bueno que llegue a tu vida. ¿Te estás tomando descansos para divertirte?

—No muchos, la verdad, hay bastante trabajo y me la paso más en el departamento.

—¿Por qué? ¿Qué hay de tu amiga Valeria?

—La veo, pero no muy seguido, ella también está ocupada y la entiendo. Se fue a vivir con su pareja y está ahorrando dinero para comprar sus cosas.

—Vaya, qué grandes están... Val haciendo vida de pareja y tomando la importante decisión de irse a vivir con alguien. No es algo que se deba tomar a la ligera, es un proceso muy complicado, porque ahí conoces realmente cómo es esa persona. A veces te puedes arrepentir con el tiempo, y después ya es muy tarde para irte. También puede que te des cuenta de que sí tomaste una buena decisión.

Su razonamiento me transportó a mi infancia, a lo que se podría llamar mi hogar. A esos tormentosos años en los que tuve que sobrevivir, en los que pensé que si me quedaba un minuto más terminaría ahogada, pero al parecer no era la única que se estaba ahogando, no recordaba que mi padre fuera feliz o haberlos visto reír en pareja, haberse besado, abrazado o simplemente mirado de una manera especial.

—Papá... ¿te arrepientes? —pregunté tímidamente.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros, pero no me importó. Necesitaba saber la respuesta.

—Sabes que eres mi mayor tesoro y me duele no saber de ti más seguido, siempre deseé haberte dado lo que merecías mientras crecías. Lamentablemente la vida no es justa y tenemos que conformarnos con lo que nos da, aunque eso nos queme de frustración por dentro.

Mi padre era la mejor persona del mundo, muy noble y entregado a sus seres amados, no me cabía en la cabeza que su futuro se

hubiera convertido en lo que estaba viviendo, porque no se lo merecía. Ni el cielo era el límite de todo lo que el universo debía haberle dado, pero sí, la vida era malditamente injusta. Me mordí los labios aguantando las ganas de llorar. Pensar que él seguía en ese mismo infierno mientras que yo había logrado huir, me dolía. Muchísimo.

—Papá. Ambos sabemos que no es así...

—Lu, yo ya hice mis elecciones en la vida, tu madre hizo la suyas, solo espero que tú seas más sabia y puedas hacerlo bien, elegir correctamente. Confío plenamente en ti. Vete, escápate si es lo que necesitas, jamás dejes que nadie te haga sentir menos, porque vales muchísimo. Eres un regalo.

—Papá... —Intenté contestar, pero tenía un nudo en la garganta.

—Pequeña, lo siento, debo...

—¿Con quién estás hablando, Luis? ¿Y desde mi teléfono? —Escuché una voz desde lejos y un ruido azotó en mi pabellón auricular, como si estuvieran pasando el micrófono por la ropa—. Si llegas a hablar con la perra de tu hija...

Me alejé un momento del celular, porque el ruido era muy fuerte. Cuando cesó el caos y llegó el silencio, supe que debía volver a hacer acto de presencia. Tenía que saber si mi padre estaba bien. Alberta se ponía como loca en algunas ocasiones.

—¿Papá? —pregunté en voz baja, como si solo él me pudiera escuchar, pero enseguida me arrepentí.

—Lucía —contestó mi madre desde el otro lado.

—Alberta.

—Qué maleducada has sido siempre. Bueno, ya que Luis te llamó

aprovecho de decirte que aún me debes la cuota de este mes. No te retrases.

Luego de decir aquellas palabras cortó la llamada de forma repentina. No entendía cómo una madre podía odiar tanto a su hija, siendo que esa pequeña criatura no había hecho nada más que intentar agradarle durante toda su infancia. Mis esfuerzos habían sido en vano, y a pesar de que me repetía que no me importaba en lo más mínimo lo que mi madre pensara o dijera de mí, en el fondo era mentira.

Aún me afectaba mucho, me entristecía y me derrumbaba por unas simples palabras.

Me dolió el pecho. Subí mi mano hasta dejarla en el centro de mi tórax y comencé a sobarlo mientras respiraba de manera lenta y controlada. No era la primera vez que me pasaba y ya sabía que después de un rato el malestar se iría, pero era inevitable pensar en lo desgraciada que me sentía. Estaba convencida de que todo era injusto, y la frustración llenaba todos los vacíos de mi alma.

La necesidad de sacar a mi padre de ahí me azotaba día a día con más fuerza.

Vislumbré una figura que se acercaba hacia mí y rápidamente intenté cambiar la expresión de mi rostro. No quería que Mateo se preocupara. Más bien, no quería ser una carga. Necesitaba huir del dolor como siempre había hecho, encerrarlo, tragarlo y olvidarlo, aunque no lo conseguí. Sus ojos se fijaron en los míos y pese a que intenté escapar de su mirada, me fue imposible. Mis ganas de llorar aumentaron y mis sentimientos comenzaron a aflorar de entre las grietas.

—¿Te encuentras bien?

Se acercó con pasos vacilantes y se sentó en la silla frente a mí. Se movía con delicadeza, como pidiéndome permiso. Alargó su brazo y me tomó la mano. Me dio un apretón reconfortante. Me gustaba mucho cuando me hacía cariño. Sus manos siempre estaban cálidas y las mías terriblemente frías.

—Qué difícil pregunta. —Guardé silencio mientras intentaba serenarme y no llorar la vida frente a él. Levanté mi vista y me topé con sus dulces ojos—. ¿Cómo te llevabas con tu madre, Mateo?

Fue una pregunta estúpida, ya sabía la respuesta.

Se quedó mirando mis manos y reprimió una sonrisa. Desvió su mirada y la paseó por su alrededor, como si estuviera recordando algo, hasta que sus ojos volvieron a fijarse en los míos.

—Bueno, nos llevamos mal durante algunos años de mi vida, aunque en esa época todo el mundo me caía mal —dijo y soltó una carcajada—, pero siempre fue muy buena conmigo. Nos reíamos mucho, me escuchaba, me abrazaba y me trataba con mucho amor hasta cuando ni yo me soportaba. Fue la mejor madre, especialmente teniéndome a mí como hijo.

El afecto con el que hablaba de su madre me caló profundo y sentí un poco de envidia. Yo jamás podría hablar así de la mía, jamás podría recordarla con cariño o necesitar contacto físico de su parte. Me hirió darme cuenta de ello, porque siempre añoré que las cosas fueran diferentes o que de pronto ella fuera una madre orgullosa de su niña.

Con el paso del tiempo me di cuenta de que esos pensamientos eran infantiles, que eran los de una persona que no quería aceptar su realidad.

Que jamás tendría el amor de mi madre.

Por lo menos mi padre había intentado darme el doble de amor y siempre me había consentido, pero no era lo mismo.

Y en mi interior lo sabía.

—¿Qué pasó, Lu? ¿Peleaste con tu familia? No sé mucho sobre ellos, pero si necesitas que te escuche...

Me quedé callada. ¿Cómo contarle lo que acababa de pasar? De seguro pensaría que era una estupidez. ¿Cómo iba a contarle todo lo que pasaba por mi mente? ¿Cómo decirle que a veces aún seguía decepcionada de no haber cumplido con las exigencias de mi madre? Que, a pesar de todo, en ocasiones me seguía preguntando «qué hubiera pasado si...».

—Ojalá fuera solo una pelea. —Logré gesticular.

Levanté mi vista hacia él y no pude detener las lágrimas que descendieron por mis mejillas. Siempre me había sentido rota y solo me había puesto parches para que las grietas no se hicieran más grandes. Había sobrevivido de esa manera, pero las heridas siempre volvían a abrirse.

Esta vez intentaría compartir mi dolor. Necesitaba sacarme ese peso del pecho. No me quería hundir, deseaba resurgir, y cada vez me estaba costando más.

—Cuando te das cuenta de una verdad que no querías aceptar, el dolor te pega muy fuerte. Te preguntarás por qué intenté tan fervientemente no volver a la casa de mis padres. Tuve una infancia difícil, Mateo. Mi madre nunca me quiso, siempre me culpó del accidente de mi padre. Yo...

Me detuve para escoger las palabras adecuadas y darme el ánimo para verbalizar lo que por tanto tiempo había tenido atascado en la

garganta. Demostrar que era fuerte y que nada me afectaba me había pasado la cuenta, y ahora no sabía cómo liberarme.

Pero lo intentaría.

—Cuando tenía cuatro años me escapé de la casa y corrí hacia la calle. Era un día soleado, precioso. Tengo pequeños recuerdos, el día estaba templado y yo lo estaba disfrutando mucho. De un momento a otro mis padres empezaron a pelear y yo los escuché desde el jardín. Me acuerdo de que las cosas se estaban saliendo de control y es probable que me haya escapado porque no quería escucharlos. Era habitual, sí, pero uno nunca se acostumbra a eso.

Suspiré, me limpié el rostro con mis mangas y continué.

—Alcancé a percibir que alguien salía de la casa y pensé que era mejor correr, porque mi madre enojada era a lo que más temía de pequeña.

Solté una carcajada, porque caí en la cuenta de que le seguía teniendo el mismo miedo.

—No me di cuenta de que venía un auto en mi dirección, y si no fuera porque mi padre me empujó hacia la acera de enfrente quizá estaría muerta. Él quedó en silla de ruedas y con algunas secuelas que le impidieron seguir trabajando. Nos tuvimos que sostener con la pensión de invalidez que le otorgó el Estado, pero realmente no era suficiente.

Se me escapó un suspiro y negué con la cabeza.

—Alberta, mi madre, siempre me sacó en cara ese hecho y tuve una infancia de mierda. No te imaginas cómo es vivir con alguien que nunca te quiso y que además te culpaba de sus desgracias.

Me sorbí la nariz, saqué un pañuelo de mi bolsillo y me limpié. No

había levantado la vista durante todo el relato, porque mirar a Mateo me daba vergüenza.

—Cuando comencé a trabajar en mi profesión, a mi padre le diagnosticaron cáncer. Yo pago la terapia, pero para Alberta no es suficiente. Hace un rato estaba hablando con mi padre. Me llamó a escondidas desde el teléfono de ella, porque a él no le quedaba batería. ¿Te imaginas? ¡A escondidas! A su propia hija. Cuando ella se dio cuenta, le quitó el teléfono y me regañó. Gritó que me había atrasado con el pago. Un puto pago que tengo pendiente y que me ronda en la cabeza día y noche.

Aparte de Valeria y de Marco nadie sabía sobre mi situación familiar, y me dolía contarlo. Me causaba mucha pena y frustración. Lo único que siempre había querido era una familia normal, una familia que se quisiera o, mejor dicho, que me quisiera. Pero hacía mucho tiempo me había desprendido de la idea. Había entendido que ese jamás sería mi caso.

—Una sola palabra de ella es suficiente para joderme el día entero, y estoy tan enfadada de que aún me afecte tanto todo lo que me dice que yo... yo...

Comencé a llorar de manera más intensa. Mateo se acercó a mí y pasó sus brazos por mi espalda, atrayéndome hacia él. Me abrazó como siempre quise que lo hicieran y me transmitió una seguridad que jamás había sentido. Jamás me habían consolado, sin reproches. Se limitó a escucharme y a darme lo que necesitaba: un hombro para llorar.

Aspiré su aroma y lo abracé con fuerza.

Después de un rato mis sollozos fueron cesando y me sentí más tranquila, más aliviada. Qué rico era encontrarlo todo en una sola

persona, aunque mi mente me seguía recordando que había salido hacía poco de una relación y que no era correcto que me entregara tanto a alguien.

Con esfuerzo acallé esas voces negativas y dejé que mi alma volara a donde ella quisiera ir. No la detendría nunca más; no se merecía seguir estando en esa jaula de cristal. Necesitaba salir, experimentar en carne propia el amor, todo lo que los demás tenían para dar.

—Eso, bota todo lo que tengas que botar, aquí estaremos Valeria y yo, apoyándote cada vez que lo necesites. Eres alguien muy especial, Lu.

El timbre sonó y me separé lentamente de él.

Me sentía mucho mejor. Elevé mi mirada y me encontré con sus cálidos ojos marrones que me miraban con afecto.

—Muchas gracias, Mateo —dije dedicándole mi mejor sonrisa.

Estaba feliz de tenerlo cerca de mí.

—No tienes nada que agradecerme, lo hago con gusto.

33

LUCÍA

♪♪ «Christmas Day» – EXO

—¡Salud! —Brindamos al unísono.

Desde que Valeria y Tomás llegaron al departamento mi ánimo no hizo más que subir. Me sentía feliz y entusiasmada de celebrar la Navidad junto a la gente que consideraba más importante. Faltaba una en particular que lo era todo para mí, pero era imposible que estuviera ahí.

La tristeza siempre inundaba mi corazón al recordar que no lo podía ver tan seguido como deseaba. Mi padre había sido el primer ser humano que me amó y me enseñó que el amor debía ser bonito, pese a que él —al parecer— jamás lo experimentó junto a mi madre.

Cuando Valeria me abrazó para saludarme no tardó más de una segundo en darse cuenta de que algo me pasaba. No podía ocultar mis ojos tristes y, además, ella me conocía muy bien. Me encantaba que nuestra relación fuera así. No tenía la necesidad de ocultarle nada, porque jamás me juzgaba, siempre me apoyaba y nunca, pero nunca, minimizaba mis sentimientos. Les daba el lugar que se merecían, en especial cuando yo no lo hacía.

No quería arruinar el ambiente con mi mal humor y mi corazón

roto y, además, ya me había desahogado con Mateo, así que le indiqué con la mirada que habláramos después y ella entendió enseguida y actuó con normalidad.

Mateo los hizo pasar y ambas comenzamos a hablar como si nos hubieran dado cuerda. Siempre teníamos mucho que contarnos, y eso que no había pasado tanto tiempo desde la última vez que nos habíamos visto. Me causaba ternura que Tomás la mirara tan atento, escuchando cada palabra que salía de su boca.

Al momento de la cena nos sentamos y disfrutamos de la comida que con tanto esmero Mateo había cocinado. Los elogios a esos exquisitos bocados no tardaron en llegar... sus habilidades culinarias eran evidentes. Esa era la mejor parte de vivir con él: sabía que no me moriría de hambre y que comería mejor que nunca. De hecho, sentía que mi paladar cada vez se iba haciendo más sofisticado.

Después de cenar nos sentamos alrededor del árbol. Tomás no se separaba del lado de mi amiga, hacían una pareja adorable. Era alto, más que Mateo, su pelo negro y rizado parecía bien cuidado y su tez morena y lisa era muy linda. Tenía una sonrisa encantadora y se reía bastante, aunque era más bien callado.

Decidí que intentaría hacerlo hablar, pero mi amiga se me adelantó.

—Lu, ¿qué pasó con la amiga de Mateo que iba a venir?

—Me llamó hace un rato disculpándose, le surgió un problema y no podrá venir —se apresuró en contestar él.

—¿Está todo bien?

—Sí, Val, no te preocupes, muchas gracias por preguntar.

Me había estado rondando el hecho de que Fernanda no llegara. Por un lado me sentía aliviada, pero por otro, ver a Mateo

decepcionado me partió el corazón. Después de todo, era su mejor amiga.

—Me alegro. ¿De dónde son amigos? —indagó Val.

—De la universidad.

—¿Y ella tiene pareja?

—No, que yo sepa —dijo con una risa nerviosa.

—Val —comenté en tono de advertencia—. Y tú, Tomás, ¿cuántos años tienes? —Cambié drásticamente el tema.

—Veintisiete. —Tenía una voz grave con la que podía seducir a cualquiera, pero percibí que se había puesto nervioso.

—Eres mayor que Valeria.

—Un poco —contestó entre risas.

—¿Cuál es tu profesión?

—Soy arquitecto. Actualmente estoy trabajando en el proyecto del edificio Alfonso. Ese que está en... se me olvidan las calles, pero está en pleno centro.

Me acordaba de ese proyecto en particular, ya que cada vez que pasaba por ahí me quedaba mirando la estructura. El diseño era precioso, y quedaría aún más lindo cuando estuviera terminado. Me impresionó tener a la mente maestra detrás de esos planos frente a mí.

—*Wow*, te felicito. Se ve que está quedando increíble. Realmente cautivó mi vista.

—Muchas gracias —dijo mientras se sonrojaba.

—No hay de qué. Y dime, Tomás, ¿cuáles son tus intenciones con mi amiga?

—¿Intenciones?

—Lucía, por favor. ¡Lo estás asustando! —Valeria salió en su

defensa.

—¡Imposible que se asuste con un par de preguntas! Tiene que acostumbrarse al grupo si piensa quedarse contigo, ¿no es cierto, Tomás?

—Claro.

—¿Cómo te gusta que te llamen? ¿Por tu nombre o tienes algún apodo? ¿Prefieres que te llame por tu apellido?

—¿Tomás? —respondió, indeciso.

—Está bien, anotado. Y...

—Creo que el interrogatorio es suficiente —me interrumpió Val—. No quiero que mi pareja se sienta incómoda.

No era esa mi intención, solo quería incluirlo y conocer más de él. Me giré hacia Mateo para ver qué opinaba y descubrí que pensaba lo mismo que Val.

—¿Te estás sintiendo incómodo?

—Claro que está incómodo, Lu. ¡Lo estás bombardeando con preguntas!

—¿Te sientes incómodo, Tomás?

—Bueno, un poco.

—Lo siento muchísimo, no fue mi intención. Solo quería conocerte. Lo chismosa lo llevo en la sangre y no me di cuenta de que para ti somos unos completos desconocidos. Tendré más cuidado en el futuro.

—No te preocupes, en serio.

—Sí que me debo preocupar. No me gustaría que hicieran sentir mal a mi pareja y admiro que Valeria te haya salvado así, porque se nota que le importas mucho. ¿Me disculpas? —pregunté estirándole mi mano.

—Claro que sí —respondió estrechándomela.

—Un gusto, Tomás.

—Lo mismo digo. Veo que Valeria también tiene a una buena amiga. Entiendo tu buena intención, no me conoces de nada y de repente llego de la mano de Val... es normal que quieras saber cosas de mí.

—Me alegro de que me hayas entendido.

La hora iba avanzando y todos decidieron seguir la noche con una copa de vino, todos menos yo, porque no había del que me gustaba, así que decidí prepararme una cerveza con limón y sal.

—Okey, momento de abrir los regalos —dijo emocionada Valeria—. Empieza con el mío, de la persona que más te quiere, Lu.

Me tendió una caja pequeña envuelta en papel dorado con un moño. Lo recibí ansiosa, me gustaban los regalos y la sensación de recibirlos. Saber que pensaron en ti y que de entre tantas cosas eligieron dicho objeto en particular. Además, elegirlo tomaba tiempo, y que te regalen tiempo es algo muy valioso.

—No puede ser, porque la persona que más me quiere soy yo —respondí.

—Bueno, la segunda persona que más te quiere, entonces —dijo soltando una risita.

Sacudí delicadamente la caja para adivinar qué podría contener, pero no se me vino nada a la mente. Lo puse en mi mano para tantear el peso, y nada. Busqué por la parte trasera la unión del papel para comenzar a abrirlo. No quería romperlo, porque se veía muy mono, pero Valeria lo había envuelto muy bien y terminé usando dientes y garras.

Era una caja de color azul marino que parecía lujosa. Adentro

había un precioso collar con dos amigas abrazadas formando un corazón. Levanté mi vista hacia Valeria y me abalancé sobre ella. Saber que llevaría nuestra amistad colgada al cuello me parecía muy lindo.

Mi mejor amiga me correspondió el abrazo y me apretó con fuerza.

—Muchas gracias, me encantó.

—Mira, yo también llevo algo en mi pecho.

Bajó el cuello de su suéter rojo y dejó al descubierto el mismo collar. Realmente no podía pedir una amiga mejor que esa. Nos volvimos a abrazar y seguimos con el intercambio de regalos.

Tomás le había obsequiado un brazalete a Valeria con dijes que representaban momentos importantes dentro de su relación o cosas que quería hacer con ella. Había uno de un café, porque se habían conocido en una cafetería, otro de un avión, porque quería recorrer países junto a ella, bolos porque le había pedido ser su novia en un *bowling*, y mucho más.

El momento fue demasiado tierno y verlo explicarle cada dije lo fue aún más. Uno siempre dice que es incómodo ver parejas entregándose amor en público, pero presenciar lo feliz que era mi amiga me pareció hermoso. Merecía estar recibiendo todo ese amor.

Después fue el turno de Mateo de abrir su regalo. Estaba un poco nerviosa, porque me había demorado mucho en escogerlo y quería que fuera algo especial para él, algo que viera y no pudiera botar, algo con lo que se acordara que alguna vez pasé por su vida, aunque fuera de manera fugaz. De todas formas, yo no quería ser una presencia pasajera.

Se veía risueño, alternaba su mirada entre el obsequio y mis ojos

con una sonrisa encantadora que me daban ganas de besar. Debía admitir que su boca sobre la mía era el tacto y la caricia que mi cuerpo más esperaba repetir, aunque tenía clarísimo de que no volvería a pasar en un futuro cercano.

Rompió el papel de regalo y se encontró con un segundo envoltorio de papel café. Movió su cabeza de un lado a otro y soltó una risita que evidenció que estaba emocionado.

Al quitar el papel pude ver como su expresión cambiaba y se teñía de una especia de felicidad triste. Sus ojos se cubrieron con una niebla y supe que su mente se había ido directo a sus recuerdos de infancia.

Esa persona era especial para él y también para mí, porque era la que nos había permitido unirnos: Sofía.

Mateo giró el cuadro. Era una pintura de él con tutú y Sofía al lado bailando bajo las estrellas. El universo y sus misterios, que tanto le gustaban. Esperaba de todo corazón que Mateo no lo rechazara o pensara que estaba fuera de lugar, pero mi alma sentía que era un regalo bonito y que lo aceptaría con gusto.

—Si las personas después de morir fueran estrellas —dije mientras me acercaba a él y apuntaba el cuadro—, estoy segura de que Sofía sería una de las más grandes y luminosas que hay en el cielo.

Vi cómo intentaba reprimir un sollozo. Tenía los ojos rojos y miraba con infinito amor la pintura de ellos dos juntos. Pasó las yemas de sus dedos por el contorno de la figura de su hermana y la estrella que anteriormente le había mostrado.

—Me fascinó, Lu. No sabes cuánto me gustó tu obsequio.

Dejó delicadamente el cuadro al lado del sofá y se giró hacia mí. Se levantó de su asiento y sentí sus brazos alrededor de mi cuerpo.

Me abrazó con fuerza, pegando todo su torso contra el mío. Sentí cada uno de sus músculos y el calor que emanaba de él.

Mi corazón se desenfrenó por el contacto físico. Reafirmaba lo mucho que me gustaba. Intentar hacerlo feliz se estaba volviendo una droga peligrosa. Habría hecho lo que fuera por ver sus encantadores hoyuelos. Y si añadíamos que me agradecía los gestos con besos rápidos en la mejilla, en mi frente o abrazos así de apretados, realmente me apuntaba a lograr mi cometido.

—Muchas gracias, Lu —susurró en mi oído mientras me hacía cariño en la espalda.

Nos separamos unos centímetros y se me quedó mirando fijamente, no pude borrar mi boba sonrisa de la cara y mi rostro comenzó a arder. Lo sentía caliente y un bochorno me subió por el cuerpo. Su embriagador olor a perfume me atraía a tal punto que se me hacía imposible alejarme de él.

Mis ojos recorrieron el rostro de Mateo en busca de alguna señal que evidenciara que estaba sintiendo lo mismo que yo. Sus labios estaban entreabiertos. Sentí un cosquilleo recorrer mi cuerpo y en mis partes bajas. Era como si todo a nuestro alrededor se hubiera esfumado por un momento y solo tuviera la dicha de estar junto a él.

Alguien a nuestro lado carraspeó y salí del trance. Me lo había querido comer con la mirada hacía semanas y con esos roces se me hacía difícil controlar mi corazón.

Debía hacer lo que quería.

Debía olvidarme que había salido de una relación tóxica.

Debía comenzar a vivir.

Y el primer paso era hacer caso a mis sentimientos.

Ya era casi medianoche y Valeria tenía turno al día siguiente. De seguro estaría con ojeras las primeras horas de trabajo y odiando a todo ser humano que se le pasara por delante del sueño que tendría. En ese aspecto éramos muy parecidas, ambas necesitábamos nuestras ocho horas de sueño e incluso dormíamos más para estar al cien por ciento. Se despidió con un fuerte abrazo y un beso en la frente e hizo un juego de cejas mientras su vista saltaba de Mateo a mí. La empujé amistosamente y la invité a irse del departamento antes de que se le ocurriera decir algo en voz alta.

Sabía que era capaz.

Estaba segura de que sabía perfectamente lo que había pasado con mi compañero de piso, porque me conocía tanto. Las miradas son difíciles de ocultar, estas aún más, porque lo decían todo. No necesitaba contarle con lujo de detalles todo lo que ya habíamos hecho, porque ella ya lo intuía, pero de igual forma se lo quería decir.

Tiempo al tiempo.

34

LUCÍA

 «Lose Control» – Teddy Swims

Con Mateo nos quedamos solos. Seguía sintiendo tensión entre nosotros y decidí desprenderla de mi cuerpo para que no hiciéramos algo de lo que después nos fuéramos a arrepentir. Fui hasta la mesa y comencé a recoger los platos, los apilé uno sobre otro y dejé los cubiertos encima del último. Tomé fuerza —porque eran varios— y los llevé al lavaplatos. Volví al comedor y agarré los vasos, me los puse contra el pecho y partí otra vez a dejarlos junto a la demás loza sucia.

Desde el living escuché que Mateo conectaba su teléfono al parlante y unos segundos después la canción de George Michael, «Careless Whisper», indundó la sala. Él sabía que me encantaba esa canción, había algo en ella que me cautivaba y me hacía mecerme al ritmo de la melodía. Busqué a mi alrededor algo para ocuparlo como micrófono y terminé tomando una cuchara de madera.

—I feel so unsure. As I take your hand and lead you to the dance floor. —Comencé a cantar mientras bailaba y caminaba con pasos lentos hacia él—. *As the music dies, something in your eyes calls to mind a silver screen. And all its sad good-byes*.

Mateo me miró satisfecho, como si hubiera logrado su cometido, y me acompañó cantando con el control del televisor como micrófono. Nos movimos al ritmo de la música sin dejar de mirarnos mientras decíamos:

—*I'm never gonna dance again. Guilty feet have got no rhythm. Tough it's easy to pretend, I know you're not a fool*...

Cerré los ojos, porque el inicio de la canción me gustaba mucho, y apreté la cuchara con fuerza cantando a todo pulmón. Elevé mi brazo sintiendo cómo la felicidad se aferraba cada vez más a mi alma. Una felicidad que siempre había querido saborear y tener viajando en cada fibra de mi cuerpo. Y es que era la primera vez en mi vida que sentía este regocijo, era como si por fin pudiera decir que pertenecía a un lugar.

Y ese lugar era al lado de Mateo.

Me volví hacia él y lo apunté.

—*So I'm never gonna dance again. Te way I danced with you... oh, oh, oh. Never without your love*.

—¿Nunca sin mí? —preguntó coqueto.

Le sonreí de oreja a oreja y se acercó hasta donde yo estaba de manera lenta, como pidiéndome permiso. Asentí de forma rápida y casi imperceptible, aunque lo suficiente como para que Mateo me agarrara de la cintura y me sujetara de una mano. Se pegó a mi cuerpo y apoyó su frente contra la mía. Ese simple gesto me puso muy nerviosa. Y me gustó.

—*Tonight the music seems so loud, I wish that we could lose this crowd*—. Canté más bajo, casi rozando mis labios en el lóbulo de su oreja—. *Maybe, it's better this way, we'd hurt each other with the things we'd want to say*...

—*We could have been so good together, we could have lived this dance forever*... —Su voz sonaba ronca y me derretía con solo escucharla. Mis piernas flaqueaban. Sus ojos estaban fijos en los míos. Podía ver que me estaba abriendo su corazón a través de su mirada y de una forma bellísima, porque me estaban mostrando su alma.

El calor que emanaba de su cuerpo se infiltraba desde el tacto de sus dedos en mi espalda, que danzaba, y desde su pecho, que subía y bajaba y rozaba mis senos. Mi concentración se estaba yendo de vacaciones y solo estaba quedando un ser humano que podía atraer toda mi atención de vuelta, y era Mateo.

—*But now, who's gonna dance with me*...

Sus dedos habían comenzado a recorrer mi brazo, trazando todo el camino hasta llegar a mi clavícula. Luego bajó con delicadeza por mi pecho hasta mi abdomen. Me agarró con ambas manos de la cintura y susurró con su voz grave:

—*Please stay, Lu*.

Chocamos contra la encimera. No me di cuenta de que nos habíamos desplazado por la cocina mientras bailábamos, pero no me importó, porque su boca estaba peligrosamente cerca de la mía, a solo un par de centímetros. Mi rostro y mi cuerpo entero habían aumentado de temperatura y sentí que una fuerza gigantesca unía mi pelvis contra la suya y no me dejaba despegarme de él —no era como si quisiera hacerlo, de todas formas—. Sabía que estaba en un terreno peligroso y no tenía la certeza de estar lista para dar el paso, sin embargo, todos mis pensamientos racionales fueron acallados por el deseo de probar sus labios una vez más y disfrutar del placer que era besarlo.

—¿Puedo besarte? —pregunté soltando un jadeo.

—Pensé que nunca me lo preguntarías.

Se agachó un par de centímetros y me besó de forma profunda, sin perder el tiempo. Pude notar su necesidad. Me abrazó con fuerza y me levantó del piso sentándome sobre el mueble.

Escuché cómo Mateo manoteaba las cosas que estaban a nuestro alrededor y un fuerte sonido chocó contra nuestros oídos. Nos separamos y me di cuenta de que un plato se había estrellado contra el piso y yacían los trozos por todas partes.

Nos miramos y rompimos a reír. La diversión se transformó de nuevo en deseo y Mateo devoró mi boca, de forma pausada y hasta cruel, porque me hacía querer cada vez más. No iba a ser el único que jugaría así. Me acerqué más a él y pasé mi mano por debajo de su camiseta, en su pecho y su abdomen, bien cerca de sus partes bajas, y le pasé un dedo por debajo del pantalón.

Se separó unos centímetros de mí y con sus ojos nublados de placer miró cómo me iba acercando hasta su punto sensible. No llegué hasta el final. Decidí levantar la mano y anclarla en su nuca. Me acerqué a su boca y pasé mi lengua por su labio inferior.

Me gustaba sentir que podía hacer todo lo que quisiera con él sin la vergüenza que por mucho tiempo me había dominado. Mi cuerpo estaba cómodo y, en vez de ocultarme, quería que Mateo lo viera entero, que lo probara, lo mordiera y me tocara como nunca me habían tocado.

Un cosquilleo crecía desde mi punto más sensible y subía hasta mi cara, cuya temperatura subió.

—¿Te puedo llevar a la habitación? —Su voz me tenía completamente derretida.

—Quiero que lo hagas y saborees cada parte de mi cuerpo.

Me agarró fuerte por los muslos y me apegó hacia él. Enrollé mis piernas en su espalda y me sujeté de su cuello para que nos fuéramos hasta la puerta del dormitorio. Después de unos segundos peleando para abrir la chapa, lo consiguió.

Me dejó sentada en su cama y él se acomodó a mi lado. Puso su mano sobre mi rostro, me observó como si estuviera viendo el objeto más valioso del mundo y eso me hizo sentir muy deseada. Aunque estuviera cubierta con toda la ropa del mundo, me sentía desnuda y eso me encantó. Ese era el momento que habíamos estado postergando, y ya no tenía sentido que siguiéramos ocultando lo que ambos queríamos.

Elevé la vista y miré sus hermosos ojos cafés mientras agarraba mi chaleco y lo pasaba por sobre mi cabeza. Tomé su suéter, quitándoselo de manera lenta y disfrutando del momento, de nuestras miradas que se decían tantas cosas sin necesidad de hablar.

Me tomó de la cintura y me atrajo hacia él, haciendo que me sentara en su regazo con una pierna en cada lado de sus caderas. Algo más cobraba vida entre nosotros. Me sentía lista para el siguiente paso, pero quería hacerlo bien. Sentí el tacto de sus fríos dedos recorrer mi piel, mi espalda y mi abdomen, mientras iba subiendo mi camiseta. Cada roce me volvía loca.

Lanzó lejos la prenda y fue a por el sujetador, pero no dejé que lo desabrochara. Yo tenía una idea más interesante. Lo empujé hacia la cama y quedó acostado, pero Mateo no quiso quedarse quieto y ancló sus palmas a mi cintura.

Le di un beso tierno en los labios y bajé hasta su cinturón, rozando con mi barbilla su entrepierna. Le comencé a subir la

camiseta y dejé mi propia marca de besos trazando un camino de deseo desde su ombligo hasta su cuello. Besé cada lunar y cada espacio que pude, disfrutando de saborear su piel y sus jadeos.

Le quité la prenda y lamí la piel de su cuello hasta llegar a el lóbulo de su oreja y lo mordí delicadamente. Mateo gimió y sentí que el calor de la excitación me recorría.

Busqué su boca y le di un beso profundo. Mi lengua saboreó sus labios y jugó con la suya mientras peleaba con su cinturón. Mateo se percató de que me estaba costando y elevó sus caderas para que la tarea se me hiciera más fácil. Puse mis manos en el botón del pantalón y lo desabroché. Bajé la cremallera para inmiscuir mi mano por debajo y acariciar su miembro. Lo masajeé por encima del bóxer y él volvió a gemir. Le terminé de quitar los pantalones y me senté sobre él.

Él alzó sus manos hacia mi sujetador y no se demoró ni siquiera un segundo en desabrocharlo. Me miró y yo asentí. Me encantaba que me pidiera permiso en todo momento y no diera por hecho las cosas.

Con la música aún sonando de fondo Mateo elevó su mano y ahuecó mi pecho derecho, apretándolo y masajeándolo. Su boca no se hizo esperar y fue por el otro. Me atrajo más hacia él y no pude evitar derretirme de placer.

Elevé mis manos hacia su pelo y lo jalé despacio con los ojos cerrados. Me estaba dejando llevar por todo lo que estaba sintiendo, un deseo mezclado con otra cosa, una pizca de algo que me estaba encantando sentir junto a él.

—Lu, eres tan perfecta... —dijo jadeando.

Me giró y me dejó sobre la cama. Me agarró el pantalón junto a la

ropa interior y me quitó todo. De un momento a otro quedé desnuda. Su cabeza se posó entre mis dos piernas y me dio muchos besos entre el abdomen y los muslos. Era el paraíso.

Me lamió, me besó, me succionó y me hizo disfrutar como nunca. Estaba perdida en el goce y en el amor... y es que no podía negar que a ese hombre lo quería, y por un momento me dio miedo; miedo de tener sentimientos por alguien nuevo sin saber si yo sería capaz de entregarme otra vez. Confiar y llevar algo sano, ser capaz de decir basta y cortar lazos otra vez.

Pero Mateo no era Marco, me repetí una vez más, tenía que darle el beneficio de la duda.

—¿Cómo quieres que te lo haga?

Lo guie y le mostré exactamente qué tenía que hacer para tenerme en la palma de su mano... y no es que no lo estuviera, pero le indiqué cuál era el punto clave para que yo pudiera prenderme en un fuego de placer que me hiciera rezarle día y noche por el resto de mi vida.

No necesitó mayor instrucción.

Instintivamente comenzó a mover sus dedos como le había enseñado.

Intercalaba los movimientos y a cada segundo me hacía gemir más.

Miré hacia abajo y él me devolvió la mirada. Sus ojos estaban en llamas, embelesados de deleite, y no pude evitar que un cosquilleo me cerrara los ojos de manera involuntaria.

Me sentía muy deseada.

Mateo aumentó el ritmo y elevé instintivamente las caderas mientras las movía agarrándome de las sábanas.

—Mateo...

—Solo disfruta, Lu.

Tuve espasmos musculares acompañados de una corriente eléctrica y alejé su mano de mi punto sensible. Estaba en las nubes.

Lo vi levantarse y bajarse el bóxer. Lo tomé de las muñecas y lo acosté en la cama. No podíamos terminar sin que él disfrutara.

Mateo sacó un condón del velador y se lo puso con rapidez. Hice lo que él me había pedido con solo una mirada. Me encantaba ver cómo sus ojos gritaban que lo hiciera.

Me senté sobre él y sentí cómo mi cuerpo reaccionó ante su dureza.

Sus ojos estaban cerrados. Jadeaba.

Me moví a un ritmo constante y sentí que otra corriente eléctrica me recorría el cuerpo. Ambos nos retorcimos con la descarga de placer y me sujeté de su pecho para recobrar el aliento.

Nos miramos a los ojos y sonreímos.

35

LUCÍA

24 DE DICIEMBRE DE 2021

Un pitido sonaba cerca de mí, se inmiscuía en mis sueños y no me permitía disfrutar de la arena que tocaban mis pies, de los rayos de sol y del sonido de las olas al romper. Luego de unos segundos el pitido cesó y tuve un momento de calma, aunque el sonido no se demoró en volver a surgir, lo que bastó para despertarme del sueño que estaba teniendo.

Fueron unas maravillosas vacaciones junto a Mateo en mis sueños.

Gruñí por lo bajo y me froté los ojos. No los podía abrir, era como si hubiera dormido solo cuatro horas. Me giré hacia la mesita de noche de mi compañero de piso y vi que eran las ocho y media de la mañana. En efecto, había dormido un poco más de cuatro horas.

Estiré el brazo hacia mi teléfono y un número desconocido figuraba en la pantalla. Me levanté deprisa y contesté.

—¿Aló?

—Buenos días. ¿Me comunico con la señorita Lucía Acosta?

—Sí, con ella. ¿Quién habla?

Me giré y noté que Mateo estaba dormido, así que me levanté con

discreción. Al quitar las tapas vi mi cuerpo desnudo, por lo que rápidamente me envolví en una manta que había quedado desparramada en el piso y salí trotando hasta la sala. Algo había escuchado del otro lado del celular, aunque no había prestado atención.

—Disculpe, ¿me podría repetir lo último que dijo? No alcancé a escuchar.

—Claro. Soy Marleen, enfermera del Hospital Nuestro Hogar. La llamaba para informarle que estamos haciendo el ingreso de Luis Acosta, pero en este momento el paciente se encuentra inconsciente, no hay ningún familiar cerca y necesitamos algunos datos. Revisé su ficha y usted figura como su número de contacto. ¿Es familiar?

Un pito se posó en mi oído y me fue difícil escuchar lo que mi colega me estaba diciendo. Más bien, no lo quería creer. Una sensación de miedo y ansiedad se apoderó de mí y me cerró la garganta, haciendo que me fuera imposible gesticular o decir palabra alguna. Sabía que mi padre no estaba bien del todo, pero no creía que estuviera tan mal como para que lo hospitalizaran. Además, ¿estaba inconsciente? ¿Por qué?

—¿Aló? —preguntó Marleen.

—Sí, aquí estoy. Soy su hija. ¿Por qué lo hospitalizaron? Disculpe, pero no vivo con ellos, no tenía conocimiento de que estuviera allí.

—Bueno, anoche don Luis consultó en la urgencia por dolor de pecho...

—¿Tuvo un infarto?

—Sí, señorita Lucía. Le puedo dar los detalles cuando venga a verlo.

—¿Su corazón dejó de latir? —pregunté lo más rápido que pude, sin escuchar lo que la enfermera tenía para decirme.

Mi estado de conmoción no me dio chance a guardar silencio. Necesitaba saber cómo estaba mi padre y qué le había pasado, necesitaba escuchar los detalles de todo lo que le habían hecho. Era la persona que más quería en el mundo y no sabía qué haría si algo malo le pasaba. Lo necesitaba...

La línea quedó en silencio por un momento y escuché como Marleen carraspeaba. Sabía lo difícil que era dar esa noticia.

—¿No le gustaría que le comentara más sobre su padre aquí en el hospital?

—Está bien. ¿En qué piso se encuentra?

—Cuarto, Unidad de Cuidados Intensivos. Yo estaré aquí, puede pasar sin ningún problema.

—Muchas gracias por llamar. —No esperé a que me contestara y corté.

Después de algunos meses, me encontraba otra vez entrando por esas conocidas puertas. Las puertas del trabajo que me había permitido independizarme y que también me había refregado en la cara lo duro que puede ser un ambiente laboral tóxico y lleno de competencia entre sus funcionarios. Sentí un escalofrío al recordar lo que había pasado y la razón por la que estaba ahí. Respiré profundo y avancé hasta las escaleras principales que me iban a llevar hasta mi destino.

El ambiente tenía impregnado su característico olor a alcohol y mi cuerpo que me hizo notar lo mucho que extrañaba trabajar en el área clínica de la enfermería. Necesitaba encontrar una respuesta

para mi vida, me estaba demorando mucho, pero aún no había resuelto qué camino escoger.

Y es que el problema era que aún no sabía qué era lo que me apasionaba. Me sentí frustrada mientras mis pies se movían por inercia hacia el sector de varones y mi mente de a poco volvía a la realidad.

A mi padre.

Sentí una opresión en el pecho al pensar en él. Porque sí; los sentimientos que predominaban al pensar en mi padre eran culpa y pena. Culpa por dejarlo solo con ella y pena porque sabía que no tenía los recursos económicos para que viviéramos como siempre había querido: solo nosotros dos.

Busqué con la mirada el letrero que me indicara qué dirección tomar, y cuando vi pasar a una colega con su característico uniforme azul no dudé en preguntarle.

—Disculpe... buen día, estoy buscando a Luis Acosta.

—¿Lucía Acosta? —preguntó ella al instante.

—Sí, soy yo, su hija.

—Me presento, soy Marleen, la enfermera que la llamó hace una hora.

—Un gusto —dije mientras estiraba mi mano hacia ella—. ¿Sabe cómo está mi papá?

Los nervios me golpearon el estómago. No había asimilado el hecho de que mi padre estuviera ahí. Después de la llamada me vestí, me lavé la cara con el corazón a mil por hora y salí del departamento a toda velocidad. Sabía perfectamente cuántos minutos me demoraría en llegar, la locomoción que debía tomar

desde el paradero del piso de Mateo era la misma que tomaba desde mi antiguo departamento.

Era como si mis neuronas no hubieran hecho sinapsis correctamente, porque mi cerebro no reaccionaba. Todo a mi alrededor me parecía ajeno, como si no tuviera nada que ver conmigo. Sentía que lo que pasaba no pasaba en realidad. Era un sentimiento extraño.

Caminé al lado de la enfermera por la Unidad de Cuidados Intensivos hasta que se detuvo y giró la cabeza hacia el paciente.

—La noche del día veintitrés de diciembre don Luis consulta en urgencias por dolor de pecho de tipo opresivo irradiado a su extremidad superior izquierda y epigastrio, además de hipotensión arterial... disculpe por hablar con tecnicismo. Se lo volveré a explicar —dijo rápidamente Marleen.

—No se preocupe. Lo entiendo, también soy enfermera. Le dolió el pecho, se le extendió hasta el brazo izquierdo y a la boca del estómago. Hable con libertad.

—Perfecto. Como le explicaba —dijo mientras abría la ficha clínica en donde se encontraban las evoluciones de enfermería y las evoluciones médicas—, a eso de las ocho de la noche, don Luis consulta por esos síntomas en nuestro hospital, por lo que se le realiza un electrocardiograma para ver el funcionamiento eléctrico del corazón, momento en el que pudimos observar que estaba cursando un infarto en la cara anterior y lateral del corazón.

Marleen me tendió el electrocardiograma y yo lo tomé, evaluando cada onda que formaban los impulsos eléctricos cardíacos, pero no fue necesario verlo de forma detenida, porque inconfundiblemente

indicaba que el paciente se había encontrado cursando con un infarto.

Cada detalle me convencía de que en verdad había pasado lo que la enfermera me explicaba, pero en un minuto había tenido la esperanza de que no fuera verdad y solo hubiese sido un mal rato.

—Se le tomaron exámenes de enzimas cardíacas y se encontraron elevadas, indicando lo que ya se presentía con el electrocardiograma, por lo que se procedió a realizar el tratamiento de manera urgente. Lamentablemente, don Luis deja de respirar y su corazón se detiene luego del procedimiento, entra en paro cardiorrespiratorio. Nuestro equipo hizo lo posible hasta que al fin su padre pudo tener pulso otra vez. Sin embargo, no ha vuelto a despertar.

Por primera vez, al oír con lujo de detalles por lo que mi padre pasó hasta estar ahí dormido en esa cama —en coma—, me permití mirarlo. Mi corazón se encogió al verlo conectado a tantos cables, que sabía que eran muy necesarios para controlarlo.

Estaba en una cama clínica con dos cortinas gruesas que obstruían la visión de los laterales; la del frente se encontraba abierta. Tenía conectado el monitor de signos vitales que emitía constantemente el pitido que marcaba el ritmo del corazón, indicando que aún estaba vivo. En la nariz tenía puesto un dispositivo para que pudiera respirar, tenía conectado un suero en su brazo izquierdo con algún medicamento que no alcancé a descifrar. Se veía sereno, en paz, sus signos vitales estaban normales, lo que me indicaba que él se encontraba bien.

Pero yo no lo sentía así.

Algo me decía que quizá nunca despertaría. La ansiedad comenzó

a recorrer todo mi cuerpo y un sentimiento aterrador inundó mi mente, cerrándome el lado que pensaba con lógica. No podía creer nada de lo que había escuchado, y eso que no era la primera vez que alguien me relataba un caso clínico de ese estilo. Mientras ejercía mi profesión era normal informar de los sucesos a los otros enfermeros y médicos —aunque siempre me había sentido mal al saber que alguien cursaba con un infarto—, pero nunca se me había ocurrido que yo iba a estar en el otro lado de la moneda y me sentí como la mierda.

Suspiré y sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Miré a mi alrededor. Marleen ya no estaba, y yo ni cuenta me había dado de cuándo se había ido.

Me acerqué con sigilo hacia la cama en donde yacía mi papá, la persona que más adoraba. Me dolió, una vez más, imaginar que su vida debió haber sido mejor, que se merecía el mundo entero y no lo tuvo.

Lo recorrí con la mirada. Se veía más viejo, como si la vida se le estuviera escapando por los poros de la noche a la mañana. Su piel estaba arrugada y seca. Le acaricié la mano, helada y huesuda, y la entrelacé con la mía. El dolor en mi pecho no cesaba y se me escapó un sollozo. Me senté en el larguero de la cama y apoyé mi cabeza en su vientre mientras le daba un abrazo.

Recuerdos de él riendo a carcajadas me inundaron la mente, aunque ese era un Luis del que no conocía nada. El de mi memoria estaba corriendo detrás de mí mientras me decía que me iba a atrapar. Me quedé mirándolo. Hacía mucho tiempo que no recordaba nada de mi infancia, de antes del accidente, y en ese momento

había podido recordar algo que sería muy preciado para mí: a mi padre feliz.

No necesitaba ser enfermera para saber que lo que había pasado era grave y que solo quedaba confiar en que él tendría la fuerza necesaria para salir adelante.

—¿Qué haces aquí? —dijo una voz a mis espaldas.

Me separé de mi papá y me volví hacia Alberta.

La miré de pies a cabeza. Llevaba un vestido soso y se había hecho un tomate apretado en el pelo. Siempre había sido guapa, pero era una pésima persona. No tenía fuerzas para discutir, así que ni siquiera hice el intento de contestar.

Miré a mi papá y le acaricié el rostro, deseando con toda mi alma que se despertara y me dijera que todo había sido mentira, que iba a estar bien y que jamás me abandonaría, que podría contar con su presencia muchos años más. No estaba lista para que me dejara, no estaba lista para ver el final. O, mejor dicho, no quería.

—Espero que sepas que por tu culpa tu padre está aquí. No me pagaste la cuota a tiempo...

—Deja de echarme la culpa, Alberta. Entiende que la terapia de mi padre es con radiación y se la dejaron puesta de manera permanente. La braquiterapia es así. No permitiré que me sigas culpando de cosas en las cuales no tengo nada que ver. —Hablé bajo, no quería que la gente del hospital y los otros pacientes nos escucharan.

Le di un beso en la frente a Luis y le prometí en voz baja que volvería. Me levanté y caminé hacia la puerta, pero mi madre me agarró fuertemente del brazo.

—Si algo le llega a pasar a tu padre...

—No me amenaces, porque con gusto cortaría el lazo que me une a ti.

—¿Realmente crees que existe un lazo? No seas ilusa.

La quedé mirando, sus ojos estaban inyectados de enfado. No sabía de dónde provenían tantos sentimientos negativos hacia mí y me dolía, me dolía tanto. A pesar de vivir la mayor parte de mi vida con ellos, jamás me pude acostumbrar a que mi madre no me quisiera. Siempre anhelé su cercanía, aunque fuera una sola gota de amor por su parte, y en el fondo odiaba tener esa esperanza.

Odiaba tener esa necesidad de afecto.

—¿Qué te hice para que me odiaras tanto? —me atreví a preguntar.

—Nacer.

No se preocupó de decirlo bajo, y si su intención fue que toda la sala lo escuchara, pues cumplió su cometido.

36

MATEO

La mañana estaba templada, las sábanas estaban a una temperatura que me hacía imposible levantarme por más que quisiera. Me estiré mientras me refregaba los párpados y me giré hacia Lucía. Por el rabillo del ojo vi que entraban rayos de sol por la ventana e inundaban el ambiente con sus buenas energías. Me sentía feliz y tenía unas ganas horribles de abrazar a Lu a cada momento, me había despertado en mitad de la noche solo para atraerla hacia mí y pegar mi cuerpo contra el suyo.

Era el paraíso.

Así que estiré mi mano hacia el que ya era su lado de la cama, porque era inconcebible la idea de despertar y no tener entre mis brazos a la mujer que me sacaba sonrisas todos los días y a cada rato. Pero cuando mis dedos tocaron las sábanas las sentí heladas. Me desperté de golpe y escudriñé la estancia. Me encontraba solo y la cama deshecha a mi izquierda. El pánico se instaló en la boca de mi estómago y mi mente comenzó a hacer su trabajo: imaginarse los peores escenarios.

Agarré un bóxer y una camiseta y salí de la habitación.

—¿Lucía? —pregunté en voz elevada.

Abrí la puerta de mi habitación y el silencio inundó mis oídos.

Caminé hasta la suya y toqué la madera insistentemente esperando a que me diera el pase para abrir la puerta, pero la indicación nunca llegó. Decidí abrirla por mi cuenta, y el vacío me recibió con sus brazos bien abiertos.

No estaba en el departamento.

Troté hacia mi cama y busqué mi teléfono. Tenía tres llamadas perdidas de Lu. En ese momento odié mi hábito de dormir con el teléfono en silencio. Abrí la aplicación de texto y vi un mensaje de ella.

Lucía (10.15 h)

> Mateo, vine al Hospital Nuestro Hogar. Mi padre está muy grave, se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos, lamento no haberte despertado.Te aviso si llego a almorzar. Un beso.

Me vestí, me lavé la cara y tomé las llaves del auto. No iba a dejar sola a Lu en un momento como aquel.

Bajé corriendo las escaleras, saqué algunos panecillos y donas del mostrador, saludé a mis colegas y salí trotando hacia el estacionamiento. Ni siquiera hice el intento de ver cómo iba la cafetería, mi mente estaba tan enfocada en que debía llegar lo antes posible a ver a Lu, que no ofrecí ayuda ni pregunté si todo iba en orden.

A esta hora el tráfico estaría un poco más pesado de lo habitual, pero el hospital no estaba lejos. Mi concentración y mi vista estaban totalmente fijas en la meta.

Puse música que me ayudara a desatar el nudo de preocupaciones que se había formado en mi estómago. No sirvió de mucho. Los autos me adelantaban y me hacían el camino más tedioso. Maldiciones escaparon de mis labios porque no avanzaba a la velocidad que quería y di un pequeño golpe en el manubrio cuando un semáforo cambió a rojo.

Una vez que aparqué en el único sitio que encontré desocupado a las afueras del hospital, troté hacia el interior y busqué los ascensores. Nadie me bloqueó el paso, así que todo se me hizo mucho más fácil. Subí y apreté el botón del cuarto piso, pero escuché la voz de una mujer que decía que la esperara. Suspiré profundo y coloqué mi mano en la puerta para hacer presión y que no se cerrara.

—Muchas gracias, joven —comentó la mujer mayor que se subió con evidente dificultad, y decidí ayudarla.

—No hay de qué —contesté con una sonrisa falsa.

—Voy a ver a mi marido, tuvo un problema en la cabeza, quedó en coma. Se le reventó una venita. —Su voz sonaba débil y triste, como

si en cualquier momento fuera a romperse a llorar—. Lo extraño mucho, joven.

—¿En qué piso está su marido?

—En el cuarto.

—Yo también voy al cuarto. Dejaré que la puerta se cierre entonces.

—Lo lamento mucho, joven. ¿Tiene algún familiar ahí arriba?

No supe cómo contestarle. Quería decirle que iba a ver a mi pareja, pero Lucía era solo... ni siquiera sabía cómo definirlo. Estaba al tanto de que era muy pronto para hacerlo, pero de igual forma quería saber si nuestros sentimientos concordaban, si ella quería lo mismo que yo, si esperaba que fuéramos novios más adelante, si proyectaba una relación amorosa o simplemente quería pasar el rato.

Necesitábamos hablarlo, aunque claramente ese no sería el momento para hacerlo. Tenía que dejar que todo fluyera y esperar a que su padre estuviera mejor para aclarar algunas cosas.

La puerta del ascensor se abrió lentamente y un sonido anunció que ya nos podíamos bajar.

—¿Joven? Fue un gusto, nos vemos —dijo la señora y me dedicó una sonrisa cansada.

—Ah, sí. Igualmente —contesté volviendo a la realidad.

Caminé por los pasillos sin ver a Lu, y luego de unos minutos me di cuenta de que la mejor opción era consultar, ya que el lugar era muy espacioso. Caminé directamente hasta la estación de enfermería.

—Buen día. Estoy buscando a don Luis Acosta.

—¿Es usted familiar? —preguntó una enfermera joven que

despegó su vista de los papeles que estaba rellenando para mirarme directamente a los ojos.

—No, vine a buscar a la hija. Se llama Lucía Acosta.

Bajó la mirada y buscó algo en el computador.

—Ningún problema, siga hasta el final, debe doblar a la derecha y en ese pasillo encontrará la habitación 410.

—Muchas gracias.

Seguí, nervioso, la indicación de la enfermera. Pasé delante de las habitaciones 405 y 406 y supe que pronto llegaría a la 410. Escuché el golpeteo de mi corazón en mis oídos, me sentía nervioso. Esperaba con toda mi alma que Lucía no se fuera a enfadar, no lo había pensado bien y nadie me había invitado a venir, solo había pensado en agarrar comida del café y llevársela. Pensé que estaría hambrienta y quería tener un lindo gesto con ella, además de acompañarla en ese duro momento de su vida.

Agarré la bolsa con más fuerza y apresuré el paso. Giré a mano derecha y paré en seco. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y una sensación de vértigo me azotó violentamente. Arrugué el ceño, incrédulo de lo que estaba viendo, e instintivamente retrocedí un paso. Me llevé la mano hacia el pecho, porque una puntada me taladró el corazón y boté el aire que estaba conteniendo para aliviar el dolor.

Al parecer eso fue suficiente para que Lucía girara su rostro hacia mí y se diera cuenta de que tenía público. Se soltó rápidamente de los brazos del hombre al que estaba abrazando y abrió sus ojos a más no poder. Se veía sorprendida.

No sabía lo que estaba pasando, pero era perfectamente capaz de identificar cuándo dos personas estaban a punto de besarse.

Y me dolió como no pensé que me dolería.

Me di media vuelta y salí caminando rápido hacia el ascensor. Escuché que Lucía decía mi nombre, pero no me detuve.

Necesitaba un tiempo para procesar las cosas.

Salí a toda prisa del lugar, intentando hacer el ejercicio mental que me había enseñado mi psicólogo: invalidar cualquier pensamiento negativo con respuestas lógicas para bajar la ansiedad.

Pero no encontraba nada lógico que me salvara de pensar en la oscuridad que se me venía encima.

37

LUCÍA

Mierda.

No, no, no, no. Nada estaba saliendo como lo había esperado. Esto no tenía que pasar así. Había sido una estúpida al caer en las palabras y en el cálido abrazo de Marco, ya debía saber que todo lo relacionado a él siempre se transformaba en un caos. Y en uno de los feos.

Me sentía cansada, había tenido muchas emociones fuertes en el transcurso de la mañana y sabía perfectamente que no era una excusa, pero... veía todo nublado. La pelea con Alberta me había dejado muy alterada y con unas ganas tremendas de llorar.

Después de salir de la habitación, me encontré con que Marco estaba fuera de la salita, y en vez de ser distante con él me ablande y solté todas mis preocupaciones. Era una de las pocas personas que me conocía bien y sabía por el infierno que había pasado.

Se veía guapo, siempre lo había sido. Su piel morena me había vuelto loca en su tiempo y su sonrisa tan coqueta fue lo primero que vi. Su risa rítmica inundó mis recuerdos y mi piel anheló su tacto una vez más. Cuerpo y mente chocaron: mis dedos querían tocarlo, pero en mi cabeza una vocecita sutil, casi inaudible, me gritaba que me había fallado muy feo.

—Lucy. ¿Estás bien? —Llegó trotando a mi lado mientras yo intentaba aguantar el llanto.

—Ya sabes, lo usual con Alberta —contesté con voz rota.

—¿Qué te dijo ahora?

Miré hacia atrás y me moví unos centímetros para que mi madre no tuviera el ángulo para verme desde adentro.

—Que nunca me quiso tener. Repito, lo usual. Conoces bien el tema y no es primera vez que lo dice, pero ahora... ahora el odio en su voz fue tan grande que... —Se me escapó un sollozo que no pude detener.

Una ligera caricia proveniente del dedo índice de Marco me limpió una lágrima que había descendido sin previo aviso y de la que no me había percatado.

—Ay, corazón —dijo mientras me atraía hacia él y me estrechaba entre sus brazos. Apoyó su cabeza en mi hombro y me abrazó con fuerza. Una mezcla entre perfume y olor corporal me inundó las fosas nasales y me transportó a un pasado en el que yo me sentía feliz. A medias, pero feliz. A un lugar que había transformado en mi lugar seguro y que con el tiempo se fue deteriorando hasta ser un revoltillo de sentimientos que no sabía identificar. Algo me decía que me estaba equivocando.

—Entiendo por lo que debes estar pasando y sé que estás sufriendo en este momento. Aquí estoy por si necesitas desahogarte.

Había sido mi apoyo muchas veces. A pesar de que me engañara, era una persona muy considerada y siempre me había contenido cuando lo necesitaba, tal como lo estaba haciendo en ese momento. Su mano subió y bajó por mi espalda haciéndome cariño con sus dedos. Pero ya nada era lo mismo.

Mi cerebro no se demoró en tomar las riendas del asunto, porque imágenes negativas se introdujeron en mis pensamientos. Mis mayores miedos, las capturas de pantalla, el engaño, el enfado, mi desilusión al enterarme de que el hombre que supuestamente me amaba me había sido infiel... todo me atacó la mente como un bombardeo en una guerra y mi cuerpo se puso tenso en un segundo. Necesitaba salir de ahí, no podía dejar que mi mente y mi cuerpo volvieran a caer.

La mente es frágil y yo debía aprovechar los momentos de valentía.

Me alejé con evidente intención de separarme de él, pero Marco me retuvo con fuerza. Me miró con ojos tristes y dolidos.

—Lucy, corazón. No sabes cuánto te he extrañado.

—Marco, por favor, este no es el momento.

—¿Cuándo sería el momento?

—¿Cómo llegaste aquí? —Cambié el tema abruptamente.

—¿Y eso qué importa?

—Contéstame.

Se instaló un silencio inquisitivo entre nosotros. Marco no estaba cómodo, porque vi cómo su manzana bajaba y subía.

—Tu madre me llamó. Me comentó lo que pasó y no dudé en correr y ser tu apoyo. Sabes que aún lo soy y lo seguiré siendo... si es que me lo permites —dijo al fin.

No sé en qué momento se había acercado tanto a mí; se encontraba a solo unos centímetros de distancia, por lo que pude sentir su aliento a chicle de sandía. Un suspiro proveniente del pasillo me hizo girar la cabeza y como si una daga hubiera perforado mi corazón me zafé de un salto del agarre de Marco.

Mateo estaba parado frente a mí. Su mirada estaba confundida y pude ver tristeza en esos nobles y hermosos ojos. Me quedé paralizada, no supe qué hacer. No quería que pensara que estaba jugando con él, porque no era así. Hice el ademán de ir hacia él, pero se dio la vuelta y comenzó a caminar rápido.

No se podía ir así, no después de lo que había visto.

Mis pies comenzaron a caminar, pero la mano de Marco se aferró a mi muñeca y me apretó con fuerza.

—¡Mateo! —grité. No se podía ir. No así.

La ansiedad me empezó a absorber de a poco, mi mente imaginó lo peor. No quería perder todo lo bueno por una persona que no valía la pena.

Me dolía el estómago y tenía ganas de vomitar.

Me giré con violencia hacia mi ex y con la mano que tenía libre intenté liberarme de él.

—¿Qué pretendes? ¡Suéltame ahora, Marco! Deja de ser tan desgraciado.

—¿Así que ese es el imbécil por el que me cambiaste? —Su mirada estaba desenfocada y su mano me agarraba con más fuerza.

—Suéltame, me duele —jadeé.

—No, hasta que me expliques.

—¿Por qué tendría que explicarte algo a ti? No tienes ningún derecho a opinar sobre lo que yo haga o deje de hacer en mi vida.

—¡Lucía, me dejaste por él! ¿Acaso ya lo veías mientras estabas conmigo? Eres una pequeña zorra a la que le gustó jugar con mi corazón.

—¿Estás loco? ¿Qué te pasa?

—Todo este tiempo me hiciste creer que el malo de la película era

yo. Cuando la que me fue infiel fuiste tú.

—No te equivoques, Marco. Yo nunca te engañé. No tengo nada que explicarte, no eres nadie en mi vida y no te atrevas a volver a aparecer frente a mí, porque no te debo nada, y la única persona que hizo daño fuiste tú.

Le pegué una patada en las partes bajas y cuando Marco se dobló en dos aproveché para escapar. Le pegué un manotazo en la otra mano y salí corriendo.

El miedo me recorrió las venas. Jamás lo había visto así, con un aura demente y ojos desquiciados. Por un momento pensé que no dejaría que me fuera, o peor, que me golpearía. Avancé por el pasillo y fui directo a las escaleras de emergencia ya que las puertas del ascensor estaban cerradas. No me iba a arriesgar a que pudiera haberme seguido y que me tomara con fuerza otra vez.

Llegué a la planta baja y me refugié en el baño de damas, cerré la puerta con pestillo y escudriñé la estancia para saber si era segura. Una vez que comprobé que estaría a salvo no pude contener las lágrimas y se desparramaron por mi rostro.

Mi corazón estaba agrietado, una vez más. Mejor dicho, estaba roto. Me dolía el pecho y lloré, solté todo lo que me inundaba: la frustración que apareció después de haber hablado con Alberta, darme cuenta de que mi mente era débil y haberme dejado abrazar por Marco; la tristeza de ver a mi padre en esa situación, sin poder moverse o articular palabra, sin poder darme esos consejos tan bonitos que me dedicaba. Era uno de los pocos pilares de mi vida y el destino me estaba mostrando que me quedaría coja, que mejor aprendiera a sobrevivir por mi cuenta, porque ninguna silla se queda parada e intacta con solo tres patas.

El sentimiento de impotencia por no tener el control de mi vida y no saber qué hacer me tenía la mente y el corazón cansados. Me había dejado llevar por la corriente y ahora estaba en aguas desconocidas, con miedo y sin tener puta idea de cuál era el siguiente paso.

Me compadecí de mí misma y me permití seguir llorando sentada en el piso con las rodillas abrazadas.

Me sentí sola otra vez.

No veía solución alguna.

Todo valía mierda.

Respiré de manera entrecortada con el teléfono en la oreja. No sabía qué más hacer, necesitaba que alguien me ayudara. Mi padre permanecía en estado de coma, Mateo se había ido corriendo al verme en brazos de Marco, estaba a un paso del colapso mental, de gritar y tirarme al suelo como los niños pequeños.

—Lucía, respira conmigo —me dijo la voz al otro lado del teléfono.

—Amiga, estoy haciéndolo todo mal, no entiendo qué pasa conmigo, por qué...

—¿Dónde estás? —me interrumpió.

—En el baño del hospital.

—¿En cuál de todos? —preguntó rápidamente.

—En el del primer piso —susurré.

No quería molestarla en su lugar de trabajo, había estado trabajando mucho y no la culpaba, necesitaba dinero para comprar sus cosas, haciendo todos los turnos de veinticuatro horas que pudiera soportar.

—No te muevas de ahí, voy enseguida —dijo y cortó la llamada.

Me abracé las rodillas sintiéndome patética por molestarla durante su horario laboral. Me arrepentí de haber acudido a ella en ese momento, no debía ser egoísta y arrastrar a más gente hacia mi desesperación.

Pero en serio ya no sabía qué hacer con lo que sentía, me estaba atragantando, desgarrando desde el interior, asfixiando.

Mi cuerpo temblaba por el contacto de mis piernas con las baldosas frías y sucias, pero no me importaba. Quería sentir algo que no fuera dolor y desesperación.

La puerta del cuarto de baño se movió con violencia y me sobresalté. Me quedé quieta esperando que dijeran algo, pero nadie habló. La manija volvió a moverse y la puerta se agitó otra vez. Entré en pánico. Quizá era el sistema de seguridad del hospital que me sacaría a la fuerza. No quería ir a la cárcel por apropiación de un pedazo de metro cuadrado que no era mío, así que me levanté temblando para abrir.

—Lucía, abre la maldita puerta. —La voz de Valeria me llegó a través de la madera y suspiré de alivio.

Quité el pestillo y cuando vi a Val la abracé con fuerza. Ella me devolvió el abrazo.

Luego puso el cerrojo y me miró con pena en sus ojos.

—No sientas lástima por mí.

—Lu, no digas eso.

—Lo lamento por hacerte venir, sé que tienes mucho trabajo, la gente de ahí afuera pensará que estoy loca, yo...

—Lucía —me cortó—. ¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí?

—Me llamaron hoy para avisarme que mi padre estaba hospitalizado aquí.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? —preguntó mientras se sentaba a mi lado. No sabía en qué momento me había sentado, pero al parecer mi cuerpo no se mantenía mucho tiempo en pie.

—Tuvo dolor de pecho y Alberta llamó a una ambulancia. Algo bueno que haya hecho esa mujer. Sufrió un infarto y luego un paro, sabes lo que significa, ahora está en coma, Val. —No dejé que dijera una palabra, porque continué vomitando todas mis preocupaciones de una sola vez—. Luego tuve un pequeño desliz con Marco y Mateo lo vio y estoy segura de que ahora me odia.

—¿Qué tipo de desliz?

—Vino a verme, mi madre lo llamó. Me abrazó y me intentó dar un beso. Mateo vio eso último.

—¿Le ibas a permitir darte un beso?

—Jamás en la vida, pero fui débil y por un segundo pensé que había extrañado su tacto y sus abrazos. No sé qué hacer, a dónde ir. Estoy segura de que si voy a casa Mateo me mirará decepcionado, y no estoy lista para esa mirada.

Me abrazó y me acarició la espalda, aspiré su aroma a limón y me mantuve así por un tiempo largo. Cuando me di cuenta de que estaba pasando mucho tiempo fuera de su trabajo me separé de ella.

—Debes volver a trabajar. Lo siento por molestarte, Val.

—Deja de decir eso, eres mi amiga, mi familia, y jamás me vas a molestar. Tienes que saber que jamás te dejaría sola, menos en este momento en el que me necesitas más que nunca. No te encierres, puedes confiar y llamarme cuando lo necesites, incluso mientras estoy aquí. ¿Está bien?

Al ver que yo no respondía me tomó del mentón y giró mi cara en

su dirección.

—¿Está bien? —repitió.

—Está bien.

—Ahora irás a tomarte un jugo de frutilla, te comprarás algo para comer y luego de descansar un poco irás a casa y hablarás con Mateo. Tienen cosas que arreglar y hablar, límites que establecer. Estoy segura de que no te odiará, te dejará que le expliques, como tú hiciste con él cuando pasó todo eso con Fernanda.

—Igual es diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—Fernanda no es su expareja.

—Un malentendido, eso es. Un malentendido.

Respiré profundo tomando fuerzas para lo que se me venía.

Estaba realmente harta de llorar, pero no podía parar y sabía que aún faltaba más. Le di un beso en la mejilla a mi amiga y me levanté decidida del suelo.

38

MATEO

Eran las ocho de la noche y Lucía aún no llegaba al departamento. Estuve toda la tarde comiéndome la cabeza con preguntas que no tenían respuesta; si debí quedarme y pedir explicaciones, si debí llamar y preguntarle cómo estaba, si debí primero haberme comunicado con ella o haber esperado que me dijera que la fuera a ver.

Sabía perfectamente quién era ese hombre y quería confiar en ella, en que libraría sus propias batallas sin pasarme a llevar, por lo que decidí que le peguntaría cuando volviera a casa.

Lu había confiado en mí y era mi momento de hacerlo también.

Pero la espera se estaba haciendo eterna.

Me puse a cocinar algo, cualquier cosa que me distrajera de mis pensamientos. Además, sabía que ella llegaría muerta de hambre, las batallas internas requieren de mucha energía y no había nada mejor que combatirlas con una buena comida. No olvidaba que ese día ella me había recibido con panqueques.

Sazoné el cebollín y las papas, integré todo con el pollo picado y luego las arvejas, le puse agua y esperé a que el estofado se cocinara. Fue el primer platillo que aprendí a cocinar y se convirtió en mi favorito, ya que lo había aprendido de mi madre y cada vez

que lo preparaba mi mente viajaba hasta esa época que tanto disfruté, con ella riendo y cantando mientras lo hacía para nosotros.

La puerta crujió y se abrió lentamente, dejando al descubierto a una Lucía encorvada y con la cabeza gacha. Lu cerró con delicadeza y yo apagué el fuego; la comida estaba lista. Me giré y caminé con paso vacilante hasta quedar frente a ella. Me miró con sus ojos inyectados en sangre de tanto llorar y los párpados hinchados. No pude contenerme y le abrí los brazos. Me miró confundida y un poco incrédula y le di la señal con mi mentón de que se acercara.

Cuando llegó a mi pecho la abracé con fuerza y le acaricié la espalda. De seguro lo estaba pasando horrible y quería ser considerado con ella. Un par de segundos después sentí cómo su tórax subía y bajaba con un ritmo más rápido, respirando de manera superficial, y un sollozo se escapó de sus labios.

—Mateo, discúlpame, no es lo que piensas, yo... —dijo mientras intentaba aguantar su llanto.

—No te preocupes. Desahógate y luego me cuentas. Tenemos cosas que hablar y dejar claras, pero ahora no es el momento, lo haremos después de comer. ¿Está bien?

Se separó unos centímetros de mí y me miró con la cara llena de lágrimas. Asintió y se sonó la nariz con una manga.

—Tenemos papel higiénico, Lu.

—Eso es algo que diría Valeria. —Soltó una pequeña risa—. Es una mala costumbre, lo siento.

Le devolví la sonrisa y la encaminé hacia la mesa. Ella se percató de que no estaban los cubiertos y los vasos y fue hasta la cocina para poner las cosas necesarias para comer. Luego sacó algunas verduras para hacer una ensalada, las picó, las sazonó y las puso en

una fuente. Yo serví dos porciones grandes de estofado y las llevé a la mesa.

Los primeros minutos comimos en silencio y yo decidí prender la televisión para alivianar un poco el ambiente. Lucía se veía como un perrito que temblaba y temblaba. Comía despacio, disfrutaba cada bocado. Me encantaba verla cuando probaba mi cocina, ya que siempre cerraba los ojos para sentir los sabores.

Dios, me encantaba esa mujer.

Una vez que terminamos recogí los platos y los llevé al fregadero. Me dispuse a lavarlos y sentí unos brazos que se cerraron alrededor de mi cintura, que me apretaron con fuerza, y pude notar su cuerpo pegado al mío con su cabeza en mi espalda. Hice ademán de darme vuelta, pero Lucía me lo impidió.

—No, Mateo. Quédate así un momento, por favor.

Permanecí en silencio y posé mis manos sobre las de ella, haciéndole cariño.

—No sé cómo empezar a decirte esto, pero gracias por reaccionar así. Realmente pensé que me odiarías, en cambio, incluso me hiciste de cenar. Me estás dando la oportunidad de explicarme, estás confiando en mí. Sé que no somos pareja, que te dije que fuéramos lento, pero en mi corazón ya sé que estamos juntos y desde que dije que me gustabas tenías mi fidelidad, a pesar de que no le hubiéramos puesto nombre.

Me giré despacio y la miré directamente a los ojos mientras ella me seguía abrazando por la cintura. Se veía vulnerable y me encantó que fuera así conmigo, no solo ese día, sino desde el momento en el que me habló de su padre, de su pasado y de sus miedos. La confianza que ahora teníamos era el fruto de cada decisión que

habíamos tomado, y estaba dispuesto a escucharla y a entenderla lo mejor posible, así que levanté mis dedos y le limpié las lágrimas que habían descendido por su cara.

—No nos besamos, si eso es lo que piensas —dijo con voz rota y baja—. Cuando lo vi, sentí que había extrañado a esa persona de la cual me había enamorado, pero no de manera romántica, sino del compañero que algún día fue. No debí haberlo abrazado, yo no sabía sus intenciones, pero después de lo que había pasado con mi madre yo... necesitaba un poco de comprensión. Y Marco conoce muy bien mi drama familiar. Lamento si te pasé a llevar, lamento haberlo hecho, no debí dejar que ocurriera. Lo siento tanto.

Sus ojos estaban enrojecidos y me miraba con una infinita preocupación. Estaba nerviosa esperando que yo dijera algo. Me sentía tranquilo, porque algo en mi interior me decía que había hecho bien al esperarla y darle su espacio, porque sí, me había dolido mucho verla así con él, pero la entendía, y saber que no había traicionado mi confianza me daba paz.

No quería volver a pasar por un engaño, por mentiras, por desconfianza, ya había tenido una relación muy densa con Carla, no lo quería repetir, pero el Mateo de ahora no era ni la sombra del Mateo del pasado y me sentía orgulloso de decir que estaba haciendo lo correcto.

Me agaché hasta quedar a la altura de Lucía y la abracé con fuerza, transmitiéndole todo lo que estaba sintiendo. Apoyé mi mentón sobre su cabeza y nos mecimos al ritmo de una melodía inexistente para nuestros oídos, pero muy real en mi corazón.

—Te creo. Confío en ti y no tengo motivos para decir que me estás mintiendo. Sé que ambos hemos tenido muy malas experiencias y

que estamos dispuestos a formar algo lindo y sano. Gracias por contarme y por ser tan fuerte —dije mientras mis labios rozaban su cabello y le daba un beso en la cabeza.

—¿Quieres hablar de lo que pasó en el hospital? —pregunté en tono dulce.

Asintió y me llevó hasta el sofá. Lu se acercó hasta el televisor y lo apagó. Se aproximó a mi lado y se quedó de pie un minuto, como si estuviera sopesando sus opciones. Luego me miró a los ojos y, como si me estuviera pidiendo permiso, se fue sentando lentamente sobre mis piernas. La agarré por la cintura y la acerqué hacia mí.

—Cuando estés lista.

Enredó sus brazos en mi cuello, se acurrucó, no sin antes darme un beso rápido en la mejilla, y suspiró.

—Te he contado que las cosas no andan bien en mi casa y la única persona que tengo en mi vida y que amo con todo mi corazón es mi padre. Hoy en la mañana, cuando me llamaron del hospital, no sabes el miedo que sentí de que se fuera a morir, porque...

Cortó su relato para respirar y contener el llanto.

Me partía el corazón verla tan destrozada.

—Porque sin él... ¿qué me queda? Mi madre me odia, me aborrece, me trata mal y hoy no fue la excepción. Antes de que llegaras me dijo fuerte y claro en frente de toda esa gente que no me quería. A estas alturas ya debería importarme menos que un granito en el culo, pero... me duele tanto. Es como si me escociera desde el interior y me quemara todo por dentro.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—Le dio un infarto y luego su corazón dejó de latir. Tiene cáncer de colon, por lo que su cuerpo está mucho más débil y sé que no

hay vuelta atrás, sé que se acerca su fin, pero... es tan injusto, no lo merece. Es un hombre excepcional que lo único que hizo durante su vida fue amarme, inculcarme el bien, protegerme y sostenerme para que yo no cayera. Y ahora ni siquiera le puedo decir adiós, porque está en coma. Necesito escucharlo una vez más, Mateo. Lo necesito tanto...

Lucía estaba temblando y me agarraba con fuerza mientras lloraba y hundía su cara en mi pecho.

—Quería que lo conocieras, que pudieras reírte con su sentido del humor tan peculiar, quería darle más alegrías y poder sacarlo a la playa contigo a mi lado. Quería hacer tantas cosas y no alcancé, porque me aislé del mundo mucho tiempo, me encerré en mi dolor y me enfoqué tanto en que me debía alejar de mi hogar, de mi madre, que no recordé que mi padre también me necesitaba. Me siento como la mierda.

La abracé cada vez más fuerte. Sabía que no necesitaba consejos de mi parte, sino que estuviera ahí para ella, para sostenerla, para escucharla.

Las batallas se deben pelear individualmente, pero cuando se tiene apoyo, se pelea con más fuerza.

Estuvimos un rato abrazados. Yo la mecía y le daba pequeños besos en la frente mientras le susurraba que todo iba a estar bien, que estaría ahí para ella.

Lu estaba viviendo su duelo antes de tiempo, se estaba preparando para lo peor, se estaba convenciendo de que era muy probable que su padre no fuera a despertar jamás, y yo no era nadie para darle esperanzas.

39

LUCÍA

Qué cansado se sentía mi corazón, qué cansada se sentía mi mente de tanto luchar. Al final del día me daba cuenta de que aún no estaba lista. Estaba tan rota que la idea de sanar era solo una utopía, algo inalcanzable.

El camino era difícil. Tirar la toalla cada día se hacía más atractivo a mis ojos, pero no quería flaquear. Una parte de mí quería ganar, quería estar bien, quería por fin salir del estanque en el que me ahogaba a diario.

Mis mejillas se empapaban la mayor parte del tiempo de lágrimas.

Conocerse duele mucho, y reconocer lo herida que estás duele aún más.

Pero no me rendiría.

40

LUCÍA

28 DE DICIEMBRE DE 2021

Desde los últimos sucesos solo salía del departamento para ir a ver a mi padre. Me separaba de él únicamente para irme a bañar, a comer y a llorar.

El hospital estaba frío, en el interior se veía todo más lúgubre, más triste y oscuro en contraste con el sol que había afuera. Era como si la vida de aquel lugar ya no existiera, y como mi corazón estaba intranquilo ya ni sentía ganas de estar ahí.

Caminé a paso lento junto a Mateo por los amplios pasillos. Algunas habitaciones tenían la puerta cerrada y el pitido inconfundible del monitor de los signos vitales hacía su aparición constante, erizándome los vellos del cuerpo a cada paso.

La mano de Mateo sobre la mía me reconfortaba.

Había decidido acompañarme, se lo había preguntado mientras aún estábamos bajo el tibio manto de las sábanas. Él con gusto aceptó y sentí que mi corazón se llenó de alegría por poder compartir mi tristeza con él, hacerlo partícipe y saber que ante cualquier cosa que me pasara lo tendría al lado para refugiarme.

Llegamos a la puerta de la habitación de mi padre y miré con disimulo por la ventanilla para ver si mi madre estaba dentro.

Cuando comprobé que no estaba, entré rápidamente y jalé a Mateo conmigo.

La sala seguía el mismo patrón que todo el hospital, lúgubre y oscura. Mi padre estaba acostado con el monitor conectado, el oxígeno llenando sus pulmones, la toma de presión en su brazo y en la misma posición que la última vez que lo vi. La realidad me golpeó en la cara y la sentí violenta. Mi corazón se empeñaba en decirme que saldría bien de ahí, pero mi cabeza me gritaba todo lo contrario. La razón a veces puede ser una hija de puta bien indeseable.

Me giré hacia Mateo y le di un suave beso en la mejilla, dedicándole la mejor sonrisa que pude esbozar. A pesar de todo lo malo que mi mente repetía, estaba feliz de tenerlo junto a mí.

—No podemos contar esta ocasión como presentación, pero de todas formas me gustaría hacerlo de manera formal —dijo para aligerar el ambiente.

—Estoy de acuerdo. —Solté una pequeña risa—. Solo a mi padre, eso sí. No te ofendas, pero no me importa que Alberta no te conozca, incluso siento que es mejor. No sabes lo tóxica que puede llegar a ser.

—Está bien, no te preocupes. —Acercó su rostro y rozó su nariz con la mía.

—¿Estás nervioso?

—Sí, pero estaré contigo en todo momento.

Solté la mano de Mateo, caminé unos pasos, me giré un momento hacia él y le sonreí. Me senté en la cama, agarré con delicadeza los dedos de mi padre y le acaricié los nudillos. Estaban helados, su piel seca. Tenía las uñas con un tono morado; su cuerpo se estaba preocupando de asegurar con oxígeno sus órganos nobles, como el

cerebro y el corazón. Negué con la cabeza mientras cerraba mis ojos con fuerza. Nada bueno saldría de analizar cada cosa.

—Hola, papá —dije en un tono bajo—. Hoy vengo acompañada. Te presento a un amigo, su nombre es Mateo. Bueno, no es un amigo como tal, es el hombre que me tiene comiendo de la palma de su mano.

Sonreí.

Sabía que a mi padre le habría hecho gracia, me habría mirado con esos ojos tan llenos de amor que siempre tenía para mí y se hubiera reído. Me contestaría diciendo que tenía razón y que de seguro él también estaba comiendo de mi mano.

—Es alguien muy gentil, amable, y estoy viviendo con él. No te lo había dicho porque no quería que te enojaras conmigo. Al principio solo fuimos compañeros de piso, pero las cosas cambiaron y me siento muy bien con él. Feliz.

Le acaricié el rostro y por un momento pensé que despertaría, pero los segundos siguieron pasando y él continuó tal cual. Me giré hacia Mateo.

—Buenos días, señor. Mi nombre es Mateo Cortés. Actualmente soy el jefe de su hija y podríamos decir que algo más. —Ambos reímos sin querer—. De todo corazón espero el día en que podamos reunirnos los tres a platicar sobre el pasado de adolescente de Lucía. Confío en que tenga guardada una foto vergonzosa de ella, ya que Lu también tiene una mía.

—No, papá, no le hagas caso.

—Podría ofrecerle algo a cambio, por ejemplo, hacer los planes para irnos a la playa. Creo que sería un buen trato.

—Sí, papá. Hazle caso.

Mateo soltó una carcajada rápida y me besó la cabeza. Me abrazó un momento bien fuerte y me miró a los ojos.

—Te espero afuera. Te dejaré unos minutos con mi suegro. Me lo cuidas.

Asentí contenta y lo vi alejarse. Estaba realmente contenta de que me hubiera acompañado, me sentía un poquito más aliviada con esa visita.

Cerró la puerta de manera delicada y miré a mi alrededor. Las cortinas estaban cerradas, así que me acosté a su lado y lo abracé.

—Te juro que es un buen hombre. Me trata muy bien y presiento que él de verdad me quiere. No quiero volver a poner las manos al fuego por nadie, pero... es raro. Mi corazón sabe que está seguro con él y no desconfía. Además, jamás me ha dado motivos.

Miré fijamente el perfil de mi padre y me acerqué.

—Me gustaría mucho saber si me estás escuchando. —No sabía si los pacientes en coma realmente escuchan, pero mi ansiedad era tremenda y no pude evitar preguntarlo—. ¿Me oyes, papá?

Lo miré de arriba abajo, buscando algún movimiento o alguna señal que me dijera que me estaba escuchando, si estaba de acuerdo, si estaba feliz, triste, adolorido o cualquier cosa que me quisiera decir. Pero mientras más buscaba más me convencía de que quizás él ni siquiera estaba ahí, conmigo.

La culpa y el dolor me atacaron de forma directa y fuerte por no haberle contado de Mateo a tiempo, por no haberle dicho la verdad cuando tuve la oportunidad de hacerlo. Y por no llamarlo lo suficiente. Lo que anhelaba en ese momento era solo un movimiento, un quejido, un suspiro... algo de lo que pude haber tenido tan a mano antes.

Me sentía voluble y mi ánimo se alteraba muy rápido; por todo lloraba. Me dolía el corazón y los ojos me ardían. Apoyé la cabeza en su tórax y volví a enredar mis brazos a su alrededor. Estaba tibio, estaba vivo, sentía su corazón latir, débil, pero funcionando. Hasta que ese precioso músculo cardiaco dejara de trabajar, mis esperanzas seguirían intactas.

—Papá, por favor despierta. Lamento que tu vida no haya sido lo que esperabas. Que te casaras con una mujer que no te amaba y vivieras en el infierno —dije llorando. Ya no importaba, solo quería implorarle que volviera—. Pero, por favor...

El monitor comenzó a dar pitidos un poco más rápido. Despegué la cabeza de su cuerpo con la ilusión de estar presenciando la señal que tanto había deseado, pero cuando vi el pulso en esa pantalla mi corazón se fue a pique. En apenas unos segundos las pulsaciones se habían duplicado y mi cuerpo estaba en conmoción total. Me levanté rápidamente de la cama y apreté el botón de emergencia que tenía la pared para llamar al personal de salud.

No escuchaba nada más que un tambor muy fuerte en mis oídos, proveniente de mis propias pulsaciones. Tenía miedo, mucho miedo. Al ver que nadie venía la desesperación inundó todo mi cuerpo y las lágrimas amenazaron con brotar más fuertes. Me dispuse a salir de la habitación para avisarles, pero Mateo me paró en seco y creo haberle escuchado decir que él iba a hacerlo.

Corrí hacia mi papá y le tomé la mano.

—Papá, ¿qué pasa? Papi, por favor, aguanta.

Miré hacia el monitor y vi que las ondas que mostraba eran todas de diferente tamaño y estaban desordenadas. No. Sabía perfectamente qué era eso y no podía estar pasando. No ahora, no

cuando estaba junto a él, no cuando aún le quedaba toda una vida por delante, no cuando no me había podido despedir como correspondía. Necesitaba escuchar su risa una vez más, necesitaba sentir su mano sobre mi rostro mientras le susurraba cuánto lo amaba.

El pitido cesó, dejó de sonar. Elevé mi mirada hacia la máquina, que debía estar emitiendo los latidos de mi padre, pero estaba en asistolia.

No tenía pulso.

Su corazón se había detenido.

Una vez más.

—Papá. Papá. No, no, no... ¡Papá! —grité a todo pulmón.

Llegaron dos enfermeras a mi lado y una me tomó de los hombros.

—Necesito que esté tranquila mientras hacemos nuestro trabajo. Sacaremos a su padre de ahí —dijo con rapidez.

Corrió hacia la camilla, le desconectaron los aparatos y llegó otro colega con todo lo necesario para la reanimación. Lo último que vi fue a mi padre en la camilla y un enfermero masajeándole el corazón. Todo pasó de una manera lenta y ajena a mis ojos, como si en verdad no estuviera ocurriendo y solo fuera parte de una mala pesadilla. De esas de las que recuerdas la mitad y más encima son muy absurdas e ilógicas.

Me quedé parada mirando a la nada, con un fuerte dolor de pecho y la cara mojada de tanto llorar. Era un llanto silencioso, porque las gotas saladas de agua caían por mis pómulos sin esfuerzo alguno.

Sentí cómo unos brazos me envolvían y me apretaban. Una voz intentaba entrar por mi campo auditivo, pero no era capaz de

entenderla. Solo tenía conciencia de que en mi interior un caos se había desatado y todas mis emociones estaban dando vueltas y mezclándose. Me giré hacia Mateo y lloré profundamente.

Llevaba más de dos horas esperando. Me temblaba todo el cuerpo, tenía ganas de vomitar y mi estómago se retorcía con espasmos musculares de forma frecuente. Nunca pensé sentirme así de nerviosa en mi vida y no me gustó la sensación.

Mateo había estado a mi lado en todo momento preguntándome si estaba bien, si tenía hambre, si quería tomar agua. Me bombardeaba con preguntas, y a pesar de que mis respuestas siempre eran negativas agradecía enormemente que estuviera a mi lado. Su plática me sacaba de mi realidad y hacía que mi mente pensara en otra cosa, aunque fuera por algunos minutos.

Me encontraba con los codos apoyados en las piernas y el mentón en las manos. No podía dejar de mover los pies y el asiento en el que estaba se sentía extrañamente duro. Decidí pararme y caminar dando círculos por tercera vez en ese par de horas.

Desde la última vez que nos encontramos en el baño del hospital no había vuelto a ver a Valeria, tenía un par de mensajes de ella que no había leído. Necesitaba distraerme, así que los abrí y me dispuse a leerlos.

Valeria, 24 de diciembre de 2021 (21.00 h)

Me rompió el alma verte tan afectada y me quedó dando vueltas el hecho de que te sintieras una molestia. Jamás lo vuelvas a pensar, eres mi mejor amiga, mi hermana. Me duele pensar que lo estás pasando mal.

(21.20 h)

No olvides contarme cómo te va con Mateo, espero que todo se solucione.

Valeria, 25 de diciembre de 2021 (17.02 h)

Lu, sé que debes sentirte de la mierda, pero recuerda que necesito saber cómo estás, me preocupas.

Valeria, 27 de diciembre de 2021 (12.42 h)

Lucía Acosta, te voy a acusar con tu padre, sé en qué sala está hospitalizado, respóndeme
por el amor de dios. Eres una pésima amiga.
Al menos dame alguna señal de vida.

Lucía, 28 de diciembre de 2021 (16.35 h)

Sí, soy una pésima amiga, lamento no haberte respondido, Val.

Valeria (16.35 h)

Me conformaba con una señal de humo, ingrata.

El solo hecho de hablar con ella y que me tratara como siempre me hizo sonreír.

Lucía (16.36 h)

Estoy en el hospital ahora, vine con Mateo, tenías razón y todo salió bien.

Valeria (16.36 h)

Me alegro, Lu. Estoy en mi hora de almuerzo, ?tienes hambre? ¿Te voy a dejar algo?

Lucía (16.37 h)

No te preocupes, amiga, disfruta de tu comida, te puedes pasar por casa luego de tu turno.

Valeria (16.38 h)

Dalo por hecho.

Pude volver a respirar un poco mejor. Me sentía más liviana y un poco más tranquila. Agradecía que me comprendiera a la perfección, que no me juzgara y me escuchara como necesitaba que alguien lo hiciera.

Bloqueé mi teléfono y lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Quieres escuchar música, Lu? Quizá eso te ayude —preguntó Mateo y me sacó de mis pensamientos.

—Creo que sería maravilloso, muchas gracias.

Volví hacia mi asiento. Aún estaba tibio, lo cual agradecí, ya que el hospital —por lo menos para mí— parecía una cámara de refrigeración.

Mateo me puso un auricular y me pasó su teléfono.

—¿Qué género te gusta?

—En realidad, escucho de todo un poco. Me gusta el rock, pero también el grupo Sin Bandera —dijo mientras reía suavemente—. O Luis Miguel. Cualquier canción que me preguntes me la sé.

—¿En serio? —Me sorprendí—. Yo también escucho a Luis Miguel. Vale, haremos un pequeño test. Te pondré una canción y debes decirme el nombre y aunque sea cantar un poco. ¿Vale?

—Okey, acepto —dijo entusiasmado.

Fijé mi vista en la pantalla del celular y busqué una en especial. Me gustaba mucho y sabía que no la conocería, porque según mi percepción no era tan famosa. Le di al botón de *play* y miré expectante su reacción.

—Uhhh... *Te vas porque yo quiero que te vayas, a la hora que yo quiera te detengo* —cantó despacio.

Le di un leve golpecito en el hombro, jugando, y me uní a él susurrando la letra de la canción.

—*Yo sé que mi cariño te hace falta, porque quieras o no, yo soy tu dueño*.

Nos miramos y nos reímos. Me había permitido hacer algo más que pensar en lo peor, culparme o simplemente revivir la escena en mi cabeza.

—¿Y tu padre? —Una voz dolorosamente conocida irrumpió en mis oídos.

Me quité el audífono y la poca paz que pude lograr en ese corto lapso se desvaneció tan rápido como había llegado, dejándome con un enorme hoyo de ansiedad que, frente a esa mujer, crecía sin parar.

Me levanté instintivamente y me limpié las manos en los pantalones. Alberta me miraba de pies a cabeza de manera despectiva, con el ceño fruncido y los labios haciendo una mueca. Al intentar hablar noté que me había quedado sin voz.

—Bueno... cuando llegué...

—¿Quién eres tú? —me cortó y miró directamente hacia Mateo.

—Un gusto, señora. Mi nombre es Mateo Cortés. La pareja de Lucía. —Mateo estaba a mis espaldas. Después de terminar su presentación me rodeó y se puso adelante con su mano estirada para concretar el saludo.

Alberta lo ignoró y posó sus ojos inquisitivos en los míos.

—Así que ya andas con otro. Yo sabía que eras una suelta, pero, Lucía... ¿tan rápido? El pobre Marco la debe estar pasando muy mal. Eres una desconsiderada.

Suspiró de manera desaprobatoria y por el rabillo del ojo vi cómo Mateo se moría por contestar. Lo paré con mi mano y le hice un gesto de que estuviera tranquilo, que no se tenía que preocupar.

Alberta estaba mirando hacia la sala en la que debía estar mi padre. Llevaba una bolsa entre su brazo y su abdomen, su cabello estaba un poco despeinado y tenía cara de odiar a todo el mundo —no dudaba de que así era—. Cuando comprobó que estaba prohibido el paso hacia la habitación, se volvió de nuevo hacia mí y no le bastó verbalizar lo que con su cara expresaba.

Quería saber dónde estaba Luis.

—Cuando llegué, hace dos horas, estaba bien. Bueno, normal. Le estuve conversando y de un momento a otro... le dio una arritmia, o sea, su corazón comenzó a latir muy rápido y...

No tenía las fuerzas para terminar esa frase. Sentía un nudo en la garganta que me imposibilitaba terminar el relato.

—¿Y qué, Lucía?

—Y su corazón... se volvió a parar.

La cara de mi madre se desfiguró, se me hizo imposible leer sus facciones, porque nunca las había visto en su semblante. Eran nuevas, desconocidas ante mis ojos, pero podría jurar que era tristeza mezclada con enfado.

—¿Qué le dijiste? ¿Qué le dijiste, niña irrespetuosa? —gritó con todas sus fuerzas mientras caminaba con rapidez hacia mí. Tenía su mano levantada y bien abierta, lista para estrellarla en mi cara.

Apreté los ojos. Sería la segunda vez que pasaba, así que tenía más que claro que me dolería, pero sería peor si me movía. Conté los segundos. El golpe nunca llegó. Los abrí con rapidez y vi que Mateo tenía prisionera la muñeca de mi madre. Parecía sorprendido, pero no la soltó.

—Suéltame, mocoso. No tienes ningún derecho a hacer esto.

—Claro que sí. No me voy a quedar quieto viendo cómo agrede a la mujer que quiero. Si se quiere desquitar, hágalo conmigo, no con su hija.

—¡No es mi hija! ¡Nunca lo fue! Estoy harta de esconder la verdad y haré lo que quiera con esta mocosa. Se lo merece por ser hija de esa zorra. Tatiana era una suelta y tú estás siguiendo los mismos pasos que ella —gritó mientras me apuntaba con su dedo índice.

Un sudor helado recorrió todo mi cuerpo y sentí que mis piernas

perdían sus fuerzas, amenazándome con hacerme caer. Un fuerte dolor se alojaba a en mi pecho, era como si un elefante me oprimiera. Mis manos cosquilleaban y se me estaban durmiendo.

Quise pedirle ayuda a Mateo, pero no me salía el habla. Estaba hiperventilando y mis dedos estaban tiesos. Tenía miedo, mucho miedo. Él me miró fijamente a los ojos y me ahuecó el rostro con sus manos mientras me decía que inhalara despacio y botara. Hizo el ejercicio conmigo y después de un par de repeticiones logré calmarme. Me sobé los dedos hasta que los pude mover con normalidad.

Una oleada intensa de llanto me azotó, pero intenté aguantarme. No quería mostrar esa faceta frente a Alberta. No era la primera vez que me pasaba, las tenía contadas y era la tercera. Las veces anteriores habían sido en momentos de tensión, cuando estaba desesperada o con mis emociones en descontrol. Era como si mi cuerpo se congelara para que me calmara y volviera a iniciar.

Las puertas que estaban frente a nosotros se abrieron de golpe y el médico salió con una hoja en la mano. Se veía cansado. Su pelo estaba despeinado y tenía un fonendoscopio en los hombros.

—Familiares de Luis Acosta.

Me paré de un brinco y caminé hasta quedar frente a él.

—Soy la hija.

—Yo soy la esposa —dijo Alberta con recelo.

—Siendo las cinco y media de la tarde, lamento informarles que, a pesar de todos nuestros esfueszos, don Luis ha fallecido. Lo lamentamos.

41

LUCÍA

¿Qué pasa cuando tu corazón se rompe?

¿Cuánto puede aguantar un corazón antes de romperse?

¿Cómo recoger los trozos y pegarlos para que todo vuelva a funcionar?

¿Mi corazón podrá latir estando hecho añicos?

¿Podré aguantar?

Necesitaba un salvavidas. Necesitaba una escapatoria, necesitaba...

Me necesitaba.

42

LUCÍA

 «Marjorie» – Taylor Swif

4 DE ENERO DE 2022

Estaba sentada en mi cama mirando hacia la ventana, abrazándome las piernas con la cabeza apoyada en las rodillas. No había estado pensando en nada, como si me encontrara en modo avión. Desde la muerte de mi padre había entrado en un trance en el que no quería hacer nada; no disfrutaba leer o dibujar, no me apetecía ver películas o salir a dar un paseo. Necesitaba estar acostada, porque me sentía cansada todo el día y con ganas de llorar.

Luego de que recibimos la noticia en el hospital, no podía recordar los demás sucesos con nitidez. Eran como una masa densa que se mezclaba con pesadillas que había estado teniendo últimamente. Pero había algo que mi mente no podía borrar, y era la gran noticia de que no era hija de Alberta. Me sentía feliz, por un lado. Pude entender por qué nunca me quiso. El hecho no borraba todo lo vivido, pero me dejaba una extraña paz, la paz de saber que nunca más tendría que tratar con ella.

Apoyé mi cabeza en la pared.

Casi todo lo que quería estaba en ese departamento, partiendo

por la caja que me había dejado mi padre.

Luego de la noticia intenté ayudar en lo que más pude con los trámites del funeral, pero Alberta fue clara en que no le haría uno, ya que era el deseo de mi padre. Lo cremaría lo antes posible y ella se quedaría con el ánfora. No tenía ganas de pelear. Deseaba no tener que ver su horrible cara nunca más, por lo que le pregunté si podía sacar algunas cosas que se me habían quedado en su casa, y extrañamente me dijo que sí.

Aproveché la ocasión y le pregunté a Mateo si me podía acompañar. Enseguida aceptó y al día siguiente fuimos hasta el pueblito que había sido mi hogar, del que tanto tiempo había peleado por irme y al que ahora sabía que jamás regresaría. Ya no tenía un motivo para hacerlo.

Decidió esperarme afuera, le agradecí el gesto, ya que necesitaba un tiempo a solas para despedirme y cerrar una etapa. Ingresé a esa casa que me traía tantos malos recuerdos y que odiaba con el alma. Sentí que el lugar se había hecho más pequeño, o más bien le faltaba luz, de seguro la que desprendía mi padre. Él hacía que ese lugar fuera un hogar y no solo paredes de cemento que se unían y formaban una casa.

Mis buenos recuerdos con él también azotaron mi mente. Me dolían, pero los disfrutaba a concho. Decidí que sonreiría cuando ellos irrumpieran en mi cabeza, porque sería una manera de volver a verlo feliz y radiante.

Me adentré en mi habitación. Seguía igual que siempre. Solo era un lugar que contenía muebles y ropa vieja. Nunca la personalicé, puesto que Alberta no me dejaba. Me sentí una visita durante todo

el tiempo que permanecí allí y jamás había podido saborear el placer de saber que algo era mío, o de pertenecer a un lugar.

La verdad, no me moría de ganas por sacar mis cosas de esa casa, ya que no tenían valor emocional para mí, pero sí que necesitaba llevarme una camisa de mi padre y algunas fotos que teníamos en una caja al final de mi clóset.

Abrí mi armario y me agaché hasta quedar pegada al piso, moví algunos zapatos viejos y estiré la mano hacia el final hasta toparme con una... mejor dicho, con dos cajas. Arrugué el ceño, porque recordaba haber guardado mis tesoros solo dentro de una.

Intenté abarcar con las dos manos ambas cajas, pero se me hizo imposible sacarlas. El flojo sí que trabajaba el doble. Suspiré. La primera que atraje hacia mí no me provocó sorpresa, porque esa era la mía, la que años atrás había escondido de los ojos de Alberta. Agradecía que no se hubiera puesto a curiosear en mis cosas, porque de seguro la hubiera botado. La dejé al lado de mi cama y me volví a agachar para sacar la otra caja.

Esta era un poquito más pesada y más grande. Con mis dedos la arrastré hasta que quedó a mi alcance. La terminé de sacar de entre el polvo y soplé la tapa para que la suciedad saliera. En letras grandes pude ver mi nombre escrito. Era la pluma de mi padre, la podía reconocer en cualquier parte.

Sentí cómo mi pulso aumentaba por la felicidad de encontrar algo que me conectara una vez más con él, algo que no tenía idea de qué era y que me emocionaba como la Navidad en la infancia. La abrí lentamente y en su interior pude ver un sobre, algunas fotografías y una carta. La cerré rápido, porque tenía miedo de que Alberta volviera de la tienda y me quitara lo que había encontrado. Tomé

ambas cajas y salí trotando hasta la pieza de mi padre. Agradecía que tuvieran dormitorios separados, ya que no me hubiera gustado entrar a la alcoba de esa mujer.

Miré alrededor. Todas sus cosas seguían intactas. Dejé las cajas en su cama, abrí el armario e inspiré su aroma. El olor a mi padre entró por mis fosas nasales y me transportó a sus recuerdos. Me inundaron unas ganas violentas de llorar, porque lo extrañaba muchísimo y, más que extrañar, volvían la culpa y la incertidumbre del qué hubiera pasado sí...

Me sentía cansada de sentir, de llorar, de existir.

Tomé una camiseta que le había comprado con mi primer sueldo, era azul marino y tenía muchos puntitos. No era muy linda, pero él la había escogido. Cada vez que lo iba a ver la presumía, e incluso cuando no, me llamaba y me decía que le encantaba. La vistió por tanto tiempo que sus costuras ya estaban gastadas; tenía un pequeño agujero en una de las axilas. Me causó gracia y la tomé entre mis manos.

Luego busqué frenéticamente el chaleco verde que le había regalado para Navidad. Era extremadamente horrible, pero él lo adoraba... no me podía ir sin él. Abrí la otra puerta del armario y removí cada prenda que mis ojos veían buscando mi objetivo. Con cada segundo que pasaba me desesperaba aún más, no lo podía hallar. Suspiré frustrada y algo entre la ropa interior llamó mi atención. Era una bolsa de plástico. La abrí rápidamente y dentro encontré lo que había estado anhelando.

Contuve el llanto que me provocó darme cuenta de que había cuidado de forma muy dedicada el regalo que le había hecho.

Guardé ambas prendas en la caja y salí trotando de la casa hasta llegar al auto de Mateo.

Después de volver al departamento no hice gran cosa, me dediqué a no salir más de mi habitación. No tenía ganas. Mateo intentaba animarme, pero sentía el cuerpo y la mente agotados y solo quería dormir.

Caminé hasta la ventana y apoyé mis palmas en el vidrio, sintiendo el frío entrar por mi piel. Era lo más cerca que había estado de la naturaleza ese último tiempo. Mateo y Valeria habían estado cerca de mí, él me había dado libres todos esos días por la pérdida de mi padre y arregló sus turnos para hacerlos durante las noches.

Se lo agradecía profundamente.

Me encontraba con un poco más de energía que otros días, así que decidí abrir la ventana para que el aire ventilara. Ya lo sentía un poco más denso y de seguro mi habitación tendría olores. Respiré profundo y sentí que mis pulmones se llenaban de aire puro. Me giré hacia la cama y caminé hasta quedar frente a ella. Me sentía lista para ver lo que la caja contenía.

Me agaché y la puse encima de mis piernas. Me temblaban las manos y suspiré tratando de agarrar fuerzas. Levanté la tapa y pude ver los objetos que cuidadosamente mi padre había puesto ahí para mí. Los saqué uno a uno. Había varias fotos de una mujer alta y delgada, que parecía atlética. Estaba con ropa deportiva en la foto que tomé en mis manos. Se veía guapísima, llena de vida. Recorrí su pelo, sus brazos, su ropa, con la yema de mis dedos, como si así pudiera estar más cerca de ella.

Giré la fotografía. Decía «Tatiana Sandoval, atletismo, 1991».

En todas las demás fotos salía sonriendo, feliz y joven. En varias

aparecía con mi padre. La mirada de amor de los dos era palpable. Me hubiera gustado tanto presenciarlo, haber vivido en una familia en la que abundaba el amor.

Saqué otra fotografía del fondo de la caja. En ella aparecía mi verdadera madre conmigo en sus brazos. Llevaba el pelo corto y me tenía apretada contra su pecho. Yo me estaba riendo y ella también, mi boca estaba pegada a su mejilla. Un torrente de emociones me golpeó y mis ojos se llenaron de lágrimas. Me sentí agradecida de saber que había pasado algunos años con aquella maravillosa mujer. Di vuelta la foto y decía «Lucía, dos años de vida. 20 de diciembre de 1999».

Me encantaba que mi padre hubiera documentado sus vidas, sus momentos importantes. Ahora yo tenía el privilegio de apreciarlos y conocer un poco del pasado de ambos. Jamás sabría lo que había ocurrido, cómo murió Tatiana, porque no tenía a quién preguntarle. No me llevaba con la familia de Alberta y mis abuelos paternos estaban muertos. En realidad, no me quedaba familia viva, pero siempre había sabido que mi única familia era mi padre, así que no me dolía tanto.

Dejé las fotos a un lado y saqué un sobre grande que estaba doblado por la mitad. Lo abrí con cuidado para no romperlo y de su interior extraje un documento que contenía varias hojas. Lo desdoblé. En letras grandes decía «Testamento». Abrí los ojos a más no poder y grité fuerte y claro el nombre de Mateo.

No se demoró ni un segundo en aparecer en mi dormitorio con un cepillo de dientes en la mano.

—¿Qué... qué pasó, Lu? ¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

Tenía ojeras debajo de sus ojos por la falta de sueño, pero de

igual manera lo guapo no se le iba con nada. Llevaba el pelo despeinado, una camiseta, jeans y sus zapatillas Vans.

—Mira. —Le tendí el documento.

Se acercó con paso vacilante y se sentó a mi lado. Hojeó cada página con atención, leyendo extractos importantes y asintiendo con la cabeza.

Cuando terminó me devolvió la mirada.

—Lu, es el testamento de tu padre. No lo puedo creer, dice que fue efectuado hace solo un par de meses. ¿Tu padre estaba muy mal de salud?

—Por el cáncer, yo creo que quiso asegurarse de dejar estipulado en papel todos sus deseos.

Dejé que lo siguiera revisando, porque la verdad es que yo no tenía muchas ganas de leer documentos jurídicos. Nunca me habían gustado y mi concentración en ese momento no era la mejor.

Mientras él se dedicaba a eso, una carta que tenía mi nombre escrito en el papel capturó mi atención. Estaba arrugada, y por la tinta corrida se notaba que se había mojado. Eran unas manchas redondas que me hacían pensar que habían sido lágrimas. Acerqué el papel a mi nariz para olerlo.

Abrí la carta lentamente y comencé a leerla.

28 de diciembre de 2001

Lulú,

mi pequeña y adorada hija. No cabe pena más grande en mi corazón que la de saber que tu madre dejó este mundo y lo único que queda palpable de ella eres tú. Tus ojos son del mismo color que los de mi Tatiana, y cada vez que te miro la veo a ella; en esa sonrisa gigante que me muestras, en la risa alocada que sale desde tu alma y en esos abrazos tan apretados que me das.

A pesar de todo el tiempo que ha pasado, aún me duele el pecho. Han sido

los peores dos años de mi vida, llenos de incertidumbre y dolor. Pero me reconforta saber que te tengo a ti, que hice todo lo posible para que los padres de mi Tati no te separaran de mí.

Fue un esfuerzo gigante tener que casarme con la hermana de tu madre, sabía que había estado enamorada de mí en el pasado, habíamos sido compañeros de colegio, pero yo siempre amé a tu madre. Esa familia me amenazó, me dijeron que jamás te volvería a ver si no lo hacía y me dio tanto miedo... todo por el qué dirán y no manchar el apellido Sandoval. No concibo una vida sin ti, amor. Eres lo único que me queda, lo que me impulsa a seguir viviendo, y no te puedo perder.

No también a ti.

A veces me pongo a pensar en la tarde en que Tatiana se fue de entre nosotros. Era un día tan normal, estaba cocinando galletas y le faltaba harina; yo estaba ocupado cortando unos palos para hacerte una cuna. Me ofrecí para ir a comprar, pero tu madre me dijo que no, que ella lo podía hacer. Si hubiera sabido que al salir la atropellaría un auto, jamás hubiera permitido que diera un paso fuera de casa.

Algunas noches me come la cabeza pensar que debí ser yo quien debió comprar la harina. Así hubieras crecido junto a Tatiana, la mujer más amable y con el corazón más grande que he visto en toda mi vida. Todos nuestros deseos y anhelos se fueron por el desagüe, todos esos planes de viaje que jamás podremos concretar.

Tu madre era un alma viajera y te amaba tanto, cariño. Dios, no sabes cuánto me culpo por lo sucedido, pero después de un largo tiempo comprendí que no era mi culpa y que no debía cargar con dolor extra.

Si algún día te sientes así de perdida como yo, que no ves el camino, que no encuentras salida y yo no estoy, por favor, busca ayuda. La salud mental no es un juego, y que yo no haya podido acceder a ella no quiere decir que tú tampoco.

Espero, hija mía, que nunca debas pasar por un dolor así. Espero que jamás tengas que cargar con una culpa que no te corresponde. Debes ser libre, debes ser feliz y daré mi vida entera para que lo seas. Te lo prometo.

Eres el faro de mi existencia y el sol de mis días oscuros.

Te amo,
Papá

Sentí cómo las lágrimas me quemaban, calientes y cargadas de dolor y amor. No podía amar más a ese hombre que incluso después de la muerte me guiaba fielmente por el sendero que tenía que caminar. Sus palabras se grabaron a fuego en mi corazón. Yo sabía que no estaba pasando por un buen momento, sabía que no estaba bien, que desde hacía mucho tiempo no me sentía bien, y ocultaba el dolor con felicidad momentánea. Sabía que necesitaba ayuda, y ese tipo de ayuda no la conseguiría de Mateo o Valeria. Eso era algo que debía hacer por mi cuenta, algo que necesitaba trabajar sola, pero que había ignorado y pasado por alto tantas veces.

Había gente que me podía orientar, pero por alguna razón yo no lo había considerado.

—Mateo... —susurré.

Me miró con preocupación en su semblante, me limpió las lágrimas y me dio un beso en la frente.

—Dime, Lu.

—Quiero ir al psicólogo.

Me dedicó una sonrisa genuina y muy grande, mientras me acariciaba la mejilla.

—Creo que es una excelente decisión.

—Sí, yo también lo creo —dije sintiendo un alivio gigantesco en mi corazón.

Tomar la decisión me había hecho feliz. Quería estar bien. Sabía que sería una lucha interna, que tendría que enfrentarme a tantas

cosas que me hicieron daño y que había enterrado en el fondo de mi corazón, pero estaba lista y dispuesta para trabajar en ellas.

Estaba agradecida de poder contar con Mateo y Valeria por si se me hacía todo muy difícil. Eran la familia que yo había escogido.

—Bueno, te tengo otra buena noticia. —Mateo me tendió la hoja y la tomé delicadamente—. Lee este punto de aquí.

—(...) *Deseo que mis cenizas, después de realizada la cremación, sean esparcidas en alguna playa tropical del norte del continente y que lo haga mi hija Lucía Acosta*. —Leí pausadamente y en alto. Cuando terminé mi menté comenzó a pensar en el deseo de mi padre—. ¿Playa tropical? ¿Dónde hay playas tropicales, Mateo?

—¿Ves lo importante aquí? Tu padre dejó estipulado que tú te hicieras cargo de sus cenizas.

No me había centrado en lo que realmente importaba, y al darme cuenta sentí cómo mi corazón se teñía de mil colores que me calentaban el alma y me hacían sonreír. Una felicidad me invadió desde el fondo de mi ser, mezclada con la inevitable tristeza del momento. Mi adorado padre. Haría lo que fuera por cumplir sus últimos deseos.

—Gracias, papá, por confiarme esta tarea a mí —dije mientras abrazaba el pedazo de papel que respaldaba lo que debía hacer—. ¿Te parece si nos vamos de vacaciones?

No pude evitar mirarlo y sonreír. La vida me había señalado el camino hasta este momento. Cada decisión que había tomado había sido la correcta.

—Yo soy el de los números y tú fijas el lugar.

Ambos nos reímos al recordar la vieja promesa que nos habíamos

hecho y me abalancé sobre él. Junté mis labios con los suyos de forma delicada y aspiré su aroma.

Lo quería, sí que lo quería.

EPÍLOGO

OCHO MESES DESPUÉS

 «Cardigan» – Taylor Swif

11 DE SEPTIEMBRE DE 2022

La arena tocaba mis pies descalzos. Estaba caliente, pero no lo suficiente para quemarme. Cada tanto el agua del mar subía, rozaba mis dedos y hacía el balance perfecto entre frío y calor. Mateo estaba a mi lado recostado sobre una toalla, teníamos un quitasol para que nos protegiera de los rayos ultravioleta y prevenir una insolación.

Mi padre descansaba a mi otro lado en su ánfora. Sabía que dentro de poco sería libre y visitaría todos esos lugares que siempre había querido conocer, junto a mi madre.

Habíamos llegado a la playa hace unas horas. Empezamos a planear el viaje apenas leímos el testamento, pero yo necesitaba hacer algunas cosas primero. Comencé a ir al psicólogo una vez por semana. Era impresionante lo aliviada que se sentía mi alma y lo gratificante que fue trabajar para mí. Sí, lloré casi en todas las sesiones, pero el alivio que se iba apoderando de mi ser era lo mejor.

Planificamos subir unos metros de altura a una montaña que

habíamos visto cerca y que tenía un acantilado perfecto para que las cenizas de Luis emprendieran su viaje.

Estiré mis brazos y mi espalda y una sensación de bienestar me invadió. Jamás había sentido algo igual. Una sensación que hace unos meses se había instalado para no irse y pude conocer cómo era estar medianamente estable emocionalmente. Una vez que lo pruebas, se hace imposible querer soltarlo y perder esa estabilidad que tanto te costó encontrar.

Miré de reojo a Mateo. Parecía tranquilo, sereno. Me agaché hasta donde estaba él y junté nuestros labios en un beso tierno y rápido. Lo quería muchísimo y le estaba agradecida de que me acompañara durante mi proceso. Me dejaba siempre sola, que trabajara en mí misma, pero había ocasiones en las que necesitaba mimos y un hombro en el que llorar y jamás se alejó.

Mi celular sonó con la canción que le había puesto a Valeria y me lo saqué del bolsillo. Vi el nombre en la pantalla, «La mejor amiga del universo», y reí por lo bajo.

Se había cambiado el nombre en una de las últimas veces que nos habíamos visto antes de venir a este viaje. No había sido necesario contarle, porque ese mismo día llegó corriendo al departamento a bañarme en mimos y no se separó de mi lado. Fue una de las primeras —después de Mateo— en enterarse de la buena noticia del testamento. Y es que había sido lo mejor que leí desde que había perdido a mi padre.

—No quiero ser mala amiga, pero necesitas un baño —fue lo segundo que me dijo al llegar. La golpeé con un cojín y nos deshicimos en carcajadas. Sabía muy bien cómo subirme el ánimo y apreciaba que lo intentara.

Le mostré el testamento y luego de buscar dentro del sobre encontró una nota de mi padre.

Lulú,

Lamento no haberte contado en persona mi decisión. Sabía que mi final se acercaba y no quería dejarte las cosas difíciles. Espero que no hayas pensado que estaba la opción de que no te quedaras con el ánfora, porque esa es una idea ridícula. No quisiera que nadie más que tú se hiciera cargo de mis cenizas.

Espero estés teniendo una buena vida. No llores por mí partida, porque yo estoy feliz de irme. Ya era mi momento, no me quedaba nada más en esta tierra, estás grande, tienes una profesión respetada y estoy seguro de que encontrarás al amor de tu vida, como yo lo hice años atrás.

Cuando lo encuentres te pido que no lo sueltes, que lo cuides y que te aferres a él con todo tu cuerpo y alma. Un buen amor no aparece dos veces en la vida y, cuando se van, duele tan profundo que no puedes siquiera respirar.

Confío en ti. Siempre lo he hecho. Eres la viva imagen de tu madre y sé que tomarás las decisiones correctas. Incluso cuand pienses que no lo son cree en ti, porque lo serán.

Me gustaría decirte tantas cosas, acompañarte durante tantas decisiones importantes, verte enamorarte, casarte, tener un hijo, abrazarte por tanto tiempo, amarte y mimarte por la eternidad, pero todo tiene un final. Y el mío ya me alcanzó.

Te envío un beso, hija. Es tiempo de irme y encontrarme con Tatiana. Hace años que me está esperando.

De tu padre que te ama con todo su corazón.
Papá

Despejé mis pensamientos y contesté el teléfono.

—¿Aló?

—¡Hola, amiga! ¿Cómo llegaron?

—Bien, súper, ya estamos en la playa, vamos a descansar un

momento con Mateo y luego iremos a hacer un poco de *trekking*. Te llamo después de eso. Si no lo hago, debes saber que me desmayé por tanto ejercicio —dije entre risas.

—Ya lo creo —contestó divertida y luego escuché como se quejaba —. Tomás, por los dioses, tu hijo me está perforando el hígado.

Cuando Valeria nos contó que sería madre fue para todos una sorpresa, pero enseguida celebramos el suceso. Fue algo repentino y rápido, pero ellos lo recibieron con gusto. Estaba segura de que Lucas llegaría a una familia llena de amor y comprensión. No tenía dudas de que él jamás crecería con los traumas que crecí yo y eso me aliviaba.

—Bueno, te llamo luego para contarte qué tal, ¿va?

—Me parece bien, dale saludos a Mateo de mi parte... y a Luis. Cuando lo despidas dile cuánto lo quiero. Te adoro, amiga. Un beso. Fuerza y ánimo, recuerda que eres una guerrera.

—Tú igual, Val. Te adoro —dije y corté la llamada con una sonrisa en mi rostro.

—¿Estás lista, mi Lulú? —me preguntó Mateo sentándose en la arena.

—Lo estoy —respondí mientras suspiraba. Estaba lista, realmente lo estaba.

Nos levantamos, agarramos nuestras cosas y las dejamos en el auto. Me puse un jockey, me abroché las zapatillas de ejercicio y caminamos agarrados de la mano. Con mi otro brazo sujetaba muy bien el ánfora donde descansaba mi padre.

El día estaba perfecto para hacer un poco de ejercicio y, además, disfrutar de un viaje los tres juntos. Sabía perfectamente que no era

lo que había estado imaginando, pero era mi única opción y no la iba a desperdiciar por nada del mundo.

Nos demoramos una hora en subir y llegar a la cima. No estaba acostumbrada a hacer ejercicio, me gustaba estar al aire libre, pero debía admitir que era más bien sedentaria; siempre prefería quedarme en casa leyendo o escribiendo. Había descubierto que escribir era muy liberador para conocer mis emociones. No tenía claro si mi futuro se iría por ese camino o si solo lo disfrutaba como un pasatiempo. Durante la terapia por lo menos me había dado cuenta de que sí me gustaba mi profesión, que no concebía una vida sin ejercerla.

Me dolían las piernas. La gran vista que el acantilado nos estaba ofreciendo era hermosa y podíamos ver el panorama en su amplitud. El poder de la naturaleza siempre me había asombrado, y ahora aún más.

Mateo puso una palma en mi hombro y me giré a verlo. Me dedicó una sonrisa de apoyo y me besó la frente. Le sonreí de vuelta y respiré profundo.

—Bueno, papá, subí todo este camino por ti. Me duelen un poquito las piernas, pero la verdad es que no me arrepiento. Hablaba en serio cuando dije que haría todo lo posible para cumplir tu último deseo. Eres, fuiste y serás el mejor padre que la vida me pudo haber entregado. Gracias a ti aprendí a amar de manera incondicional. Fuiste el ejemplo claro del tipo de hombre que yo quería en mi vida. Te amo y siempre te amaré. Espero que algún día nos encontremos los tres y pueda conocer a la maravillosa mujer que me dio la vida.

Miré el ánfora, la acerqué a mis labios y besé la tapa cerrando mis

ojos con fuerza. Me sequé una lágrima que cayó por mi rostro y quité la tapa. Ya me había puesto guantes, así que metí la mano dentro y agarré un puñado de cenizas. Lo saqué y le sonreí por última vez. Me acerqué a la orilla y dejé que el viento bailara y me susurrara que estaba listo para recibir a mi padre.

—Buen viaje, papá.

AGRADECIMIENTOS

La vida es incierta. A veces te hunde hasta lugares recónditos y oscuros, te envuelve entre sus garras y no ves ninguna salida. La desesperación se aferra a tu alma y te rompe a pedazos, dejando las marcas como una herida sangrante y propensa a empeorar. No ves el sol brillar. No sabes qué camino tomar y el miedo se apodera de tus pensamientos.

Pero tarde o temprano todo pasará. La tormenta se detendrá, mi corazón florecerá, mis mejillas se secarán y mi alma se levantará.

Deseo que ese momento también llegue para ti.

Estuve perdida por un tiempo. Tomé malas decisiones y dejé que me clavaran una daga en el pecho. Lloré todo lo que había reprimido y reí lo que me había faltado. Y me di cuenta de que, a veces, los cambios no son tan malos.

Hace un año me mudé de ciudad. No estaba pasando por un buen momento y, con el paso del tiempo, me di cuenta de que la escritura se había convertido en mi gran lugar seguro, donde puedo ser yo misma y explorar nuevos lugares de mi mente. Aprendí a jugar con mi ingenio y a demostrarme que cuando se hace lo que se ama, la vida brilla con más intensidad.

Tengo un gran camino por delante, muchas cosas que mejorar... este es solo el comienzo y no saben la ilusión que me hace.

Este libro lo empecé en uno de los peores momentos de mi vida y por eso le tengo un cariño especial: me supo contener como nunca

nadie lo había hecho. Lo mejor fue saber que, en el fondo, era yo misma dándome ánimos.

Aún recuerdo cuando escribí las primeras páginas. Tenía un nudo en la garganta del tamaño de un buque, mis mejillas estaban empapadas de lágrimas, mi estómago estaba apretado, aguantando el dolor, y mis dedos temblorosos rellenaban una hoja en blanco con una historia que me salvaría de mi propio infierno.

El proceso de escritura fue muy interesante y no lo pasé sola. La Vale siempre estuvo para mí. La aburría con mis borradores e ideas del libro. Escribía un capítulo y se lo mandaba. Siempre le agradeceré por ser la primera lectora de mis tres primeras novelas. Gracias por haberme brindado tu amistad tantos años, a pesar de que nos hemos alejado un poco. Siempre te llevo en el corazón. Quizá a esta altura parece obvio, pero el personaje de Valeria está inspirado en Valentina

Mi segunda lectora fiel siempre es mi hermana. No es mucho de leer libros, pero agradezco que los míos se los devore. Eres mi ancla y te amo con la vida. Gracias por siempre creer en mí, incluso cuando ni yo lo hacía.

Durante el proceso de corrección mi *roomie* fue una de las primeras personas en leerlo y darme retroalimentación. Me ayudó a pulir la historia y a confiar en mi talento. Hoy, mientras hacía la *playlist* del libro, la mantuve casi dos horas mostrándole las canciones que había escogido para ciertos capítulos. Siempre le agradeceré el apoyo.

Pasé varias noches trabajando en el libro hasta bien entrada la madrugada. EXO fue mi fiel compañero durante este gran camino, un grupo musical que me ha acompañado estos últimos doce años y

a quienes también les tengo un cariño especial por todo lo que significan para mí.

También quiero agradecer a la Vale, mi editora de Penguin Random House. Gracias por creer en esta historia, por ayudarme a pulir el texto, por ser tan cercana y aguantar mi intensidad. Espero que sigamos trabajando juntas en el futuro.

Y, por último, pero no menos importante, te quiero dar las gracias a ti, que llegaste hasta el final del libro. Espero lo hayas disfrutado, lo escribí con mucho amor.

La pena pasará, tu mirada volverá a brillar y el sol te volverá a sonreír, tal como te lo mereces. Confía en ti, en la terapia y en tu gente cercana.

Nunca tengas miedo de pedir ayuda.

Te mando un abrazo gigante.

P.d.: pediría disculpas por ser tan sentimental, pero así soy... y *la queso*. Nos vemos en otro libro.

PLAYLIST

«Traitor» – Olivia Rodrigo «Lights Out» – EXO

«Falling» – Harry Styles «The Door» – Teddy Swims

«Decode» – Sabrina Carpenter «Si vuelvo a caer» – SOULFIA

«Been Through» – EXO

«Descifrar» – Maye

«Lavender Haze» – Taylor Swif

«Blowin' Smoke» – Teddy Swims

«Snow On The Beach» – Taylor Swif f. Lana Del Rey

«August» – Taylor Swif

«Yes or No» – Jung Kook «Christmas Day» – EXO

«Lose Control» – Teddy Swims

«Marjorie» – Taylor Swif «Cardigan» – Taylor Swif

Edición en formato digital: mayo de 2024

© 2024, Javiera Valenzuela Flores
© © 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566184881

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com